

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her mouth with bright red lipstick. She is wearing a silver chain necklace with a large, ornate diamond pendant. The background is a soft, out-of-focus grey.

MARIEL RUGGIERI

MUÑEQUITA

Mía

MUÑEQUITA MÍA

Mariel Ruggieri

“La verdadera sabiduría, mi querida Juliette, no consiste en reprimir los vicios, porque, siendo los vicios casi la única felicidad de nuestra vida, sería un verdugo de sí mismo el que quisiera reprimirlos...”

Marqués de Sade

PRÓLOGO

Estimado prospecto de sumiso:

Como te he adelantado en el chat, te estoy enviando lo que espero de un esclavo a mi servicio en el comienzo del adiestramiento.

Quedo a la espera de tus comentarios.

Tus deberes:

1-Al empezar y terminar la conversación, debes dirigirte a mí con el debido respeto. Seré siempre "Señora —o "Reina —para ti, y deberás usar el "por favor" y "gracias" tal como te lo enseñaron en tu casa de pequeño, y tratando de sonar sincero. Dentro de ese encuadre te puedo permitir ciertas libertades.

2-Deberás proporcionarme la información que necesito sobre tus experiencias, psiquis y emociones, cuando yo te lo pida. Manifestar tu desacuerdo con respecto a mi accionar o a mi forma de tratarte está permitido, siempre que pidas permiso para expresarlo. Deseos, arrebatos, fantasías y halagos están habilitados siempre.

3-Los *emojis* están prohibidos. Son herramientas infantiles que pretenden sustituir palabras y sentimientos que, si son negativos, con la autorización correspondiente podrás expresar como un adulto.

4-Tienes prohibido el chantaje. Esto quiere decir que no me gusta la gente que intenta manipularme o amenaza con abandonarme. Si me aprecias, sabes cómo demostrarlo. Si algo te molesta, puedes solicitar permiso para expresarlo y estudiaremos la posibilidad de ajustarlo. Si no lo soportas, usa la frase de seguridad.

5-Deberás aguantar mi malhumor, rencores y frustraciones con respecto a tu persona y hacia los hombres en general, oficiando de saco de boxeo en ocasiones. Identificar ese estado de ánimo y encontrar la forma de contenerme será vital para nuestra relación.

6-Soy una mujer algo exhibicionista. Tu deber es entender esa faceta y estar a la altura de las circunstancias. Ya te diré cómo.

7-También tengo mi veta voyerista. Si yo te lo pido me mostrarás a través de fotos determinados actos y partes de tu cuerpo. Uno de tus deberes será actuar como mi "porno personal", para que lo entiendas. Espero que no tengas problemas con eso.

8-Los tributos... Un tema complicado. Son necesarios e imprescindibles. A veces te voy a castigar con eso, y a veces te voy a premiar con lo mismo. ¿Por qué? Porque puedo.

9-Encuentros. Por el momento están restringidos. Tengo ciertos problemas con el control de mis impulsos, que debo solucionar. Créeme, es por tu propia seguridad.

10-Cumplir con ciertos pedidos aunque no les encuentres sentido. No será nada que dañe de forma irreparable tu integridad física, psíquica o tu honor, pero serán un símbolo de buena disposición para con tu ama.

11-Esforzarte para mantener una conversación elevada y estimulante en todo sentido. En otras palabras, hacer que valga la pena el contacto más allá de lo que podamos obtener en otros aspectos.

Tus derechos:

1- El mencionar la frase de seguridad si decides terminar con el contacto para siempre. Solo tienes que poner: —MUÑEQUITA MÍA —y no habrá vuelta atrás. Te bloquearé en todos los sitios y no te volveré a hablar.

2-No tienes por qué responder o hacer algo que interfiera en tu vida personal/familiar/laboral. Con solo decir que en cuánto puedas estarás a mi disposición yo sabré entender.

3-Tributos: como ya expresé antes te los voy a pedir y seguramente te dolerán mucho menos que cualquiera de tus dóminas anteriores, incluso que el conjunto de ellas. Voy a cuidarte pues me interesa conservarte, pero si en algún momento no está a tu alcance cumplir con mis requerimientos por la razones que sean, es aceptable que me lo digas y yo veré la forma de solucionarlo, si está a

mi alcance.

4-Si me envías dinero para que me compre algo, tienes derecho a pedirme una foto usando tu regalo.

5-Conservar tus datos personales a resguardo.

6-Hacerme preguntas de cualquier índole.

7-Puedes tener amas reales pero no otras virtuales.

8-Puedes intentar agregar algún pacto tanto en tus deberes como en tus derechos, que lo voy a considerar.

Otros:

La frecuencia del contacto puede ser espontánea, según las necesidades de ambas partes y de acuerdo a disponibilidad, o puede establecerse una pauta.

Evaluaremos dentro de diez días el resultado de nuestra relación y haremos los ajustes necesarios en el caso de que cualquiera de las partes lo requiera. Es necesario que sepas que de acuerdo a tu desempeño, este contrato podrá ser enmendado o rescindido.

Yo podré cortar el contacto cuando lo desee y sin explicaciones.

Podrás suscribir este acuerdo con EUR/DOL 50,00 a través de PaypPal, usando este mismo correo.

Atentos saludos,

Eme

1. Eme

Antes de cumplir seis años supe que el dinero era la única demostración de amor a la que podía aspirar.

Era una niñita nada más, pero tenía más que claro qué hacer para complacer a mi padre y obtener el amor que depositaba en mi alcancía cada vez que lo lograba. Fue así que crecí en la certeza de que cada moneda equivalía a un “te quiero —y con el único propósito de llenar mi cerdito de cerámica con su cariño metálico, fui aprendiendo a comportarme.

Dediqué toda mi infancia al humillante esfuerzo de agradecerle. Y eso hizo de mí una alumna excelente, pues descubrí que cuantos más “sobresaliente —traía, el amor de mi progenitor aumentaba considerablemente en forma contante y sonante.

No solo me daba dinero; también me hacía costosos regalos. Pero por alguna razón yo consideraba mis juguetes y otros caprichos como palmaditas en la cabeza, y no una demostración de auténtico afecto.

La ecuación era muy simple, yo me lucía y el contenido del cerdito crecía. Cada vez estaba más pesado, pero no tanto como la carga que más tarde llevaría sobre mis hombros. No se me cruzaba por la mente gastarlo; solo quería acumularlo hasta dejarlo a tope, y de esa manera también llenarme de su amor porque sin él me sentía vacía.

Mis éxitos académicos no eran suficientes según mi propio criterio, así que intenté otras estrategias para saciar mi necesidad de cariño paternal.

A los siete recitaba, cantaba y bailaba para sus amigos como si fuese un monito de circo, aunque la expresión artística claramente no era lo mío. Pero eso no importaba, lo único que importaba era que a mi padre le encantaba que lo hiciera por el éxito de mis gracias entre sus pares.

Ahora lo recuerdo como si lo viera, no como si lo viviera. Puedo observar en mi memoria, como se deshacían en elogios hacia esa muñequita de dudosa afinación, que con su vestido arrepollado y su largo cabello lleno de bucles, pronunciaba con entusiasmo palabras que apenas entendía, o movía su cuerpo de forma poco apropiada para una criatura de tan corta edad.

Puedo ver a mi padre sonriendo, complacido. Puedo distinguir el verde billete que deslizaba en mi mano cuando me retiraba con las mejillas arreboladas, y el corazón palpitante.

Mi padre tenía un bolsillo generoso. Desafortunadamente solo era pródigo en ese sentido, pues no recuerdo haber recibido jamás una caricia, un elogio o una palabra afectuosa de su parte.

Bueno, eso no es del todo cierto.

Hubo una vez, una única vez... Y eso significó el final de mi amor por él, y marcó para siempre mi vida, mi forma de ser y de ver el mundo. Y también definió un patrón de conducta, y la manera de relacionarme con cualquier hombre.

Ese día mi padre no me dio dinero, me dio amor en una simple frase y en tono de ruego. Y con ese sencillo acto, paradójicamente me incapacitó para muchas cosas, sobre todo para sentir.

Solo tenía dieciséis, cuando pusieron en mis manos la responsabilidad de impedir la ruina financiera de mi familia. Y digo “pusieron —porque todo sucedió con la anuencia

de mi madre, que fue testigo de todo con el aire ausente de siempre.

En mi mente está registrado cada momento como si hubiese sucedido ayer. Jamás voy a olvidar la sutil sugerencia, y ese dedo huesudo deslizándose por mi rodilla desnuda. El aliento a alcohol. La risa lasciva.

La mirada suplicante del hombre que me engendró. Las lágrimas deslizándose por mis mejillas... Unos interminables segundos en los que inútilmente esperé la salvación. Mi rotunda negativa, entre llantos desesperados.

Y luego él lo dijo. Dijo algo que me convenció, e irremediablemente perdida hice lo que tenía que hacer y obtuve el dinero salvador. Mi padre saldó una deuda con mi virginidad en mis dulces dieciséis, y ya nunca volví a ser la misma.

Él me convirtió en esto, él me hizo así.

Mi odio hacia los hombres está tan arraigado que casi no se me nota. Soy completamente funcional al sistema: trabajo, tengo amigos, y hasta un novio que me adora. Disimulo algún exabrupto bajo la fachada de un feminismo radical que no resulta del todo convincente, pero no me importa.

Soy un verdadero encanto en Nochebuena, pero el resto del tiempo mis padres no existen para mí. Están muertos, muertos y enterrados, y con ellos también la niña inocente y buena que fui.

Así soy ahora, así funciono, pero mis miserias me acompañan siempre.

Controlar mis sentimientos oscuros en el trabajo, me está costando lo suyo. Ser una auxiliar de vuelo de una aerolínea comercial no es sencillo cuando bajo ese glamuroso título se define a una sirvienta del aire. Una criada complaciente, educada, y bonita, al servicio de gente adinerada que ocupa los primeros puestos en la cabina y come con cubiertos de verdad.

Me agrada volar, pero cada vez que un pasajero requiere mi atención de esa forma apremiante y altanera que tanto aborrezco, dentro de mí algo se rebela.

Es como una bestia que me devora las entrañas a la cual aprendí a doblegar con una sonrisa forzada. Atiendo solícitamente cualquier pedido, ignoro esas miradas lúbricas, esa soberbia, la ostentación alevosa de poder que algunos machos suelen desplegar ante unas piernas largas que están a su servicio por solo un par de miles.

Pero cuando no me ven, escupo en sus vasos todo mi veneno. *Literalmente*. Muevo el hielo junto con mi saliva y sonrío como un ángel. Esa es mi tarea en el aire: complacer, sonreír, ser amable y solícita... por dinero.

Como antes, como siempre, solo que no deseo que me correspondan de ninguna otra forma que no sea pagando mi sueldo.

La aparente estabilidad en mi vida personal es otra fachada. Desde afuera se ve todo muy normal. Mi red de relaciones es abundante, pero en realidad no me conocen bien. Auxiliares de a bordo, pilotos, personal de tierra. Gente con la que paso momentos agradables que no me llenan en absoluto. El vacío siempre está ahí.

Y mi novio... Mi falso novio Sebastián es mi único amigo de verdad, y la única persona en la que puedo confiar.

Vivo con él desde hace dos años, y todos nos creen una pareja feliz. Es una relación sin fisuras en la que ambos nos vemos beneficiados, porque él es un hermoso hombre gay que no está listo para salir del clóset, y yo soy una mujer muy jodida que no sabe amar.

Estamos juntos para no estar solos, para guardar las apariencias, para que no pregunten, para que no juzguen, para que no nos hagan más daño.

Mi "novio —tiene lo suyo con suma discreción. Yo no; mi vida afectiva es nula, inexistente, y sin perspectivas de cambiar.

Somos felices a nuestra manera, sin embargo. La pasamos bien pues a Sebas y a mí nos unen muchas cosas, solo que él es un alma noble y yo...

Yo soy lo que soy. El odio ganó, y ahora llevo dentro la bestia que ellos crearon. Quería amor, nada más que eso, y mi propia sangre me traicionó y me convirtió en un mal bicho, en alguien que solo encuentra alivio cuando hace daño, cuando doblega, cuando humilla.

Mi nombre es Marcela Urioste, pero en la red soy *Eme*. En mi vida virtual puedo liberar lo más oscuro que vive y se retuerce muy dentro de mí. Le doy alas negras, lo dejo salir. Deliberadamente infrinjo daño a otros, para que la bestia no me termine devorando a mí.

Pero igual no me alcanza... Creo que solo lograré sanar si logro dar el gran paso: atreverme a liberarla en el mundo real.

Cuando consiga que el sufrimiento trascienda la cárcel de las palabras, cuando sea mi mano o mi tacón quienes tengan el poder de doblegar a alguien, creo que por fin la bestia me dejará en paz.

—Slave le ha enviado un privado

El mensaje aparece en la pantalla de mi móvil mientras espero para abordar. Sonríe y aprovecho mis últimos minutos conectada al WiFi del aeropuerto para hablarle a ese *perro*. Así los llamo porque para mí eso son: animales que a veces me reconfortan un poco.

—Muero por sus palabras, Reina. Necesito que me humille, que me ponga en mi lugar. Que me ordene cualquier cosa que pueda complacerla. Usted es la mente perversa que domina a esta marioneta... Haga de mí lo que desee.

—¿No te sientes un poco estúpido pidiéndole estas cosas a una desconocida? — escribo en el chat del sitio donde tengo mi principal trampero.

—Un poco no. Mucho. Pero lo hago porque lo necesito y con la esperanza de poder serle útil algún día con mi humilde entrega —me responde de inmediato.

—No puedes. Me serías realmente útil solo si pudiese apoyar mis pies en tu espalda —replico a sabiendas de que mencionar la palabra "pies —es como un abracadabra para él.

Veo que escribe y me distraigo un minuto observando al comandante. Es atractivo y viril pero no me mueve un pelo. Hace falta bastante más que una cara bonita para hacerme sentir algo, está claro. Lo que no lo está es que sería eso, porque hasta el momento lo único que me provoca una pequeña y efímera inquietud, es que mis esclavos virtuales me rueguen que los humille.

—Estar a sus pies sería el paraíso que no creo merecer. Pero dígame qué puedo hacer para agradecerle por favor —me suplica.

—Tú lo has dicho, no mereces la gracia de ser siquiera mi reposapiés. Claro que si realmente me amas como siempre dices tendrás que ser un poco más expresivo en tu demostración de afecto y sumisión. Deja ya de pedir y comienza a pensar cómo complacerme, o me veré obligada a castigarte, arrastrado de mierda.

Me muerdo el labio para no sonreír y quedar como una tonta ante toda la gente que me rodea. Cada una de las palabras que acabo de escribir está milimétricamente calculada para lograr determinado efecto. Como si lo estuviese viendo... Acalorado, sudoroso, entregado por completo. Con las manos temblorosas intentando escribir.

—Reina, yo la adoro. La venero con todo mi ser, y nada me gustaría más que descargar en mí todo su veneno otra vez. Soy suyo, suyo por completo y haré lo que me diga. Solo espero que su castigo no sea más duro de lo que pueda soportar, pero aún si lo fuera estoy dispuesto a todo por complacerla virtualmente, ya que usted no desea que lo haga en persona.

Bueno, esto se pone bueno. Voy a darle a este animalito un poco de lo que necesita.

—Vaya, tu infantil declaración me ha agradado así que te has ganado un indulto momentáneo. Ups... ya terminó. Ahora te castigaré porque yo no he de rogar tu adoración, sino que te tiene que nacer desde esas canicas que tienes por huevos —le anuncio mientras observo de reojo que se mueve la fila de la tripulación.

—Mi señora, viniendo de usted cualquier castigo es bienvenido. Lo espero, lo deseo, lo merezco —me pone y luego agrega una carita sonriente.

Estúpido infeliz. Sabe que me exasperan los *emojis* y que eso que acaba de poner es una especie de provocación. Quiere su castigo, ansía con todas sus fuerzas que lo humille y le cumpliré el deseo, claro que sí.

—Ve a buscar una zanahoria. Tienes treinta segundos para pasarme una foto con ella entre tus dientes —escribo con rapidez.

Y mientras camino por la manga recibo la imagen. Una boca masculina mordiendo una zanahoria.

—Sus órdenes son la ley, mi reina —me pone.

—La ley... ¿Sabes lo que dice mi código penal personal? Que recibir un *emoji* amerita un castigo ejemplarizante. Hoy no te comerás la zanahoria, conejito...

—¿No me la comeré? —pregunta, ansioso.

—No con la boca, Slave. Ponla en tu culo pero solo hasta la mitad y envíame la foto. Tienes treinta segundos...

—Pero mi reina, creí que había considerado mi pedido de no introducir nada allí otra vez... Por favor... Eso no. Se lo ruego.

—Veinte segundos.

—Por favor, Diosa Suprema... No me obligue a hacer eso. Es doloroso —insiste como si sus súplicas sirviesen de algo.

—Querido, solo tienes que bloquearme para que desaparezca de tu vida. Pero si quieres continuar siendo mío debes obedecerme —escribo, y de inmediato guardo el móvil en mi bolsillo mientras acomodo mi maleta de mano en el compartimento.

La siguiente media hora no tengo tiempo para fijarme si he perdido al “conejito”. Me da cierta adrenalina este juego, y muchas ganas de ir a por más. Hago las cosas como una automática, porque mi mente está en otro lugar. Me reporto con la sobrecarga y chequeo la higiene de la cabina y la seguridad, mientras mis compañeras hacen un relevamiento del *catering*.

Solo me queda completar el papeleo, firmarlo y ya está. Listos para volar.

Miro mi reloj pulsera, regalo de uno de mis sumisos, un millonario español al que di

en llamar “Tapete”. Fue un presente por mi cumpleaños número veinticuatro que yo misma elegí en Amazon gracias a su generosa *giftcard*.

Tengo un minuto más para jugar antes de que empiece el abordaje, así que me vuelvo y con disimulo observo la pantalla. Una de mis compañeras intenta mirar por encima de mi hombro y a mí no me pasa inadvertida la movida.

—Es privado —le digo con una falsa sonrisa, y ella se disculpa roja como un tomate.

La imagen tarda unos segundos en descargar. La señal del aeropuerto no es buena y menos en la puerta de la aeronave, pero no necesito verla con nitidez para darme cuenta de que no usará la frase de seguridad todavía.

Patético e inmundado, tal como lo esperaba, tal como lo pedí.

—Eres un cerdo, no un conejo. No sé cómo te atreves a ofender mi sentido de la estética con esa foto tan asquerosa. Busca un mejor ángulo la próxima vez, enfermo. Por hoy ya no molestes...

Me desconecto del WiFi, guardo el móvil y tomo el *clicker* con el que contaré a los pasajeros que ya comienzan a abordar. Mi sonrisa se hace más amplia, mi relax es completo. Estoy lista para encarar las siete siguientes horas como la más competente de las aeromozas, luego de haber liberado tensiones con uno de mis sacos de boxeo virtuales.

Me he ganado una dosis de poder, y he cumplido con mi cuota de venganza del día. Nada mal...Pero lo mejor y lo más importante de todo es el amor. El amor de esclavo y su humillante entrega hacen que la bestia duerma, deje de atormentarme y me permita trabajar.

La mayor parte del tiempo asiento y sonrío. Esquivo miradas lascivas, y roces indecentes con mi mejor cara de tonta.

Y también pongo cara de tonta cuando me excuso por darle un pisotón al obeso de la segunda fila que cuando me incliné a preguntarle qué deseaba beber, me rozó una rodilla con su meñique.

Durante mi descanso me siento y chequeo mis últimos mensajes descargados, a los que no les presté atención por jugar con el “conejito”.

Un WhatsApp de Sebastián—. Hola, desquiciada. Necesito un Polo Ralph Laurent. Una botella de Amarula. Un cartón de Marlboro. No te olvides.

Amo su franqueza, su desparpajo. No se molesta en escribir palabras de adorno, cumplidos inútiles, o cosas así. ¡Ni siquiera me pone “por favor”! Es sorprendente que alguien tan auténtico no logre confesarle a su familia y a sus amigos que no le gustan las chicas ni le gustarán jamás.

Otro mensaje de mi madre—. Querida, el domingo 26 es el cumpleaños de papá. Sé que no vas a venir pero al menos envíale un saludo. Te lo recordaré el mismo domingo por la mañana, pero por si no logro la comunicación es que te estoy avisando con anticipación. Que la santísima Virgen te cubra con su sagrado manto y no permita que nada te pase. Mamá.

La santísima Virgen y su sagrado manto no me cubrieron cuando tenía solo dieciséis años y mi padre me rogó que me acostara con un viejo, para saldar una deuda que lo estaba conduciendo directo a la quiebra. Claro que la memoria de mi madre es selectiva, al igual que el sagrado manto de la Virgen, así que doy por sentado

que sobreviviré a este vuelo, a las miradas lascivas, a la demostración de poder del macho que me exige que le vuelva a llenar el vaso, y a la vida de mierda que me ha tocado vivir.

Y para hacerla más llevadera seguiré humillando esclavos por Internet. Todo sea por calmar a la bestia... Y pensando en eso es que les tomo una foto a mis pies, calzados con brillantes *stilettos* negros. Me cuesta encontrar la pose perfecta y luego el filtro ideal, pero por alguna razón sé exactamente cómo hacer para alimentar el morbo de mis seguidores en las redes sociales, que tienen algo en común: son todos fetichistas de pies.

Parece que el adorar tacones es otra de las peculiaridades de esta extraña fauna que pulula en la red. Mis esclavos no conocen mi rostro, ni siquiera han visto mis tetas, pero se masturban con la imagen de mis pies. Si yo se los permito, claro.

Curioso fetiche que me produce algo de repugnancia pero no la suficiente como para dejar de hacer lo que hago, así que ni bien tenga conexión subiré la foto y tenderé la red para cazar pervertidos dispuestos a dejarse humillar para así poder aliviarse.

Rebajar e insultar a desconocidos, jugar con sus mentes y descargar todo el veneno que llevo dentro a cambio de prácticamente nada, también me alivia a mí y es lo que me ha mantenido apartada de la locura. Así de simple y complejo a la vez.

Pero a veces no alcanza, y es ahí cuando pienso en que un día de estos me voy a dejar de tonterías y me atreveré a probar en vivo y en directo lo que hasta ahora solo he hecho de forma virtual. Porque quizá el pisar el terreno de la realidad sea la única forma de lograr que la bestia se aleje, para dar lugar a la esperanza de ser normal alguna vez.

2. Marcela

Y una semana después surge la oportunidad de hacerlo. El detonante fue un esclavo local que me generó la suficiente confianza como para pasar a la acción.

A por ello voy ahora... Camino por la acera empedrada un poco maldiciendo y otro poco rezando para no tener la desgracia de caerme. Tacón aguja y en subida no es una buena idea, sobre todo en una noche más gélida de lo habitual, en la que irónicamente el suelo húmedo resulta menos riesgoso para mí que lo que voy a hacer en unos momentos.

Un patinazo me obliga a detenerme y aprovecho para tomar aire y serenarme.

—Vamos, Marcela. Era lo que estabas buscando y aquí lo tienes. Basta de tonterías —me digo para animarme un poco.

Estoy nerviosa, para qué negarlo. Voy camino al despacho de un desconocido que me espera para algo que no estoy segura de poder hacer. No es miedo lo que siento, al menos no el que debería. Por alguna razón ese desconocido me inspira más confianza que muchos otros que son cercanos y más que nefastos en mi vida.

Además, estoy exagerando... No es por completo un desconocido. Tenemos horas de chats que me anticipan que este encuentro tendrá sorpresas, pero no del todo desagradables. ¿Es esto un dato ajustado a la realidad o es lo que prefiero pensar para seguir adelante? No lo sé. Tampoco sé por qué me hago estas preguntas justo ahora.

Un escalofrío me recorre la espalda. Comienzo a caminar más despacio... ¿Qué sé de este individuo? Bueno, que es abogado. Un abogado no puede ser un criminal ¿no? Conoce la ley, sabe las consecuencias de una falta grave como la violación o el asesinato. Sé también que tiene treinta y un años, que desde los veintidós está metido en el abyecto mundo del BDSM, que tiene una esposita que no cumple todas sus expectativas, y que quiere que le haga daño, que lo humille, que lo pisotee físicamente igual que lo vengo haciendo de forma virtual desde hace días.

Mis pasos se hacen cada vez más lentos. La verdad es que nada de lo que sé me consta. Y ahí es que empieza el miedo que se puede transformar rápidamente en pánico y estropearlo todo. Pero luego recuerdo que tengo cien dólares en mi cuenta que él me transfirió esta tarde, a los que les he tomado una especie de cariño y no quiero dejar ir.

Esa especie de apego al vil metal me hace sentir mal, porque después de lo que viví no creí que algo así podría impulsarme a poner de nuevo en riesgo mi integridad física. Y sin embargo aquí estoy, en la puerta y con el dedo extendido. Aunque no sé si es solo eso... Pero admitir que son otras las cosas que me mueven podría poner en riesgo mi frágil estabilidad mental, y este no es el momento.

Y mis últimos pensamientos antes de apretar el dichoso botón son mucho más prosaicos y tienen que ver con mis pies. ¿En qué condiciones estarán luego de esta caminata? Me los lavé a conciencia antes de salir de casa, les apliqué un bálsamo, me los perfumé... Cuando me puse las medias de lycra estaban más frescos que los de un bebé, pero ahora tengo dudas.

—¡Carajo! Basta de boicotearte. Te daría dos bofetadas por ser tan indecisa.

Además no has venido aquí para agradecerle, precisamente —me reprendo.

Es cierto. No he venido para agradecerle, así que mejor me guardo las autobofetadas y descargo toda mi frustración con él. Quién sabe, hasta puede resultar realmente terapéutico, incluso mucho más que lo que lo fue el pegarle de forma virtual. Aunque... ¡cómo me gustó eso! Fueron chats picantes, calientes, frustrantes.

Más allá de la retribución económica y la psicológica, tengo que decir que me resulta por demás estimulante conversar con él. Nunca se lo voy a admitir, pero lo hubiese hecho gratis.

Pero esto que voy a hacer ahora no sé... No creo que las sesiones personales sean para mí. Sin embargo, y a pesar de no estar del todo convencida accedí. Por dinero, por curiosidad, por un cúmulo de cosas que no quiero analizar ahora, pero la mayoría tienen que ver con la bestia que llevo dentro que me pide más y no me deja vivir en paz.

Además, era difícil negarme. Aceptó cada una de mis condiciones: tenía que pagar por adelantado, debía estar todo el tiempo con los ojos vendados, y no podía ser en un hotel.

Me atreví incluso a sugerirle su propio despacho... Primero se negó, tal como lo esperaba, pero cuando se dio cuenta de que era eso o nada, terminó accediendo. Y en un inocente intento de desviar la atención me inventó no sé qué mentira sobre que esa no era realmente su oficina, sino una arrendada por horas.

Hice como que le creía... Parece pensar que de esa forma puede poner un poco de distancia entre nosotros, como si mantener en el anonimato su identidad y sus señas, fuese suficiente en el caso de querer huir de mí y de lo que represento para él. Vaya iluso... Las marcas que quisiera dejarle, los tentáculos de mi influencia en su vida lo alcanzarían donde estuviese.

Y donde está, supuestamente, es a dos plantas sobre mí. Por ahora, porque planeo tenerlo abajo, muy pero muy abajo.

Súbitamente inspirada por ese pensamiento me decido y hago sonar el timbre.

La respuesta es tan breve como inmediata.

—¿Sí?

Trago saliva, y contesto con voz firme:

—Soy yo.

Y cuando la puerta se abre sé que por primera vez en mi vida pasaré de la fantasía al acto, y eso basta para hacerme sentir extrañamente excitada. Una especie de laxitud se apodera de mí y me recuesto en el espejo del ascensor tratando de controlarme. Jamás me había pasado algo así y una vez más dudo de seguir adelante con esto. ¿Así se siente una calentura? ¿Será posible que no sea tan frígida como creía?

La sensación termina tan súbitamente como empezó, y mientras el ascensor se pone en marcha a mí me vuelven a preocupar mis pies. No puedo resistir la tentación, y en un rápido movimiento me quito un zapato y lo olisqueo. Qué alivio, todo en orden.

Y de pronto me encuentro con la seguridad y las ganas, con la certeza de que estoy donde quiero y debo estar, y que lo que sucederá a continuación va a ser más que liberador para mí.

La puerta se abre y lo que veo es penumbra. Y en el medio de ella un pequeño claro, una puerta entreabierta. Una muda invitación.

Acepto... ¡cómo no hacerlo si lo estoy deseando! Mis pasos son firmes por el pasillo desierto. Cuando estoy a punto de entrar, el miedo desaparece, se esfuma, se va volando muy pero muy lejos.

Marcela se queda afuera...

Y es *Eme* quien traspasa el umbral.

No es una sorpresa encontrarlo así; ya lo habíamos hablado.

Esta tarde en el chat me preguntó sobre su "posición". Tardé unos segundos en darme cuenta de que solicitaba instrucciones, que quería que le dijera qué hacer desde el inicio. Me sentí más principiante que nunca y me dio un poco de miedo de no estar a la altura.

Después de todo él era un experimentado sumiso y yo una dómina aficionada que en el mundo virtual se sentía como pez en el agua, pero que jamás había hecho nada en el real.

No obstante, ni bien entendí a qué se refería no dudé: —De espaldas a la entrada, de rodillas y con las muñecas hacia arriba apoyadas en los muslos. Ojos vendados y en silencio.

Y así está, de rodillas junto al escritorio y de cara a la ventana, desde donde entra la luz de la calle haciendo que no se necesite encender otra para poder moverse por la habitación. Desde la entrada puedo distinguir sus anchos hombros, el oscuro cabello y las suelas de los zapatos bajo su trasero.

Avanzo hacia él, y lo rodeo para verlo mejor.

Está en mangas de camisa, con el primer botón desprendido que deja entrever una mata de vello oscuro, y la corbata puesta con un nudo flojo.

Tiene los puños remangados y en una de sus muñecas se ve un tatuaje. Es el contorno de un pez con una cruz en el centro. Vaya... "pescador de hombres —Tengo frente a mí un perrito religioso. Qué buen dato... Es emocionante descubrir un sitio nuevo dónde pegarle.

Sigo observándolo sin decir palabra. Es extraño... La principiante soy yo y el que se ve nervioso es él.

Tiene los ojos vendados con una especie de banda elástica oscura, pero no estoy segura de cuan transparente es. Me muevo un poco y él gira ligeramente la cabeza pero sin levantarla, por lo que confirmo mis sospechas de que está mirando, pero no mi rostro sino mis pies.

Eso es trampa y un privilegio que no le otorgué, así que sin decir una palabra me sitúo detrás de él y lo tomo del cabello para obligarlo a levantar la cabeza y echarla hacia atrás.

Gime, no sé si por el dolor o la sorpresa y yo aprovecho su boca abierta para escupir dentro de ella.

—Traga, perro —murmuro, y él obedece—. Creí que eras un cachorrito obediente pero acabo de descubrir que haces trampa y lo estás viendo todo.

Me siento poderosa y muy segura de mí. De principiante la dómina no tiene nada... Es como si hubiese nacido para esto y de pronto me siento feliz. Hace mucho tiempo que no me sentía así.

—Disculpe, Señora. No era mi intención...

Aflojo el agarre y le doy un pequeño golpe en la coronilla antes de incorporarme.

—Te lo dejaré pasar esta vez.

Puedo percibir que disminuye la tensión y eso no lo puedo permitir, así que antes de que se relaje del todo tomo la corbata y lo obligo a ponerse en cuatro patas.

—Sígueme, perro. Quiero verte mejor.

Lo arrastro hacia la ventana y él avanza sin emitir una sola queja, apoyado en sus manos y rodillas.

—Detente. Sentado.

Vuelve a la posición inicial y se queda esperando. Me inclino y lo tomo de la barbilla obligándolo a apartar la vista de mis pies y dirigirla a mi rostro, que de espaldas a la ventana queda en penumbras.

—Muéstrame la mano derecha.

Hace lo que le pido con el dorso hacia arriba, así que le doy un golpe seco para corregirlo.

—La palma —le exijo, mientras observo cómo aprieta los dientes para no dejar salir ese quejido que seguro le invade la garganta.

Vuelve la mano y el tatuaje aparece nuevamente ante mis ojos. Pongo un dedo sobre él y se estremece.

—Dime, perrito. ¿Sabes que tu dios no ve con buenos ojos esto que haces?

Da un respingo y se tensa como un arco. El labio inferior le tiembla ligeramente y traga saliva sin saber qué decir.

—Lo sabes, claro que sí. Sabes que esto no agrada a tu señor y sin embargo no puedes evitarlo... —ataco de nuevo y él aprieta los labios con fuerza—. Estás perdido ¿lo tienes claro? Y por eso quiero que repitas después de mí lo que te voy a decir.

Hago una pausa y observo la mandíbula en completa tensión.

—Me parece que no te he escuchado decir “sí señora —ni una sola vez...

Inspira profundo y luego parece morder las palabras.

—Sí, Señora.

—Buen chico. Ahora escucha con atención y luego lo repites: —soy un perdedor que se irá al infierno por no poder contener sus ansias de perrito alzado.

Lo veo dudar así que le doy una bofetada breve y sonora.

—Hazlo o te irá peor.

Deja salir el aire y se toca el labio con la lengua. Una minúscula gota de sangre aparece y ahora a la que le falta el aire es a mí.

—Yo... soy... un perdedor...y me iré al... infierno... por no poder... contenerme...

Le doy otra bofetada, algo más fuerte.

—Te faltó lo de perrito alzado. ¿Es que no puedes retener una frase en tu memoria de pez?

—Disculpe... Señora. Soy... soy un... un perrito alzado... Señora.

—Di que te cagas en tu dios y que yo seré tu diosa de ahora en más —le exijo.

—Usted será mi diosa... Señora.

Le tomo el cabello de la frente y lo obligo a levantar la cabeza que ha ido bajando poco a poco.

—Te he dicho que debes cagarte en tu puto dios. Vamos, dilo.

Vacila y yo tenso más su cabello en mi mano.

—Discúlpeme... Me cago en... Que Dios me perdone pero me... me... cago en él

—murmura y luego emite una especie de sollozo ahogado.

—¿El perrito está llorando? Pobre cachorrito pervertido y blasfemo. Desde ahora en adelante me incluirás en tus oraciones.

Respira profundo y vuelve a tocarse la pequeña herida del labio con la lengua.

—Rezaré por usted, Señora.

Le doy una bofetada tan fuerte que tiene que volver el rostro.

—No te he pedido que reces por mí. Quiero que me reces a mí.

Asiente y se revuelve, incómodo.

No sé lo que me pasa, pero desde que entré a esta habitación me siento bien y mal a la vez. Por un lado creo que esto se me da de maravillas. Pero por otro... Lo que estoy haciendo, lejos de calmar a la bestia no ha hecho otra cosa que despertarla y avivarla. Por un momento me pregunto si no debo dejarlo por aquí, pero al ver ese labio tembloroso desecho por completo esa intención.

—Deja de temblar, imbécil. Eres tan patético que das asco... Un esclavo de sus perversiones como tú me produce tanta repugnancia que vomitaría en tu boca.

Su expresión cambia. Se vuelve a pasar la lengua por los labios pero de una forma algo lasciva.

—Por favor, Señora. Si es su voluntad, hágalo.

No sé cómo, pero este arrastrado de mierda se acaba de hacer del control de la situación, y eso no lo pienso permitir. Lo disfruta... ¡lo está disfrutando! Esta inmundicia está tan jodida que es capaz de desear algo tan asqueroso como un vómito en la boca.

Un odio visceral va creciendo dentro de mí y amenaza con desbordarme. Tengo que controlar mi ira si quiero volver a tener el control sobre la situación que esta escoria me acaba de arrebatarse.

Lo tomo de un brazo y lo obligo a ponerse de pie.

—Arriba, perro. En dos patas y contra la pared.

Obedece de inmediato. Guiado por mí se pone de cara a la pared y yo le quito la corbata con rapidez y le ato las manos por detrás. Y luego lo obligo a volverse.

Es alto, y recién ahora noto cuánto. También es fuerte.

Lo observo mejor y frunzo el ceño. No lo entiendo... Es joven, es guapo, es viril. Es inteligente, un profesional aparentemente exitoso. Miro a mi alrededor y veo un espacio en la pared... El título. Ha descolgado el título para que no pueda ver su nombre.

No entiendo cómo alguien así puede estar tan mal, pero ni un poquito de lástima me da. Por el contrario, siento que mi rabia crece minuto a minuto.

—Tiene que haber sido muy jodido lo que te hicieron para que estés así de enfermo. ¿Te violaba tu papito? ¿O era mami la que te tocaba indebidamente?

No sé si di en el blanco o qué, pero de pronto levanta la cabeza y dice:

—A mí no, Señora. ¿Qué me dice de usted?

Contengo el aire unos segundos. Diez, para ser más exactos. Intento controlarme pero siento que no puedo. Le acaricio el rostro despacio y él se afloja por completo, pero yo no.

—¿Recuerdas cuál era la frase de seguridad, cachorrito? —le pregunto al oído poniéndome de puntillas.

—Sí, señora.

—Solo para comprobarlo quiero que la digas ahora.

—*Muñequita mía.*

—Buen chico —murmuro y luego me alejo unos pasos y lo contemplo.

Por unos segundos no hago otra cosa que mirarlo, pero cuando vuelvo a él ya no soy *Eme* y tampoco Marcela. Es la bestia la que toma el mando y todo se empieza a descontrolar.

3. Rafael

—Bueno, cuéntenme un poco sobre cómo va la vida. ¿Martina?

Ella suspira y toma un sorbo de su Coca. Se la ve incómoda y no la culpo. Un padre que reaparece luego de varios años no es el mejor plan para un sábado por la tarde.

—Va —es su escueta respuesta, y a mí no me parece oportuno insistirle. No obstante, no me doy por vencido y lo intento con Salvador.

—¿Y tú? ¿Tienes buenas calificaciones?

Tiene la boca llena y farfulla algo que no alcanzo a entender, pero su hermana oficia de traductora.

—Las tiene. Es un pequeño cerebritito. Evidentemente no ha salido ni a mamá ni a ti.

Cada palabra de Martina es como un puñal, pero no me quejo porque me lo merezco. Con dieciséis años tiene más que claro lo mal padre que fui y que sigo siendo. Pero también sabe que siempre, incluso cuando el dinero abundaba y la prensa decía que era un *crack*, fui un perdedor.

Y vaya si fue así. El éxito fue efímero, tan efímero como el dinero, porque tardé muy poco en echarlo a perder.

—Me alegro que no haya salido a mí. Pero vuestra madre tiene muchas cosas buenas que espero hayan heredado.

Martina me fulmina con la mirada.

—Mira, Rafael, no tienes por qué cruzar el país para traernos el dinero. ¿Sabes que existen las transferencias bancarias? Ahórrate el viaje y el mal momento. No es necesario que finjas que te interesamos, o que estimas a mamá porque los tres sabemos que no es así.

Aprieto los puños con fuerza y los escondo bajo la mesa. Sabía que sería difícil y estaba preparado pero nunca pensé que tanto. Miro a Salvador que nos observa con los azules ojos como platos.

—Sé que me desprecias y sé que me lo merezco. Durante mucho tiempo no fui el padre que debí ser, pero nunca me olvidé de ustedes. No tengo forma de justificar mi ausencia, y no me va a alcanzar la vida para arrepentirme de haberles hecho lo que les hice, pero creo que nunca es tarde y trataré de reconstruir los lazos que permití que se rompieran —les explico sin mirarlos. La vergüenza que me invade es tan inmensa que no puedo hacerlo.

Martina resopla, indignada.

—Claro que es tarde. Hace años que no sabemos nada de ti, y ahora vienes y quieres comprarnos con un poco de dinero... Lo vamos a aceptar porque es tu deber, pero espero que eso no haga obligatorio que te veamos —declara y es tan duro su tono que no puedo evitar mirarla con dolor.

—Tina... No está bien que digas eso —interviene de pronto Salvador.

Lo observo infinitamente agradecido. Tiene solo doce años, pero en este momento es una especie de gigante ante mis asombrados ojos.

Su hermana también lo mira con asombro.

—Es la verdad y lo sabes. No nos quiere, nunca nos ha querido...

—No es cierto —interrumpo, categórico—. Los he querido desde que nacieron, desde antes de que nacieran. Pero hice las cosas mal, tanto en mi vida profesional como en la familiar y estoy pagando muy caro mis errores.

—Eres un vicioso. Un adicto. Lo estropeaste todo... ¡nos arruinaste la vida! —reclama mi hija entre dientes, llena de ira acumulada por años.

—Tienes razón, nos arruiné. A ustedes, a mí, a nuestra familia. Pero ya no soy un vicioso... Lo he superado, Martina. Tengo un trabajo, y es por eso que ahora puedo cumplir con...

—Terminemos con esta farsa, Rafael —me dice en el tono exacto que Irene usaría para la misma frase. Creo que ha heredado de su madre cosas que no hubiese deseado.

—Es la verdad. Les pasaré una mensualidad y vendré a verlos todo lo que pueda para...

—Todos estos años sin verte, sin saber de ti... No te importó si teníamos cubiertas nuestras necesidades. Ni siquiera te acordabas de nuestros cumpleaños —me acusa mi hija con una mirada dura.

—Eso no es cierto —le digo en el mismo tono. Ya me harté de blanquear mis errores y ocultar los de su madre—. Los he llamado y no solo en vuestros cumpleaños, pero Irene no ha querido pasármelos.

Ahora el que resopla es Salvador, así que me dirijo a él.

—Mamá también está muy dolida y la entiendo. Pero quiero que sepan que no me olvidé de ustedes, que siempre los he echado de menos y que me odié por haberles hecho daño.

—Yo... Por mí está bien... papá —murmura mi hijo con la mirada baja. A mí se me llenan los ojos de lágrimas y apenas puedo creer cómo cinco palabras pueden abarcar tanto el perdón como el cariño.

—Eres un traidor, igual que él —lo acusa su hermana, que está llena de rencor. Es lógico, al ser mayor lo ha sufrido más.

La miro en silencio, y luego carraspeo.

—Oye, Salva. ¿Puedes ir por otra bebida para mí? Si quieres otra cosa, no dudes en pedirla —le digo mientras tomo de mi cartera un billete y se lo tiendo—. Gracias.

Se marcha en silencio y yo me encaro con Martina.

—Tortúrame a mí si quieres, pero a él no. Yo soy el que te ha hecho daño y no tu hermano.

—Tú no puedes hacerme daño ya, y eso es lo que importa. No te las des de padre amoroso porque no es creíble ¿sabes?

—¿Es que no entiendes que era tu madre quien no me permitía verlos o hablarles?

—¿Es que no existen los abogados para remediar eso?

—¡No tenía dinero, joder! Apenas tenía para comer... ¿de qué abogados me hablas?

—No tenías para comer porque tú mismo derrochaste nuestro dinero con tus vicios, pero sí que tenías para echarte una novia ¿no?

Eso fue el golpe más bajo que he recibido en mucho tiempo, lo confieso. Por un momento me deja descolocado, porque jamás esperé que mi hija pusiera sobre la mesa de los reproches a Mónica.

—¿Creías que no lo sabíamos? Te vieron con ella y se lo contaron a mamá. Espero que todavía sean felices y coman perdices.

Esas palabras me terminan de rematar. Me dejan totalmente fuera de combate, en esta dura contienda con mi propia hija que no escatima en usar artillería pesada.

Salvador regresa con la bebida, pero yo ya no tengo fuerzas.

Me pongo de pie y les anuncio que nos vamos.

—Los acompaño a casa.

Martina se para y se encamina hacia la puerta, no sin antes decirme con desprecio:

—No es necesario “papá”. Sabemos el camino.

Y al ver que su hermano duda, le toca el hombro y le ordena:

—Muévete. Y no olvides nunca que no hay dinero en este mundo que compense lo que este “señor —nos ha hecho.

Salvador me mira entre resignado y derrotado. Yo cierro los ojos, pues no quiero que sea rehén de esta situación de mierda, así que lo dejo ir sin pronunciar una sola palabra para retenerlo.

Los veo alejarse y el nudo en mi garganta se hace cada vez más grande.

—No importa cuántas veces me rechacen. No importa las palabras que usen con la intención de hacerme daño. No importan los reproches, sean justos o injustos... Volveré. Todas las veces que pueda haré estos seiscientos cincuenta kilómetros para verlos y traerles dinero, aunque jamás vuelvan a quererme, aunque jamás logren perdonarme...

Una hora después me subo al autobús. La visita ha sido más corta de lo que jamás pensé. Dos horas nada más, y ya estoy emprendiendo el camino de regreso con un sabor amargo en la boca y la cabeza llena de recuerdos.

—Eres un vicioso. Nos arruinaste la vida...

Las palabras de mi hija describen mis últimos diez años, pero mis vicios se remontan mucho más atrás.

Hace casi veinte años, cuando tenía veinticuatro me llegó el pase de mi vida. De un equipo de segunda división pasé a Los Caimanes de México y creí que con eso podía dar por cumplidos todos mis sueños, todas mis aspiraciones.

Una radicación en el exterior obligaba a tomar una decisión rápida con respecto a Irene y a la relación que mantenía con ella de toda la vida, así que nos casamos.

A los veintiséis me consagraba campeón Centroamericano y me estrenaba como padre de Martina. Creí que la vida me sonreía y así era en ese entonces.

De México a España, aunque en segunda división. Al año siguiente era el capitán del equipo, el guardameta con más minutos invicto de la temporada, y los periódicos hablaban de mí como el próximo candidato a un equipo de la primera, a uno de los grandes.

Esa oportunidad nunca apareció. Llegué a la primera, pero de la mano del Platense, un equipo pequeño que hizo una campaña maravillosa terminando segundo ese año. Me llamaban Cacique porque me consideraban un líder natural y finalmente terminé siendo capitán en la siguiente temporada. Pero en la tercera me lesioné gravemente, y aunque eso no significó el fin de mi carrera fue un gran retroceso que me mantuvo inactivo durante meses. Y fue en ese momento que me entregué al vicio que destruyó mi vida.

No fueron las drogas, fue la maldita ruleta.

Podía haber vuelto a casa y someterme a los cuidados de mi mujer, pero preferí quedarme en la ciudad para evitarme el viaje de dos horas a diario para recibir fisioterapia primero, y entrenamiento después.

En mis largas e inútiles horas en aquel hotel descubrí el casino. Y ese fue el principio del fin.

Mi escalada hacia la cumbre de la adicción fue vertiginosa. Tenía dinero, así que no significaba privar a mi familia de nada. Durante los siguientes años seguí generando muchísimo, y con él mi ludopatía empeoró.

Tenía treinta cuando nació Salvador, y aunque mantenía bien oculto el vicio que me estaba arruinando, mi matrimonio se resintió y también mi carrera.

Dejé de ser el guardameta titular y capitán del equipo; y debí pasar mi última temporada en el Platense en el banco de suplentes. Y luego todo empeoró.

Con treinta y dos ya no tenía contrato y el dinero comenzó a escasear. Y cuando menos tenía, más crecía mi esperanza de que jugando lo iba a solucionar.

Probé de todo, y no solo en el casino. Juegos clandestinos, juegos en línea... Pero nada resultó. Me endeudé demasiado y la cosa se puso realmente peligrosa.

Tuvimos que regresar, no quedaba otra. Pero lejos de obtener una “cura geográfica —mi problema recrudesció.

Había invertido algo de dinero poniendo un departamento, un autobús y un taxi a nombre de mi mujer, y eso fue todo lo que se salvó permitiendo que mis hijos llevaran una vida decente.

Claro que para mí ya no había remedio. A los treinta y cinco ya no tenía ni familia, ni dinero ni dignidad. No tenía nada: ni siquiera un trabajo con el que sostenerme, así que cuando Irene me echó tuve que recurrir al mal bicho de mi padre.

Fue una tortura vivir con él, y creo que fue mutuo porque estaba tan perdido que a la primera de cambio le vendí la tele, y me terminó sacando de su casa a puntapiés.

De buenas a primeras me encontré en la calle y allí me quedé durante algún tiempo. Dejé de ver a mis hijos, y meses después, cuando una tarde y por accidente me los encontré junto a su madre en la puerta del supermercado donde ese día estaba oficiando de *cuidacoches*, me invadió una vergüenza inmensa.

Creo que en ese momento fue que Irene decidió poner distancia entre nosotros. Vendió lo que quedaba y se instaló en el norte con nuestros hijos.

Puso un centro de estética, y por lo que supe a través de allegados no le fue nada mal y eso fue un consuelo para mí, pero el saberme tan lejos de los niños terminó de hundirme.

Intenté suicidarme incluso. A los cuarenta era un auténtico despojo humano, y fue la oportuna aparición de Mónica lo que me sacó de las calles por un tiempo, pero eso ya es otra historia. Una historia que no puedo siquiera recordar sin tener ganas de golpear mi cabeza contra una pared hasta quedar inconsciente.

Solo puedo decir que ella ya no está, y que finalmente ese hecho fue lo que me hizo tocar fondo y salir a la superficie en busca de una enorme bocanada de dignidad primero, y luego una cura definitiva para poder levantarme y continuar.

En eso estoy ahora. Es un proceso que no termina nunca, y es tan lento que a veces desespera, pero siento que por fin estoy logrando encaminar mis pasos y ya no

volveré a caer jamás.

4. Marcela

—A ver si estoy entendiendo lo que me dice... Usted agredió de esa forma al señor Márquez en el marco de una relación sexual ¿es correcto?

Carraspeo incómoda, mientras mi abogado me toca disimuladamente la mano instándome a contestar.

—No, su señoría. No se trataba precisamente de una relación sexual, sino una sesión de BDSM.

—Algo completamente consensuado, señoría —acota mi abogado, diligente—. El señor Márquez tenía forma de detener la... La práctica. Una frase de seguridad, que establecieron en conjunto antes de iniciarla.

El juez levanta las cejas y luego me observa unos segundos antes de mover la cabeza y revolverse en el asiento.

—¿Y el señor Márquez hizo uso de esa frase en algún momento?

Sabía que me preguntaría eso, y tengo claro de que he que mentir pero no puedo. Al menos no tan descaradamente.

—No lo recuerdo.

Ahora el incómodo es mi abogado. Pero el fiscal no puede ocultar su satisfacción.

—Señoría, es evidente que se trata de un caso de violencia de género. Parece que esta vez le tocó al caballero recibir la golpiza.

—¡No es cierto! —exclamo furiosa—. Usted no tiene idea de qué estoy hablando... Además tengo entendido que el señor Márquez no ha declarado en mi contra.

—Mi representado no ha levantado cargos en su contra, es cierto. Una reacción habitual cuando es mucho el miedo que se experimenta.

Estoy intentando controlarme, pero no lo estoy logrando. Este fiscal de medio pelo va a conseguir que salga lo peor de mí.

Mi abogado lo nota y es por eso que interviene, seguramente.

—La fiscalía interpreta el silencio del señor Márquez de una forma demasiado subjetiva. Pero el hecho es que mi defendida no ha cometido ningún delito. Reitero: se trató de una actividad consensuada.

El juez parece fastidiado. Es evidente que no entiende los matices de la situación. Este viejo de mierda no debe conocer del erotismo más que una paja, y el fiscal a lo sumo una follada en posición de misionero. Yo tampoco conozco nada de nada, pero al menos tengo la mente abierta, y no como estos dos.

—¿Puede probarlo?

—Por supuesto —acoto yo de inmediato—. Tengo aquí en mi teléfono los chats...

—Su señoría, en la vista preliminar se descartaron esas conversaciones pues el señor Márquez no reconoce haberlas mantenido con la acusada —interrumpe el fiscal antes de que pueda siquiera tomar el móvil.

—¡Miente! Lo dice solo para perjudicarme el muy cabrón... —protesto indignada.

—Señorita Urioste, le pido que mantenga las formas —dice el juez con el ceño fruncido, y el fiscal aprovecha para echar más dudas sobre lo que sucedió.

—Si quisiera perjudicarla la hubiese acusado directamente ¿no cree, señoría?

Mi abogado parece estar pintado al óleo. Debí haber pagado uno de los buenos y no haber aceptado este de oficio que no sabe ni dónde está parado. Otro estúpido con aspecto de virgen a los cuarenta. Los hombres son un asco, eso está claro.

—No me acusa para no ir a juicio y tener que contar lo perversito que es —me defiende—. Va a negar sistemáticamente todo lo que lo relacione a las prácticas de BDSM que tanto le gustan.

El fiscal me mira con suficiencia y luego sonrío.

—El señor Márquez es un marido respetable y padre de familia que seguramente perdió la cabeza ante una mujer atractiva, señorita —declara sin dejar de mirarme—. ¿A quién no le ha pasado alguna vez? Claro que jamás pensó que un escarceo en su despacho lo iba a llevar directamente a Emergencias por haberse topado con una mujer realmente violenta.

—¡No soy ninguna violenta, joder! —exclamo sin poder controlarme. Soy consciente de que mis palabras denotan lo contrario, pero no puedo evitarlas—. ¡Y el puto señor Márquez es un infeliz incapaz de asumir que necesita emociones fuertes para excitarse! Es como todos los hombres, un completo cobarde...

—Marcela, por favor... Cálmese —murmura mi abogado, tenso. Pero yo ya no puedo contenerme más.

—¡No me calmo una mierda! No entiendo por qué insisten con esto, si el perverso no levantó cargos en mi contra. ¡Terminemos con esta farsa! Voy a pagar las cuentas del arreglo de la naricita respingona del maridito perfecto y que no se hable más del asunto...

No puedo terminar mi discurso porque el que me interrumpe es el juez.

—Señorita Urioste, hágame el favor de cerrar la boca de inmediato.

Resoplo, pero le hago caso. Es que por el disgusto de su rostro me doy cuenta de que me acabo de pasar tres pueblos y una villa.

Su señorita se pone de pie con cara de vinagre y mira a los abogados por unos segundos antes de hablar.

—No conozco el alcance de las prácticas sadoomasoquistas, y si el señor Márquez se ha negado a declarar posiblemente nunca sepamos si este es el caso, o como dice el fiscal si se trata de uno de violencia de género. La cuestión es que yo veo a la señorita Urioste como una persona algo descentrada que no puede controlar su ira...

—¡Claro que puedo controlarla!

Mi abogado me toca la mano y cuando lo miro mueve la cabeza y hace una mueca rara.

El juez me observa con severidad y el fiscal no deja de sonreír. Creo que me estoy cavando mi propia tumba con mi propia lengua.

—No lo parece, señorita. La veo demasiado perturbada... Si le digo la verdad prefiero pensar que se trató de una riña, de algo pasional y no de lo que usted describe. En mi mente no puedo siquiera considerar los motivos por los cuales el señor Márquez le haya pedido que lo lastimara, y que usted haya accedido... Solo se me ocurre que alguno o ambos no se encuentran del todo en sus cabales —manifiesta con calma.

—Señorita, me encuentro perfectamente —no puedo evitar decir—. Esto que hice con el señor Márquez fue algo... exagerado. Pero teniendo en cuenta que era mi primera vez es lógico que me haya dejado llevar por el entusiasmo y...

—¿Entusiasmo? ¿A usted la entusiasma golpear a alguien e intenta hacerme creer que no está perturbada? —pregunta el juez y no me gusta para nada su tono.

—¡Él me lo pidió! ¡Me ofreció dinero para que lo hiciera! —grito poniéndome de pie también.

El juez se lleva la mano al pecho.

—¿Ahora me está diciendo que usted es prostituta además de aeromoza?

Ups. Creo que la cagué. Definitivamente la cagué, pero voy a intentar arreglarla.

—No, señorita. Me ofreció pero yo no acepté... ¿Por quién me ha tomado? —le pregunto fingiendo estar indignada.

—Entonces permítame comprender por qué se ha ensañado de esa forma con ese hombre.

Trago saliva. No sé qué decirle... Hablarle de la bestia que habita dentro de mí no creo que me ayude, y por eso bajo la mirada, muevo la cabeza...

Estoy frita. Pero vagamente me doy cuenta que es mejor pasar por loca que por malvada o puta, así que suspiro largamente y luego lo admito.

—Tiene razón, señorita. Estoy algo... perturbada —murmuro con expresión contrita—. Voy a buscar ayuda profesional, se lo prometo...

—Oh, claro que lo hará —dice el juez muy seguro de sí—. Y me aseguraré de que así sea.

Levanto la cabeza y lo miro. ¿Qué quiere decir este idiota? No pienso ir a ningún puto loquero... ¡solo lo dije para seguirle la corriente!

Los abogados no dicen nada. Creo que se dan cuenta de que esto es entre el juez y yo.

—¿Qué quiere decir? —pregunto con un hilo de voz.

—Que a partir de este momento no solo tiene una orden de restricción de aproximación a menos de trescientos metros del señor Márquez, también va a tener que realizar un curso de control de ira —dictamina con voz firme—. Esta corte verificará que haya cumplido con el mismo, y llámese dichosa porque el damnificado no ha levantado cargos en su contra, así que es probable que tenga la suerte de no tener que enfrentarse a una demanda civil en busca de un resarcimiento de orden económico.

—Pero... —intento protestar, pero el juez está decidido a callarme.

—¡No he terminado! También tiene prohibido realizar prácticas sadomasoquistas hasta que no haya logrado pasar ese curso y esta corte evalúe sus progresos con el informe que presenten.

—¡No pensaba hacerlo, de todos modos! —protesto indignada.

—Mejor así —replica el juez.

—Por favor... ¿Es necesario lo del curso, señor juez? ¿No bastaría con ir al psiquiatra y que me recete unas píldoras? —pregunto esperanzada. La verdad es que lo de no acercarme a ese estúpido perro no me afecta, pero ese curso de control de ira... ¡Yo no tengo nada que hacer al lado de gente violenta! No estoy enferma, solo tengo una especie de bestia dentro, que puedo controlar perfectamente la mayoría del tiempo. Hace tiempo que lo hago, y si se me fue un poco la mano con el tal Márquez es por lo que le dije al juez: exceso de entusiasmo. ¡Fue mi primera vez! Por eso tal vez me dejé llevar... Bueno, por eso y porque el estúpido no dijo la frase de seguridad.

Suspiro... Lo cierto es que creo que sí la dijo. O al menos la murmuró escupiendo

sangre, pero yo me hice la desentendida y le propiné un par de bofetadas más. O tres...

El juez interrumpe mis cavilaciones con una negativa terminante.

—No. Me parece bien que vaya al psiquiatra, pero no va a poder esquivar lo del curso. El Ministerio de Salud se lo proporcionará de forma gratuita a través de nuestro Centro de Adicciones Estatal, y agradezca que solo vaya a dictar su procesamiento sin prisión, porque podía haber terminado en la cárcel por lesiones, señorita Urioste.

Me quedo con la boca abierta. ¿Procesada? ¿Me van a procesar? No lo puedo creer.

—Señor juez, creo que es excesivo dictar procesamiento... La psicóloga forense dijo que mi defendida era imputable, pero está claro que tiene ciertos problemas psicológicos que atenúan su culpabilidad... —comienza a decir mi abogado que parece que acaba de despertar.

El fiscal lo interrumpe sin miramientos.

—Esta fiscalía había propuesto prisión preventiva, porque cree que la acusada está fuera de control y puede resultar una amenaza para mi representado y otros hombres que puedan caer en sus redes de seducción.

El juez mira a uno y a otro alternadamente y luego toma su martillo.

—Por lo que ambos argumentan es que justifico mi decisión —dice, terminante—. Señores, estoy hasta la coronilla de este caso. He dictado sentencia, así que se cierra. Abogados, señorita... Nos vemos en un máximo de tres meses con la evaluación del resultado del curso de control de ira que ordené. Que tengan todos muy buenos días.

Y así, sin más, se marcha.

Yo todavía no consigo cerrar la boca, cuando mi abogado me dice que se puede apelar pero considera que la saqué más que barata.

Lo miro con infinito desprecio y luego tomo mi bolso.

—Váyase a la mierda, leguleyo infeliz.

Y mientras me dirijo a la puerta escucho la alegre carcajada del fiscal.

5. Rafael

Luego de mi segunda visita a mis hijos, en el viaje de regreso a la capital, no hago más que rumiar mi inmensa frustración. Seiscientos kilómetros flagelándome de continuo puede ser muy agotador, les aseguro.

Y muy doloroso también.

Reviso sin cesar mi pasado en busca de los motivos por los cuales terminé en esta penosa situación, en la que mis hijos me desprecian, en la que yo mismo lo hago. Me resulta difícil de creer que me condené cuando entré por primera vez al casino del hotel... No, esto viene de antes. Tiene que venir de antes.

¿Desde cuándo, entonces? Tal vez desde el día en que mi madre nos abandonó, y mi padre dejó de prestarme atención, inmerso como estaba en su propia pena.

A ella la odié, pero a él más. Jugué mi primer partido como profesional y mi padre no estuvo allí para celebrar mi logro. Tampoco estuvo cuando salimos campeones con Central Football Club, ni cuando firmé el contrato con Los Caimanes.

Era de esperar que me aferrara a mi primera novia como si de una tabla de salvación se tratara, y mi vida personal se construyó en torno a mis circunstancias y sus deseos.

La casa, los niños, el colegio, las compras, mi ropa, mi estilo. Todo lo definió ella y yo no hice más que asentir y pagar.

Fui el monigote de mi mujer en casa, pero no me quejé jamás. Era asfixiante pero también era cómodo, así que dejé que sucediera.

Por eso mi felicidad estaba entre los tres palos del arco. En esa especie de cárcel de red donde podía volar de tanto en tanto, encontré mi libertad, mi desahogo, algo en lo que era bueno y lograba que muchos me quisieran.

Incluso yo llegué a quererme un poco en esa época.

Por eso la lesión en los ligamentos cruzados, fue una verdadera catástrofe. Me devolvió a mi hogar, que yendo solo a dormir era pasable pero estando todo el día allí era el infierno.

Una gran depresión se apoderó de mí y por primera vez me encontré cuestionándome si mi vida junto a Irene no sería la principal causa de mi evidente infelicidad.

No me gustó para nada el descubrir que en parte sí. Y me gustó menos la idea de terminar con eso y desintegrar nuestro hogar, igual que lo hizo mi madre en su momento. Yo no era como ella, y tampoco quería ser un padre ausente como el mío, solo que no soportaba estar en casa.

Y así fue como el juego irrumpió en mi vida. Fue mi refugio y mi nueva adicción, justo cuando descubrí que mi amor por Irene había llegado a su fin.

Claro que ella no se quejó. Permaneció ciega y sorda a lo que me sucedía mientras el dinero seguía llegando y con él la vida que había construido. Creo que hasta era un alivio para ella no contar con mi presencia en la casa.

Así que tuve piedra libre. El trabajo me daba éxito y dinero, el casino me daba el recreo, el alivio a las tensiones. Era una válvula de escape que terminó saliéndose de

control, y lo que se escapó finalmente fue el dinero y también mi concentración, lo que significó el final de mi carrera.

Tuvimos que volver al país, en medio de la peor de las guerras con mi mujer, que se mantuvo en silencio mientras no hubo apuros económicos, pero cuando llegaron los malos tiempos abrió la boca y no la volvió a cerrar.

La presión era tan grande que mi adicción creció hasta cruzar límites que en algún momento consideré infranqueables. Así como cuando jugaba al fútbol estaba obsesionado por ganar, en mi afición por las apuestas me pasaba lo mismo. No me resignaba a perder, y no sabía ni cuándo ni cómo parar.

Mi vida se sostuvo con alfileres durante cinco años en los que fui perdiéndolo todo, incluso a mis hijos. El poco dinero que me quedaba, la casa que se la quedó Irene en el divorcio al igual que las pocas inversiones que yo había puesto a su nombre, y también mi dignidad... La relación con mi padre que aun siendo tensa todavía existía hasta que se me ocurrió robarle para financiar mi vicio, y me echó de su casa.

Me quedé en la calle, literalmente. De guardameta estrella a cuidar coches por unas monedas...

Un día aposté esas monedas a la lotería y gané un poco de dinero, lo que me permitió comprar ropa decente para que readmitieran en un casino.

Eso hice y fue así que la conocí. Mónica llegó a mi vida mientras me fumaba un cigarro en la puerta del Casino Victoria. Intentó cambiármela y paradójicamente eso pudo costarle la suya.

Pero duele recordar... ¡Cómo duele recordar! El pasado lejano, el pasado reciente... Tengo muy pocos recuerdos felices, la verdad.

Y este segundo encuentro con mis hijos fue más frustrante de lo que esperaba. Incluso fue peor que el primero, en el que Martina me puso de vuelta y media en Mc Donald's, dejándome hecho un trapo.

Claro que no puedo culparlos. Durante cinco años me resigné a que Irene no me permitiera ni verlos ni hablarles. Creo que tenía razón... Yo era una vergüenza, una mala influencia para ellos.

Pero la muerte de Mónica obró el milagro. Me revolqué en lodo y ahora estoy limpio... Hace dos años que comencé este proceso de intentar reconstruir mi vida para poder ofrecerles a mis hijos lo que se merecen, y volver a respetarme a mí mismo.

Entender que no será fácil lograr ganarme su cariño me deprime, para qué negarlo. Si cierro los ojos e imagino la ruleta, siento un alivio inmenso.

La bola plateada dando vueltas... Rozando la felicidad... Permiéndome sentirme un ganador otra vez...

No. Por supuesto que no voy a flaquear. Salí de esto y no volveré a caer porque hacerlo significaría el final y no por perder lo poco que he logrado obtener en los últimos dos años, sino porque entregarme al vicio que me destruyó haría que hasta la vida de Mónica se hubiese perdido en vano.

Inspiro profundo... Cuando la culpa se apodera de mí me falta el aire.

El timbre del móvil interrumpe mi espiral de autoflagelación por un momento. Es mi amigo Luis, con quien comparto vivienda y también ayudo a entrenar.

—“Maluma — —digo su apodo en lugar de su nombre, porque se lo ha ganado con su nacionalidad colombiana y su parecido al cantante, y ya es parte de él.

—Rafa ¿cómo fue todo esta vez? —me pregunta, ansioso.

Suspiro.

—Muy mal. Peor que la primera, incluso.

—¿No quisieron verte? ¿No se los permitió Irene?

—No es eso. No es Irene sino ellos, o mejor dicho es Martina la que no me perdona —confieso, esperando que no se note en la voz el dolor que experimento por eso.

—Normal... Es una adolescente y el resentimiento es el pan de cada día. Te lo digo yo, que hasta hace poco lo era.

Sonrío.

—Y lo sigues siendo. Por suerte Salvador estuvo más receptivo... Pero no me engaño, me recibirán con una piedra en cada mano cada vez que regrese a verlos.

—Pero no vas a desistir ¿verdad? —pregunta mi amigo, y esa respuesta la tengo más que clara.

—No voy a desistir. Voy a recuperar el cariño de mis hijos y si puedo su respeto también. Y también voy a cumplir con mis obligaciones en lo económico...

—Rafa, tampoco es que los dejaste sin nada. Irene se quedó con la casa, el taxi y el bus. No con la mitad, sino con todo...

—Hizo bien. Si lo hubiésemos dividido ya lo hubiese perdido —afirmo con amargura.

—Vaya, sí que estas deprimido, hermano. Ven a casa de una vez que compré cerveza.

—Estoy en camino, pero debo rechazar tu oferta pues sabes que no bebo. Y si lo hiciera tampoco, porque debo trabajar.

—Llegarás por la noche, Rafa.

—Es lo bueno de trabajar en Uber; puedes hacerlo a toda hora —le recuerdo, y también agrego un consejo: —. Y tú menos cerveza y más entrenamiento... Nos vemos, “Maluma.

Cuelgo al escuchar su resoplido y la palabrota. Mi amigo es una excelente persona, pero algo perezoso.

Nos conocimos cuando decidí comenzar de nuevo luego de lo que pasó con Mónica. Trabajábamos el mismo taxi, él durante la noche, y yo durante el día. Estaba decidido a levantarme luego de haber tocado fondo, y “Maluma —me dio más que una mano: me invitó a vivir con él.

Al principio dudé, lo reconozco. Un tipo joven, se rumoraba que era gay... Pero yo estaba deseando salir de esa pensión de mala muerte en la que vivía para poder ahorrar lo más que pudiese, así que acepté compartir departamento con él.

Hasta el día de hoy convivimos. Compartimos los gastos, y ahora que el trabajo en el taxi mermó, también nos turnamos en el coche que compré para trabajar en Uber. Pero ahí no se acaba... Además compartimos nuestra afición por el fútbol porque “Maluma —es un delantero con una izquierda privilegiada, así que ahora que está libre pues no llegó a un acuerdo con el equipo de segunda división en el que jugaba, lo estoy entrenando yo para que no pierda la forma.

Creo que con veinticuatro años todavía está a tiempo de triunfar, si es que consigue un buen contrato. O por lo menos de darse el gusto de jugar en un equipo de primera división, y no echarlo a perder como lo hice yo.

Claro que no sé si él está tan interesado en trascender. Maluma no es amigo del juego, pero sí de la noche. No sé de sus andanzas y jamás hablamos de asuntos sexuales, pero sé que está activo pues algunas noches duerme fuera de casa y luego regresa con una sonrisa de oreja a oreja. Esto de no tocar esos temas no es casual, sino que así lo acordamos desde el principio cuando le dije sin ambages que yo no era gay, por si la invitación a compartir departamento incluía también la cama.

Se rio y me dijo que no había ninguna intención secundaria al invitarme. Y allí mismo acordamos no volver a hablar del asunto. No admitió que él sí lo fuera, y tampoco lo negó, lo que me pareció de lo más maduro y oportuno.

Nuestra convivencia va sobre rieles basada en el respeto mutuo, y el compartir todos los gastos. Y espero que siga así, porque como estamos, estamos bien.

Lo que no va para nada bien es lo más importante de mi vida en este momento: retomar la relación con mis hijos.

Es un arduo camino el que me espera si quiero volver a crear los lazos que jamás debieron romperse, pero no pienso desistir.

Vencí al vicio que me arruinó y ahora puedo volver a mirarlos a la cara, así que lo seguiré intentando todo lo que sea necesario.

Y el resto del tiempo continuaré trabajando más duro que nunca, para poder darles algo de lo mucho que les debo, y para poder llevar una vida más o menos digna. No tengo grandes aspiraciones; si en cuarenta y dos años de vida que llevo no he hecho más que arruinarlo todo, con poder subsistir y aportarles a mis hijos me conformo.

No necesito mucho. El dinero... ¿para qué? Solo me trajo problemas.

Y el amor... Creo que no sé lo que es. Distingo el compañerismo y el deseo, pero no estoy seguro de que eso sea amor. Nunca me sentí verdaderamente desquiciado por alguien, pero entiendo que debe ser maravilloso y terrible tener tanta necesidad de otro ser humano como para considerarlo una especie de adicción. ¿Será posible que una mujer pueda provocarme tanta adrenalina y emoción como el juego? No lo creo, eso ya no me pasará.

Estoy solo y así permaneceré, al menos por ahora. Un desfogue momentáneo de vez en cuando, sin repetir jamás y no necesito otra cosa.

Esta es mi vida, que existe todavía porque Mónica murió por mi culpa, o tal vez en mi lugar.

Pero eso ya es otra historia que hoy tampoco estoy dispuesto a recordar.

6. Marcela

Apenas puedo creer el alcance, la increíble consecuencia de mi único exabrupto. El momento más satisfactorio de mi vida terminó siendo la más espantosa de mis pesadillas, con derivaciones tan insospechadas como terribles.

Cuando el juez realizó su dictamen pensé que lo peor sería tener que acudir a ese curso de control de ira, pero resulta que no, que eso no es lo peor ni por asomo.

Lo realmente malo es esta suspensión de tres meses sin sueldo que me acaban de comunicar hace instantes.

En la compañía aérea se han enterado de mi procesamiento... ¡malditos abogados! Seguro que fueron ellos los que hicieron correr la voz. Claro, que uno de sus prestigiosos colegas hubiese resultado herido en semejante encuadre, es toda una noticia.

En el vuelo de regreso de Sao Paulo me di cuenta que la tripulación estaba hablando de mí. Era imposible obviar las miradas suspicaces, las murmuraciones... Tarde o temprano todo se termina sabiendo, y mi entredicho con la justicia no fue la excepción, por supuesto. Aparecí de improviso en medio de una charla entre susurros y escuché claramente: —se salvó de la cárcel por un pelo —lo que me terminó de convencer de que definitivamente lo sabían.

Y cuando me citaron en las oficinas del aeropuerto, no en las de la Torre Infinita donde tienen la sede, me di cuenta de la cosa estaba peor de lo que suponía.

Me recibió la mismísima jefa de recursos humanos y fue muy directa.

—Sabemos que la acaban de procesar por lesiones y que tiene una orden de alejamiento vigente —me dijo sin rodeos la hija de puta.

—Eso no impedirá que cumpla con mi trabajo como hasta ahora —repliqué tensa—. Lo que ocurra en mi vida personal no le incumbe a nadie.

—Resulta que sí, señorita Urioste. En primer lugar, usted firmó un código de ética donde se comprometió a mantener una conducta intachable dentro y fuera de su jornada laboral, de modo de no poner jamás en tela de juicio, ni siquiera de forma indirecta, el buen nombre de esta aerolínea.

Me quedé de una pieza. No se trataba de una simple reprimenda el hecho de estar citada allí. Era mucho más grave.

—Nadie tenía por qué saber que yo era empleada de...

—Seguramente, pero el hecho es que lo sabe todo el mundo. Pero no es solo por eso que estamos aquí, en el aeropuerto, y no en Torre Infinita. Lo que sucedió llegó a los oídos de alguien del bufete que nos asesora, el cual mencionó lo de la orden de restricción...

No alcanzaba a entender por qué estaba poniendo énfasis en dónde estábamos, o lo de la orden de alejamiento pero pronto se develó el misterio, lo que terminó de devastarme.

—Y sucede que nos enteramos de que hombre al que agredió trabaja a doscientos cincuenta metros de nuestras oficinas centrales. Sí, no me mire así. ¿Es consciente que por un largo tiempo no podrá acudir a reportarse, o simplemente presentarse en la

sede de la empresa donde trabaja? Supongo que ni siquiera se le cruzó por la mente, cuando se le ocurrió cometer el delito por el que se la acusa...

Pestañeé, confusa, mientras el alma se me caía a los pies. Claro que no lo pensé... En ningún momento imaginé que esas dos cuerdas y media que caminé sobre mis altos tacones para llegar a esa maldita cita, podrían significar el fin de mi vida profesional.

Me quise morir. En ese instante la ira contenida se volcó hacia mí, y la bestia que me torturaba se ensañó conmigo estrujándome el corazón hasta provocarme un profundo dolor.

—Señora Milán, ¿me está diciendo que por ese error me van a despedir? — pregunté sin siquiera intentar disimular el temblor de mi voz.

La mujer suspiró y se cruzó de piernas.

—Su intachable legajo es su salvación esta vez. Solo que no será tan intachable ahora, porque a partir de este momento comienza a correr una suspensión de tres meses, el mismo tiempo que tengo entendido fijó el juez para una reevaluación. A nosotros también nos interesa que su ira esté perfectamente controlada, ya que es fundamental para su correcto desempeño. Espero sepa entender que no podíamos dejar pasar esta situación, así que le pido tenga a bien firmar estos papeles sin más dilación.

Me alcanzó una carpeta donde decía lo de la suspensión, y remarcaba “sin goce de salario”. Me quise morir. ¿Qué mierda iba a hacer?

Con un nudo en la garganta firmé, y luego la señora Milán recogió la carpeta y se despidió con un seco carraspeo, y unas hirientes últimas palabras:

—En tres meses nos volveremos a ver, mientras tanto atienda su problema, y aléjese de cualquier práctica reñida con la moral y los valores de esta empresa. Que tenga un buen día, señorita Urioste.

Completamente desolada y con lágrimas en los ojos salí del aeropuerto sin saludar a nadie. ¿Qué demonios iba a hacer?

Me sentía inmensamente deprimida, y no solo por esta mancha en mi currículum o por ser la comidilla de toda la compañía, sino porque nunca fui ahorrativa y no sabía cómo iba a hacer para subsistir.

Y con el peor de los estados de ánimo fue que hace veinte minutos me subí al coche, y me alejé del puto aeropuerto.

El camino de regreso a casa es bastante largo, lo que me permite reflexionar sobre lo que sucedió hace un rato. Técnicamente estoy sin empleo por tres interminables meses. No tengo un fondo de reserva, porque jamás esperé encontrarme en esta situación, y siempre gasté igual o más de lo que recibí. El estado normal de mis tarjetas es estar a tope. El alquiler que comparto con Sebastián es alto, y ni que hablar de las expensas, así que difícilmente podría dejar esa carga en sus espaldas. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Mis errores van a terminar perjudicando a las personas que más quiero.

También está el coche y los gastos que representa. El mes que viene se vence el seguro, y ya está pasada la fecha de su puesta a punto.

¡Mierda! Me cago en el imbécil del abogado pervertido que no supo pararme a tiempo, en mis impulsos que no pude controlar, en la justicia, en los chismes, en la puta compañía aérea y sobre todo en mí misma. ¿Cómo es posible caer tan bajo?

Me detengo en el semáforo y me miro al espejo.

Lo que me faltaba, el rímel corrido y algunos mechones salidos de la coleta. Intento quitarme la pequeña gorra que complementa el uniforme, pero la luz cambia y no consigo desprender los alfileres que la afirman a mi cabello.

Más que una aeromoza parezco una stripper volviendo de una despedida de soltero, con este maldito traje y la cara de trasnochada. Debí cambiarme antes de salir, pero no aguantaba ni un minuto más dentro del aeropuerto.

Estoy maldita, está claro. Mi maldición comenzó en el preciso instante que le di la primera bofetada al abogado y experimenté esa sensación tan deliciosa... Todo ocurrió como en cámara lenta.

Él de espaldas a la pared, y la bestia que vive en mí observándolo. Esa indefensión, esa vulnerabilidad, se me antojaron de lo más conmovedoras al principio. De pronto su actitud me recordó a la mía, ocho años atrás, cuando le salvé el culo a mi padre entregándole mi virginidad a aquel viejo inmundo.

Así estaba yo, temblando, sin saber de dónde vendría el daño ni la magnitud de su alcance. Inmóvil, indefensa, entregada igual que el abogado, solo que él lo buscó, y yo en cambio fui la muñeca que pagó con su cuerpo el amor de su padre.

Claro que una vez que lo obtuve, ese amor no me sirvió para nada. Ni su amor ni su agradecimiento significaron gran cosa para mí, asqueada como estaba de todo lo que había sucedido. Y arrepentida... Muy arrepentida y sin nada que hacer para remediarlo.

La ira me acompaña desde entonces, y en ese despacho se hizo presente con más fuerza que nunca.

Me acerqué al abogado y le ordené que se pusiera de rodillas.

Obedeció de inmediato, pero se inclinó demasiado y su rostro quedó muy cerca de mis pies. Me agaché para verlo de cerca y noté cómo sus narinas se expandían. ¿Quería olfatearme el perrito? Bien, le concedería el deseo porque mis pies habían dejado de preocuparme.

Había comprobado que no olían, pero lo cierto es que mi consideración hacia ese animalito devorado por las ganas de adorármelos, se había terminado. Era una cosa, no una persona. Era un esclavo y podía hacer lo que quisiera con él.

Me enderecé y me quité ambos zapatos. Acerqué uno de ellos a su rostro y lo vi inspirar profundamente, con una expresión de deleite que me desquició.

La primera bofetada había sido todo un descubrimiento para mí. Nunca le había pegado a nadie, y al hacerlo me sentí satisfecha, liberada. Excitada también y eso también era algo nuevo porque nunca me pasaba estando con alguien; únicamente me sucedía a solas.

Pero de inmediato me invadió la culpa, y con ella la rabia. Hacia el pasado, hacia el presente, hacia él, hacia mí...

—Me das tanto asco... No entiendo cómo alguien puede rebajarse tanto —le dije con desprecio—. Qué jodido estás, abogado.

Lo noté confundido y eso me sorprendió. ¿No quería que lo humillara? Bueno, ahí tenía bastante de eso y sin ningún tipo de fingimiento. Era todo espontáneo y real.

—Un niño bien, casado con una chica de familia, creyente, religioso. Solo que para funcionar y estar al servicio de la obra del Señor necesitas excitarte recordando

que te entregaste a una desconocida y le permitiste que te tratara como un animal — murmuré con calma—. Me pregunto qué diría tu mujercita, tu mamá, tu sacerdote y tus clientes si supieran cuan arrastrado eres, cuantos traumas traes encima. ¿Qué pensarían si supieran que con la misma devoción con la que te hincas ante tu dios, adoras los pies de una mujer que lo insulta?

Lo observé mientras daba un respingo y se enderezaba. Seguía de rodillas, pero completamente erguido y a todas luces tenso. Era evidente que no se esperaba ese tipo de humillación.

—Eres tan patético que creo que te devolveré tus cien miserables dólares porque no me provocas nada, nada en absoluto. Bueno, sí. Lástima es lo único que siento cuando te veo tan enclenque, tan genuflexo... ¿Qué se siente al saber que no sirves ni para esclavo? —le pregunté con sorna.

No dijo nada así que le levanté la cabeza con brusquedad, tomándolo del mentón.

—Responde, imbécil.

Respiró profundo y luego dijo en voz baja.

—Aprenderé. Solo tiene que enseñarme.

Lo volví a golpear, esta vez un poco más fuerte.

—Te faltó el “por favor —y el “señora.

—Por... favor... Señora... —murmuró y luego se tocó una vez más el labio con la lengua, para degustar su propia sangre.

Le pegué otra vez con tanta fuerza que hice que su rostro se volviera.

—Te faltó el “gracias”. Tienes que agradecer que esté dedicando un poco de mi valioso tiempo a enseñarte modales, basura.

Tenía el rostro congestionado, y se le había movido un poco la venda dejando un ojo al descubierto, pero a mí no me importó, cebada como estaba por toda la situación.

Volví a elevar su rostro y fue ahí que me miró. Directamente a los ojos, ya con la venda salida del todo. Los suyos eran castaños y estaban llenos de lágrimas, lo que me impresionó un tanto pero no lo suficiente como para frenar.

—¿Te permití mirarme?

—No, Señora. Perdón, Señora —murmuró cerrándolos.

—Estás babeando... Solo te falta hacerte encima para que empiece a vomitar. Lo haces a propósito para molestarme, estoy segura. Eres tan pero tan repugnante... —le espeté.

—Perdóneme, por favor. Se lo ruego...

Bofetada.

—No resulta convincente tu arrepentimiento. Creo que te has propuesto hacer cualquier cosa que pueda molestarme.

Bofetada.

—Señora, se lo suplico. Si me deja marcas yo no sé cómo...

—Cómo lo vas a explicar en casa. Sí, ya lo sé. Y me divierte imaginarte en apuros, pedazo de mierda. Haré contigo lo que quiera, cómo quiera. Pagaste por esto y ya es tarde para hacerte el digno.

—Seño...

Bofetada. Una, dos, tres.

Lo vi caer hacia un lado y no se me movió un pelo. Realmente lo estaba disfrutando

y me estaba poniendo bastante cachonda el golpearlo.

Lo escuché gemir y eso me gustó. Sentí que con su sufrimiento se aliviaba un poco el mío, así que me acerqué y le di un puntapié en el bajo vientre.

—¿Qué te pasa, perrito? ¿Demasiado para ti?

Jadeó y luego murmuró con voz ahogada:

—Creo que te estás pasando... Me parece que tienes más traumas que yo... Suéltame ya, por favor.

Sus palabras retumbaron en mi mente y luego lo vi todo rojo.

Le di una verdadera paliza, que de práctica BDSM tenía muy poco. Como entre sueños escuché 'muñequita mía' y eso hizo que mi ira creciera y se recrudeciera la golpiza. También escuché "¿cómo pudiste hacerme eso, papá? —y tardé unos segundos en darme cuenta de que se trataba de mi propia voz.

Cuando la bruma que nublaba mis sentidos se disipó, me encontré con un hombre a mis pies, con las manos atadas a la espalda, ensangrentado e inconsciente. La excitación previa dio paso al horror. Al más auténtico de los horrores.

Luego todo se precipitó. Ambulancia, puerta de emergencia del hospital. Dos costillas fisuradas y también el tabique nasal. Había más sangre que daño, por eso impresionaba tanto.

No llegué a cruzar ni una palabra con él. No hubo tiempo para pedirle que me diese una coartada, que inventase un atraco o algo así. Después me enteré que no me había denunciado, pero ya era tarde porque cuando me preguntaron si sabía quién había sido, dije la verdad.

Pensé que tarde o temprano lo sabrían, y que estaría cubierta porque él había consentido. Claro que no fue del todo así.

El abogado se repuso y yo terminé ante el juez, procesada y con una orden de alejamiento. Y como si eso fuese poco, también con la obligación de hacer un curso de control de ira, y suspendida de mi empleo.

Cómo primera experiencia fue una mierda, así que no habrá bis. Nada de perros reales porque al parecer hay algo muy dentro de mí que hace daño y evidentemente no pude controlar. Tal vez me haga bien realizar el dichoso curso... No lo sé. Ahora en lo único en que puedo pensar es en qué haré para subsistir estos tres meses sin salario.

Y mientras conduzco lamentándome de mi mala suerte, escucho un sonido extraño y el coche comienza a aminorar la velocidad. Aprieto el embrague para cambiar de marcha y lo siento flojo. ¡Joder! No puedo mover la maldita palanca.

Me detengo en plena autopista, con los coches zumbando a mi izquierda. ¡Lo que me faltaba! Cuando asumo que no puedo seguir, pongo las balizas e intento llamar al auxilio, pero no tengo señal.

Me bajo del coche por el lado del acompañante dando un portazo, y camino por el angosto borde de la autopista buscando conexión.

Evidentemente estoy meada por un elefante, porque de pronto pasa una motocicleta y me arrebató el móvil de un manotazo. Me toma tan por sorpresa que no atino a nada. Y como si eso fuese poco, la meada del elefante ya no es una metáfora, porque comienza a llover.

¡Me cago en todo y en todos! Estoy a la vera de la autopista y con altos tacones, sin móvil y sin vehículo. ¡Aquí no pasan taxis libres! ¿Será que tenga que caminar?

¡Está anocheciendo! Sin dudas este estará en los primeros puestos del ranking de mis peores días.

Abro la caja y tomo mi pequeña maleta con ruedas, dispuesta a emprender la caminata de mi vida, cuando percibo unos faros a mis espaldas.

Me vuelvo y veo un autobús detrás de mi coche, imposibilitado de cambiar de carril por el intenso flujo de tránsito por la izquierda.

Me aproximo y golpeo la puerta. Cuando se abre, el chofer, con cara de pocos amigos me dice:

—No para aquí.

Ignoro la advertencia y subo dos escalones.

—Le digo que aquí no para. Solo me detuve por...

—Por mi coche, ya lo sé. Señor, lo lamento mucho, pero se ha descompuesto y me acaban de robar el móvil, así que no puedo llamar para que me lo remolquen. ¿Sería tan amable de hacer una excepción?

El hombre me mira de arriba abajo y me dice, agrio:

—Este no es un autobús urbano así que cuesta nueve con noventa.

Asiento aliviada, y abro el cierre de mi maleta.

Le tiendo una de mis tarjetas de crédito y el hombre sonrío, sarcástico.

—Solo efectivo.

¡Carajo! No tengo efectivo. ¡No tengo ni una sola moneda! Se lo digo y el hijo de puta vuelve a abrir la puerta.

—Baje.

—No... No puede dejarme aquí. Pronto anochecerá y está lloviendo... Le pagaré después, se lo prometo.

—Señorita, sé que en su avión no es igual, pero aquí si no paga se baja.

—Escúcheme por favor... —intento convencerlo, pero el hijo de puta no me permite seguir.

—Abajo.

Tengo ganas de llorar otra vez. No puede ser que todo me salga tan mal... Y justo cuando me trago las lágrimas y empiezo a retroceder para bajarme, una voz de hombre se escucha desde atrás.

—Espere. Yo me hago cargo del boleto.

Vuelvo la cabeza y lo veo aproximarse, con la mirada aún algo nublada.

Es moreno y barbado. Es alto. Es atractivo. Es... mayor. Como de unos cuarenta, creo.

Se acerca al chofer y le paga mi boleto sin dirigirme una sola mirada, y luego se da la vuelta y regresa a su sitio antes de que pueda darle las gracias.

Mientras el bus se pone en marcha y esquiva mi coche, yo camino por el pasillo intentando guardar el equilibrio con mi maleta a rastras. No hay casi nadie, y justo en el fondo es que descubro el rostro barbado que buscaba.

Me acomodo en el asiento de adelante y luego, con cierta dificultad por lo angosto de mi falda, me pongo de rodillas y me asomo por el respaldo, sonriendo.

Vaya, ahora que las lágrimas ya no me ciegan puedo notar la magnitud de su atractivo. Pelo castaño levemente ondulado, con algunas canas al igual que la barba, y unos ojos color ámbar preciosos. Por unos momentos me quedo sin aire,

completamente embobada, y también muy asombrada por mi reacción ya que no suelo ser demasiado sensible ante la belleza masculina.

—Quería agradecerle por el gesto. No me esperaba un acto de generosidad de parte de un desconocido en este día calamitoso.

Esboza una media sonrisa y se cruza de brazos. Lleva una chaqueta de cuero negro, de la que asoma el cuello de una camiseta del mismo color, y vaqueros azules.

—De nada. No ha sido un buen día tampoco para mí, así que estoy deseando terminarlo —dice con un suspiro, y yo no puedo disimular mi desencanto al descubrir que solo me ayudó para que el bus continuara su camino.

Súbitamente seria, dejo que el orgullo hable por mí.

—Bueno, sea por el motivo que sea, me alegro que lo haya hecho para que todos podamos llegar a casa lo antes posible.

Otra media sonrisa, y ninguna intención de desdecirse para contentarme. Lo que sí hace es apartar la mirada de la ventana para dirigirla a mi rostro.

—¿Qué le pasó a tu coche? —me pregunta de pronto.

Me encojo de hombros. Tampoco suelo ser muy conversadora, pero hoy no sé qué me pasa.

—Supongo que fue el embrague. De pronto dejó de funcionar... No podía cambiar de marcha —le explico mientras apoyo mi rostro en el asiento.

—¿Eres de las que conducen sin dejar de pisarlo, no?

Se ve que es adivino, porque así es. Asiento asombrada, y él hace un gesto como de “lo sabía.

—Eso puede ser la causa del desperfecto. ¿Es hidráulico o mecánico?

—¿Cómo saberlo? El funcionamiento de cualquier coche es un misterio para mí.

Ahora sonrío francamente y mueve la cabeza.

—Pero soy muy competente en otras cosas —me defiende innecesariamente, pero sin poder evitarlo.

—Seguro que sí —dice, sin dejar de mirarme. No sé por qué, pero sus ojos comienzan a perturbarme demasiado. De pronto tengo la necesidad de romper este silencio que se acaba de instalar entre nosotros.

—Me gustaría devolverle el dinero. ¿Podría darme su...?

—Ni hablar.

No alcanzo a comprender si no quiere darme su cuenta, su teléfono, o solo quiere decir que no tengo que devolvérselo, pero no pienso darme por vencida.

—Insisto.

—No.

Una súbita frenada por poco no me hace caer al suelo. Solo me inclino hacia un lado y me aferro a uno de los posabrazos, desapareciendo de su vista un momento.

—¡Joder! —lo escucho maldecir y luego asomarse por encima de mi asiento—. ¿Estás bien?

Digo que sí con la cabeza mientras me vuelvo a incorporar.

—Está claro que no es mi día —digo en voz baja.

—Ni el mío.

Estamos frente a frente, a pocos centímetros de distancia. Yo de rodillas en mi asiento, mirando hacia atrás, y él erguido en el suyo con la vista clavada en mí.

Pestañeo, incómoda. No suelo estar tan cerca de nadie y eso también me perturba.

—Necesito saber sus datos. No corresponde que tenga esa atención conmigo —le digo, porque el silencio se torna casi doloroso.

Él se recuesta en su respaldo, y yo respiro más tranquila. Pero poco me dura esa paz.

—¿Nunca nadie te regaló algo de forma desinteresada y sin ninguna intención de que lo retribuyas de algún modo?

Esa pregunta que sale de la boca de un desconocido, es como una flecha que da en el centro de la diana. ¿Cómo es posible que haya resumido la historia de mis traumas en tan pocas palabras? ¿Cómo es que le ha atinado tan bien?

Me lo quedo mirando sin lograr articular palabra, y él nota mi confusión pero tampoco dice nada. Esboza su media sonrisa y dirige la mirada hacia la calle.

Lentamente me deslizo hacia mi asiento, y hago lo mismo. A mis espaldas está el hombre que acaba de dejar mi alma expuesta con solo una pregunta, y eso es demasiado para mí. Ni siquiera intento disimular lo mal que me encuentro, y me pongo peor cuando lo descubro de pie en el pasillo, a mi lado.

—Me bajo en la siguiente parada —me dice tendiéndome la mano—. Ha sido un gusto ayudarte.

Miro la palma ligeramente hacia arriba, y luego a él. Me resulta extraña esa forma de saludarme cuando ni siquiera se ha presentado correctamente, así que lo hago yo.

—Gracias, de verdad. Mi nombre es Marcela, por si quiere saber a quién le ha salvado la vida.

Y luego se la estrecho.

Un sinfín de sensaciones me recorre el cuerpo ni bien lo toco. Jamás me había pasado algo así... Me siento tan descolocada que estoy segura que no puede dejar de notarlo, pero no me atrevo a levantar la vista.

No sé si él habrá sentido lo mismo. Si lo hizo, se está cuidando muy bien de demostrarlo. Por unos momentos permanece con mi mano dentro de la suya sin decir nada, y cuando la suelta toma su cartera y saca algo de allí.

—Mi tarjeta. Y no es par que me devuelvas nada, sino para que me llames si necesitas ir a algún sitio mientras no tengas el coche.

La tomo sin más dilaciones y allí veo su nombre y su teléfono:

Rafael Duarte

Servicio de remisería y traslados

555-219876

Y cuando levanto la cabeza, ya no está. Me incorporo para verlo, y noto que ya está llegando a la puerta. Mi corazón se acelera... ¡no quiero que se marche!

No sé por qué me surge esta imperiosa necesidad de retenerlo, pero cuando logro reaccionar, ya se bajó.

7. Rafael

Amanece.

Para muchos comienza la jornada; para mí está terminando. Claro que por poco tiempo, porque después de dormir unas horas volveré a empezar.

Trabajo catorce horas por día. Catorce.

Lo hago porque quiero, no me estoy quejando. Necesito sostenerme, mantener a mis hijos y si es posible ahorrar. Estoy empezando de nuevo a los cuarenta y dos, pero por alguna razón eso me gusta.

Siento que la vida me está dando otra oportunidad. No la tengo fácil, soy consciente de eso. La calle es dura, y mis hijos no terminan de perdonarme pero sé que estoy en vías de recuperación luego de haber estado muy enfermo, y eso me da esperanzas.

¿Qué espero? El cariño y respeto de Martina y Salva. Poder darles todo lo que el dinero puede comprar... Para eso debo trabajar y mucho, pero también debo hacerlo por mí mismo, para recuperar mi dignidad y para demostrarme que puedo vencer esa puta adicción que casi me termina matando. Esa adicción acabó con mi familia, y solo espero estar a tiempo para revertir el daño que les hice.

A veces dudo de poder hacerlo... Ayer tuve uno de esos días sombríos luego de visitarlos y encontrarme otra vez con el muro que Martina insiste en levantar entre nosotros.

Intentó zafar por todos los medios del odioso compromiso de soportar a su padre dos veces en la misma semana. Se hizo la enferma pero Salvador la delató con ingenuidad, así que los tres marchamos al parque más cercano. Creí que sería buena idea hacer una especie de picnic saludable, pero Martina no probó ni la fruta, ni el queso ni nada. Permaneció en un hosco silencio mientras yo trataba de entablar una conversación con mi hijo.

Esta vez se mostró por demás reticente en hablarme. Se notaba que su hermana lo había aleccionado bien, y a pesar de todos mis esfuerzos no pude más que cruzar un par de palabras con él. Eso sí, comer comió. Arrasó con todo mientras respondía con monosílabos todas mis preguntas.

Un nuevo fracaso, me dije resignado. Tenía la esperanza de que la segunda vez sería más fácil, pero no. No solo no había mejorado nada, sino que parecía haber empeorado.

Decidí entonces ser más proactivo, y más franco también.

—A ver... ¿hasta cuándo me van a hacer el vacío? Porque tienen que saber que no me voy a dar por vencido. Voy a seguir viniendo a verlos, y van a tener que soportarme. Salvador bajó la vista y Martina me miró con odio.

—Haz lo que quieras, pero no esperes mucho de nosotros, te lo advierto. No se pude borrar en unos días el daño que nos has hecho.

—¿Crees que no soy consciente de eso? —pregunté intentando contener la rabia que me producía la impotencia—. Pero necesito una nueva oportunidad, Martina. Hazlo al menos por los viejos tiempos, cuando fuimos felices...

—Pues esos momentos deben ser muy lejanos porque no los recuerdo. Y estoy seguro de que Salva menos, así que no te hagas el papito bueno porque todos sabemos la clase de hombre que eres.

La veía a mi hija, pero escuchaba a mi ex mujer. Eran sus palabras, exactamente en el mismo tono. Sabía que no había forma de ganar esa contienda verbal, así que moví la cabeza y me callé la boca.

La mirada de mi hijo era piadosa e intenté transmitirle con la mía todo mi cariño, pero no sé si lo logré. Tenía que acostumbrarme a eso, pues no pensaba desistir. No resignarme, solo acostumbrarme y crearme una coraza para que no me afectara tanto.

Me fui de allí prometiéndome regresar hasta lograr el perdón, pero estaba claro que ese día no sería. Pensé que sería otra jornada para el olvido, pero para mi sorpresa hubo algo que la salvó.

Una hermosa mujer. Una joven y hermosa mujer en apuros... Casi una niña, vamos. Fue un encuentro circunstancial, así que no entiendo por qué no puedo dejar de pensar en ella.

Lo hice durante toda la noche mientras trabajaba y lo sigo haciendo ahora, sin poder conciliar el sueño, entre excitado y molesto al recordarla.

Al principio me salió el “padre —de adentro. Vi, o más bien escuché la escena con el imbécil del chofer que la quería bajar a toda costa, y me dije que ese animal seguro no tenía hijas para ser tan desconsiderado e insensible.

Pero luego de que le pagué el boleto, y su rostro asomó por detrás del asiento delantero con una sonrisa, dejé de verla de esa forma tan paternal.

Me tomó por sorpresa reencontrarme con el deseo, solo por observar y conversar con una chica. Me sentí bastante incómodo mientras la sangre bullía en mis partes bajas, sobre todo porque se trataba de una chica muy joven, una veinteañera quizá.

Además no hizo nada para provocarme, solo me dio las gracias. La miré detenidamente... Al parecer había estado llorando, pues se le había estropeado un poco el maquillaje. Me encontré preguntándome qué le habría sucedido, quien le habría hecho daño, y me sentí un poco ridículo haciendo esas estúpidas elucubraciones. Tal vez estuviese cansada, o fastidiada por el percance de la avería del coche y el robo del móvil.

No dejaba de mirarme, a todas luces agradecida por mi caballeroso gesto, mientras yo trataba de hacer lo contrario. Permanecer con cara de póker me costaba lo suyo, así que le seguí la conversación.

Al principio no fue gran cosa, la verdad. Una chica educada, que quería corresponder a mi cortesía devolviéndome el dinero del boleto, pero me permitió el privilegio de observarla francamente.

Ojos verde mar y pelo castaño. Tenía el uniforme de una aerolínea... La fantasía de la aeromoza comenzó a cobrar forma en mi mente calenturienta pero pude ahuyentarla, por suerte.

Yo la tuteaba, ella me trataba de usted. Seguro le parecería un viejo, así que me cuidé muy bien de no demostrar ningún interés. Sería mortificante que adivinara los ardientes pensamientos que se ocultaban tras mi aparente indiferencia.

Intenté llevar la charla a un terreno conocido para mí, pero ella no parecía demasiado dispuesta a hablar del funcionamiento de su coche, así que me encontré

con un callejón sin salida. No podía pensar siquiera en ligar con ella, pero cada cosa que decía me hacía imaginar cosas prohibidas.

—Soy muy competente en otras cosas—. En la película que se proyectaba en mi cabeza ella mostraba su “competencia —también de rodillas, pero en el suelo haciéndome una mamada.

Me reprendí en silencio, mientras trataba de permanecer incólume.

El tira y afloje sobre darle mis datos para poder devolverme el dinero agregó más leña al fuego. Estoy seguro que jamás se dio cuenta de que me moría de ganas de darle mi teléfono pero no para que me devolviera algo precisamente.

Si yo fuese un hombre entero, si hubiese tenido diez años menos... Llevarme a la cama una mujer así hubiese sido un privilegio. Se veía tan frágil... Siempre me gustaron las chicas con ese estilo. Elegante y sexy a la vez, discreta, gentil.

Mientras ella insistía en hacerme el reintegro y yo me negaba, nos imaginaba en posiciones opuestas, pero en la cama. Yo insistiendo y ella negándose hasta que finalmente, vencida por el deseo, accediera a entregarse a mis caprichos.

Por suerte ese frenazo sorpresivo calmó un poco mis ardores. Pero no duró demasiado la tregua porque cuando nos encontramos frente a frente, mirándonos en silencio, el deseo me azotó como un verdadero vendaval.

Carajo, si hubiese tenido el poder de mirar dentro de mi cabeza seguro se hubiese escandalizado. Tal vez incluso me hubiese abofeteado... No... No lo creo. Esa chica no le hubiese hecho daño a una mosca.

Era la típica doncella en apuros que a cualquier hombre le hubiese gustado auxiliar. Si no fuese tan bonita y tan joven, tal vez... No es verdad. Jamás hubiese intentado nada con ella. Ese tipo de mujer está fuera de mi alcance tuviese la edad que tuviese, eso lo tengo claro. Pero por algún motivo no podía dejar de imaginar lo que me hubiese gustado hacerle.

Hasta llegué a fantasear con que quería mi teléfono porque estaba interesada en algo más. Qué estúpido... Me sentí un viejo verde, un perverso. ¿Cómo una joven como ella iba a querer algo conmigo? Sin embargo parecía tan decidida a obtenerlos... Para devolverme el dinero, por supuesto. ¿De dónde saldría tanto orgullo? ¿Es que era tan raro que alguien hubiese acudido al rescate? ¿No sabía lo atractiva que era? El bus estaba casi vacío, pero si hubiese habido otros hombres, seguro alguno me hubiese ganado de mano en pagarle el boleto e intentar algo después. Qué predecibles somos.

Tal vez por eso es que ella se mostraba tan interesada en ganar la pulseada. Quizá quería dejar en claro que no debía esperar nada a cambio por mi gesto caballeroso. Bien, yo le iba a demostrar que no había una doble intención al ayudarla, pero no iba a ser permitiéndole devolverme el dinero.

Lo que no esperaba era dejarla fuera de combate con una simple pregunta—. ¿Nunca nadie te regaló algo de forma desinteresada y sin ninguna intención de que lo retribuyas de algún modo?

No estaba listo para su reacción. Ni siquiera respondió... Solo se puso pálida y la expresión de su hermoso rostro cambió por completo. ¿Qué había dicho para que se pusiera así? Una cagada tras la otra, y lo peor era que no me daba cuenta de dónde estaba la metida de pata.

Me sentí mal por hacerla sentir mal. Y por querer seguir indagando a pesar de

saberla contrariada, más que contrariada intensamente perturbada. Hice el esfuerzo por dominar mi curiosidad, pero no lo estaba logrando.

No quería preguntar más, para que ella no pensara que me sentía con derecho a hacerlo por haberle pagado el boleto. Y aunque faltaban varias paradas para bajarme, no pude continuar con eso.

Me paré y tomé mi mochila. Mientras lo hacía, observé de reojo sus piernas... No sé si fue la curiosidad o las ganas, no sé si fue un acto de arrojo injustificable y estúpido, pero la cuestión es que seguí un impulso y le di mi mano. No quería irme sin mirarla a los ojos una vez más.

Mala idea, muy mala. Me tocó, me dijo su nombre, me miró. Entré en combustión espontánea... Perdí la cabeza, e hice precisamente lo que me había prometido no hacer a pesar de su insistencia.

Le di mi tarjeta, le di los datos que me estaba pidiendo con la esperanza de que me llamara para otra cosa que nada tenía que ver con el dinero. Me arrepentí al instante, pero ya estaba hecho... Si tenía suerte me llamaría para contratarme como chofer alguna vez, pero no podría aspirar a nada más.

Me bajé precipitadamente, y mientras caminaba a casa a recoger el coche, en mi mente solo había un pensamiento, una palabra, una mujer: *Marcela*.

8. Marcela

—Bueno, listo. Usted lo pide, y con su increíble poder de persuasión lo tiene. Acabo de dejar el coche en el taller, y en dos días estará listo.

Suspiro con tristeza.

—Como si estuviese en dos meses... Igual no tendré dinero para levantarlo, pero te lo agradezco de corazón.

Sebastián me mira con infinita ternura.

—Vamos... Algún culito va a sangrar —me dice guiñándome un ojo, y yo no puedo evitar sonreír—. Si lo sabré yo...

—Tonto... Lo levantaré cuando regrese a mi trabajo y vuelva a disponer de ingresos ¿Para qué lo quiero ahora? Al curso ese de mierda puedo ir en autobús.

Él se arrodilla a mis pies y me acaricia la cara.

—Te hará bien tomar ese curso.

Lo miro con furia mientras me pongo de pie.

—¿Qué dices? ¿Crees que soy violenta? —le pregunto indignada.

—Cariño, violenta lo que se dice violenta no, pero que tienes algún problemita de ira... Pero ya sabes que no es tu culpa, sino del cabrón que...

—Cállate. No me lo recuerdes.

—Pero si lo tienes muy bien digerido. Puedes hablar de ello sin siquiera pestañear.

—Solo contigo, Sebastián. Y hoy no estoy de humor... Tengo que ver cómo haré para sobrevivir estos tres meses.

—¿Qué tienes en mente?

—Meterme a puta.

—Sería una buena idea si no odiaras el sexo y a los hombres.

—Yo no odio a...

—Claro que sí. Mira, no me importa tanto tu supuesta “violencia —que te llevó a enfrentarte a la justicia, como ese trauma con respecto al sexo que tienes. ¿Cómo es posible que hayas podido llegar a los veinticuatro años sin verle la cara a Dios? —me pregunta, a pesar de que ya le he dicho que no estaba de humor para hablar de mis problemas.

—No sé qué quieres decir con eso.

—¿Te tocas al menos?

—¡Sebastián Colmenares! Lo que yo hago a solas es asunto mío —le contesto furiosa—. Y lo que hago acompañada también...

—Pero si no haces nada, mujer. No te gusta nadie...

Iba a replicar pero lo último que dice Sebas hace que mi boca se cierre tan rápido como se abrió. No me gusta nadie... Bueno, eso era así hasta ayer, porque luego del inesperado encuentro en el autobús, no hago otra cosa que pensar en ese hombre.

Rafael... Anoche me encontré diciéndolo en voz alta para paladearlo mejor.

Un nombre tan masculino y contundente como él.

No sé cómo explicarlo... Digamos que me sentí extrañamente protegida, cuando él tuvo el gesto de pagarme el boleto sin siquiera conocerme.

Hacía mucho que no me sentía así. O mejor dicho, hace mucho que dejé de sentirme así por culpa de mi padre.

Hubo un tiempo sin embargo, en que viví como una princesa en una torre, ajena a toda preocupación, y a cualquier cosa que pudiese dañarme. Fui feliz a mi manera, cuando mi única tarea era complacer a mi padre para obtener su amor en metálico, hasta que me obligó a pagarle con la misma moneda.

Jamás alguien me dio dinero porque sí, y ese extraño gentil no hizo más que recordármelo cuando ingenuamente me preguntó: "¿Nunca nadie te regaló algo de forma desinteresada y sin ninguna intención de que lo retribuyas de algún modo?"

En mi cabeza aún resuena cada una de sus palabras, porque tocaron algo muy profundo en mí. Fue como una especie de abracadabra esa pregunta, así que estoy desde ayer rumiándola a cada rato.

Y siempre llego a la misma respuesta: no. Nunca nadie me regaló nada de forma desinteresada, y jamás esperé que lo hiciera alguien que no me conoce de nada, como él.

Rafael... Rafael Duarte. Un nombre común, un hombre común, una persona totalmente fuera de lo común, y no solo por su gesto amable de impedir que el bruto del chofer me bajara del bus por no tener dinero. Es que había algo en su mirada... No acierto a definirlo con certeza, pero sus ojos me dejaron temblando. ¿O fue su sonrisa?

No sé qué me pasa. Jamás un hombre atractivo me causó tal efecto y mucho menos uno como él... Vamos, sin desmerecer a nadie nunca pensé que pudiera sentirme atraída por un tipo de clase trabajadora, por decirlo de algún modo.

Su aspecto algo rudo poco tenía que ver con la calidez con la que me observó por momentos. Me hizo sentir incómoda, es verdad, pero también logró que la suspensión en la aerolínea, el desperfecto en el coche y el robo del móvil pasaran a un segundo plano.

Por unos minutos, los que duró el contacto entre nosotros, no hice otra cosa que enfocarme en él.

Hubiese hecho cualquier cosa por lograr su atención, pero no parecía estar interesado en mí. Al principio incluso, era muy evidente que intentaba evitar mirarme.

No puedo decir que fue simpático conmigo, pero tampoco se mostró grosero. Solo me pareció algo indiferente, sobre todo después de haber tenido el caballeroso gesto de pagarme el boleto. Eso no es algo que suceda con frecuencia ¿o sí? No... No creo que ese hombre ande por la vida pagándole el autobús a la gente... O tal vez sí. ¿Cómo puedo saberlo? ¡Ni siquiera lo conozco!

Pero me gustaría... Claro que me gustaría. Es decir, quisiera poder devolverle el dinero más que nada. No creo correcto permitir ese regalo de un hombre que no parece nadar en dinero precisamente. No podría asegurarlo, pero me dio la sensación de que no era millonario ni mucho menos.

También quisiera saber si suele hacer cosas como esa, y si no es así, qué fue lo que lo movió a hacerlo por mí. Vamos, lo que en verdad quisiera saber es si le pareció bonita, o al menos si le parecí atractiva

Es un hombre algo mayor... Tal vez le parecí una niña tonta, y por eso me prestó tan poca atención.

Por eso es que quisiera volver a verlo... Tal vez pudiese hacer que cambiase la

primera impresión que le di.

Me comporté como una neurótica insegura. Cuando llegué al departamento luego de tomar un taxi en la terminal, me miré al espejo y casi me muero. Despeinada, con el rímel corrido... Un completo desastre y aun así en algún momento creí ver el brillo de la admiración en su mirada. ¿Fue realmente así o solo fue una ilusión?

Carajo, tengo que comprobarlo. Lo voy a llamar con la excusa de que me lleve a algún sitio, solo para ver si le soy indiferente o no. Después de todo para eso me dio el teléfono... Porque estoy segura de que no pretende que le devuelva el dinero, aunque de todas formas lo voy a hacer.

Dinero... Eso es precisamente lo que necesito para sobrevivir estos tres meses sin sueldo. ¿Cómo voy a hacer para obtenerlo?

—Cielo... ¿Qué te sucede? ¿No te gusta el móvil? No es el último iPhone, pero no es malo y ya no lo uso.

Estaba tan concentrada en lo que pasó ayer en ese autobús, que no reparé en otra cosa.

—Te lo agradezco mucho, Sebas...Es que estoy preocupada por el dinero, corazón. No sé cómo voy a hacer para solventarme —respondo.

—Tiene el chip con mi número viejo. Tendrás que ir a la compañía a recuperar el tuyo —me indica sentándose junto a mí—. Mira, entiendo que estés preocupada, pero saldremos adelante. Ya encontrarás la forma de ganar algo de dinero, y yo te apoyaré en todo siempre que no sea con ese asunto de las sesiones sadomasoquistas... Todavía no sé cómo se te ocurrió hacer algo así.

—¿Por qué no? Pensé que sería sencillo... Por Internet lo parece y no pensé que fuera diferente personalmente... —me excuso.

—Debo reconocer que se te da de maravillas eso de torturar pervertidos de forma virtual, pero... ¿no pensaste que podía ser peligroso?

—¿Para mí? Bueno, sí lo pensé. Pero la tentación era fuerte... Nunca lo entenderás porque eres un ángel, pero hay gente que pide a gritos que alguien le dé su merecido. Lo quieren, lo necesitan... Y ya sabes que a mí me causa una gran satisfacción hacerlos sufrir.

—Sí, lo sé. Y es una pena que una mujer tan hermosa solo sienta algo cuando humilla a...

—A hombres que se dejan humillar. A perros inútiles.

Sebastián suspira y mueve la cabeza.

—A eso me refiero. Solo te brillan los ojos cuando les haces daño... Marcela, por favor no vuelvas a exponerte de esa forma. Mira lo mal que te salió esa jugada —me aconseja, preocupado.

Tiene razón, claro que la tiene. Y le voy a hacer caso: no más sesiones personales. Pero renunciar a mis esclavos en línea no es una opción. Es la forma que tengo de canalizar toda mi ira, y tranquilizar a la bestia que se retuerce dentro de mí.

—Tranquilo, que no volveré a golpear a nadie... en persona.

—Pero seguirás con esos juegos a través de la web...

—Eso no puede dañar a nadie. A mí me divierte y a ellos los alivia. Es simple...

—¿Pero no sientes remordimientos? —me pregunta, preocupado.

—En absoluto. Me gusta, me ayuda a relajarme. Es más, si costase dinero y lo

tuviese, pagaría por ello...

Mi amigo sonrío.

—¿Pagarías por torturar a tus esclavos virtuales? ¿Y qué tal si los haces pagar a ellos? —me dice antes de retirarse.

Me lo quedo mirando asombrada mientras se marcha. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Hace tiempo que vengo chateando con unos imbéciles que hice adictos a mis palabras... ¿por qué en vez de obligarlos a hacer tonterías que no me retribuyan nada, los obligo a enviarme dinero?

La idea comienza a tomar forma en mi cabeza, y ni bien Sebastián se mete a la ducha, busco información en Google.

Y es así que me encuentro con la “dominación financiera —y descubro que Sebastián con su idea no está descubriendo la pólvora precisamente. Eso existe, hay demanda y hay oferta también.

Me paso el día entero leyendo sobre el asunto. Es exactamente lo que venía haciendo gratis, de forma remunerada. Tan simple como exigirles dinero para seguir torturándolos, como obligarlos a pagar para continuar haciéndolos sufrir.

Qué descubrimiento más maravilloso. Voy a combinar placer con trabajo, y de esa forma voy a lograr sostenerme durante la suspensión.

No puedo esperar más, tengo que probarme a mí misma que soy capaz de imponerme a ese extremo. Me conecto y convoco a mi esclavo virtual más antiguo... “Perro fiel —aparece de inmediato, tal como lo esperaba.

—Mi señora, aquí estoy. Mande y obedeceré.

—No necesito nada de ti, estúpido inservible. Solo me he conectado para decirte que voy a prescindir de tu asqueroso servilismo para siempre.

Por unos segundos no pone nada, pero luego escribe y borra tres veces, antes de rogarme que no le hiciera eso

—No lo haga, se lo ruego. De verdad, Señora, yo no puedo vivir sin usted. Estos días sin leerla han sido un infierno... No me diga que no me volverá a hablar porque no sé qué será de mí.

Perfecto, lo tengo donde lo quiero y esto empieza a ponerse bueno.

—No te creo, mentiroso de mierda. Tú no me quieres, no me amas como yo necesito.

—Mi señora, yo la adoro. Besaría el suelo que usted pisa, se lo juro.

—¿Crees que adulándome puedes demostrarme tu adoración? Tengo media docena como tú haciendo lo mismo. Necesito más. ¿Qué harás para que te mantenga en mis redes?

—Lo que usted mande, Señora. Lo que quiera, pero no me deje por favor.

—Qué perro inmundito. Me das mucho asco ¿lo sabías? Pero te voy a dar la oportunidad de que me demuestres tu amor...

—¿Cómo tengo que hacer, señora? Solo tiene que pedirlo.

—Quiero comprarme zapatos para imaginar que camino sobre tu espalda enclenque marcándote con los tacones.

—Dígame cómo puedo hacerle llegar los zapatos que usted desee. Estamos a miles de kilómetros, ya lo sé, pero me las arreglaré para enviárselos.

No es eso exactamente lo que necesito, pero este idiota parece no darse por

enterado así que voy a tener que ser un poco más explícita.

—Ni en sueños, imbécil. ¿Crees que te voy a dar mi dirección? Eres peor de lo que me imaginaba. Y definitivamente no me amas...

—Señora, no me deje. Quiero que tenga sus zapatos... Por favor, necesito saber cómo puedo hacer para cumplirle el capricho.

Bueno, llegó el momento. A ver cómo reacciona mi conejillo de indias... Tengo todo preparado. El anzuelo, el sedal... Esta tarde me abrí una cuenta nueva de PayPal, con el *nick* que uso en la red y con el correo asociado. Solo me falta liquidar este asunto, a ver si realmente funciona, si de verdad sirvo para esto, o si estos estúpidos me sirven a mí.

—Envíame cincuenta dólares a través de PayPal a hoynotetoca@gmail.com. Hazlo de inmediato o me perderás. Tienes treinta segundos para obedecer y empiezo a contarlos ya: diez... nueve...

Hago una pausa y no le quito los ojos al móvil que me prestó Sebastián.

—Ocho... Siete...

Otra pausa, mientras aguardo expectante.

Y antes de que pueda seguir el conteo, escucho un sonido. Tengo un correo nuevo, y cuando lo abro tengo la certeza de que encontré la gallina de los huevos de oro.

—Valentín Gómez le ha enviado \$ 50,00 USD

Pobre enfermo. Pobre estúpido infeliz... Estaba tan desesperado por no perderme, que ni siquiera pensó en que estaría revelando su identidad al utilizar su cuenta habitual de PayPal.

Sonrío. He logrado mi cometido y el futuro se me antoja menos incierto que esta mañana.

—Buen chico. Mañana a las ocho te daré instrucciones para seguir sirviéndome.

—Gracias, Señora. Es un privilegio hacerlo.

Me desconecto, satisfecha como nunca. Puedo ganar dinero haciendo lo que me gusta, y lo que se me da mejor. Tengo otros cinco estúpidos como éste, dos de ellos con importante poder adquisitivo a juzgar por las fotos de su perfil. Una verdadera mina de oro, lista para explotar. Mañana lo intentaré con los otros. Estoy segura de que puedo ser la mejor dómina financiera que haya existido jamás... Me sobran ganas, me sobra talento.

No necesito un látigo si puedo someterlos con mis palabras.

Después de todo siempre lo supe: el verdadero amor solo se puede demostrar con dinero.

Pero por alguna razón, antes de conciliar el sueño mi último pensamiento se lo dedico a Rafael, mi desinteresado héroe del autobús, quien por un instante me hizo dudar de todas mis certezas.

9. Rafael

—Hola, Rafael. Soy Marcela, la del autobús.

Sé quién es, claro que lo sé. De hecho no he dejado de pensar en ella desde que la conocí en ese autobús, pero no estaba listo para recibir la llamada.

Por supuesto que fantaseé con eso, que lo deseaba intensamente, pero luego de tres días ya no lo esperaba, y escuchar su voz me sorprende y me encanta por partes iguales. Ya me la hacía volando hacia lugares lejanos.

Por unos momentos me quedo en silencio intentando poner a raya mi “entusiasmo —y por fortuna ella toma esa pausa como una señal de que no la recuerdo, no como otra cosa.

—... usted tuvo la gentileza de pagarme el boleto el lunes, ¿se acuerda?

Carraspeo, siguiéndole la corriente.

—Ehh... Ahora sí, ya te ubico —murmuro al tiempo que aparco porque una conversación con ella amerita toda mi atención, aunque espero que no se note—. Espero que tu llamada no tenga que ver con devolverme esa “gentileza —porque no lo voy a aceptar, ya te lo dije.

Qué estúpido. No sé por qué digo esa tontería. ¿Y si anticipándome la estoy poniendo en un apuro? Tal vez le esté robando su excusa... Qué imbécil.

—Bueno... Claro que me gustaría devolverle el dinero, y lo voy a hacer —me dice, y no parece para nada contrariada—. Pero también lo estoy llamando por... Por el servicio de remisería. Quería saber cuánto estaba cobrando y si tenía disponibilidad...

Claro, el servicio de remisería. ¿Por qué otra cosa podría llamarme una belleza como esta? En realidad no existe tal servicio, y la que le di fue mi única tarjeta, aunque en algún momento, cuando compré el coche pensé en hacerlo. Lo del taxi ya no estaba funcionando y necesitaba trabajar más, y ganar más sobre todo, así que evalué esa posibilidad. Pero luego surgió lo de Uber, que me resultó mucho más conveniente, así que lo de la remisería nunca terminó de cuajar.

No tengo idea de cuánto están cobrando la hora, pero no quiero que se dé cuenta de que esa forma de no perder el contacto con ella la saqué de la galera, así que sigo improvisando.

—Bueno, depende... ¿Adónde quieres ir?

Me parece que titubea antes de responder.

—Al lado sur de la ciudad, desde el norte... —me dice—. Una hora de espera incluida antes del regreso.

Un viaje interesante. Media hora a la ida, y otra media hora de regreso con ella en mi coche. No se me ocurre mejor plan.

—¿Qué día y en qué horario? —pregunto, intentando contener mi ansiedad, y que no se note que ya está decidido que voy a dejar cualquier otro compromiso de lado si es necesario.

—¿Usted podrá mañana de tarde? Tengo que estar a las dos en un sitio...

El hecho de que me trate de usted me desmoraliza. Lo hizo cuando la conocí en el autobús, y lo sigue haciendo ahora. Es una señal más de que está totalmente fuera de

mi alcance, porque seguro me considera un viejo.

Un viejo fracasado, eso debo ser para ella. Uno que anda en autobús, y oficia de chofer no debe ser el *target* de una aeromoza joven y preciosa.

—Mañana de tarde... —Finjo evaluar mi disponibilidad y creo que me sale bastante bien—. Si es desde el norte al sur, tendría que pasar por lo menos a la una y veinte si quieres ser puntual.

—Sí, a esa hora está bien. ¿Le paso mi dirección por WhatsApp?

Parece contenta. Es decir, se la nota entusiasmada, cómo si hubiese esperado que le dijese que no. Es extraño...

—Sí, pásamela por WhatsApp.

—Muchas gracias, de verdad.

—De nada.

Silencio... Ninguno dice nada que pueda tomarse como una despedida.

—Ehh... No me dijo cuánto podría costarme, Rafael.

Ah, era por eso. Y yo no tengo idea de qué decirle, pero me gusta cómo suena mi nombre en su boca.

—No estoy muy seguro de cuánto tiempo llevará... —comienzo a decir para dilatar la cuestión pero ella me interrumpe.

—Necesito un estimativo.

Vaya, qué determinada. Pero yo sigo sin saber qué responder.

Entonces me decido y le digo algo que yo sé que la va a poner cuando menos nerviosa.

—No te va a costar nada. Pero no temas, esa es una atención que tengo la primera vez que contratan el servicio, para fidelizar al cliente y que luego me vuelva a llamar — declaro sin descaro alguno, completamente dispuesto a sostener esa mentira.

Tal como lo anticipaba, eso la descoloca por completo.

—No puedo aceptarlo —dice con voz fría, y a mí se me va el alma a los pies.

—Política de la empresa —replico en el mismo tono, y no sé por qué.

—En ese caso tendré que prescindir del servicio. No voy a permitir que por segunda vez se haga cargo de...

—Relájate —la interrumpo sin pensar—. ¿Nunca te relajas?

Parece confundida cuando me pregunta:

—¿Qué quiere decir?

Es la segunda vez que tenemos una especie de “tira y afloje —causado por temas monetarios, y por alguna razón eso me inquieta. Tal vez me inquiete porque a ella lo hace, no lo sé, pero no puedo evitar el impulso de acicatearla.

—Parece que el asunto del dinero es demasiado importante para ti ¿verdad? — arremeto impiadoso—. Pues déjame decirte que para mí no lo es y no porque me sobre, sino porque hay cosas por las que pagaría, y no al revés.

¿Qué diablos...? ¿Qué carajo acabo de decir? Un bocinazo detrás me hace notar lo mal aparcado que estoy, pero no me muevo. Es que estoy petrificado por mi estupidez.

—No alcanzo a comprender, señor Duarte, lo que me quiere decir. Pero sí, a mí me importa mucho hacerme cargo de mis gastos y no deberle nada a nadie.

Al parecer no tuvo en cuenta lo último que le dije y eso es un alivio. Pero el que

haya dejado de ser “Rafael —para convertirme en el “señor Duarte —me deprime bastante. El abismo entre nosotros se hace inmenso y no sé cómo salvar la situación sin dejar entrever lo mucho que me importa que no cancele el viaje para volver a verla.

—Ya veo. Pero el hecho de dar el primer viaje gratis es una decisión comercial que no tiene que ver con la autonomía financiera de nadie —afirmo—. Hasta Uber lo hace...

Esa tontería improvisada a último momento logra el efecto deseado.

—Pero no quiero sentirme una aprovechada. Yo no soy así.

—Tranquila. Está más que claro que no eres el tipo de mujer que disfruta de explotar a los hombres como medio de vida, o por deporte.

Una nueva pausa que no logro interpretar... Por alguna razón siento que lo que acabo de decir lejos de aliviar la cosa, le agrega más tensión, pero ella se repone pronto y a mí me deja pensando.

—Bueno... Espero al menos que no se niegue a aceptar una propina —dice muy resuelta, aunque es evidente que su incomodidad no se termina de disipar.

—Por supuesto que no me negaré; si el servicio te resulta satisfactorio aceptaré con gusto tu propina.

Silencio primero, y luego una precipitada despedida.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana... Marcela.

Me siento raro. Es la primera vez en mucho tiempo que algo me produce cierta... emoción. Y me refiero a sentimientos positivos, no a esa especie de inquietud llena de pesimismo que me embarga cada vez que voy a ver a mis hijos, o después de terminar una jornada laboral con muy poca recaudación, o al pensar en qué situación estaré dentro de diez años.

Pensar en ella y en el encuentro de esta tarde hace que mi corazón se acelere. Es una estupidez, ya lo sé. Desde ayer no hago más que tejer fantasías irrealizables con una mujer que está totalmente fuera de mi alcance por más de un motivo, y todos ellos insalvables.

Sé que lo mío es completamente unilateral y hasta me siento bastante avergonzado por tener pensamientos eróticos con respecto a ella, pero no puedo evitarlo.

Sin embargo, estoy seguro de poder mantener a raya mis emociones para que no lo note. Sería muy mortificante ver una expresión condescendiente en su rostro hermoso. O que se riese de mí...

No sé por qué me importa que no se dé cuenta de que me atrae. Bueno, en realidad sueño con esa mujer. En solo unos minutos logré cautivar mi libido por completo, y se hizo protagonista de todas mis fantasías sexuales.

No sé qué tiene además de belleza... Tal vez es su actitud un tanto desconcertante lo que más me gusta. Lo que sea, en un rato lo voy a averiguar pero sin delatarme.

Puedo mostrarme indiferente, sé que puedo. Lo que haré será mantener una actitud madura, equilibrada y cortés, como corresponde a un hombre de mi edad. Disfrutaré de su belleza pero no intentaré pasar el límite que separa lo profesional de lo personal, por más tentadora que me parezca la idea.

No sé por qué pero las dos veces que hablamos me pareció que tras esa fachada de autosuficiencia había una niña temerosa. Carajo, cómo me gustaría conocerla... En el sentido bíblico y en el otro también.

Me la imagino dulce y complaciente. Tiene cara de ángel y un cuerpo hecho para pecar... ¡Basta! Debo dejar de pensar en ella en esos términos.

La última vez que deseé a una mujer, terminó muerta y no puedo permitirme volver a caer en la tentación. Aunque ya no esté en las garras del juego, jamás voy a poder deshacerme del temor de poner a alguien en riesgo otra vez. No estoy hecho para querer a nadie, no soy digno de ello porque mi pasado me seguirá condenando siempre.

No podré perdonarme lo de Mónica mientras viva... Si me hubiese detenido a tiempo, tal vez ahora no estaría bajo tierra, pero es tarde para lamentarme y ella será siempre mi culpa más dolorosa.

No la amé, o al menos no la quise lo suficiente como para dejar el vicio por ella, y alejarnos de todo como me lo pidió tantas veces.

Me rogó que me mantuviese apartado del casino donde me conoció, más que nada porque pertenecía a su marido y yo obedecí pero comencé a frecuentar otros a sus espaldas y con su dinero.

Mala idea... No tardé nada en volverme a endeudar. Un prestamista impaciente me amenazó con dañar lo que más quería, pero a mí no se me movió un pelo porque mis hijos estaban muy lejos. Claro que no contaba con que se refiriera a Mónica, y ese fue un error enorme.

Subestimé la situación, y cuando me enteré por las noticias de su muerte caí en un pozo depresivo que casi termina también conmigo. No lo dijeron, pero yo sentía que los matones del prestamista habían cumplido su amenaza.

Mónica seguramente había muerto por mi culpa, no por unos ladrones que entraron a su casa y se llevaron sus joyas como mencionaron. Lo que hicieron fue cobrarse mi deuda de la forma más atroz.

Me alejé de todo. Dejé la pensión y me volqué a la calle otra vez... Nunca más volví a jugar pero me dediqué a beber. Permanecí un tiempo como un animal, pidiendo limosna para poder emborracharme hasta terminar en un hospital. La abstinencia forzosa me hizo aclararme y cuando salí estaba decidido a cambiar de vida.

Conseguí un empleo de mesero, y luego de conductor de un taxi. Viví en otra pensión primero y luego me mudé con Maluma. Del taxi a Uber, y a recuperar mi dignidad y a mis hijos.

En eso estoy, recién comienzo y se me hace cuesta arriba pero si hay algo de lo que tengo plena certeza es que no renunciaré. No voy a volver a caer en el juego, no seré nunca más un despojo humano, no pondré en riesgo a nadie jamás.

Ya toqué fondo, y no me ahogué. Emergí para sobrevivir y además honrar la vida. Podría estar muerto en lugar de Mónica... O metido en un gran problema con su esposo, pero por alguna razón nadie se dio por enterado de nuestra relación y ni siquiera me investigó la policía.

Igual tenía coartada... Estaba en el casino. Siempre estaba ahí cuando no estaba follándola en el motel que ella pagaba.

Nadie me preguntó, y yo me sentía tan vulnerable que preferí enterrar la cabeza en la tierra para no arrancármela de cuajo por lo mal que me sentía. No precisamente por amor, sino por la inmensa culpa que cargaba y aún cargo en mis espaldas.

Ni la policía, ni los matones me buscaron. Resultó fácil dejarme caer y desaparecer

en silencio. El vacío era tan atractivo y simplemente me dejé llevar hasta caer a lo más bajo del abismo para luego renacer limpio y con un propósito: recuperar a mis hijos, llevar una vida digna, no hacer más locuras.

Por eso me mantengo alejado de las mujeres. No soy célibe, pero no quiero compromisos así que no me enamoro, no establezco lazos con nadie, ni siquiera amistosos.

Y no sé por qué esta chica, Marcela, me hace desear saltarme mis propias reglas pero no puedo sustraerme a las ganas de seguir viéndola, con la esperanza de que eso no se transforme en otra de mis adicciones porque eso sí sería mi final.

10. Marcela

A veces se me termina la creatividad pero no puedo darme el lujo de bajar la calidad del “tratamiento —así que solo tengo que evocar el peor momento de mi vida para que mi mente elucubre nuevas formas de tortura escrita redituable.

Y pensar que el estúpido juez cree que ese curso de control de ira va a ser la solución para mis problemas, y me va a quitar mi condición de “amenaza pública”. Por favor... No sabe cuán peligrosa puedo ser en privado y bien calmada.

Disfruto enormemente de humillar pervertidos y que encima me paguen por hacerlo. Encontré en el dominio financiero la clave para sobrevivir durante la suspensión de la puta aerolínea, y una forma de incrementar mis ingresos en el futuro.

Al final va a resultar que mi madre tenía razón y de verdad “no hay mal que por bien no venga”... Claro que para mantener la atención y el bolsillo de mis esclavos bien abierto, tengo que darles un servicio satisfactorio, y para eso aunque parezca contradictorio, debo frustrarlos bastante.

¿Cómo lo hago? Les pido que hagan tonterías, no quedo satisfecha, y los penalizo con dinero. O simulo estarlo y los premio con alguna foto y con la oportunidad de comprarme algo que pueda lucir en la misma. Ese es básicamente cómo funciona la cosa y el secreto de mi éxito.

En solo cuatro días he alcanzado a recaudar seiscientos cincuenta y un dólares. ¿De dónde sale ese dólar? De un capricho; le prometí a uno de mis sumisos una foto de mis pies desnudos si superaba a uno de sus “competidores —virtuales. No sé esforzó mucho, solo lo justo, pero obtuvo su foto.

Eso me dio un par de ideas... Ayer comencé con el asunto de las apuestas. Los desafío a hacer determinada cosa, cuanto más descabellada mejor. Propongo imposibles; ellos aceptan y pierden por supuesto, así que en mi cuenta PayPal se acumulan alegremente dólares y euros para mi total beneplácito.

Qué idiotas, qué predecibles son. Todos cortados por la misma tijera, como el abogaducho ese que terminó siendo un dolor de ovarios.

Hombres jóvenes de buen pasar, fetichistas de pies. Algunos de ellos son aficionados a las apuestas, y otros disfrutan de humillarse vistiendo ropa interior femenina y enviándome fotos ridículamente horribles.

Solo tengo que detectar por dónde va su perversión, y luego darles o quitarles lo que más desean. Los frustro, los premio, los castigo, los humillo, les exijo un tributo para seguir contando con mi atención, y de paso la bestia disfruta y se mantiene en calma. ¿Qué más puedo pedir?

Mi móvil timbra y me apresuro a tomarlo.

Ah... Es “SumisodeEme —uno de mis esclavos exclusivos por propia voluntad. A los muy idiotas les gusta ese sentido de pertenencia...

—Buenos días, diosa suprema —me escribe el infeliz.

Tengo una planilla Excel donde llevo la “contabilidad —de mi nuevo emprendimiento, y antes de responderle chequeo si este esclavo merece mi atención nuevamente.

Vaya, tributó una cantidad interesante ayer, la que me permitió pasar la barrera de los quinientos, así que bien vale que le dedique unas palabras que le hagan mover la colita.

—¿Qué quieres, perro?

—Saber si le gustó el regalo que le envié anoche.

—¿A eso le llamas regalo? Qué optimista eres. Le he dejado más propina a mi pedicuro.

Ya me lo imagino babeando. Cualquier referencia que tenga que ver con pies los hace “flipar”.

—No sabe cuánto me gustaría ser su pedicuro. Pagaría lo que fuese por hacerlo...

La tentación es grande, lo admito, pero no voy a contravenir la orden del juez así que lo de las sesiones personales está fuera de consideración por el momento.

Para no desanimarlo del todo me escudo en la distancia física, aunque para una auxiliar de a bordo en vuelos internacionales eso nunca significa un problema.

—Pues lo veo difícil, estando tan lejos. Pero no pierdas las esperanzas...

—Mi diosa, yo sería capaz de cruzar el océano a nado por usted. Solo tiene que pedirlo.

Bueno, ya me está resultando bastante pesado y cursi.

Eso es lo que tiene de malo este “trabajo”: los esclavos aburren.

Caen en lugares comunes continuamente, y cada tanto tengo que revisar la cuenta PayPal para recordarme por qué no puedo enviarlos a la mierda y bloquearlos.

Tengo que superar estas ganas de hacerlo porque los necesito, y porque humillarlos me produce una profunda satisfacción. No tengo que esforzarme mucho; solo tengo que decirles lo que realmente siento.

—Eres tan predecible, tan absurdamente cursi que me das asco. Créeme que no te conviene tenerme frente a frente...

Este estúpido no tiene idea de cuánta verdad hay detrás de mis últimas palabras, y qué caro me está costando ese arranque de locura transitoria en mi única sesión personal.

El cursito ese de control de ira es parte del precio que debo pagar, pero el hecho de haber contratado a Rafael Duarte para que me lleve lo hace más llevadero.

Otra vez Rafael... El pensar en el remisero me descentra por completo. Estuve tres días intentando controlar las ganas de llamarlo con la excusa de pedirle me llevara a cualquier sitio. A buscar mi coche, incluso, ahora que tengo dinero para pagar el arreglo, pero eso hubiese significado arruinar la posibilidad futura de contratar sus servicios.

Entonces me llamaron del Centro de Adicciones Estatal, para que me presentara el viernes para empezar el curso de control de ira que el juez había ordenado.

Enseguida pensé que esa era la oportunidad de volver a verlo, así que ni bien corté con ellos, marqué su número y lo contraté.

Fue una llamada extraña y no acierto a darme cuenta del motivo. Por momentos pareció íntima y por otros demasiado impersonal.

Con solo dos conversaciones de minutos y una de ellas telefónica, Rafael Duarte se ha transformado en un enigma para mí. Tengo que descubrir cómo hace para leer entre líneas “dónde me aprieta el zapato —que en definitiva es lo mismo que yo hago

con mis esclavos con el fin de torturarlos.

Estoy segura que esos no son sus objetivos pero... ¿hay algo casual en las palabras que tanto me afectan? Parece que cada cosa que me dice está calculada para echar sal en mis heridas, pero... ¡ni siquiera me conoce! ¿Cómo hace, entonces?

Empiezo a pensar que ese hombre es una especie de *karma* para mí. O tal vez sea una adicción, no lo sé, la cuestión es que tengo que volver a verlo y no sé exactamente por qué o para qué.

Es algo inusual que yo necesite a un hombre para otra cosa que no sea hacerle algún tipo de daño, pero lo cierto es que el chofer me provoca intensos deseos de conocerlo más.

Y creo que eso es lo que haré en instantes, porque por la ventana de mi departamento acabo de ver un Ford Fiesta gris detenerse frente al edificio.

Sí, es él... ¡Es él! Se baja y mira su celular y luego hacia arriba. Apenas tengo tiempo de apartarme para que no me vea. Mi móvil suena y descubro un mensaje suyo: —Estoy abajo”.

Eso, nada más. Es la primera vez que me escribe, porque cuando le envié la dirección solo se limitó a clavarme el visto. Miro al hora... Es la una y cuarto.

Como habíamos quedado y veinte, me doy el lujo de retrasarme, aunque en realidad me muera de ganas de bajar. No sé cómo interpretar que haya llegado antes... No es lo suficientemente temprano como para pensar en que estuviese ansioso de llegar, y eso me frustra un poco.

—En unos minutos salgo.

Espero diez, y contándolos, mientras no dejo de observarlo con discreción. Enciende un cigarro mientras revisa su móvil esbozando esa media sonrisa que me pone de los nervios.

Planeaba bajar y treinta, pero no puedo seguir esperando. Me miro al espejo antes de salir. Vaqueros azul marino, blusa blanca, blazer rojo y tacones del mismo color. Me arreglo el pelo... Casi nunca lo llevo suelto y mucho menos con mis rizos naturales en las puntas, pero presiento que este es el tipo de hombre que no aprecia nada artificial.

Me pongo lentes de sol enormes de Gucci, mientras me pregunto por qué me empeño tanto en gustarle. ¿Qué pasa si logro el efecto deseado? ¿Cómo voy a hacer para lidiar con ello sin rechazarlo abiertamente?

Mientras salgo a su encuentro me prometo a mí misma el comportarme bien. Nada de tender redes, que eso se me da muy bien en el mundo virtual pero en el real no tanto...

Bueno, tengo que decir que desde arriba era imposible distinguir lo increíblemente guapo que se ve. Jeans oscuros, camisa blanca. Sencillo, sobrio, informal y elegante. La barba crecida, miel en los ojos y la media sonrisa. Ay, Dios...

Una leve inclinación de cabeza, y me abre la puerta de atrás.

—Buenas tardes.

Inspiro profundo cuando noto que no me está mirando. Aguarda que suba mientras observa a un perrito que levanta la pata junto a un árbol.

Su indiferencia me irrita. ¿Estuve más de una hora probándome ropa para esto? Carraspeo y mi espíritu de rebelión aparece de pronto.

—Buenas tardes. Prefiero adelante, si no le molesta.

Ahora sí tengo su atención.

—No me molesta, pero es más seguro detrás.

Levanto la cabeza desafiante y replico.

—No soy una niña.

Arquea las cejas, pero cierra la puerta. Yo me adelanto, rodeo el coche y abro la del acompañante.

Un segundo antes de meternos nos miramos por encima del vehículo. Parece que se divierte... Cómo me gustaría darle un buen puñetazo y borrarle esa expresión.

—Contrólate, Marcela. Vas camino a un curso de control de ira, por favor... Tranquila.

No me pongo el cinturón de seguridad a propósito. Él le da arranque pero no nos movemos. No sé por qué razón estoy decidida a poner a prueba su paciencia... Parece que necesito establecer un “tira y afloje” —como en nuestras anteriores conversaciones, y busco hasta la excusa más tonta para provocarlo.

—¿Nos vamos? —pregunto, al tiempo que bajo la luneta para mirarme en el espejo.

Pero no tengo tiempo de hacerlo porque él la cierra de un golpe, se inclina sobre mí y me coloca el cinto sin decir una sola palabra al respecto.

Tiemblo como una hoja cuando aspiro su perfume. Tabaco y jabón, solo eso, pero me encanta. No esperaba tanta cercanía y eso me pone nerviosa, pero él no parece ni remotamente perturbado.

Pone el coche en marcha y luego me pregunta:

—¿Adónde te llevo?

Carraspeo otra vez. Tengo miedo de que la voz no me responda.

—A... A Avenida Principal y la cuarenta y dos.

—Allá vamos.

Es todo lo que dice por varios minutos, y eso lejos de tranquilizarme me inquieta demasiado. Y cada segundo que permanecemos en silencio mi nerviosismo crece y crece, y no sé por qué.

Finalmente no puedo seguir aguantando la tensión y me siento obligada a hablar. Esta pulseada la gana él, pero me prometo que la próxima seré yo la triunfadora. Podría incluso apostar.

Busco en mi cabeza con desesperación algo que decir que resulte ingenioso y a la vez provocador, pero no me sale nada. Estoy en blanco.

Lo miro de soslayo y veo que continúa atento al tráfico. Es como si yo no estuviera y eso no puedo soportarlo. Creo que es por eso que el filtro no me funciona y comienzo una charla inconducente y estúpida, de esas que odio tanto.

—¿Hace mucho que se dedica a esto?

No me mira cuando responde escuetamente.

—No mucho.

—¿Es empleado o el dueño?

—Soy el dueño.

—¿De la remisería?

—De este coche.

Vaya, no me da ni un poquito de entrada. Si le incomodan mis preguntas no me lo

hace notar y tal vez eso es lo que me hace continuar indagando como una vecina cotilla. Pero en esta paso la frontera de lo impersonal sin poder evitarlo.

—¿Y le gusta?

La luz roja hace que se detenga, y por primera vez desde que empecé el interrogatorio, me mira.

—¿Si me gusta qué cosa?

Odio que me respondan con otra pregunta, lo odio de verdad y es por eso que dejé de ir a terapia.

—Esto... Su trabajo. Conducir, llevar gente de un sitio a otro —le respondo.

—No me disgusta, sobre todo cuando la conversación es agradable y el tránsito fluye.

No sé por qué, pero intuyo que no es este el caso. El tránsito fluye pero no estoy segura de estar siendo agradable. Más bien todo lo contrario.; creo que me estoy comportando de una forma demasiado corriente como si quisiera desestimular lo que en un principio intenté provocar. En vano, por supuesto. Está más que claro que no produjo ningún efecto en él, al menos no uno positivo. ¿Qué me está pasando? No lo sé, pero no puedo parar.

—¿Y antes qué hacía?

No responde enseguida y al mirarlo me doy cuenta de que frunce el ceño de forma pronunciada.

Se toma un par de segundos antes de responder.

—Si me vas a interrogar creo que sería oportuno que al menos me tutearas.

Me quedo de una pieza.

—No era mi intención. Usted dijo que no le molestaba conversar, así que...

—Habitualmente las conversaciones en este coche tienen que ver con el estado del tiempo, la inseguridad y el precio del combustible —me dice mientras retoma la marcha—. Si no fueses solo un poco mayor que mi hija, y a todas luces una chica fuera de mi *target* pensaría que te interesa conocerme, pero dadas las circunstancias solo puedo colegir que lo que intentas es estudiarme como si fuese un espécimen y no es que me moleste, solo creo que sería más adecuado que me tutearas.

Si antes me había dejado asombrada ahora estoy francamente muda. Primero que nada porque deja entrever que está casado. No entiendo cómo no se me ocurrió antes esa posibilidad, pero me hace sentir molesta sin razón. Y segundo porque no estoy acostumbrada a tanta franqueza... Es decir, la gente que no me conoce jamás se ha atrevido a juzgar mis actitudes con tanto descaro, y que este chofer se haya tomado esa libertad me indigna. Pero claro, esto es lo que sucede cuando una permite que le paguen algo o le hagan un favor... Juro que le voy a pagar el boleto de autobús y este viaje, lo juro. Será un placer poner a este hombre en su lugar, pero para eso debo antes reponerme de la sorpresa y darle una respuesta que esté a la altura.

—Por favor... Como si fuese el único chofer en todo el mundo...

Creo que doy en el blanco. Su expresión no denota nada pero la mano en la palanca de cambios se tensa. La mano, el fuerte antebrazo y el bíceps bajo la camisa.

No dice nada, así que continúo con mi descargo.

—Una quiere ser cortés y así la tratan.

Continúa en silencio, lo que aumenta mi incomodidad y me obliga a hablar

compulsivamente.

—No me interesa en absoluto conocerlo, para que sepa. Pero parece que no está acostumbrado a llevar una conversación que vaya más allá del estado del tiempo o del precio del combustible y lo entiendo, así que si lo incomodé le pido discul...

—No me incomodaste, pero creo que no debería interesarte mi grado de satisfacción con mi trabajo ¿no? Sobre todo cuando se trata de una tarea tan anodina como ser chofer de Uber.

Lo observo con más interés del que me gustaría demostrar. Chofer de Uber... Vaya. Parece que me lee la mente cuando dice:

—Sí, chofer de Uber. Un cuarentón fracasado intentando sobrevivir, tal como estás pensando, porque lo que hacía antes ya no lo puedo hacer, pues lo eché a perder. ¿Satisfecha? Espero que sí.

Las mejillas me arden. Debo tenerlas rojas... No sé qué decir. No estaba preparada para que las cosas llegaran a este extremo.

—Pensé que... Pensé que era un remis —murmuro como una tonta. No sé por qué siento que me ha pillado en una falta, pero así es.

De reojo veo que mueve la cabeza y sonrío.

—Solo en esta ocasión. La tarjeta que te di no era nueva... Ahora trabajo para Uber, pero como no pensé que fueras a contratarme no creí oportuno aclararlo —me dice—. Así que ya lo sabes... Te llevaré esta vez, pero luego tendrás que pedir tu viaje a través de la aplicación. Si estoy cerca tal vez...

—¿Por qué? —lo interrumpo sin poder contenerme. Al parecer eso lo toma por sorpresa, porque cuando vuelvo la cabeza lo veo fruncir el ceño.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me diste tu tarjeta y me dejaste creer que te dedicabas a dar servicios de traslado? —le pregunto, y sin querer comienzo a tutearlo.

—Porque me dedico a esto, y pensé que si tu coche se había averiado podría...

—Pero eres chofer de Uber, no remisero.

—¿Y qué diferencia hay? Te estoy llevando a dónde quieres ir y eso es lo que importa. Fin del asunto.

¿Pero qué diablos...? ¿Fin del asunto? No sé quién se cree que es este chofer de mierda para zanjar una conversación de esa forma terminante.

No sé qué decir así que permanezco en un hosco silencio durante un buen rato, intentando dominar la rabia que siento. Y cuando creo que he logrado la calma, me atrevo a decirle:

—No es necesario que me esperes. Cuando termine, llamaré un taxi.

No responde nada en seguida, pero unos segundos después sí.

—De acuerdo.

Mi móvil timbra y veo que "SumisodeEme" —intenta captar mi atención otra vez:

—Pídame lo que quiera, mi diosa. Haré lo que ordene.

—Lo que quiero pedirte es que hagas el favor de no molestar, que estoy ocupada —le respondo con rapidez, y luego bajo el volumen mientras espero retomar la conversación interrumpida, pero eso nunca sucede.

El silencio se hace impenetrable y de esa forma llegamos al destino. Y cuando lo hacemos veo que su expresión cambia.

—¿Centro de Adicciones? —pregunta, y no tengo muy claro si se dirige a mí o es algo retórico. Lo que me faltaba... Ahora cree que soy una viciosa.

En fin... ¿Qué más da? No me importa lo que piense, de todos modos no lo volveré a ver jamás. Y pensando en eso es que me bajo con rapidez, pero no sin antes responder:

—Todos tenemos un muerto en el armario.

Y luego, el tiro de gracia. Me sale sin pensar, juro que no lo planifiqué. Es una pequeña venganza, un broche de oro para cortar para siempre esta especie de relación circunstancial que se tornó demasiado íntima por momentos.

Mi movimiento es rápido, y estoy segura que no se lo esperaba.

Meto mi mano el bolsillo del blazer, donde llevo un billete de cincuenta, y luego de cerrar la puerta de un golpe se lo arrojo por la ventanilla abierta, sobre el asiento.

—Gracias por tanto —murmuro, y echo a correr. Subo la escalinata del edificio como si me corriera una jauría de perros salvajes, y lo último que veo cuando me vuelvo justo antes de entrar por la vidriada puerta giratoria, es su rostro barbado y su azorada expresión.

11. Rafael

No entiendo. Es decir, no me entiendo.

¿Qué carajo hago acá esperándola? Me dijo que no lo hiciera, que llamaría un taxi al salir, pero hay algo que no acierto a definir que me mantiene prisionero de las ganas de verla otra vez.

Soy un estúpido. ¿Cuál será el siguiente paso? ¿Dar vueltas y vueltas en torno a su edificio con la esperanza de ser el primero en responder si llega a necesitar un servicio de Uber?

Como si no tuviese suficientes problemas, ahora me estoy encaprichando con una mujer totalmente inalcanzable, cuyo único interés en mí parecería ser usarme para matar el tiempo y saciar su curiosidad.

Lo del billete de cincuenta me desquició por completo, tanto así que estuve a punto de bajar y correr tras ella para devolvérselo, pero fue imposible aparcar bien el coche en ese momento.

Es hermosa, mierda, es hermosa... Pero sé que no puedo aspirar a ella.

Fue larga la agonía pero finalmente pude sincerarme y decirle que trabajo para Uber, para poner fin a esta especie de obsesión que seguramente me haría volver a ofrecer un servicio de remisería que no existe, como pretexto para... Ya ni sé para qué.

Le dije la verdad porque me descolocó la pregunta sobre lo que hacía antes. Estuve a un tris de contarle que en algún momento no fui el despojo humano que soy ahora, sino que conocí las mieles del éxito como futbolista, pero eso hubiese implicado tener que decirle lo que pasó después... No, no tuve el valor.

Además no correspondía. Apenas nos conocemos, y nuestro vínculo es profesional, no personal, así que no tenía caso mostrarle mi peor faceta, hacerle ver cuán mierda fui. Bastante avergonzado me sentía por... Por todo. Por ese palpitar de mi corazón que parecía resonar por todo el coche. Por la punzante erección solo por estar sentado a su lado, por respirar el mismo aire que ella. Por el puso acelerado, por la falta de aliento, por el temblor de mis manos que intenté disimular oprimiendo con fuerza el volante. Por las ganas de detenerme, en medio de la avenida, y arrancarle unos besos o toda la ropa, para poder saciar estas ganas que me atormentan desde que la vi.

Ganas, sí, y ahora le sumo esta puta curiosidad... "Centro de Adicciones Estatal". ¿Qué carajo...? ¿Adicta a qué puede ser esa chica? Desde luego que no tiene aspecto de *yonki* ni por asomo.

No lo entiendo... Ese lugar es más que conocido para mí. Varias veces inicié un tratamiento y otras tantas lo dejé. Y si bien he conocido todo tipo de gente en cada uno de ellos, ninguna era una chica con aspecto de modelo de pasarela como esta. ¿Será alcohólica? O peor... ¿será ludópata como yo?

Este último pensamiento me pone los pelos de punta.

Si tiene mi misma adicción, el vicio de mierda que casi acaba conmigo volveré a perderme, estoy seguro. A juzgar por cómo me sentí cuando la vi desaparecer por esa puerta, si no freno esto voy a terminar haciéndome adicto a una adicta... Dios, tengo

que apartarme. Tengo que huir.

Nada de intentar seguir con el tira y afloje, devolviéndole el dinero. Nada de tentar al destino para que me toque un viaje de Uber con ella. Nada de desearla, de fantasear, de imaginar lo que jamás podrá ser.

Voy a dejarla ganar la batalla y también la guerra. Que se quede con la última palabra, con la satisfacción de haberse salido con la suya. Tragaré bilis pero no voy a flaquear.

No lo pienso más y me pongo en marcha. A las pocas cuerdas pongo a funcionar la aplicación, dispuesto a recuperar el tiempo perdido. No me sobra el dinero, así que a trabajar. Basta de pensar con la maldita polla y de hacerme el caballero andante, que Don Quijote hubo uno solo y estaba loco. Ahora toca olvidar a la aeromoza del demonio, y seguir con mi vida. Eso haré.

Dos viajes después, estoy resignado a no poder dejar de pensar en ella.

Y el destino confabula en mi contra durante el tercer viaje. El insistente timbre de un móvil me toma desprevenido.

Miro a mi pasajero a través del retrovisor.

—No es el mío —me dice, adivinando mi muda interrogante—. Viene de ahí delante.

En el siguiente semáforo en rojo compruebo lo que me temía: debajo del asiento del acompañante hay un teléfono. Por supuesto, es el móvil de Marcela, y no tengo dudas de eso porque al volver a sonar veo que el que llama es un tal “Amore —y aparece una foto suya sentada en las rodillas de un tipo guapo.

¡Carajo! Unos bocinazos detrás de mí hacen que suelte el puto móvil y redirija mi atención al tránsito.

Conque “Amore —¿eh?... Claro, debí imaginar que era casada o al menos que tenía novio. ¿Cómo se me pudo cruzar por la mente que quizá estuviese intentando conocerme? ¿Es que tengo trece años?

Mi pasajero desciende, y yo me quedo aparcado mirando el móvil de Marcela. Está bloqueado pero tiene dos mensajes emergentes. Uno pone que tiene tres llamadas perdidas del tal “Amore —y el otro que dice: “Loser le ha enviado \$ 50,00 EUR.

¿”Loser”? Vaya nombre. No puedo imaginar el contexto de este mensaje, y tampoco quiero. Lo que sí deseo es devolverle el móvil y no verla nunca más. Esta chica es un peligro para mi estabilidad mental, y parece que el demonio me la hubiese puesto como para tentarme y reincidir en algo que me haría mucho daño. No sé qué sería peor, si enamorarme de ella o volver a caer en las garras de un vicio... Tal vez ambos males tengan el mismo nombre y causa de ahora en más: Marcela.

Maldita la hora en que le di mi tarjeta. Maldita la hora en que me llamó.

Pero la hora más maldita fue cuando apareció por la puerta de su edificio derrochando encanto. Juro que la observé como en cámara lenta avanzar hacia mí, y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no demostrar cuanto me alteró el volver a verla.

La primera vez, con el uniforme de aeromoza y ese aspecto de indefensión me pareció mona, pero esta tarde pude comprobar que era realmente deslumbrante.

Tiene los ojos más hermosos que vi en toda mi vida, una boca preciosa y una figura increíble. Su cabello, su forma de vestir, su perfume, y su juventud me cautivaron por

completo. Por unos momentos fantasee con la idea de que esa era una cita real, y que se había arreglado así para mí... Qué estúpido.

Traté de componerme para que ella no notara cuánto me afectaba. Me comporté con naturalidad, cortesía y hasta intenté mostrarme indiferente.

Y todo permaneció más o menos bien, hasta que ella comenzó con el interrogatorio que me perturbó bastante. ¿Por qué tantas preguntas? ¿Por qué tan... comprometidas?

Y luego esa especie de discusión que no hizo más que agregarle sal y pimienta al asunto. ¿Qué demonios le importaba si yo disfrutaba de mi trabajo a qué me dedicaba antes? No voy a abrir las puertas de mi pasado a nadie, y mucho menos a ella. Tampoco quiero ser su experimento o su juguete.

Solo intenté ser cortés y ella terminó humillándome al tirarme ese billete por la ventana. No creo ser merecedor de algo así, pero ya no importa.

Es una chica imponente en todo sentido. Una mujer a la que cualquiera se moriría por conocer y por amar, pero no es para mí. No busco eso, no la quiero en mi vida y ella a mí seguro que tampoco.

El chico guapo al que tiene agendado como "Amore —es quien se ha ganado el premio mayor, y solo espero que sepa apreciarlo. En lo que a mí respecta, lo único que puedo hacer es olvidarme de ella.

Después de devolverle el móvil, claro.

—Rafa, ¿dónde estás?

—¿Dónde crees? Trabajando.

—Pero... ¿no habíamos quedado en que entrenaríamos a las cuatro? Estoy aquí en el Parque Municipal, esperándote...

Carajo, lo olvidé. Olvidé por completo a mi amigo Maluma y al jodido entrenamiento de los viernes.

Dos veces por semana lo entreno, o mejor dicho, entreno con él. Trotamos, hacemos ejercicios de intervalos, y luego le atajo unos penales para que mantenga la forma mientras no lo fichen en ningún equipo.

Pero esta vez le fallé a Maluma por culpa de Marcela, de mi obsesión por ella.

—Perdona, es que... Lo olvidé —confieso, porque no me da para mentirle.

—¿Lo olvidaste? —pregunta incrédulo—. ¿Continúas trabajando?

—Comencé tarde hoy... Tuve algo que hacer y luego todo se trastocó. Te pido disculpas, pero...

—¿Algo que hacer? ¿Algo como qué?

No quiero hablarle de ella, no tiene caso. Será un asunto laudado ni bien le entregue el teléfono, cosa que haré en instantes.

—Un viaje particular —respondo para zanjar la cuestión—. ¿Qué te parece si lo dejamos para mañana?

—Mañana no puedo. Ven ahora que te espero.

—Maluma, tengo que resolver un asunto... Dejémoslo para otro día ¿sí?

Resopla, lo escucho claramente.

—Tú andas en algo raro, *man*.

—Vamos... Sabes de sobra que vivo para trabajar —le recuerdo, pero como no se me da bien el hacerme el misterioso, termino aclarándole a medias el asunto que tengo

entre manos: —Un cliente olvidó su móvil en el coche, y se lo estoy llevando. Es algo lejos. Tal vez ya esté oscuro cuando...

—Está bien.

No parece muy contento, pero nada puedo hacer y ni bien corto con él, me dirijo hacia el departamento donde vive Marcela, para entregarle el puto móvil que no ha parado de timbrar.

Las ventanas emergentes muestran más llamadas perdidas de “Amore —y también más mensajes extraños: —Cachorro le ha enviado \$ 40,00 USD.

¿”Cachorro”? ¿Pero qué clase de negocio tiene esta mujer? Creí que era aeromoza, pero ya es el segundo mensaje de PayPal anunciándole que le han enviado dinero.

No alcanzo a deducir de qué se trata, pero supongo que tiene que ver con ventas y con animales, o algo así. ¿Importa acaso? En absoluto. ¿Qué puede importarme de una mujer a la que no para de llamarla su “Amore”? Una mujer que me insultó lanzándome un billete de cincuenta por la ventanilla del coche. Una mujer que no puedo sacar de mi mente... ¡Mierda!

El teléfono vuelve a vibrar dos veces más pero no aparece ningún mensaje emergente, así que me quedo con la intriga.

Cuando paro frente a su edificio no bajo enseguida. Dudo entre esperar un rato a ver si la encuentro llegando, o tocarle timbre. Después de todo son más de la cinco, así que puede que haya llegado.

Me decido por esto último pues quiero terminar cuanto antes con esto.

Cruzo la calle y busco el botón del departamento quinientos cuatro—. Marcela y Sebastián —pone el letrero en uno de los timbres.

Bueno, confirmado. Vive con alguien, su esposo, su novio, ya no importa.

Y si ya no importa ¿por qué me siento tan... ofuscado? No lo entiendo. Oprimo el botón con más fuerza del que debería y ya es tarde para arrepentirme cuando una voz masculina pregunta “¿Quién es?”.

Era de esperarse, pero yo ni siquiera lo consideré, y me toma por sorpresa.

—Soy... Soy de Uber. Marcela olvidó su móvil en mi...

—¡Con razón! Me la he pasado llamando toda la tarde y ya me estaba preocupando... Espéreme que ya bajo.

Qué fabuloso. Ahora toca conocer al afortunado... Día maldito por donde se lo mire.

Cierro los ojos, fastidiado por completo, deseando poder finiquitar ese asunto ya, pero todo se complica más cuando escucho mi nombre a mis espaldas.

—¿Rafael?

Giro conteniendo el aire, y allí está. No lleva gafas de sol y tiene los ojos enrojecidos, como si hubiese estado llorando. Es más, todavía tiene una lágrima en la mejilla y le tiembla un poco el mentón.

Algo le ha pasado, estoy seguro. Algo que le ha hecho daño, que la ha hecho llorar.

No sé qué me pasa. Es decir, soy consciente de que su pareja está a punto de aparecer, que ella y yo no terminamos bien esta tarde, que es nada más que una cliente y que solo estoy allí para devolverle el móvil, pero no puedo evitarlo.

Doy un paso al frente y recojo la lágrima de su mejilla con uno de mis dedos.

Y un segundo después, ella cierra los ojos y se refugia entre mis brazos.

12. Marcela

Dios Santo.

Estoy en la puerta de mi edificio prendida como una garrapata a Rafael Duarte. Me aferro al chofer de Uber como si me fuese la vida en ello y hasta se me escapa un sollozo con el rostro pegado a su cuello.

No entiendo qué me pasa. Apenas conozco a este hombre y no esperaba encontrármelo aquí justo ahora, pero fue verlo y sentir que era mi tabla de salvación.

Es que pasé una tarde de mierda... Primero esa especie de pelea en su coche, donde tuve la infeliz idea de lanzarle un billete a la cara. Poco me duró la satisfacción de la venganza. Ni reí última ni reí mejor... Después de entrar al Centro de Adicciones, simplemente deje de reír.

En ningún momento volví a experimentar el regocijo inicial, sino que me invadió una profunda vergüenza y esa horrible sensación de que en lugar de haberme salido con la mía, lo único que hice fue embarrarla peor.

Intenté tranquilizar mi conciencia diciéndome a mí misma que lo hecho, hecho estaba, y que jamás volvería a verlo por lo que no podría echarme en cara ese burdo intento de humillarlo.

Mortificada al extremo entendí que a ese hombre no podría humillarlo nada ni nadie. Rafael Duarte estaba más allá del bien y del mal, y eso lo tenía clarísimo. Lo que no sabía era por qué.

Con la cabeza hecha un lío entré en la sala que me habían indicado, y fue grande mi sorpresa cuando me encontré irrumpiendo en lo que a todas luces era una reunión de terapia grupal o algo así. Así que esa mierda iba a ser el dichoso curso de ira...

Todos giraron a verme y yo me sentí torpe y tonta. ¿Esas personas con cara de no haber roto un plato en su vida eran violentas perdidas? No podía creerlo. Estaba tan sorprendida que por un rato dejé de pensar en el incidente con Rafael.

Mi mirada se concentró en una pizarra que había al fondo, en la que se leía claramente: —Controle su ira antes de que ella le controle a usted.

—A mí no me pasa eso —me dije—. Bueno, solo fue una vez y bajo una intensa provocación.

Pero no pude seguir el rumbo de mis pensamientos porque una voz algo chillona se dirigió a mí saludándome.

—Tú debes ser Marcela ¿cierto? Bienvenida.

Algo incómoda porque la mujer mencionó mi nombre (¿dónde quedó lo del anonimato de este tipo de reuniones?) carraspeé y di un paso al frente.

—Así es. Muchas gracias. No llego tarde ¿o sí? —dije mirando mi reloj. De hecho todavía no era la hora de la cita.

—No, para nada. Solo que nos gusta venir temprano para conversar —dijo la mujer—. Mi nombre es Aurelia. Pasa y siéntate.

Hice lo que me indicaba y luego de acomodarme levanté la cabeza y noté que todos me miraban.

—¿Pasa algo? —pregunté algo confusa.

Un hombre algo mayor rio junto a mí.

—No pasa nada. Solo que no estamos acostumbrados a ver este tipo de belleza por aquí.

Confieso que me ruboricé y también me alegré. Yo no era una mujer con problemas, solo era una linda chica a la que se le fue la mano en un encuentro BDSM. No tenía que estar allí, no había duda de eso.

Carraspeé y agradecí el cumplido, pero justo antes de intentar justificar mi presencia allí, la tal Aurelia comenzó a hablar.

—Sé lo que estás pensando, querida. Seguramente tratarás de hacernos creer que tu presencia aquí obedece a un error, que tú no eres una persona violenta y que lo tienes todo bajo control —me dijo muy segura de sí—. Todos llegamos con ese talante, y a medida que avanzamos en estas reuniones nos vamos dando cuenta de cuánto necesitamos dominar nuestra ira. Fíjate que dije “dominar —porque el enfadarse es inevitable; la cuestión es la forma.

La observé con repentino interés, pero igual seguía pensando que lo mío iba por otros carriles.

—La idea es conocer los procesos de conformación de la ira y aprender modelos de confrontación saludables ¿comprendes? Todos los que estamos en este lugar tenemos un problema con la ira.

La mujer hablaba y yo seguía pensando que nada tenía que hacer allí, hasta que en un momento dijo algo que me hizo *click*.

—Algunos de nosotros hemos cometido actos de violencia inadmisibles cuando la furia nos dominó y le hemos hecho daño a otras personas. Algunos de nosotros estamos aquí por orden judicial y otros por propia voluntad. No importa qué es lo que nos trajo, lo que interesa realmente es que nuestra conducta violenta nos hace tanto daño a nosotros como a la persona que lastimamos.

Bueno, en eso tenía razón. Le rompí la nariz al abogado, pero terminé pagando caro ese rapto de locura. Toda mi vida se resintió a causa de ese evento y si pudiese volver el tiempo atrás lo que haría sería evitarlo.

—El reaccionar con enfado ante una provocación es parte de ser humanos. ¿Debemos entonces tragarnos nuestra rabia mansamente o expresarla sin contemplaciones? Ni lo uno ni lo otro. No se puede entrar en un espiral de emociones negativas, debemos contener las respuestas violentas, pero no debemos reprimirnos del todo porque nos podemos enfermar.

Vaya, lo que yo pensaba. Hay que dejar salir esa energía porque la bestia puede terminar devorándote las entrañas.

—Así que vamos a aprender a enojarnos. Estamos aquí para eso, y como es un proceso permanente este curso no empieza ni termina nunca, está siempre funcionando —me explica sin dejar de mirarme—. Hoy te toca integrarte, y lo que queremos pedirte es que te presentes y nos hables sobre ti y lo que te trajo.

Esto ya no tiene gracia. ¡No puedo decirles los verdaderos motivos de mi presencia en ese lugar! Pero no hay duda de que algo tengo que contar, porque siete pares de ojos no hacen otra cosa que mirarme.

—Bueno... Soy Marcela...Tengo veinticuatro años. Tengo un... Tengo novio. Hay ciertos... inconvenientes en mi vida que me... Cosas que han pasado que... Cosas no

del todo buenas que... Que determinaron que un juez... recomendará... esto.

Trago saliva, y no sé cómo continuar. Pero allí está Aurelia, lista para darme un empujoncito más.

—¿Qué fue lo que hiciste si se puede saber?

Que directa la señora. En fin, qué más da.

—Se me fue la mano con un hombre. Lo golpeé y le fisuré el tabique nasal entre otras cosas.

—¿Tu novio? —pregunta el hombre que me dijo guapa hace unos minutos.

—No era mi novio... No lo conocía... mucho.

Una chica de pelo color zanahoria y *brackets* levanta la nariz y me pregunta a bocajarro.

—¿Un altercado en el tráfico? ¿Un mano larga que se propasó? ¿Una pelea entre vecinos?

Sacudo la cabeza tres veces.

—Nada de eso. Un hombre me... Me pidió que lo golpeará un poco y a mí se me fue la mano. Terminó en el hospital y yo con el juez.

Silencio absoluto. Me quiero morir.

—Un hombre te pidió que le pegaras —murmura un chico con los brazos tatuados

—. ¿Un masoquista?

Asiento, incómoda y avergonzada al máximo.

—Algo así.

—¿Eres puta? —repregunta de inmediato.

Revuelo general. Aurelia, que claramente lidera el grupo, pide silencio y recuerda la regla de no juzgar. De a poco las aguas se calman y es ella quien retoma el hilo de la conversación.

—Esa fue una pregunta fuera de lugar, Carlos. Lo que interesa aquí es por qué esa situación se salió de control. ¿Sabes por qué, Marcela?

Inspiro profundo. Buena pregunta... No puedo hablarle de la bestia, claro está. No quiero terminar en un manicomio, así que le doy un par de vueltas a la cuestión.

—No soy prostituta. Sucede que el... caballero no dijo la frase de seguridad, así que pensé que le estaba gustando...

—¿Y a ti también te estaba gustando? —me interroga Aurelia con una penetrante mirada.

Dudo un par de segundos antes de responder:

—Sí.

—Lo suponía —dice la mujer y luego hace una pregunta que me descoloca por completo—. ¿Quién te hizo tanto daño, Marcela?

Me revuelvo en el asiento. Acomodo mi bolso, me arreglo el pelo.

¿Qué debo responder? ¿Que mi padre me entregó para pagar una deuda cuando solo era una niña? ¿Que mi primera vez fue con un tipo de cincuenta años a quien no conocía? ¿Que ese infeliz me arrebató la virginidad, la dignidad y las ilusiones? Se llevó mi inocencia y hasta se dio el lujo de llevarse también un trofeo: un colgante de plata con mi inicial, regalo de mi querida abuela Matilde en mis quince.

Le tenía tanto aprecio a ese dije... Mi abuela murió al día siguiente de mi cumpleaños y por ese motivo su regalo era más que significativo para mí. Ese

desgraciado me lo arrancó sin contemplaciones y con él se llevó el recuerdo de mis años felices que jamás volverían.

No supe que responderle a Aurelia. Me limité a bajar la mirada y ella entendió el mensaje, pues no ejerció más presión.

El resto del tiempo no volví a abrir la boca, pero mi angustia lejos de aplacarse se fue acrecentando ante cada testimonio.

Cuando todo terminó sentí un gran alivio pero las ganas de llorar seguían intactas. Salí a la calle deseando llegar a casa lo antes posible, y con la secreta esperanza de encontrar a Rafael esperándome en la puerta, aunque le había ordenado que no lo hiciera.

Cumplió, por supuesto. No estaba... Busqué mi móvil; tal vez tuviese un mensaje... Nada. No aparecía el puto celular.

Volví al Centro pero tampoco lo encontré allí. Entonces recordé que la última vez que lo había tenido en mis manos había sido en el coche de Rafael.

¡Carajo! Tenía que localizarlo para recuperar el teléfono, pero ¿cómo lo iba a mirar a la cara después de mi numerito de esta tarde? Eso de lanzarle el dinero fue una estupidez, una actitud infantil digna de la caprichosa en la que me he convertido.

Me lo tenía merecido. Maldito *karma*.

Comencé a caminar, y a medida que avanzaba mi mente retrocedía.

¿Cómo me fui transformando en un monstruo desalmado? ¿Cómo comencé a gestar a la bestia que me causa este profundo dolor?

Tiene que haber una forma de sentir alivio sin causar daño—. Pero te gusta hacerlo, Marcela. Te gusta porque odias a los hombres, a todos los hombres, como odias a tu padre por lo que te hizo —me recordó la bestia en un susurro.

Y en ese instante sentí que un proceso de transformación empezaba a gestarse en mí. No sabía el alcance de esa transformación, solo sabía que dolía. ¡Cómo dolía!

Para cuando estaba llegando a casa, ya no podía contener las lágrimas. No quería llorar en la calle, pero no estaba logrando evitarlo.

Entonces lo vi.

De espaldas a mí, con su camisa blanca y sus pantalones oscuros. Con su impresionante espalda y su cabello castaño.

No tuve que verle la cara para saber que era él.

Entonces me descontrolé. Me eché en sus brazos como si ese hubiese sido el refugio que hacía años necesitaba.

Y así estoy todavía, sollozando como una niña contra su cuello mientras él, lejos de rechazarme, oprime mi cuerpo contra el suyo sin decir palabra.

Me quedaría así para siempre, lo juro. Lástima que no es posible, porque de pronto se abre la puerta y Sebastián lo arruina todo con el peor comentario del mundo.

—Vaya, vaya, vaya... Mi mujer con el chofer de Uber. Si quieren me retiro así siguen con lo suyo.

Rafael me aparta despacio y nuestros ojos se encuentran.

Listo, ya está.

Tengo la certeza absoluta de que entre él y yo hay un lazo invisible.

—Que no se corte, por favor, que no se corte —es mi último pensamiento antes de inspirar profundo y enfrenar lo que toque vivir.

13. Rafael

Cuando toqué fondo luego de la muerte de Mónica, me prometí a mí mismo alejarme para siempre de cualquier cosa que pudiese representar un problema. Tomé su trágico final como una advertencia, y la duda de haberlo propiciado fue tan traumática que después de un período de lo más abyecto, lo que intenté fue no asomar nunca más la cabeza. Pasar por la vida sigilosamente, con el único objetivo de sobrevivir y darles a mis hijos un mejor porvenir.

Me permití, no obstante, una sola adicción que sería mi válvula de escape ante la presión: el cigarro. Al principio me aferré a él con fuerza. Me chupé todas mis frustraciones, las procesé y las dejé salir con el humo de mi cuerpo. Luego me quedó una adicción moderada de apenas cuatro o cinco al día.

No me permití ni siquiera el vicio del café o la comida. Ni que hablar del alcohol, las drogas o el sexo... Alejé y me alejé de las adicciones para siempre, o al menos eso creí hasta ahora.

Esta chica que tengo literalmente entre las manos ante la atenta mirada de su hombre, es puro peligro. Peligro pero con mayúsculas, de la clase que te hace bajar la guardia, te hace desear más, te hace correr riesgos que no debieras correr.

La vi quebrada y la recibí entre mis brazos. Sabía que era cuestión de segundos que su pareja llegara y nos viera en esa situación comprometida, pero fue oler el perfume de su cabello y ya nada importó.

La envolví como para protegerla de todo mal. Por unos interminables segundos fui su escudo, su guarida, su paño de lágrimas. La contuve en ese momento de debilidad o fortaleza, no lo sé. Porque hay que tener coraje para correr a los brazos del tipo que insultaste esa misma tarde lanzándole un billete a la cara.

Escuché su llanto ahogado, sentí la humedad de sus lágrimas en mi cuello y perdí la cabeza. La oprimí contra mi cuerpo y la consolé en silencio porque me daba cuenta de que las palabras sobraban.

Claro que no para él.

Antes de que abriera la puerta yo sentí su presencia y cerré los ojos anticipando el golpe o el mal momento si tenía suerte, pero no la solté como si quemara, aunque en realidad me estaba prendiendo fuego.

Y cada vez estoy peor. El tal Sebastián nos acaba de pescar abrazados, pero su reacción no es lo desmedida que anticipé hace instantes.

—Si quieren me retiro así siguen con lo suyo — dice, y por supuesto que lo hace con ironía pero también con cierto regocijo o al menos así interpreto su calmada actitud.

No estoy seguro, pero por el tono de su voz hasta me parece que lo está disfrutando. No quiero tentar a mi suerte y antes de volverme a mirarlo suelto los hombros de su mujer, para terminar de apartarla.

—Bueno, he aquí un hombre evolucionado y no un troglodita como yo —me digo aliviado, aunque en realidad nunca me sentí posesivo con respecto a nadie. Pero no puedo negar que me sorprende al punto de la estupefacción, su civilizada respuesta

ante lo que acaba de presenciar.

Y así es que por fin conozco a “Amore —el que la estuvo llamando toda la tarde, y quién sabe si no resulta ser el responsable de esas lágrimas que aun siento en mi piel.

Es tal cual se ve en la foto del móvil, un tipo joven y atractivo, así que en ese sentido no hay sorpresas. Lo que sí es extraño que su actitud corporal no hable de una “honrosa retirada —reflejando sus palabras, sino todo lo contrario. Retiene la puerta con el pie y la mantiene entreabierta mientras mira a uno y a otro como preguntando qué hacer, pero decidido a hacer lo que quiera.

Carraspeo, incómodo. No me atrevo a levantar la vista pero cuando Marcela habla no tengo más remedio que hacerlo.

—Hola, Sebastián —murmura con un ligero temblor en su voz. No parece ni avergonzada ni nada, solo se ve triste. Qué extraño todo, por Dios. Nos acaban de pillar abrazados... ¿Es que ninguno tiene sangre en las venas?

—¿Estás llorando, cielo? —pregunta él, a todas luces alarmado mientras extiende un brazo y la toma del mentón.

Tengo que reprimir el impulso de quitar su mano de allí y eso me causa una profunda turbación.

Marcela intenta sonreír pero no lo logra.

—Tuve un mal día. Cuando entremos te contaré.

Siento que estoy de más y eso comienza a pesarme. No sé qué hacer... Tengo que centrarme. Yo vine a devolver un teléfono olvidado en el coche y no debo perder de vista mi objetivo, por más extraña que se haya tornado una situación que podía haber sido de lo más cotidiana.

Meto la mano en el bolsillo de la camisa y tomo el móvil.

—Espero que con esto mejore tu día —le digo al tiempo que se lo tiendo.

Pero ella no hace ningún ademán de agarrarlo. Se lo queda mirando con los ojos empañados por las lágrimas.

Esto se pone cada vez peor, cada vez más sospechoso.

Y por increíble que parezca, es Sebastián el que salva la situación tomando el móvil de mi mano.

—Muchas gracias por traerlo. Aquí tienes por la honradez y las molestias...

Y acto seguido me tiende un billete.

Bueno, esto es el colmo. Demasiado para un solo día... Un billete de diez. Por la módica suma de sesenta hoy he sido humillado por una mujer que me tiene cautivado, y su pusilánime marido. ¿Ese el precio de mi honradez y mis “generosos actos”? ¿Qué carajo estoy haciendo acá parado como un imbécil?

Miro a Marcela que parece apesadumbrada, incluso más que yo. Se apresura a tomar el billete al tiempo que murmura:

—No es necesario. Por favor, sube que enseguida lo haré yo.

Sebastián frunce el ceño levemente.

—¿Seguro estás bien?

—Sí, estoy bien. Dame el móvil.

Se la ve bastante repuesta de pronto. Toma el teléfono y le sostiene la mirada a su “Amore —hasta que éste deja la puerta abierta y se marcha, luego de desearme las buenas noches con bastante amabilidad.

Asiento con la cabeza, pues ya no sé ni qué decir. Lo que es seguro es que no llegó aún el momento de emprender la retirada, porque Marcela me retiene con su mirada, con su actitud.

No hace nada, y sin embargo lo hace todo y ni sé cómo.

Permanezco como atornillado al suelo, bien sujeto por esos ojos verdes aún cargados de humedad.

—Esto es... incómodo —atino a decir, porque más incómodo todavía es permanecer en silencio.

—Puede ser. Pero seguramente más para mí que para ti.

—No lo creo... —replico sin poder contenerme—. No te ves ni por asomo lo turbada que deberías.

Ella levanta las cejas y yo me veo venir una bofetada verbal. Parece que el pesar por su “mal día —ya se disipó, o tal vez quiera cobrárselo conmigo.

—¿Por qué debería sentirme turbada? No he hecho nada malo —dice ella, y está claro que su intención es burlarse de mí.

¿Se lo permito o no? ¿No le bastó con la humillación de esta tarde? ¿No me bastó a mí? Creo que no me lo merezco después de mis “gentilezas —pero con tal de estar un instante más junto a ella, decido exponerme un poco.

Tal vez un segundo round es lo que necesite para olvidarla de una vez. O quizá tenga que darle a ella un escarmiento.

—¿No has hecho nada malo?

Niega con la cabeza.

—¿Y lo del billete que me lanzaste en la cara la última vez que te vi?

No se esperaba eso, por supuesto. Veo la furia brillar en sus hermosos ojos, y siento alivio porque vuelve a ser la misma. Puedo ser su bolsa de boxeo una vez más, si eso la reconforta.

—¿Por eso me has traído el móvil? ¿Para recordarme cuan infantil y estúpida fui?

Ah, vaya. Parece que haga lo que haga siempre termino teniendo la culpa de todo.

—Te lo he traído porque soy honrado, como dice “Amore”.

Por un momento parece no comprender, pero luego mira su móvil y se da cuenta de dónde lo he sacado.

—¿Me has *hackeado* el teléfono?

Por favor, esto ya es el colmo de los colmos.

—Sí, soy un chofer de Uber pirata informático —le digo, sarcástico—. No ha dejado de timbrar y de aparecer en pantalla tu novio, marido o lo que sea. Y antes de que preguntes también he visto que tu negocio va muy bien...

Juraría que esto último es lo que realmente la hace palidecer.

—¿Cómo? —pregunta con un hilo de voz.

—Que tienes habilitados los mensajes emergentes y he visto que te han pagado lo que sea que vendas.

Y como si todo hubiese estado coreografiado al milímetro, en ese momento se enciende su pantalla y no puedo evitar ver algo de lo que pone. Es otro mensaje de PayPal.

—DogSick le ha enviado...

Ella se apresura a bloquear el teléfono y lo guarda en el bolsillo de su chaqueta.

Ahora sí que se la ve turbada.

Sonrí sin poder evitarlo y Marcela lo nota.

—¿De qué te ríes?

—De lo nerviosa que te has puesto de pronto.

—No sé por qué te divierte tanto.

—Porque parece preocuparte más que un extraño vea que recibes un pago de PayPal, que el hecho de que tu pareja lo pille abrazándote —le digo, sincero.

—No es que me preocupe... —comienza a decir, pero ahí parece haberse agotado su réplica, así que decido darle un empujoncito solo porque me da curiosidad qué es lo que se trae entre manos.

—Cualquiera diría que tienes montado un negocio ilegal de tráfico de mascotas vía aérea.

—¿Mascotas?

—DogSick... Cachorro... —le digo sin pudor alguno dejando entrever que he prestado atención a los apodos de sus clientes. Es que no solo siento curiosidad, también disfruto de verla así de incómoda aunque no sepa exactamente por qué. Esa es mi pequeña venganza por el trato recibido.

—Basta. Por favor... —Su tono es de súplica, así que mi sed de revancha se aplaca de golpe—. Tengo que... Tengo que entrar.

Me pongo serio y suspiro. Parece que esto es el final y me duele. Carajo, cómo me duele.

Tengo que disimularlo, así que me hago el superado y me despido.

—Bueno, entra. Mi tarea aquí ya está cumplida, así que me marchó.

Pero ninguno de los dos se mueve.

—Gracias por traerme el móvil.

—No hay de qué.

Silencio...

—Perdona por el arrebató de esta tarde.

Bueno, eso sí que me gustó y pone fin a mi actitud belicosa de hace instantes.

—Supongo que no aceptarás que te lo reintegre.

—Supones bien. No te merecías la forma, pero sí el dinero. Quisiera pensar que estamos a mano, pero parece que siempre termino debiéndote algo...

Se la ve pequeña y dulce. Se la ve deliciosa cuando sonríe, aunque sea un tanto forzadamente porque se nota que le cuesta tanto agradecer como pedir disculpas.

Esta chica no es la misma de esta tarde, tan altiva y autosuficiente, y tampoco es la del bus, comedida y alegre aun sintiéndose vulnerable. Algo ha pasado en ese Centro de Adicciones o fuera de él, que la ha puesto así de triste, con un ánimo francamente lúgubre. Tanto como para refugiarse en los brazos de un chofer de Uber sin mediar palabra.

Todo lo que sucede en torno a ella es un misterio. Su pareja tan pusilánime, esos extraños mensajes, su cambio de estado de ánimo. Y es ese misterio lo que la hace tan adictiva.

Estoy a punto de sucumbir a la tentación de coincidir admitiendo que me sigue debiendo algo solo para volver a verla, pero recurro a toda mi fuerza de voluntad y me resisto. No puedo darme el lujo de caer en las garras de este nuevo vicio llamado

“Marcela.

—No me debes nada.

Ella sonríe y mueve la cabeza. Y luego hace algo inexplicable.

Me toca el rostro con la mano... Una caricia en una mejilla y luego un suave beso en la otra. No atino a responder de ningún modo porque cuando salgo de mi estado de ensoñación y caigo en la cuenta de que ya me he convertido en un esclavo de su encanto, ella ya est  dentro del edificio y se termina el contacto.

14. Marcela

Entré en el edificio roja como la grana. Avergonzada por el beso, sí, pero también por todo lo demás.

Casi me muero cuando me dijo que vio los mensajes de mis... sumisos. Fue un alivio comprobar que no sospechaba de mis actividades de dudosa moral, para el común de la gente.

No sé por qué me importa tanto lo que él piense de mí. Seguro que no es nada bueno, sobre todo porque él mismo me condujo hasta el Centro de Adicciones, pero si algún día se entera de que voy a un curso de control de ira, prefiero que crea que es porque soy una mujer perturbada que agredió a un amante y no lo que pasa en verdad.

Antes muerta que admitir que dentro de mí existe una bestia que disfruta de hacer daño a desconocidos, y ahora por dinero.

Personal o virtualmente es lo que me gusta hacer, pero Rafael Duarte no puede saberlo.

¿Por qué? Dios, es de una claridad pasmosa el motivo. Ya no puedo seguir negándolo; ese hombre me encanta.

Desde el momento en que lo vi no he podido dejar de pensar en él. Jamás me sentí tan atraída en toda mi vida, ni siquiera cuando era una niña inocente y con ganas de enamorarse. Y después pasó lo que pasó y simplemente dejé de pensar en los hombres de esa forma.

Una vez lo intenté con un compañero, un auxiliar de a bordo como yo, pero nada pasó. Es decir, dejé que me metiera los dedos, pero no sentí otra cosa que un molesto ardor y un asco inmenso.

Era un chico guapo y listo, y ambos habíamos bebido pero está visto que no lo suficiente como para disfrutarlo. Fue todo muy rápido, se masturbó frente a mí y apenas duró un minuto antes de manchar mi ropa con su semen.

Creo que ni siquiera lo recordó a la mañana siguiente, porque me preguntó si realmente había pasado algo entre nosotros. Le dije que nada, y cambié de tema por supuesto. Y en ese instante decidí que no lo volvería a intentar.

Definitivamente el sexo no era para mí.

Claro que mis hormonas funcionan y dos por tres me invade algún que otro sofocón que soluciono de forma manual o con juguetes, pero no tengo auténtica necesidad de estar con alguien.

Desde luego que están los esclavos... Tengo que confesar que en alguna ocasión los he obligado a hacer cosas sucias y a mostrármelas después. Cosas que me han excitado bastante... Pero esa calentura no está dirigida a poseer o entregarme a otro ser humano, sino al morboso placer de humillarlo.

Así soy, y teniendo ya veinticuatro años creí que nada cambiaría. Estaba segura de que arrastraría mi trauma de por vida, y que nunca sería una mujer normal pero va a ser que no.

Rafael Duarte ha hecho la diferencia. El primer hombre que me gusta, que me atrae, que me seduce, que me excita. Pero además me provoca otras cosas, otras

ganas...

Ternura, por ejemplo. Y también me siento segura cuando estoy con él. Me inquieta y me produce calma a la vez... ¡Carajo! No sé cómo explicarlo.

Tengo intensos deseos de golpearlo a veces, y otras siento el impulso de besarlo.

Verlo en la puerta del edificio me cambió el estado de ánimo. De pronto sentí que él podía salvarme de... De mí misma. Del pasado que me atormenta, de mis horribles fantasmas.

Me lancé a sus brazos como si fuese una niña, y él me recibió sin reservas.

Todavía no me lo puedo creer... Y Sebastián tampoco, sobre todo porque aun sabiendo que mi "novio —aparecería de un momento a otro, no me soltó. Continuó abrazándome incluso cuando Sebas hizo ese comentario estúpido.

Casi lo mato cuando subí.

—¿Qué tenía que haber hecho, entonces?

—Nada, retirarte dando las buenas noches.

—Pero estoy seguro de que sabía que tú y yo éramos pareja.

—Si no lo sabía, ahora lo sabe. Es decir, sabe lo que le hacemos creer a todos.

—¿Y por qué tengo la sensación de que eso no te agrada?

—Porque no me agrada.

—Vaya, esto es nuevo e insólito. ¿Te gusta ese tipo?

—¿Y qué si es así?

—Pues... Que no lo terminé de entender. Quiero decir, me alegro y todo, pero nunca imaginé que finalmente se adueñara de tu corazón alguien como él.

—¿Alguien como él?

—Marcela, no me malinterpretes. El hombre es una bomba. Un galán maduro tan apetecible que poco faltó para que me lo comiera yo, pero creo que no es tu tipo.

—¿Y tú qué sabes?

—Vamos, cielo. Un trabajador... Un obrero del volante. Y tú una niña bien y encima guapa. Y joven... Porque déjame decirte que tu amorcete debe andar en los cuarenta...

Me lo quedé mirando, pensativa. Todo lo que me dijo yo ya lo había pensado, lo había reflexionado bastante, pero lo que seguía sintiendo por Rafael era tan poderoso como inexplicable.

No repliqué nada y me encerré en mi cuarto a contestarle a los estúpidos esclavos, que toda la tarde se la pasaron enviando dinero para comprar mi atención.

Por mucho que me gustara el chofer de Uber, no podía descuidar mi nuevo negocio, y tampoco a la bestia que se alimentaba del sufrimiento de esos perversitos.

Mi látigo verbal fue implacable, y estuve especialmente creativa esta vez. A uno lo hice comer sus verduras desde el suelo, a otro lo obligué a ponerse una pinza de ropa en los testículos y el tercero tuvo que orinar sobre una biblia mientras decía sus oraciones.

Mi odio hacia las religiones se enardece cuando obligo a mis esclavos a renegar de ellas y a cometer actos blasfemos. La bestia así lo requiere y lo único que me alegra de lo que pasó la nefasta noche en que mi padre me ofreció, fue el haber abierto los ojos ante la mentira más grande de todas: la existencia de un dios bueno omnipotente, omnipresente y amoroso.

Un dios que permitió que me hicieran el peor daño que una niña puede imaginar.

Desde ese día dejé de orar, y en la enorme bolsa de mis rencores eché también mi fe. Y esa fue la forma de vengarme de mi madre por su omisión.

De mi padre me vengué de otra manera: jamás le volví a hablar en privado. En público y para guardar las apariencias era tan cortés como cortante; a solas sencillamente lo miraba con puñales en los ojos.

Pero... ¿qué enfermiza necesidad tengo de pensar en ellos? Me revuelvo en la cama mientras busco la imagen de Rafael, pero solo encuentro a la alimaña que me engendró.

Maldito Alejandro Urioste... En dos días es su cumpleaños. Desde que me independicé a los diecinueve no solo no lo acompaño a celebrarlo, ni siquiera lo llamo.

Mi trabajo siempre ha sido mi mejor pretexto para el “qué dirán —pero este año no está. Claro que puedo no enterar a nadie de esto, pero siento que debo ir. De pronto se me ocurre que parte de mi proceso de transformación va a ser el enfrentarlo en el momento menos oportuno: su esperada fiesta.

Ha llegado la hora de abrir la boca y soltarlo todo. Tengo que desahogarme para limpiarme por dentro, y de esa forma tal vez tenga la posibilidad de encarar algo con Rafael.

Dios... ¿En qué estoy pensando? ¿Qué me hace pensar en que eso puede suceder? ¡Ni siquiera estoy segura de que le guste! ¡Y tal vez hasta esté casado! Pero por alguna razón esa posibilidad no me parece un verdadero impedimento.

¿Qué me pasa? Ir al cumpleaños de mi padre, cantarle cuatro frescas, limpiar mi corazón, enamorar a Rafael Duarte.

Enamorarlo... ¿será eso posible? Ese hombre... ¿pensará en mí?

Echo un último vistazo al móvil antes de entregarme por completo a los brazos de Morfeo. Dos perritos me ponen que me adoran y que tenga lindos sueños...

Malditos estúpidos.

Que les den.

15. Rafael

Hacía más de tres meses que no echaba un polvo, así que mi nivel lácteo estaba en índices realmente alarmantes. Pajas, sí, seguro, pero no era lo mismo.

En la última semana especialmente, me había masturbado varias veces pero ya no era suficiente. Y ya nada lo sería luego de haber tenido en brazos a Marcela.

Ay, esa mujer... Debo confesar que me desespera. Ese oscilar entre la luz y la oscuridad me tiene bastante loco.

Es que Marcela es todo extremos. De la alegría al pesar, de la ternura a la altivez, de la docilidad a una extraña actitud desafiante que me llena de intriga. ¿Será así con su marido, su novio o lo que sea el rubio al que llama "Amore"?

No siento celos, no señor. Lo que siento es envidia... Una vergonzosa envidia porque él es quien folla con ella y no yo.

Y lo de la mujer que recogí en la calle el viernes, luego de transformarme en una llama viva con el beso de Marcela, fue una tontería que debí haber evitado. Usar a alguien como sustituto de lo imposible no es la respuesta.

Estaba en una parada de bus y yo esperando la luz verde para doblar. Me sonrió y yo hice lo mismo, más por reflejo que por otra cosa, y para mi sorpresa se acercó y me pidió con un gesto que bajara el cristal.

Era rubia, de unos treinta y cinco años. No era guapísima, pero tampoco era fea. Para nada fea.

Me preguntó si era de la tele. Negué con la cabeza, sorprendido. ¿De la tele? Maluma me dijo que hay algunas fotos mías en Internet pero dudo de que alguien recuerde mi trayectoria. Además, no tenía barba en ese entonces.

La luz cambió pero la rubia siguió con la cabeza metida en el coche sin dejar de sonreír, así que le dije "sube —y otra vez me dejó con la boca abierta cuando sin pensarlo dos veces lo hizo.

Después, todo se aceleró. No doblé en la esquina, la llevé a su casa. Tampoco hubo demasiado diálogo, solo una conversación intrascendente que dejó clarísimas las intenciones de follar.

Y eso hicimos. Se podría decir que fue un ligue exitoso, si no tenemos en cuenta que para que se me pusiera dura tuve que pensar en Marcela, y que no pude siquiera terminar.

Se llamaba Daniela, según supe después. No hablaba mucho pero la chupaba bien, y ni así... Si no hubiese traído a Marcela a ese sofá, no hubiera podido responder. Una respuesta a medias, por cierto. Paupérrimo es mejor que nulo en estos casos.

No lo entendía... Estaba excitado antes de que ella se metiera en el coche. No podía dejar de pensar en esa aeromoza del demonio que se estaba convirtiendo en un vicio. Recordaba su perfume, su cabello suelto entre mi mano y su espalda, la humedad de sus lágrimas y hasta eso me calentaba...

Me levanté a la tal Daniela, pues me pareció una buena idea evitarme otra paja pensando en una mujer que jamás podría tener. Sin embargo, no funcionaba.

La tuve que follar en cuatro patas, enterrando su cabeza en la cama mientras me

miraba en el espejo del tocador y apenas me reconocía. Allí estaba, poniéndola y sacándola como un animal, evitando mirar hacia abajo para no recordar que no era quien quería sino quién podía. Triste, humillante, estúpido...

Y por primera vez en mucho tiempo fingí.

Sí, los hombres también fingimos. Es fácil, sobre todo cuando hay un condón de por medio... Un gemido ronco, una rápida retirada, y ya estaba poniéndome de pie con la excusa de tomar mi chaqueta para buscar cigarrillos.

Ni siquiera me había quitado los pantalones... Daniela me los había bajado mientras se la metía en la boca, así que me los subí con rapidez y le ofrecí un cigarrillo también a ella.

Lo tomó mientras me miró a los ojos con el ceño fruncido.

—No estuvo bien —dijo.

No sabía si se refería a su placer o al mío, pero no pude seguir mintiendo.

—Lo siento.

—No me malentiendas, me diste un orgasmo precioso pero creo que el tuyo no lo fue tanto...

—Es que estoy algo cansado, con la cabeza puesta en...

—Otra mujer —Completó mi excusa con una sonrisa.

También sonreí y me senté junto a ella.

—¿Tanto se notó?

—Solo al principio.

Claro, tuvo que trabajármela bastante para lograr una erección decente. Qué decepción debí resultar.

Me puse en pie, dispuesto a marcharme.

—¿Cómo te llamas?

—Eduardo —mentí.

—Yo me llamo Daniela y soy un poco bruja —me dijo mientras se paraba acomodándose la ropa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y sé dos cosas: la primera es que no te llamas Eduardo y la segunda es que tarde o temprano esa chica que te roba hasta las ganas, va a terminar en tu cama.

Me quedé con la boca abierta y ella largó una carcajada.

—Lo primero lo sé porque tienes el carnet de Uber a la vista en el coche, tonto...

Me mordí el labio inferior, completamente avergonzado.

—¿Y lo segundo? —no pude evitar preguntar.

—Eso es porque eres guapo. Demasiado... Imposible resistirse.

Me marché sin decirle que nadie era demasiado guapo para Marcela, ni demasiado joven, ni demasiado exitoso.

Esa chica jugaba en las ligas mayores y además ya tenía dueño.

Dueño... Qué estupidez tan patriarcal y anticuada. Las mujeres no son propiedad de nadie, pero lo cierto es que si yo tuviese su amor, no permitiría que un chofer de Uber la abrazara, al menos no sin hacer otra cosa que lanzar una frase irónica y marcharme.

Esa noche, y aun hoy dos días después, esa reacción de "Amore —me sigue intrigando. O es un tipo muy evolucionado, o su relación no está del todo consolidada.

Carajo... ¿No tengo otra cosa que hacer un domingo más que pensar eso? Es lo que tienen las adicciones, cuando te atrapan ya no te sueltan.

Bien, me pondré en marcha. No hay nada mejor que trabajar para alejar tentaciones inalcanzables de mentes calenturientas. Llegó la hora de olvidar que la conocí, olvidar su sonrisa y ese aliento a caramelo, sus ojos verdes y su hermosa figura...

Mis intenciones son las mejores, pero la realidad lo supera todo.

Ni bien me subo al coche suena el móvil y cuando contesto descubro que es ella. No la tenía agendada, así de firme era mi voluntad de alejarme. Voluntad que se hace mierda, estalla en mil pedazos cuando escucho su voz.

—Rafael...

Me quedo mudo, no reacciono.

—¿Hola?

Me obligo a centrarme para no quedar como estúpido otra vez.

—Sí. Dime.

—Te necesito.

Así de contundente. Fuerte como un cadenazo en los dientes.

Un instinto de supervivencia me hace resistir a esta especie de entrega inevitable a las mieles del vicio.

Poner algo de distancia se hace imperativo, pero no sé cómo. Lo intento, sin embargo, y me siento ridículo cuando me encuentro preguntando:

—¿En qué te puedo ayudar?

Trato de sonar profesional, impersonal, frío, pero no sé si lo estoy logrando porque la forma en que me dice: —ven a buscarme, por favor —no parece ser un pedido de índole comercial.

Cierro los ojos, resignado.

—¿Dónde estás?

Soy plenamente consciente de que con esa pregunta me estoy condenando, pero no me importa.

—En la periferia, a la vuelta del Colegio Inglés. Calle Roma esquina veintitrés... ¿Sabes dónde es? —pregunta con voz ahogada.

Enciendo el coche.

—Sí. En cuarenta minutos estoy allí.

—Gracias.

Solo eso, nada más.

Y cuando tomo la principal, ya sé que estoy perdido.

16. Marcela

Mientras me preparaba para ir a la fiesta de cumpleaños de mi padre, las dudas me acosaban.

Era la primera vez en muchos años que asistía a una celebración relacionada directamente con él. El esfuerzo anual de Nochebuena me costaba un año de recuperación luego... ¿esto cuánto me costaría? Esperaba que el sacrificio valiera la pena y que el premio fuese la liberación.

Quería estar limpia de rencores, quería desterrar a la bestia por fin.

Después de tantos años sentía esa necesidad, y estaba segura de que tenía que ver con ese hombre que acababa de conocer. Lo veía tan íntegro, tan centrado, que me dieron ganas de ser como él.

—¿Nunca nadie te regaló nada desinteresadamente sin esperar algo a cambio? — Esa fue la pregunta que lo transformó todo, la que me hizo tomar consciencia de que Rafael Duarte no solo era especial, sino que el destino lo había puesto en mi camino para enseñarme algo.

El amor incondicional... La experiencia me dice que no existe. Ni siquiera el más valioso de mis afectos, mi querido Sebastián, deja de ajustarse a la famosa fórmula de *quid pro quo*, porque nos cubrimos mutuamente de las preguntas indiscretas y de nuestros propios problemas.

Así que con la bendita pregunta, Rafael abrió un sinfín de interrogantes más que espero poder responder. No sé cómo lo haré pero está claro que el vínculo tiene que seguir.

Cualquier pretexto relacionado con su trabajo será bueno, así que por más que ahora tenga los fondos, mi coche seguirá en el taller.

Hablando de los fondos... Mientras me aplicaba el rímel recibí un mensaje de "DogSick". ¿Es que no había tenido bastante con la sesión de la noche anterior?

El sábado había sido patético. Todo el día chateando con esos perversos para poder aumentar mis arcas, pero el domingo sería distinto. Ese domingo sería especial.

—¿Qué quieres, basurita?

—Mi señora, no he hecho nada. ¿Por qué me insulta?

—Existes, luego sobras. Eres un desecho que se excita cuando lo pisotean incluso a la distancia. Patético despojo humano... No molestes.

—Perdone, mi señora. Solo quería desearle un feliz domingo." ¿Feliz domingo? Sí, claro. Sería un vomitivo domingo de mierda, pero esperaba que liberador. Claro que el perro enfermo no lo sabía.

—Un feliz domingo sería si pudiese salir a comprarme algo. Pero tengo el coche averiado y necesito dinero para el traslado y para intentar mejorar mi humor en Victoria's Secret.

—Yo puedo costear eso. ¿Le parece que le envíe cien euros, mi señora? Lo haría ahora mismo solo por tener la dicha de ver luego lo que ha comprado con mi humilde aporte.

Sonríó. Está adentro una vez más.

—¿Quieres ver mis braguitas nuevas, perrito? ¿Las quieres ver en su sitio?

—Sí, por favor. Sí, sí, sí.

—Eres un pajillero, como dicen en tu tierra y sé que ahora mismo te estás tocando mientras piensas en ello.

—¿Cómo lo sabe, mi señora? Le pido mil perdones...

¿Que cómo lo sé? Ay, Dios. Son tan pero tan predecibles.

—Te costará ciento cincuenta euros el perdón. Pero el premio valdrá la pena... Ahora deja de manosear ese maní que tienes entre las piernas, envía ya el dinero y no vuelvas a escribirme hasta mañana —le ordeno.

Sé que lo hará y sé que esta noche le subiré una foto con mis supuestas “nuevas bragas”. Claro que no estarán en mi culo, sino en mis tobillos... Para los fetichistas de pies, eso es tremendamente erotizante, y de esa forma mantendré a otro de mis cajeros automáticos en funcionamiento y disponible.

Desconecto internet y me olvido de él. Pero de quien no puedo olvidarme es de Rafael. Y para ser sincera, tampoco quiero.

Es nueva para mí esta sensación extraña y deliciosa que me deja sin aire cuando pienso en él. Alguna vez leí sobre “mariposas en el vientre —y recién ahora estoy entendiendo la metáfora.

Y eso es lo que me mueve a dar el siguiente paso, que es presentarme en la casa familiar y enfrentar una situación que vengo evitando desde hace mucho.

Mi hermano Alex me pasa a buscar. Le conté que estaba con licencia en la aerolínea, que mi novio Sebas tenía un compromiso y que mi coche estaba en el taller, así que se ofreció a llevarme. Tres verdades a medias porque además de mi falsa licencia, mi coche está en el taller porque no quiero retirarlo y mi novio pantalla forzó ese compromiso para no tener que soportar a mi familia. No puedo culparlo, pero igual me cobraré esta deslealtad de alguna forma.

Claro que Alex no tiene por qué saber nada de esto. La verdad es que tengo muy poca relación con mis hermanos mayores. Somos cuatro; además de Alex que tiene treinta y dos años, está Paula su melliza, casada y con un niño de un año que solo vi el día que nació, y luego viene la benjamina, Nadia, que tiene dieciocho.

Estaremos solo los tres mayores, porque mi hermana menor está estudiando en Canadá y no puede venir.

Alex es un hombre encantador que todavía no ha encontrado su vocación, así que se dedica a todo y a nada. Vive en las afueras de la ciudad así que lo veo poco.

Paula no es tan encantadora... Nunca nos llevamos del todo bien, pero nuestra relación empeoró cuando se casó con el infeliz de Juan Manuel Carbajal. Es un verdadero imbécil este hombre. Machista, engreído, una verdadera peste. Solo con mirarlo una se da cuenta de que más vale perderlo que encontrarlo pero tiene dinero y es hijo de una familia amiga, así que seguramente para mi padre fue otro negocio redondo el casar a Paula con él.

Solo espero que Nadia pueda mantenerse apartada de toda esa mierda y yo la voy a ayudar con eso. Hace mucho que no hablo con ella ni le hago un giro, pero ahora que tengo a este grupete de pervertidos serviles, puedo permitirme el hacerle un regalo a mi hermanita para demostrarle mi amor, tal cual nos enseñó nuestro “admirable —papá.

Le envió un poco de dinero y casi de inmediato me llama para agradecerme. Nadia

es la única integrante de mi familia a la que realmente quiero. Con Alex me llevo bien, a Paula la tolero si no hay otro remedio, pero mi madre y mi padre pueden irse a la mierda. Especialmente mi padre.

—No te olvides de llamar a papá —me recomienda Nadia bromeando, porque sabe que a pesar de todos los pedidos de mi madre jamás lo hago. Claro que ni ella ni mis otros hermanos tienen idea de los motivos, no saben lo que pasó.

Alex dejó entrever una vez que creía que yo le guardaba rencor a nuestro padre por haberme espantado un candidato poco conveniente, y no creí necesario sacarlo del error. Paula me considera una maleducada y con poco apego, así que estoy segura que ni siquiera se pregunta los motivos de mi conducta, y Nadia simplemente creció observando esta actitud distante, así que lo toma como algo normal. No pregunta, no juzga...

Sí, definitivamente adoro a mi hermana y me hace mucha gracia su grito de sorpresa cuando le cuento por WhatsApp que iré personalmente a saludarlo este año.

—Mar... ¿En serio? ¿Y qué fue lo que obró el milagro?

—Rafael Duarte —pienso, pero no lo digo.

—Es solo que... Tengo que ir a arreglar cuentas

—¿Un préstamo?

Sí claro. Un préstamo... Irrecuperable, incalculable, inmenso.

—Un regalo, más bien —le respondo con evasivas—. Ahora tengo que irme, corazón. No te pierdas.

Y cuando corto la llamada, siento que estoy lista para o que sea. Me pongo con cuidado para no arruinar mi maquillaje, el vestido rosa que elegí para hoy. Un atuendo adecuado para una fiesta en el jardín al mediodía. Falda amplia, balerinas, y una trenza trabajada a un lado.

Me miro al espejo y parezco una chica muy femenina, despreocupada y feliz, aunque muy dentro de mí la bestia no deja de retorcerse, y solo se aplaca un poco cuando logro sacarles dinero a cambio de humillaciones a mis tontos esclavos.

Pero cuando realmente se repliega y parece desaparecer es cuando Rafael Duarte y yo estamos cerca.

Y eso me propongo hacer la próxima semana cueste lo que cueste, porque para mí ahora el dinero no es un problema y puedo usarlo para obtener lo que necesito.

El dinero puede ayudarme a acercarme a él.

La casona familiar está siempre igual. Los mismos empleados, la misma decoración, los mismos invitados.

Besos falsos a mis padres, igual que en Navidad. Lo mismo para mi hermana y mi asqueroso cuñado, apenas disimulando lo mucho que lo detesto.

Hace unos dos años regresaron de México donde él vivió gran parte de su vida, (los últimos años junto a mi hermana), hasta que decidieron volver al país para dedicarse a procrear.

El niño es bonito, pero para ser sinceros lo quiero bastante lejos. Nunca me agradaron las criaturas, ni de pequeños ni de más grandes, así que pienso mantenerme alejada de esas babas y mocos todo lo que pueda.

Sonríó al ver las caras de sorpresa. La de mi padre dice más que eso, o al menos me lo parece. En su mirada hay una interrogante y yo la voy a responder antes de irme,

que no le quepan dudas.

Y todo transcurre según lo previsto hasta que llega el momento de la foto familiar. Con el pretexto de arreglarme subo a mi antigua habitación... Tal como lo esperaba continúa igual que hace diez años.

Cerrada con llave, y ésta dentro del jarrón Ming de la bisabuela. Todo en su sitio, la cama tendida, la muñeca Morena sentada en el medio.

Como si me hubiese muerto, no marchado. Es raro... La habitación de Paula, la ocupó luego Nadia y ahora es cuarto de huéspedes. La de Alex lo mismo, redecorada y reacondicionada para recibir invitados.

Pero la mía no. Todo sigue igual... El extraño efecto de la culpa, supongo. Sobre el tocador está mi caja de música que también es un joyero. Y cuando la abro mi asombro es tal que se me termina cayendo al suelo.

Y allí, medio enredada con el collar de perlas de mi abuela Rosario, está la cadena y el dije que ella me regaló.

Sí, la pequeña "M —de que aquel hijo de puta me arrancó junto con mi inocencia.

Me arrodillo en el suelo y la levanto. No puedo creerlo... Es la misma. Detrás, aun puede distinguirse la fecha grabada, y uno de los cristales de estrás saltado en la pata derecha de la "M —la hace inconfundible. ¿Mi padre la recuperó? ¿Cómo lo hizo? ¿Por qué jamás me lo dijo?

Como si mis pensamientos pudiesen escucharse, una voz a mis espaldas me indica que este es el momento de las respuestas a todas mis preguntas.

—No esperaba que eso llegara a tus manos por ahora —dice mi padre en voz baja mientras cierra la puerta.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana sin dejar de contemplar el regalo de mi abuela.

—¿Y cuándo iba a ser eso? —pregunto con frialdad.

—Después de mi muerte, tal vez —dice. —Querida, nunca estaré listo para enfrentar...

—Puedes ahorrarte tu discurso. Ahora lo único que quiero saber es cómo llegó a las tuyas.

No lo estoy mirando pero escucho como traga saliva y carraspea.

—Simplemente la recuperé, Marcela... No debe preocuparte la forma.

Me doy la vuelta temblando de ira.

—¿Cómo? —repito con los dientes apretados.

Él baja la vista y finalmente responde.

—La robé. ¿Satisfecha? No hace mucho tuve la oportunidad y la robé. Pensé que podría dártela pero no tuve el valor... Y ahora estás aquí y la encontraste. Puedes llevártela si quieres, pero por favor no la uses porque puede comprometerte.

Muevo la cabeza, incrédula y luego me acerco y le digo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Y tú crees que recuperando esto podrías devolverme lo mucho que me quitaron?

—Sé que no, hija, pero...

Lo interrumpo, no puedo contenerme.

—En primer lugar no vuelvas a llamarme "hija". Y en segundo lugar puedes

conservar el puto trofeo de tu acreedor, porque para mí representa algo que quisiera olvidar pero no puedo: que mi padre me entregó por dinero y que mi madre no hizo nada para evitarlo.

Y luego de esto, extendiendo la cadena ante su rostro para que la tome. Tiene los ojos llenos de lágrimas pero ni un poco de lástima me da.

Se tarda unos segundos en hacerlo, pero finalmente tiende la mano con la palma hacia arriba y yo deposito en ella ese objeto tanpreciado para mí tiempo atrás, pero que ahora representa todo lo malo, todo mi dolor y mis traumas que siguen latiendo dentro.

Es el corazón de la bestia el que se acelera y yo opto por salir de la habitación antes de que se termine de descontrolar.

Bajo la escalera a los trompicones, pero no estoy lista para marcharme. Ya di el primer paso y enfrenté a mi padre; ahora quiero hacer lo mismo pero con mi madre.

Y ni bien pongo un pie en el jardín me paro en seco.

Allí, a unos metros de mí, el abogado pervertido con su nueva y perfecta nariz conversa animadamente con mi hermano.

¿Qué carajo...? ¿Cómo es posible que esto esté pasando?

Me escondo tras un arreglo floral y veo a una mujer rubia y delicada acercarse y tomarlo del brazo. Vaya, vino con la esposa devota y aburrída.

—¿Por qué te escondes? —La voz de mi hermana me da un susto de muerte.

—Cállate. No me estoy escondiendo.

—Claro que sí. ¿Te escondes de esa gente? ¿De los Márquez?

—¿Los conoces?

—Solo sé que ella se llama Catalina y que será la socia de Alex en un nuevo negocio. ¿Qué te traes entre manos, Marcela? ¿Por qué has venido?

Por un momento se me pasa por la mente el contarle por qué estoy allí. Decirle que estoy intentando dar el primer paso para poder recuperarme del daño que me causaron nuestros padres, pero la repentina presencia de mi cuñado me lo impide.

Y de pronto ya no soporto más seguir en ese lugar. Es demasiado... El regalo de mi abuela, la conversación con mi padre, la presencia del abogado... Todo eso se junta y da vueltas en mi cabeza y en mis tripas, donde la bestia ya no encuentra la manera de seguir replegándose.

Tengo que marcharme. Tengo que hacerlo ya. Me dirijo al despojado de entrada para recoger mis cosas, y luego hago lo que mi corazón me ordena, lo que mi alma necesita.

Pido que me rescate el único que puede hacerlo.

Llamo a Rafael Duarte y me pongo en sus manos.

17. Rafael

No necesito saber el número de puerta para encontrar a Marcela, pues la veo ni bien me aproximo a la casa.

Está en la entrada junto a la verja, de espaldas a mí y al parecer discute con un hombre que no se parece para nada a Sebastián, su pareja.

Aparco y espero sin dejar de observar la escena. Ella tiene un vestido rosa de tirantes y el viento hace que su falda se levante un poco, de forma de dejar a la vista gran parte de sus piernas perfectas.

Siguen hablando unos segundos, y luego todo parece terminar. Ella ya no gesticula y hace el gesto de marcharse pero el hombre la detiene tomándola de un brazo.

No lo pienso dos veces y me bajo. No solo me bajo, también me aproximo.

Ella no me ve, pero el hombre sí. Y de pronto parece más interesado en mi presencia que en la discusión que mantenía con Marcela. Lo veo fruncir el ceño primero y sonreír después, pero a mí lo único que me importa es sacarla de allí.

—¿Algún problema? —pregunto, serio.

Marcela gira, entreabre los labios y su rostro se ilumina. Parece aliviada, como si de pronto pudiese volver a respirar, pero el que habla es el tipo. La suelta y luego se me planta enfrente con los brazos en jarra pero su actitud no es belicosa para nada sino todo lo contrario.

—¿El Cacique Duarte? ¿Eres Rafa Duarte, el portero de Los Caimanes?

Bueno, eso sí que no me lo esperaba.

¿Conozco a este hombre? No, seguro que no. Entonces ¿por qué me conoce él a mí? Asiento, algo confundido, y apenas me da tiempo a sorprenderme cuando exclama:

—Sí, ¡eres tú! ¡El mejor portero que han tenido Los Caimanes en toda su historia!

El tipo me tiende la mano y yo no sé qué hacer. No me pasa con frecuencia que me reconozcan, ya que mi carrera futbolística en el país fue bastante corta y ha pasado demasiado tiempo, así que miro a Marcela como buscando qué hacer en esos preciosos ojos verdes que me observan llenos de asombro.

Y me pierdo en ellos... Me olvido de todo, hasta que siento la mano pesada que hace segundos esperaba que la estrechara, palmearme un hombro.

—Soy Juan Manuel Carbajal y he seguido tu carrera en México y también en el Platense hasta que te perdí el rastro, pero no me olvido de las alegrías que nos diste en aquella campaña que...

Lo miro con el ceño fruncido. No sé qué decirle pero Marcela sí y lo interrumpe sin contemplaciones.

—Estoy segura de que el chofer de Uber te agradece tu incondicional apoyo en aquella campaña, pero necesito irme ahora...

—¿Qué dices? ¿Cuál chofer de Uber? Cuñada, tú sí que eres tonta —le dice riendo—. Y si estás decidida a dejar plantada a la familia en la foto que saldrá en las páginas de Sociedad, hazlo de una vez, ya no importa. Yo no voy a desperdiciar la oportunidad de tomarme una foto con el Cacique Duarte y beber con él una copa a la salud de mi querido suegro que hoy está cumpliendo años. Ven, Rafael, entremos...

Bueno, esto ya no me hace ninguna gracia. Me muevo para zafar de esa mano molesta que sigue en mi hombro como si este desconocido y yo fuésemos amigos.

Lo único que quiero es llevarme a Marcela de aquí, porque así me lo ha pedido, porque ella me necesita.

—Lo siento, no puedo.

—Vamos, hombre... Serán solo unos minutos.

—No.

Y sin ninguna otra explicación que justifique mi conducta, miro a Marcela, le hago un gesto con el brazo para indicarle hacia dónde caminar para marcharnos de allí.

La veo inspirar profundo y avanzar delante de mí, mientras a mis espaldas mi estúpido “fan —sigue hablando.

—¡Aguarda! ¿Ustedes están juntos? No puede ser... ¿Eres de Uber? El Cacique Duarte chofer de...

Ni siquiera me vuelvo a mirarlo.

Marcela tampoco mira hacia atrás, y sin mediar palabra se sube al coche en el asiento trasero.

Vaya, está claro que el pedido de rescate se ha transformado en un servicio de Uber común y silvestre, y eso me desilusiona un poco.

Esto de ser una especie de Don Quijote para ella me gustaba demasiado... El boleto del bus, lo del móvil. Pero lo de “ven a buscarme, te necesito —termina siendo un pedido de traslado para salir de una reunión familiar de la que quiere zafar.

Qué estúpido. ¿Quién me manda a ilusionarme con lo que no debo?

Aprieto los labios, y enciendo el vehículo.

—¿A tu casa? —le pregunto con simulada frialdad para que no note lo decepcionado que me siento.

Ella no responde de inmediato, y no puedo evitar mirarla a través del retrovisor. Tiene la mirada vidriosa y le tiembla un poco el labio inferior, así que me olvido de mis ilusiones trucas y me concentro en lo que realmente importa.

Tal vez sí tocaba sacarla de un apuro...

—¿Qué pasa?

Marcela pestañea y mueve la cabeza.

—Sí, a casa —dice mientras su mirada se clava en la ventana.

Me muero de ganas de preguntarle, pero me contengo. Voy a esperar que sea ella la que me hable si así lo quiere.

Y cuando lo hace, no es para decirme por qué necesitaba con tanta urgencia que la sacara de la casa de su familia, o mejor dicho por qué quería que yo lo hiciera y no su marido, un taxi o un verdadero servicio de Uber.

—¿Eres futbolista? —pregunta luego de dos minutos de absoluto silencio.

Nuestros ojos se encuentran nuevamente en el retrovisor.

—Ya no.

—Claro, es obvio que estás retirado. Debí preguntar si lo fuiste, como dijo mi cuñado.

—¿Es obvio?... Eso dolió —le digo con humor, porque los sinsabores vividos me han enseñado a aceptar sin sufrir que esa etapa terminó para mí. Aunque eso no quiere decir que me guste hablar de eso.

—Perdona. No quise decir...

—¿Que soy demasiado viejo? Pero si es cierto, al menos para algunas cosas. El fútbol es una de ellas, así que no pidas perdón por decir la verdad. Solo bromeaba al reprochártelo.

—Entonces es verdad que lo fuiste.

—Sí, lo fui —admito, deseando terminar el tema de una vez.

—Háblame de eso —me pide Marcela inclinándose hacia adelante, y parece bastante interesada en saber sobre lo que no quiero hablar.

—Eso ha quedado atrás y no tengo nada que decir al respecto. Prefiero hablar de los motivos por los cuales me llamaste para que te viniese a buscar.

Espero que eso baste para desviar el tema hacia el que realmente importa. ¿Qué demonios pasó en la casa de sus padres? ¿Por qué no está con “Amore”?

Marcela vuelve a su posición inicial, replegada en el asiento y con la mirada perdida en el camino.

—No debí llamarte. Fue un error el molestarte un domingo cuando podías haber estado con tu familia, disfrutando de un gran día.

—No me has molestado. Me disponía a salir a trabajar justo cuando llamaste...

—Entonces ¿no estabas con tu familia?

—No. Pero veo que tú sí...

El dedo en la llaga. La mirada vidriosa, el temblor.

—Fue un grave error haberme presentado. Tenía que marcharme cuanto antes pero no tengo mi coche todavía, así que...

Se queda en silencio, así que me veo obligado a intervenir para que continúe.

—¿Así que...?

Marcela me mira fijo a través del retrovisor.

—Ya te lo dije, no debí llamarte para que vinieras por mí.

—Pero vine y estás en mi coche. Creo que me merezco saber qué te sucedió y por qué me llamaste a mí —le digo metiendo más presión de la que debería quizá, porque su respuesta no me gusta nada.

—Te pagaré lo que pidas, pierde cuidado.

—No se trata de eso; solo quiero que me digas...

—No lo sé. No tengo idea de por qué te llamé y eso no es lo que importa ahora. Solo tienes que saber que te pagaré así que por favor dime cuánto te debo —replica, terca, mientras abre su pequeño bolso.

Permanezco en silencio hasta que veo que me muestra efectivo a través del espejo.

Y por alguna razón ese gesto me subleva. Verla con un billete en la mano como si quisiese comprar mi silencio más que mis servicios, me pone furioso.

Odio cómo el dinero siempre forma parte de nuestros encuentros, de nuestras conversaciones, cómo ella lo trae una y otra vez. Parece que todo tuviese precio para Marcela y eso me disgusta profundamente.

No sé si es porque he tenido la oportunidad de comprobar con dolor cómo el dinero puede arruinar tu vida o qué, pero no estoy dispuesto a seguir soportando esto.

Detengo el coche bruscamente y luego giro la cabeza y le exijo:

—Bájate.

—¿Cómo?

—Que te bajes. En la esquina hay una parada de taxis y eso que traes en la mano te sobra para llegar a tu casa.

—No entiendo...

¿No entiende? Bueno, yo la haré comprender.

Me suelto el cinturón, me bajo del coche y dos zancadas llego a su puerta y la abro.

—Sal de mi coche ahora.

Ella obedece, visiblemente confundida y un segundo después está de pie junto a mí.

—¿Por qué? —pregunta con un hilo de voz.

Se la ve nerviosa y vulnerable, y yo tengo muchas ganas de abrazarla, pero elijo decirle la verdad para terminar de alejarla de una vez.

—Me molesta que todo lo quieras arreglar, silenciar, o agradecer con dinero. Estoy harto de eso y no tengo por qué soportarlo, así que lo mejor es que te lleve otro y que no me vuelvas a llamar.

Parece que mis palabras la afectan más de lo que hubiese deseado porque de pronto la humedad de sus ojos se transforma en lágrimas. Solo dos, que se deslizan por sus mejillas mientras no deja de mirarme.

Su rostro bello y delicado está a unos centímetros del mío, y me muero por volver a robarme una de esas gotas saladas. Me gustaría bebérmela, quisiera lamerla de esa mejilla ligeramente sonrosada y saborearla.

¡Mierda! Aquí voy de nuevo. Estoy al borde del abismo, a punto de caer en él. Volverme loco por algo inalcanzable, vivir solo por y para eso. Reorganizar mi vida en función de esta locura que promete la felicidad pero no trae más que desgracias.

Me resisto inútilmente porque ya me tiene.

Entonces caigo. Me lanzo en caída libre y me olvido de todo.

18. Marcela

El contrato ya está listo. Obviamente no tiene ninguna validez jurídica, pero a los sumisos les agrada la idea de suscribirlo y comprometerse de forma simbólica, así que las últimas dos horas me he puesto a ello y se los he enviado recién.

Todo surgió de forma muy natural, pues tengo más que claro qué estoy dispuesta a dar y qué quiero obtener a cambio. La única duda surgió al pensar en la palabra o frase de seguridad... Después de todo “muñequita mía —no había funcionado como freno con el abogado, pero... ¿por qué debería ser realmente efectiva en sesiones virtuales? Con bloquearme ya sería suficiente.

Así que decidí seguir en la misma línea aunque no fuese necesario. Es que esa frase está cargada de significado para mí... ¿Por qué no usarla en mi extraño pasatiempo redituable? Sería algo simbólico, un estupendo recordatorio de que el dinero es infinitamente mejor que las palabras y que el amor.

—Muñequita mía”; dos palabras que me recuerdan el comienzo del dolor. Fue un despertar demasiado cruel, que arruinó mi inocencia y me destrozó por dentro.

Perdí todo esa noche. La alegría, la confianza, la fe. Perdí la esperanza, las ilusiones... De alguna forma y por un instante sentí que tuve el poder en mis manos, pero lo cierto es que una adolescente de dieciséis hambrienta de verdadero afecto no tiene elección. Y si fue así... ¿qué elegí? Elegí complacer a mi padre y mostrarle mi amor entregándome a un desconocido a cambio de dinero. ¿Cómo pude hacerlo? Es cierto que aquel hijo de puta pedófilo no me forzó. No me golpeó, no me obligó.

Tampoco fue necesario que mi padre rogara demasiado... Mi elección fue realizada bajo una intensa presión. Era eso o llevar sobre mis espaldas la culpa de haberle fallado a la familia y haberla llevado a la ruina.

Le cumplí a mi padre, pero le retiré mi amor. Y además me convertí en esta mujer insensible y amargada que finge todo el tiempo llevar una vida feliz junto a su falso novio gay. Que simula tener una vida perfecta, y un trabajo ideal. Que gasta lo que no tiene y en los ratos libres humilla pervertidos por internet. Que un día se pasó de la raya, y las consecuencias fueron nefastas.

Bueno, no todas... El haberme extralimitado también trajo a mi vida a Rafael Duarte.

Desde que lo conocí no hago otra cosa que pensar en él. Ese hombre me rescató en más de un sentido, y se las arregló de una forma u otra para con gestos simples, cambiarme el humor y algo más.

Es que Rafael Duarte me está cambiando por dentro. Ayer tomé conciencia de la real dimensión de lo que me estaba sucediendo.

Eso fue cuando me besó. Sí, me besó... Todo sucedió muy rápido, pero para mí fue como en cámara lenta. De pronto estábamos parados uno frente al otro, junto a su coche.

Rafael estaba enfadado, muy enfadado... Y tenía razón en estarlo.

En mi defensa solo puedo decir que el incidente con mi padre, en el cual descubrí que había recuperado mi cadena con la inicial que aquel hijo de puta se llevó como

trofeo, me había dejado muy perturbada.

El pensar que esa infantil forma de resarcimiento hubiese podido ocurrírsele después del daño que me causaron él y su acreedor, primero me llenó de furia pero luego me dejó vulnerable en extremo, como en carne viva.

Rafael fue mi tabla mi salvación. De la nada tuve la certeza de que debía llamarlo para que sacara de allí. No dudé ni un segundo en hacerlo y él tampoco lo hizo, o al menos no lo pareció, al responder que sí.

Y después me llevé la sorpresa del día... Bueno, la segunda sorpresa del día, aunque al contrario de la primera, esta no fue desagradable aun viniendo del idiota de mi cuñado.

Un futbolista destacado... O al menos lo suficientemente conocido como para que Juan se considerara una especie de fan suyo. Por lo que entendí jugó en México y se lució.

Mi cuñado casi se cae de boca cuando cayó en la cuenta de que Rafael, a quien llamó "Cacique —era también el conductor de mi Uber. Yo tampoco lograba salir de mi asombro pero me cuidé de disimularlo bien al menos por un rato.

Cuando ya no me pude aguantar, intenté sonsacarle más información, pero la verdad que no tuve la mejor receptividad de parte suya. Parecía preocupado y más hermético que de costumbre, pero yo no me di por vencida porque descubrí que eso mantenía mi mente alejada del horrible momento pasado con mi padre primero y con mi cuñado después.

De alguna forma el mantener mi atención centrada en la curiosidad neutralizaba el dolor, así que me aferré a esa necesidad de saber más, de saberlo todo.

Pero él parecía empeñado en lo mismo con respecto a mí. Quería saber, quería respuestas que yo no podía darle en ese momento.

Y fue ahí cuando metí la pata. Hasta el fondo la metí.

¡Qué error el mencionar el asunto del pago por el servicio!

—Me molesta que todo lo quieras arreglar, silenciar, o agradecer con dinero. Estoy harto de eso y no tengo por qué soportarlo así que lo mejor es que te lleve otro y que no me vuelvas a llamar.

Dios Santo... Otra vez logró dar en el clavo, disparó al centro de mis problemas y acertó. ¿Cómo hacía para atinarle tan bien? El dolor, la vergüenza, la perplejidad... Todo junto me invadió. Mi sufrimiento hizo eclosión ni bien cerró la puerta del coche, me miró intensamente y pronunció esas palabras.

Y por segunda vez en pocos días me encontré llorando ante él como una boba, hasta que de pronto me besó.

Ah, qué maravilla. No puedo decir que fue del todo una sorpresa porque cuando me tomó el rostro entre sus manos yo lo vi venir y también lo deseé como nunca había deseado nada en la vida.

Cerré los ojos y creo que hasta entreabrí los labios. Mi mente pedía a gritos ese beso y se cumplió. Al principio tímidamente pero después... Cuando se dio cuenta de que mi actitud era más que receptiva arremetió con todo.

Lengua, barba rasposa, saliva y calor, mucho calor. Me sentí débil primero y luego una gran excitación se apoderó de mí.

Cuando me soltó el rostro le eché los brazos al cuello y me apreté contra él,

mientras el fuego que se había encendido entre mis piernas comenzó a irradiar todo mi cuerpo.

Gemí cuando me quemó la garganta, y Rafael hizo lo mismo. Le acaricié la nuca mientras mi lengua se enredaba con la suya con desesperación... Y con la misma desesperación fue que me arrinconó contra el coche y presionó.

Su pelvis se enterró en mi vientre y fue inevitable sentir ese bulto inmenso. Creo que enloquecimos un poco, a plena luz del día y a la vista de todo el mundo, aunque a decir verdad todo lo que había alrededor se había tornado difuso.

Por unos instantes lo disfruté tanto pero tanto... Rafael Duarte me gustaba como nunca nadie lo había hecho antes, y finalmente había correspondido y con creces a todo lo que venía fantaseando con él.

Su boca era deliciosa y yo quería más, lo quería todo de él... Pero mi mente se impuso y no por pudor precisamente sino por miedo. Un miedo primitivo, que pronto se transformó en terror cuando me encontré retrocediendo en el tiempo y recordando el horrible momento en que aquel hombre me hizo aquello...

No pude soportarlo más, así que puse ambas manos en su pecho y lo empujé. Me arrepentí de inmediato, por supuesto. Lo vi tan guapo, tan masculino, algo despeinado y con la boca manchada con un poco de labial. Mis ojos lo recorrieron entero... Era más que notoria su erección pero no se veía avergonzado. Tampoco estaba enfadado, solo parecía confuso.

No supe qué decir, y tampoco hizo falta.

Rafael paró un taxi y cuando se detuvo abrió la puerta.

La situación era extraña... "Un Uber —parando un taxi. Si no hubiese estado tan perturbada hasta me hubiese causado gracia, pero dadas las circunstancias solo me limité a subir.

No cruzamos ni una sola palabra, solo hubo miradas llenas de preguntas de su parte, y llenas de promesas de la mía.

Porque lo supe en ese instante, y ahora, luego de una larga noche de reflexión también tengo la misma certeza: esto no puede terminar así; esto se merece continuar. No sé ni cómo ni hasta dónde. No tengo claro el porqué. Solo sé que desde que lo conocí, todos mis problemas pasaron a ser fondo pues él se transformó en figura.

La suspensión de la aerolínea, el dictamen del juez, el coche averiado, mis traumas del pasado... Desde lo más mínimo a lo más relevante pasó a un segundo plano por culpa de Rafael.

El móvil vibra. Dos esclavos me envían dinero, pero esta vez no me produce la misma satisfacción. Se me antoja tedioso tener que darles su dosis de humillación así que me desconecto de la red, no sin antes echar una mirada al WhatsApp.

Nada... Desde ayer que estoy pendiente de recibir un mensaje que está claro no va a llegar.

Pero también está claro que no voy a desistir, que esto no acabar. Voy a vencer mis miedos y probar qué se siente ser una mujer normal. Estoy preparada, puedo hacerlo y quiero hacerlo. No me importa si está casado, no me importa nada ya.

Con él lo quiero todo y un poco más. Sea lo que sea, acabo de decretar que no va a terminar.

19. Rafael

—Hola, Rafael.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Una llamada de Irene, mi ex mujer. ¿Le habrá pasado algo a alguno de mis hijos?

—¿Todo bien? —pregunto, ansioso.

—Dentro de lo que cabe... Mira, te llamo para decirte que si pensabas venir el fin de semana no lo hicieras porque nos vamos a Cardelores —me dice de un tirón—. Claro que puedes enviarnos un giro si quieres...

—Pensaba ir, pero haré cómo dices. Les enviaré el dinero mañana para que compres lo que necesites en el viaje.

—No será un viaje de compras precisamente —replica—. Vamos a estar allí hasta el lunes porque tenemos cita en dos universidades...

—¿Cómo?

—Por si no lo sabes, tu hija termina el secundario este año y luego viene la universidad.

—Ya lo sé, Irene. Lo que no sabía era que estaban pensando en una del exterior... Allí en el norte hay buenas escuelas, y si no puede venir a vivir aquí...

—¿Contigo? No me hagas reír que no quiero arrugas —dice con maliciosa ironía—. Martina se merece lo mejor de lo mejor. Quiere estudiar Comunicación y hemos decidido que será en Cardelores.

Me queda más que claro que no tengo ninguna injerencia en las decisiones referentes a mi hija, pero aun así aventuro una opinión.

—Estoy de acuerdo en que se merece lo mejor, pero tengo entendido que marcharse a estudiar a otro país sería muy caro además de peligroso. Apenas cumple diecisiete la semana próxima...

—Ella sabe cuidarse. Pero sí, será carísimo, y es por eso que quería advertirte que debes estar preparado para costearlo —me dice muy resuelta.

—Irene, ahorraré todo lo que pueda pero aun así no creo que esté dentro de mis posibilidades el...

—Pues busca la forma y que no sea jugándote el poco dinero que tienes.

Me deja sin palabras. Su actitud es francamente belicosa lo cual me asombra bastante.

—Te repito que haré el aporte en la medida de mis posibilidades.

Una risa desdeñosa como única respuesta, pone fin a una conversación bastante tensa.

Aparco para intentar serenarme y el teléfono vibra indicando que tengo un mensaje. Lo desbloqueo seguro de que es Irene para seguir presionando, pero no.

No es Irene.

—¿No pensabas llamarme nunca más?

Carajo, es ella. Es Marcela.

—En realidad nunca te he llamado —respondo con rapidez. Claro que omito que el reprimirme me ha costado lo suyo... Sobre todo luego del beso del domingo, si se le

puede llamar beso a lo que sucedió esa tarde, en la que me extralimité como nunca antes.

Es que al tenerla tan cerca, no pude contenerme más.

Esa mujer es exquisita, es única. Un regalo para los sentidos, un verdadero festín. Pero no quiero engañarme; el hecho de que me permitiera besarla no la hace menos inalcanzable para mí.

Tengo que recordármelo continuamente; para Marcela soy como un juguete. Ella juega a la doncella en apuros y yo me envicio cada vez más con ir en su rescate. Esto tiene que parar.

—Es cierto, nunca me has llamado. ¿Por qué, Rafael? El domingo comprobé que te agrado lo suficiente como para que por un momento hayas pasado por alto mis impertinencias, así que no esperaba que siguieras enfadado.

¿Que me agrada lo suficiente pone? Eso no describe para nada lo que me provoca. Es una puta adicción... Su proximidad produce en mi cuerpo y en mi mente efectos increíbles. Pero eso no quiere decir que no me resista a perderme por culpa suya.

Entonces decido cortar por lo sano. Voy a dejarle bien en claro que esto no puede continuar.

Marco su número y ni bien contesta se lo digo.

—Deja de jugar.

—No estoy jugando —replica al instante.

—¿No? Dime qué quieres de mí, entonces.

—¿No es evidente?

—Para nada. Tienes tu propio coche, tienes pareja, y también todo lo que se necesita para un ligue ocasional con el tipo que se te ocurra. No lograrás que crea que yo puedo serlo.

Vaya, parece que he logrado callar por un momento esa bonita boca.

Pero dura poco esta sensación de triunfo.

—Yo no tengo pareja.

—¿Perdona?

—Sebastián es mi amigo, no mi...

—¿Qué? ¿"Amore —es tu amigo? ¿No es tu novio?

Sé que sueno como un demente con esta catarata de preguntas, pero no me importa.

—No. Simulamos serlo porque nos sirve a ambos, pero lo cierto es que no.

—¿Les sirve?

—Si quieres nos vemos y te lo explico...

No, eso no. No voy a exponerme otra vez a las redes de su encanto. No tiene ningún sentido hacerlo, porque es claro que cuando ella se canse de jugar, el único perjudicado seré yo.

Me quedaré sediento de ella y sin posibilidad alguna de que otra mujer pueda estar a la altura de las circunstancias en mi mente y en mi corazón. Porque no hay duda de que al dejarme llevar estoy comprometiendo mucho más que las ganas.

—No quiero saberlo, en verdad.

—¿Y qué quieres, entonces? ¿Vas a ignorar esto que nos pasa, Rafael?

Esto es casi surrealista. ¿Qué quiere decir con eso de "nos pasa"? A mí me pasa,

no a ella. Yo soy el pobre diablo que se está volviendo loco mientras ella solo quiere jugar.

—Basta de una vez. Entre tú y yo no hay nada, ni lo habrá...

—¿Eres casado? ¿Tienes pareja?

Ya no puedo soportar esta tortura, de verdad. Tengo que encontrar algo que la haga desistir de este empeño en arruinar mi tranquilidad mental.

—Exacto.

Silencio total. Pero dura solo unos cuantos segundos.

—Tú no la quieres. Si así fuera, no me hubieses besado.

Esa candorosa declaración me arranca una sonrisa. Dios... lo que me faltaba. No alcanzaba con el deseo, ahora también me inspira ternura. Estoy perdido.

Es hora de hacerla desistir.

—Te equivocas. A ella la quiero, a ti en todo caso lo que deseo es follarte.

Sé que la descoloco por su agitada respiración. Bueno, esa era mi intención. Tuve que ser hasta grosero para que...

—Pues fóllame entonces.

¿Qué demonios...? ¿Cómo es que...?

Trato de serenarme pero no sé si lo logro.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé.

Definitivamente no estoy logrando calmarme para nada.

—No lo sabes ¡maldición! No me conoces, no tienes ni idea de qué...

—Sé lo suficiente, lo poco que quisiste contarme. Me gustaría saber más, por supuesto. Me gustaría conocerte mejor.

—No quieres conocerme, lo que quieres es divertirme un rato a mi costa. Pero ¿sabes qué? No estoy dispuesto a darte el gusto. Tengo que trabajar para mantener a mis hijos y no quiero seguir perdiendo el tiempo contigo.

Ahí lo tiene. Lo buscó y lo obtuvo. La cruda realidad.

Hace silencio, notoriamente afectada por mis palabras. Y como continúa sin decir nada, me obligo a continuar con mi propósito de desestimular sus avances y apartarla de mí.

—Tengo dos adolescentes. Y por si no te has dado cuenta, no me sobra el dinero... Te lo digo porque he notado que para ti eso es importante —le espeto con crueldad. Y como un depredador cebado por la sangre, continuo en mi tarea de intentar lastimarla —. Así que puedes olvidarte de las fantasías que has estado tejiendo. Soy padre, soy mayor, soy pobre, y soy un fracasado. No sé qué ideas se te han metido en tu cabecita de Barbie Aeromoza, pero este juego no lo jugarás conmigo, Marcela.

Y luego de este espantoso discurso, el que queda con la respiración agitada soy yo. En cambio a ella ni se la escucha... Ni siquiera estoy seguro de que no haya cortado.

Me siento mal por Marcela, pero bien por mí. Logré ganarle al vicio, antes de que él me ganara. Esta vez no me perdí, esta vez me rescaté. Claro que en el proceso tuve que sacrificar este deseo que sé que por más que pasen los días no me va a abandonar.

Y tampoco la ternura... O las ganas de consolarla, de acudir a ella cuando me

necesite. Carajo, soy un idiota. Un completo y absoluto idiota. Porque hay que serlo para alejar de sí, a la vida misma.

Pero no tengo tiempo de lamentarlo, porque contra todos mis pronósticos, ella habla.

—Por primera vez en mi vida quise creer que había algo más allá del dinero, o del amor que se compra con dinero, o del dolor que trae consigo en ocasiones... Pero es evidente que me equivoqué —murmura con voz ahogada—. Haces bien en rechazarme... Tú sigue con tu familia, que yo seguiré con mi... Con mis problemas. Adiós, Rafael.

Y luego corta la llamada.

Sus problemas... De pronto no hay nada que me importe más que solucionárselos o que consolarla. Me siento fatal.

Por haberle hecho daño, por haberla perdido. Ya no me da satisfacción haberle ganado al vicio... ¿qué sentido tiene permanecer limpio si no es para gustarle de verdad? Me da igual si soy un capricho, o si quiere jugar.

Conduzco todo el día como un poseso, y el mal sabor de boca no me abandona hasta que tomo una decisión que seguro lamentaré más adelante, pero no puedo evitarla.

Mañana viernes montaré guardia frente a su casa hasta lograr verla y pedirle perdón por...

Por quererla tan mal.

20. Marcela

El viernes no empezó nada bien. Ni bien abrí un ojo me di cuenta de que la borrachera del día anterior me iba a pasar factura.

Bueno, no iba a dejar que eso me hiciera desistir de mi determinación de levantar la cabeza y olvidar. Me levanté decidida a recoger mi coche para no volver a caer en la tentación de llamar a Rafael nunca más.

Me fui al taller en bus, y mientras volvía conduciendo me puse a recordar todo lo sucedido el día y la noche anteriores.

Primero la decisión de contactarlo. Tuve que dejar de lado mi orgullo y mi buen juicio luego de cuatro días de agonía recordando aquel beso que me dejó en llamas.

Al principio creí lograr el efecto deseado porque Rafael me llamó. Pero luego todo se descontroló y terminamos de la peor manera.

El comprobar que era un hombre casado me desestabilizó por completo, pero las crueles palabras que eligió para apartarme de su vida para siempre me hicieron un daño inmenso. Ni siquiera creía que era posible que alguien me pudiese lastimar así a esta altura de mi vida, pero él fue capaz.

Mi cabecita de “Barbie Aeromoza —aun no logra entender cómo lo hizo, pero mi corazón sigue sangrando por su rechazo. Así de simple.

Esa noche salí con Sebastián y su barra, e hice lo que nunca: me emborraché. Bebí, bailé, me reí a carcajadas y hasta coqueteé, ante la atónita mirada de mi amigo que jamás me había visto así.

Intentó sonsacarme los motivos de mi conducta, pero yo seguí como si nada, haciendo como que no escuchaba por lo alto del volumen de la música.

Pero él se acercó y me dijo al oído algo que no pude ignorar, y que provocó que me echara al garguero dos tequilas más: —Gran estrategia la de Uber. Te hacen beber para que luego no puedas conducir y tengas que llamarlos.

En ese instante fue que decidí que lo primero que haría al despertar sería recoger mi coche. Tenía el dinero, y ninguna razón para postergarlo, y eso haría.

Pero claro, eso no bastó para calmarme y continué bebiendo y tonteando hasta que Sebas me sacó de ese antro y me llevó a casa.

Mas ahí no terminó mi locura causada por el alcohol y el despecho. Continuó de forma virtual atormentando esclavos, mi pasatiempo favorito y mi nueva fuente de ingresos.

—Dogsick —me tenía harta reclamando su premio. Se suponía que había comprado ropa interior en Victoria’s Secret con los cien euros que me envió, así que no se me ocurrió mejor idea que dárselo.

Tomé una de mis bragas más monas dispuse mi móvil de forma que la cámara captara mi trasero apoyado en mis talones y *voilà*... Una sesión completa como para que tenga guarde y reparta.

El infeliz enloqueció tanto que me envió otros cien y de esa forma pude encontrar el suficiente sosiego como para luego de un asqueroso vómito verdoso, conciliar un sueño febril interrumpido por varios despertares bañada en sudor, por las pesadillas.

En una de ellas, Rafael Duarte me arrojaba billetes a la cara y reía. En otra me volvió loca al aparecer vestido solo con un taparrabo... “Cacique —le había llamado mi cuñado, y mi cerebro calenturiento tradujo esa información en un sueño erótico.

Mi cerebro colapsó durante la noche, estoy segura. Creo que intentó resetearse para evitar la depresión que amenazaba con invadirme.

Sebastián me dijo durante el desayuno que nunca me había visto tan contrariada y triste, y me engatusó para que le contara lo sucedido con Rafael.

—No sé por qué, pero presiento que esto no se queda así —opinó, pensativo.

—¿Crees que debo seguir insistiendo? Me dijo Barbie Azafata... ¡me llamó tonta! Me rechazó con las peores palabras. Ni siquiera me quiere para follar...

—Bueno, permíteme dudar. Creo que son otras sus motivaciones para apartarse de ti.

—¿Cuáles? —pregunté ansiosa.

—Miedo, por ejemplo. Está claro que le gustas, pero tal vez su rechazo no tenga que ver con su estado conyugal o con el tuyo, tal vez sea solo miedo a lo que pudiese suceder si se enamorase de ti.

Las palabras de mi amigo no me abandonaron ni siquiera durante la terapia grupal mal llamada “curso de control de ira”. Seguían en mi cabeza y apenas podía prestar atención a lo que hablaban hasta que Aurelia mencionó algo sobre el perdón.

—A veces nuestra forma de encauzar correctamente las emociones violentas tiene que ver con perdonar. A quienes nos han hecho daño y en ocasiones a nosotros mismos. Una vez que nos liberamos de la carga de la culpa y dejamos de culpar también a los demás, llega la verdadera paz. No es que dejemos de enfadarnos con las frustraciones cotidianas ni con las grandes frustraciones, pero los arranques de violencia pierden fuerza. No es lo mismo maldecir haciendo un berrinche, que destrozarse una habitación o golpear a alguien... Hay una gran diferencia cualitativa en las consecuencias de esas acciones, porque mientras que lo primero es momentáneo e inocuo, lo segundo puede costarnos caro...

Cuando terminó la sesión o mejor dicho la clase, me quedé pensando en lo que dijo Aurelia. Y tan ensimismada estaba que ni me di cuenta de que todos se habían marchado hasta que ella se sentó frente a mí.

—¿A quién tienes que perdonar, además de a ti misma, Marcela? —me preguntó.

Tragué saliva, y murmuré sin levantar la cabeza.

—A mi padre.

—¿Estás preparada para hacerlo?

—Ni cerca.

—¿Y cómo harás para que el amor no deje ni tiempo ni espacio para la ira?

El amor... Ya no había tiempo ni espacio para el amor tampoco. Por un momento llegué a creer que sí, pero ya Rafael se encargó de destrozarse esa ilusión.

—Creo que debo mantenerme lejos de lo que me hace daño, Aurelia. Y también de lo que me provoca hacerlo —respondí—. Yo no soy una mujer violenta, solo tuve un arrebato que me costó bastante caro.

—¿Has logrado mantenerte alejada de esos estímulos, querida? —preguntó con suspicacia la mujer.

—Creo que no —respondí sincera, y como para rubricar mis palabras, mi móvil

vibró. Seguro era uno de mis sumisos tributando... Pero no lograba reencontrarme con la adrenalina, con la emoción de los primeros días al recibir el dinero.

—Entonces obtendrás tu diploma para presentar al juez el día en que lo logres.

Asentí. Tenía que encontrar otra forma de ganarme la vida durante la suspensión, que no tuviese que ver con humillar o torturar a esos pobres diablos. Si pudiese hacerlo de una forma fría y profesional... Pero no. Siempre terminaba ensañándome y disfrutándolo.

Todavía faltaba mucho para recobrar mi empleo, pero tenía un pequeño fondo que si lograba administrar con inteligencia, tendría que alcanzar. Claro que en el fondo de mi corazón sabía que no era un dinero limpio, porque había usado mis habilidades de forma algo inmoral. Y además no estaba lista para dejarlo... ¡Mierda! Si Rafael no me hubiese rechazado, todo hubiese sido tan distinto. Podríamos haber aniquilado a la bestia juntos, a fuerza de besos y tal vez algo más.

Sacudí la cabeza, molesta y triste.

Ese tren ya había pasado para mí, o al menos eso creía hasta que mientras bajaba la escalinata del Centro de Adicciones, lo vi.

Estaba de pie, recostado en un poste, con ambas manos en los bolsillos de su pantalón, y la mirada clavada en mí.

El efecto de su presencia fue instantáneo: las piernas se me aflojaron a tal punto que tuve que aferrarme con fuerza al pasamanos y dentro de mi vientre se desató el caos. Mariposas danzando con desenfreno mientras que mi corazón se disparaba.

No pude dar un paso más, así que me quedé como petrificada en la escalera, a juego con las estatuas que adornaban la entrada a la institución.

Entonces fue él quien vino a mí. Subió los escalones que nos separaban con pasmosa lentitud. Quedó a mi altura faltando subir uno y mirándome a los ojos me preguntó:

—¿Tienes tiempo para que nos tomemos un café?

Tragué saliva.

—¿Un café? —pregunté innecesariamente, con una voz que se parecía a un graznido de cuervo.

—O un refresco, como prefieras.

Asentí con la cabeza, porque su presencia me desestabilizó de tal forma que no podía ni pensar.

Rafael me hizo un gesto con la mano y yo seguí bajando con paso inseguro, hasta que al llegar a la acera tuve que volverme para saber adónde nos dirigíamos.

—En la esquina hay un lugar.

Caminamos en silencio hasta llegar a un pequeño restaurante con mesas en la acera, bañadas por el sol.

—¿Te gusta aquí afuera o prefieres entrar?

—Aquí está bien.

Nos sentamos y él encendió un cigarrillo. Mientras expelía el humo me observó en silencio, y yo intenté darme cuenta de qué era lo que estaba viendo.

Una mujer todavía anonadada, con una gruesa trenza reposando en su hombro izquierdo, y casi nada de maquillaje. Una mujer titubeante, vestida sencillamente. Una blusa campesina estampada, con un escote elastizado que dejaba los hombros al

descubierto. Vaqueros gastados, y sandalias bajas. Una mujer ruborizada, llena de preguntas que no se atrevía a realizar. Una mujer que se moría de ganas de rodear la mesa y sentarse sobre sus piernas, para luego apoyar su rostro en el hueco de esa garganta que no podía dejar de mirar.

De la nada apareció un camarero.

—Buenas tardes, ¿les traigo el menú?

—No, gracias. Yo deseo solo un café largo —indicó, y luego se dirigió a mí—.

¿Marcela?

El efecto de mi nombre en su boca fue abrumador, pero creo que logré disimularlo.

—Lo mismo.

Mientras el camarero se marchaba, casi sufrí un ataque cardíaco cuando Rafael me confesó:

—Te tengo miedo ¿sabes? Eres territorio inexplorado y tal vez peligroso para mí.

Y con esas palabras, comenzó nuestra inquietante conversación.

21. Rafael

Maluma tuvo un contratiempo por el cual no pudo entregarme el coche a la hora pactada, así que lo de montarle guardia a Marcela en la puerta de su edificio, no se dio.

Pero estaba decidido a hablarle, así que recordé que el viernes de la semana anterior la había llevado al Centro de Adicciones Estatal. Con un poco de suerte podría encontrarla allí, entrando o saliendo.

Llegué tarde porque justo me encontré con una huelga en el metro, así que esperé un rato en la puerta para ver si tenía la suerte de encontrarla cuando se marchara.

Era solo una esperanza, no una certeza, pero me aferré a ella porque tenía una gran necesidad de pedirle disculpas por lo mal que le hablé.

Lo último que me dijo ayer de verdad me descolocó. Y ser el causante de su desencanto me resultó insoportable. No tenía muy claro que le diría si la tuviese frente a frente, pero esperaba tener la oportunidad de reivindicarme ante sus ojos.

Fui un grosero... La llamé "Barbie Aeromoza —¿cómo pudo ocurrírseme algo tan ruin? Yo no suelo ser así y ella no se lo merecía, desde luego.

¿Qué demonios me estaba pasando? No lo sabía. Solo podía pensar en que ella me había hablado de amor y yo la había insultado.

No tuve que esperar mucho para que se me cumpliera el deseo. A los veinte minutos de llegar, ella apareció en la puerta del Centro.

Estaba tan bella que encandilaba, pero me las arreglé para disimular el efecto que me producía el solo hecho de mirarla.

Aparenté seguridad en mí mismo y una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, y me la llevé al local más cercano con la excusa de tomar un café y conversar.

Creo que la tomé tan de sorpresa, que ni se le cruzó por la mente intentar alguna maniobra evasiva.

Se limitó a sentarse y mirarme con esos ojazos verdes, llenos de asombro. Ay, carajo. Qué hermosa.

Y antes de que comenzara a deslizárseme un hilo de saliva por la comisura de la boca, le dije lo primero que se me vino a la mente, que resultó siendo la más pura de las verdades.

—Te tengo miedo.

Ella me miró con el ceño fruncido. Por unos segundos pareció impactada, pero se repuso.

—¿Me tienes miedo? ¿A mí?

—A ti y a las adicciones —respondí.

Se ruborizó, lo juro. Y enseguida supe por qué. Se veía tan culpable en el esfuerzo por justificarse innecesariamente...

—El que concurra al Centro no quiere decir nada. Vengo por un curso de control de ira porque... Porque tengo dificultades en dominar mi temperamento, pero te juro que yo no...

—Puede que tú no, pero yo te aseguro que sí —repliqué para tranquilizarla. La verdad continuaba su pujante camino de salir a la luz—. He tenido graves problemas

con eso y no quiero volver a caer.

La vi tragar saliva, bajar la mirada y suspirar. Y luego preguntó:

—¿Quieres contarme? Porque a mí me gustaría mucho saber qué sucedió.

Entonces le conté. Empecé por el principio, y no me guardé casi nada, mientras ella me observaba con atención y también un poco de pena.

—... Así que luego de haber alcanzado un éxito relativo profesional y personal, lo eché todo a perder, incluso a mi familia. Mis hijos viven en el norte con su madre, los veo poco y recién ahora estoy pudiendo enviarles algo de dinero... La relación con ellos es francamente tensa luego de varios años de ausencia, y eso resulta doloroso, la verdad.

Hice una pausa porque el hablar de los niños hizo que se me formara un nudo en la garganta. Mientras bebía un sorbo de agua, ella se atrevió a comentar con cierta timidez:

—Es muy meritorio que hayas podido salir de eso y hayas vuelto a tomar el control de tu vida... ¿Pediste ayuda?

—En algún momento he concurrido al Centro de Adicciones pero no fue eso lo que me hizo salir... Conocí a alguien. Una mujer... Bueno, para hacerla corta ella ya no está en mi vida pero luego de su... ausencia, toqué lo más profundo del fondo al sumergirme en el alcohol. Por fortuna logré volver a la superficie y ya no me queda casi ningún vicio... Bueno, hasta ahora —terminé confesando a mi pesar. Pero la verdad es un camino de no retorno, aunque omitir detalles como la trágica muerte de Mónica, me pareció oportuno en ese momento.

—¿Hasta ahora? —preguntó Marcela expectante.

Me esperaba esto. Había empezado la conversación hablándole del miedo que le tenía a ella y a las adicciones, así que tenía que tener el valor de seguir.

La miré a los ojos y me expuse por completo.

—Sí, hasta ahora que te conocí. No temo caer en el juego o en el alcohol; temo hacerme adicto a ti.

Listo, lo había dicho. Solo me quedaba apelar a su comprensión, a su compasión. Cualquier cosa con tal de alejarla de mí, sin hierla, sin que se sintiera despreciada.

Tenía que hacer que pensara que el problema era mío, y no tenía que ver con ella. Era necesario encontrar el equilibrio justo para evitar el sufrimiento de ambos; el de ella en el momento, el mío después.

Alejar el fantasma del rechazo de Marcela, y el síndrome de abstinencia cuando todo terminara de mí. Para eso tenía que lograr que todo finalizara en buenos términos. Esa era la clave.

Pero claro, ella tenía otros planes.

Inspiró profundo y luego se inclinó hacia adelante, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Y qué pasa si lo haces? ¿Por qué no hacerte adicto a mí?

Tragué saliva.

—Porque cuando esto termine, ya no me quedarán fuerzas para salir del pozo. Y que terminará es un hecho; yo no soy el hombre que pueda darle lo que necesita a una mujer como tú, eso está claro.

—¿Cómo puedes estar seguro? Tú no sabes nada de mí. No sabes lo que necesito, no sabes por lo que he pasado... —replicó bajando la mirada.

Esas palabras fueron mi perdición. Ni bien las dijo supe que me había enganchado. Sabía que no debía preguntar, pero los adictos somos así, cuando probamos ya no podemos parar.

—Pues cuéntame. *Quid pro quo*.

Por unos momentos pareció dudar, pero luego me contó.

—Para empezar, me suspendieron en la aerolínea por... —se detuvo un segundo y luego continuó—. Digamos que tuve un entredicho con alguien y me comporté de forma algo violenta. Por eso estoy concurrendo a ese curso de control de ira y debo llevar el reporte para que me restituyan.

Era evidente que algo se estaba guardando, pero permanecí a la espera en el más completo de los silencios.

Marcela se removió inquieta, se pasó la mano por el cabello y pude notar que le temblaba.

Lo que fuera que quería contarme no iba a salir con facilidad, pero la curiosidad me estaba matando. Necesitaba más de ella, no lo podía evitar.

—Intuyo que eso no es todo.

Ella pareció recobrar el control de sí, y vaya si lo hizo.

—No, no lo es. Tenías razón cuando mencionaste que tengo un problema con el dinero... —murmuró—. Mis padres siempre fueron fríos, y yo crecí con el convencimiento interno de que el dinero equivalía al amor, porque eso era lo que obtenía cada vez que necesitaba cariño, consuelo, o una simple palmadita en la espalda.

Cuando dijo eso sentí una inmensa pena por la niña que sufrió la falta de afecto, y la mujer que aún continuaba padeciéndolo sentada frente a mí con los ojos llenos de lágrimas.

Pero eso tampoco era todo, y esta vez no necesité decirle algo para impulsarla a continuar.

—... Además hubo algo que... Algo que sucedió cuando yo tenía dieciséis... —dijo con un hilo de voz—. Nunca le cuento a nadie esto... Un hombre abusó de mí. Alguien que apenas conocía me obligó a... Mi iniciación sexual fue traumática, es todo lo que puedo decir de ese horrible momento, y eso condicionó la forma de relacionarme con los hombres...

Me quedé como petrificado al oírla. No me esperaba algo tan duro... Me sentí un idiota por haberla maltratado por teléfono el día anterior, por haberla hostigado, por tantas cosas.

No me dio tiempo a reponerme, porque continuó.

—Creí que este asunto del sexo o del amor no serían para mí. Intenté resolverlo en terapia, pero no pude obtener otra cosa que saber lo que ya sabía, el origen de mis problemas —dijo mirando hacia la calle—. Así que me armé una vida sin eso... Una vida tradicional que me evitara las preguntas capciosas, y los comentarios suspicaces. A los ojos de todos vivo con mi novio Sebastián, que es mi mejor amigo y es gay pero no se ha atrevido a salir del closet, así que a él también le sirve...

Terminó de decir esto último con una sonrisa triste. Se la veía bastante animada dadas las circunstancias, pero yo me sentía destruido.

Jamás imaginé que pudiese haber una historia tan difícil, bajo ese aspecto de

muñeca superficial que un poco me desquiciaba. Y presentía que eso no era todo, pero ya no tenía la necesidad de presionar, no quería verla sufrir.

—Estoy algo... asombrado —murmuré como un estúpido. No acertaba a dar con las palabras adecuadas que indicaran comprensión, consuelo, o lo que fuera adecuado en ese instante.

—Sí, yo también. No suelo abrirme con nadie con cosas tan privadas, pero necesito que entiendas que esto que me está pasando contigo es nuevo y me hace tener esperanza...

Sus palabras terminaron con mi intención original de salirme cuánto antes de una situación que podría hacerme mucho daño.

—Esto que me está pasando contigo es nuevo y me hace tener esperanza. —Una frase tan demoledora como increíblemente excitante, y mi polla acusó recibo de forma inmediata.

No pude evitar seguir adelante. Mis buenos propósitos se tambalearon pero de pronto eso dejó de importarme.

—¿Algo nuevo?

Ella asintió, con la mirada baja.

—Yo... Nunca me gustó nadie después de lo que me sucedió. No deseaba tener ningún contacto... íntimo. No lograba que alguien me interesara lo suficiente como para... Lo siento. Es difícil hablar de ello sin sentirse mortificada.

—No lo hagas —repliqué de inmediato—. No te sientas así. Eres muy valiente.

Levantó la mirada y se apoderó de mi alma con su calidez.

—No te imaginas cuánto... Es que es parte de lo que me pasa contigo —me confesó—. Me das valor, me generas confianza y me... Me gustas. Has sido una tabla de salvación por momentos y en otros me has hecho un poco de daño, pero no ni así he logrado dejar de pensar en ti. Tal vez no debería hablar con esta franqueza pero no tengo mucha experiencia en estas cosas...

A esa altura de la conversación me debatía entre estirar el brazo y arrastrarla hasta tenerla sentada sobre mis muslos o salir corriendo de allí.

Sabía lo que me estaba planteando, sabía lo que estaba en juego. Era algo muy tentador, no lo niego, pero en el fondo de mí era consciente de que no podía asumir la responsabilidad de ser el primer hombre con el cual pudiese tener una relación normal luego de lo que sucedió en su adolescencia, y no quise seguir profundizando en el asunto para no torturarla más. No sabía si ese animal había pagado por sus acciones, pero deseaba fervientemente que hubiese muerto destrozado por una jauría de perros, como mínimo. Era imposible no sentir esa mierda oscura dentro, al pensar en lo que le hizo a una chica tan joven, una de la edad actual de mi hija... No quería ni pensarlo.

Volví a tragar saliva y observé cómo su mirada se centraba en mi cuello, siguiendo el movimiento de mi nuez de Adán.

—Marcela, tengo que pedirte disculpas por lo de ayer... Me comporté como un estúpido, como un verdadero cobarde.

—Eso es verdad —interrumpió ella con una sonrisa.

—Así es. Y sigo teniendo los mismos miedos, si no son mayores ahora que... Bueno, ahora que sé más sobre ti.

Suspiró y su contrariedad fue indisimulable.

—Ahora tienes miedo de mis problemas.

Negué con la cabeza.

—Sigo temiendo hacerme cada vez más adicto a ti. No poder soltarte cuando llegue el momento... No poder dejarte ir sin sufrir.

—¡Eso no tiene por qué suceder!

Sonreí tristemente.

—Te aseguro que sí —repliqué—. Esto no puede terminar bien... Podemos tener un amorío y ojalá eso rompiera con todo lo que te traumatiza y te agobia, pero tarde o temprano te enamorarás de alguien que esté a tu altura...

—¿A mi altura?

—Mírate. Eres perfecta, hermosa y joven, con un trabajo de ensueño y toda la vida por delante. Yo soy un hombre que te dobla la edad...

—¡Tengo veinticuatro!

—Dieciocho años de diferencia. Podría ser tu padre perfectamente.

—Pero no lo eres.

—No lo soy. Lo que sí soy es un hombre de cuarenta y dos que ya tendría que tener resuelta su economía pero que debido a sus malas elecciones recién está empezando.

—No me importa.

—Pero a mí sí. Nada bueno puede resultar de esto. Creo que prefiero que nos quedemos con la intriga de saber cómo pudo haber sido, que lamentar luego el error de...

—Cobarde. Sigues siendo un cobarde.

—Tal vez. Pero créeme, será mejor para ambos que uno de los dos mantenga la cordura.

Me partió el alma verla con lágrimas en los ojos y el labio inferior temblando, pero no podía arriesgarme. Estaba seguro de que me enamoraría como nunca, si no lo estaba ya.

Era un cobarde, ella tenía razón. Llamé al camarero y le pagué lo que consumimos, bajo la verde mirada cargada de dolor y de reproches.

Y luego me puse de pie, le dije adiós y me marché sin mirar atrás.

22. Marcela

Echo de menos a la perra que solía ser, porque al menos lograba mitigar mis frustraciones con el sufrimiento de otros.

Pero ahora no encuentro ni alivio ni placer siéndolo. Ni siquiera el estímulo económico recientemente descubierto, logra que vuelva a encontrar un desahogo torturando imbéciles.

Como este infeliz... Hay que estar realmente mal de la cabeza para poner esta catarata de emoticones intentando atraer mi atención. Sabe que no los tolero y así está consignado en el contrato, pero es capaz de saltarse la regla para obtenerla, aunque sea mediante un castigo.

Qué perdedor inmundo, por Dios. Qué asco tan grande.

Y un poco, qué lástima también. ¿Terminaré yo mendigando cariño? Porque nunca me sentí tan sola como ahora.

Bloqueo tres esclavos. El contrato que yo redacté y ellos suscribieron dice claramente que puedo rescindirlos sin tener que dar explicaciones, así que hago uso de mi derecho y los elimino.

Me quedo con tres solamente, los menos patéticos y demandantes, los que tributan sin rechistar y aceptan de mí lo que les quiera dar. No me atrevo a cortar del todo este tipo de vínculos porque la bestia sigue con hambre y porque a pesar de haber hecho un buen colchón en estas semanas, todavía es largo el tiempo que me separa de mi restitución a la aerolínea.

Demasiado largo, y no solo por el dinero... Quiero que esto pase ya, porque el tiempo de ocio no hace otra cosa que obligarme a pensar en Rafael.

Esperaba encontrarlo esta tarde a la salida del Centro de Adicciones, luego de una semana entera sin saber nada de él. Pero mi decepción fue inmensa cuando eso no sucedió.

En el viaje de regreso a casa lo hice llorando. Y no he parado desde que llegué.

Sebastián me mira preocupado, a pesar de que intento no comportarme como una estúpida delante de él. Pero no lo engaño, me conoce tan profundamente que por más que simule estar muy concentrada mirando *Outlander* en mi *tablet*, sabe que dentro de mí se agitan emociones intensas que me traen una gran desdicha.

Una semana entera sin saber de Rafael. Una semana desde que le abrí mi corazón y le revelé mis miserias. Casi todas, porque no tuve el valor para confesarle que fue mi padre quien me vendió al hijo de puta que abusó de mí.

Y también me dio mucha vergüenza contarle de mis actividades como ama financiera... No creo que vea con buenos ojos que capitalice, literalmente, mis traumas de esta forma.

Qué estúpida fui. Pensé que el hablar de nuestro pasado sería un paso adelante hacia el futuro, pero cómo me equivoqué. Lo que para mí representó un esfuerzo enorme en aras de dar comienzo a lo que sea con él, para Rafael esto no fue más que una charla intrascendente, porque desde que se bajó en la esquina de su departamento, no volví a saber de él.

Y yo que pensé que el haberlo seguido en mi auto y haberlo invitado a subir a dos cuadras del café, había sido una buena idea.

Tomé su sonrisa triste, como el comienzo de algo, y cuando luego de dudar un segundo abrió la puerta del acompañante y se sentó, creí que tocaba el cielo con las manos.

Había logrado revertir esa despedida fría de hacía instantes que me había dejado desolada y con lágrimas en los ojos.

No me di por vencida, sin embargo. No lo dejaría ir sin luchar, porque después de todo, lo que realmente valía la pena nunca sería fácil. Y estaba segura de que él la valía... Mucho.

Así que me sacudí las lágrimas, lo seguí en el coche a paso de hombre y cuando se detuvo en el semáforo bajé el cristal y le grité:

—¡Oye, tú! Has dejado algo en el café...

Lo observé llevarse las manos a los bolsillos traseros del jean, luego a los delanteros, y luego a los de la chaqueta, y me di el gusto de regodearme contemplando su cuerpo sin restricciones.

Frunció el ceño y se acercó al coche.

—¿Qué he dejado? —preguntó, confuso.

Sonreí perversamente.

—Una muy mala impresión —respondí—. Anda, sube...

Rafael se rascó la barba y también sonrió, pero esa sonrisa no le llegaba a los ojos. Se veía triste... Tan triste como yo.

—No creo que...

—¿Es que no tiene límites tu cobardía? —lo provoqué alevosamente.

No dijo nada, pero subió y se puso el cinto.

—¿Adónde te llevo? —le pregunté.

Rafael volvió la cabeza y me miró de una forma especial.

—Depende de cuánto cueste el servicio —respondió.

—Es sin costo. Nueva política de fidelización de clientes para que vuelvan a llamar —le dije recuperando el buen humor al recordar uno de nuestros primeros diálogos.

Pero para mi decepción, no mencionó nada con respecto a volver a llamar. Solo dijo encogiéndose de hombros:

—No quiero desviarte de tu ruta.

Estuve a punto de decirle que mi ruta era la que me llevara a él, pero me contuve.

—Más bien creo que no confías en mis habilidades de conductora —me burlé—.

Parece que este asunto de los miedos es un problema para ti, Rafael.

Hizo una mueca y luego me fulminó con la mirada.

—Ve hacia al norte por la principal y luego te iré diciendo, Marcela.

Me gustó que replicara emulándome al decir mi nombre. Es que en su boca sonaba tan pero tan bien aun en tono irónico... Pero no iba a dejarle notar cuándo me agradaba. No quería asustarlo más y que terminara lanzándose del coche en marcha.

—Agárrate fuerte y comienza a orar.

Conduje con cuidado, sin embargo. Muy lento, como para no llegar nunca a destino y prolongar la despedida.

—Eres una chica precavida —observó luego de unos minutos de silencio.

—Es que cuando quise tirarme al agua me encontré con la piscina vacía.
Pareció incómodo con mis palabras.

—No fue exactamente así. Te expliqué las razones por las cuales no quiero arriesgarme.

—Una forma amable de decir que no, muy propia de un caballero. Pero prefería la verdad... Si no te gusto, no te gusto.

—No es eso y tú lo sabes.

—Bueno, será que no te gusto lo suficiente entonces.

—¡Carajo, Marcela! Si fueran otras las circunstancias ya te estaría haciendo de todo en este mismo coche. Pero resulta que no lo son: tengo que centrar mi atención en mis hijos. No puedo enamorarme de alguien para quien soy solo una novedad, un animal exótico, el descubrimiento del año, y perder de vista mis objetivos junto con la cabeza —me dijo, irritado.

Un calor exquisito me recorrió el cuerpo al escucharlo decir “te estaría haciendo de todo”. Me moría de ganas de saber cómo sería hacer “de todo —con él y no me resignaba a que no fuera a pasar jamás.

Hice el intento por convencerlo, pero creo que no fui muy habilidosa.

—¿Y tampoco puedes simplemente follar sin perder tus objetivos?

No podía creer que había dicho “follar —así como así. El calor que sentía allí abajo se me subió a las mejillas.

Pero si él se impresionó con mis palabras, no lo demostró. Se limitó a murmurar algo que por poco no me hace salirme del carril.

—Contigo nunca sería solo follar. Tienes todo para volarle la cabeza a cualquiera...

Eso era un piropo, sin duda, pero también seguía significando que no.

—Lo siento por los dos. Porque creo que nos perderemos algo... Algo intenso. Algo que al menos yo no podré intentar con cualquiera, pero tú sí podrás hacerlo cuando alcances tus benditos objetivos. Suerte que tienes...

Rafael rio.

—Oh, sí. Tremenda suerte... Hasta me atrevería a probar en la ruleta con esta racha ganadora —dijo, irónico—. Dejémoslo así. Ya encontrarás a alguien que...

—¿Que me haga derretir cuando me bese? Puede ser. Pero antes tengo que encontrar a alguien que quiera que me bese. Y resulta que en los últimos tiempos tú has sido el único... Claro que puede volver a suceder si espero lo suficiente. ¿Cuánto será? ¿Diez años? ¿Veinte? ¿Nunca? O tal vez deba dejarme besar por cualquiera, porque como soy un vicio indeseable...

—Basta. No dije eso nunca... Eres lo más deseable que he conocido en mi vida —murmuró con tristeza. Y parecía que iba a decir algo más pero al parecer se arrepintió porque solo me dio instrucciones—. Dobla a la derecha y luego a la izquierda en la segunda calle.

Tenía muchas ganas de llorar cuando nos detuvimos en la esquina que él me indicó.

—¿Vives aquí? —le pregunté mirando la bella casa delante de la cual nos habíamos detenido.

—No, vivo a una cuadra pero no quería desviarte tanto.

Moví la cabeza.

—Lo que no querías era que supiera dónde vives. ¿Crees que te voy a terminar acosando?

Se quitó el cinto y luego abrió la puerta. Pero antes de bajar me respondió:

—No, sinceramente no lo creo. Estoy seguro de que te olvidarás de mí antes de que yo de ti. Y que has hecho gala de un gran valor al decirme todo lo que me has dicho, por lo que estoy seguro de que de ahora en más todo te resultará más sencillo.

El nudo en mi garganta crecía y crecía.

—No lo quiero más sencillo —me atreví a confesarle—. Te quiero a ti.

—Marcela, por favor...

Perdí la cabeza, lo juro. Sentí que esa era mi última oportunidad de retenerlo, así que le toqué la cara y un segundo después pegué mi boca a la suya.

El efecto fue instantáneo; los dos nos prendimos fuego.

Rafael me devoró sin tocarme más que con sus labios y su lengua. Nos besamos con desesperación por unos segundos, hasta que él se retiró y me miró de una forma indescriptible.

Se alejó un poco y luego murmuró con voz ronca:

—Dios Santo... Eres letal. Y yo un estúpido que está totalmente perdido...

Mi corazón saltó de gozo, y estuve a punto de subirme encima suyo para comérmelo entero, pero no pude hacerlo porque en ese momento un rostro apareció en la ventanilla del acompañante.

—¿Rafa?

El aludido se volvió y sonrió aliviado.

—Maluma.

Miré al chico que parecía de más o menos mi edad y mi sorpresa fue mayúscula cuando me di cuenta de que era igual al cantante. Incluso más bello que el propio Maluma era ese chico.

—Hola —me saludó con la mano, y yo me quedé esperando que Rafael nos presentara para que se marchara y poder continuar en lo que estábamos, pero eso no sucedió.

Se bajó del coche, y antes de marcharse con su amigo, cerró la puerta y luego se inclinó por la ventana.

—Lo siento, Marcela. No puedo.

Me desesperé pero entendí que en ese momento nada podía hacer. ¿Me iba a comportar como una lunática, saliendo del coche y lanzándome a sus brazos delante del tal Maluma? No, no lo haría. Todavía me quedaba un poco de dignidad, carajo.

Así que hice de tripas corazón, y lo único que dije fue:

—Piénsalo, por favor. O mejor solo siéntelo, y luego llámame.

No dijo nada, pero sonrió y luego desapareció de mi vista.

Y desde ese día no hago más que esperar su llamada. No sucedió el fin de semana, ni ninguno de los últimos cinco días.

Lloré un río, lo confieso. También me desesperé y Sebastián fue mi paño de lágrimas en más de una ocasión.

Rafael no me llamó, no me buscó, no dio señales de vida. Y mi amigo no me permitió flaquear y tomar la iniciativa de llamarlo yo.

Me siento como alma en pena. Hoy hasta conté lo que me sucedía en el Centro de

Adicciones.

—¿Sientes ira por lo que no podrás ser, Marcela? —me preguntó Aurelia delante de todos.

—Mucha. Muchísima, en realidad —reconocí con más tristeza que enfado. Pero lo cierto es que sí la sentía. Estaba furiosa con él por ser tan cobarde y conmigo misma por no haber sabido retenerlo.

—¿Y qué haces con ella?

Suspiré.

—Me la guardo un poco, y otro poco la lloro.

La mujer pareció satisfecha.

—El equilibrio perfecto —murmuró sonriendo—. Estás cambiando, querida. El milagro del amor...

¿Sería eso, de verdad? Y si era así... ¿de qué me servía?

El amor no correspondido era torturante, y por un momento me sentí identificada con mis esclavos. Ahora sabía lo que era depender de la atención del otro, pero no era con dinero que la iba a obtener, eso estaba claro.

Esta vez no era con dinero que iba a obtener el amor.

Y con este pensamiento me vuelvo a sumergir en la desdicha, mientras las lágrimas vuelven y Sebas se desespera por no poder hacer nada para lograr una sonrisa.

—¿Qué te han hecho, desquiciada? —murmura abrazándome, y es lo último que escucho antes de sumergirme en un sueño inquieto.

23. Rafael

Estoy en la autopista, de regreso desde el norte, en el sitio exacto donde vi a Marcela por primera vez.

Todavía recuerdo su silueta perfecta enfundada en el apretado uniforme, y también su desesperación. No me olvido de su rostro arrebolado asomando desde el asiento de adelante, ni de esos mechones castaño oscuro escapándose del pequeño casquete en lo alto de su cabeza.

Y estos recuerdos se encadenan a los otros, a los más recientes y dolorosos, y no puedo evitar volverme a reprochar lo cobarde que fui. Pero luego pienso en lo que hubiese implicado el haber cedido a la tentación de acostarme con ella, y siento alivio.

Porque si ya estoy enamorado como un loco sin haberla tocado, no quiero ni imaginar lo que hubiese sucedido si... Si le hubiese hecho el amor, porque con Marcela sin duda no solo se folla. Esa mujer está hecha para ser amada.

Todavía no me explico cómo puede aguantarme. Estaba decidida a lograr un sí, y yo estuve a punto de flaquear, pero la oportuna presencia de mi amigo evitó ese desastre.

Marcela es absolutamente irresistible, una mujer deliciosa y muy peligrosa también. Es exacto lo que no necesito en este momento, en que debo concentrarme en el bienestar de mis hijos.

Y eso fue precisamente lo que me ayudó a mantenerme alejado de ella durante toda la semana.

El sábado por la noche me llamó Salvador llorando.

—Papá, no me siento bien.

Casi me muero al escucharlo.

—¿Dónde te duele?

—Aquí en la panza.

—¿Con quién estás?

—Con Lucy, la chica que ayuda a mamá. Ella se fue con Tina a...

—Ya lo sé, Salva. Están en Cardelores... Pásame con Lucy, por favor.

Y fue así que me enteré que mi hijo tenía vómitos frecuentes y mucho malestar. Le pedí a la tal Lucy que lo llevara al hospital y corrí a la terminal a tomar el bus.

Cuando llegué por la mañana me enteré de que Salvador tenía apendicitis. Todo salió bien, por suerte, pero el susto me dejó temblando y sin poder pensar otra cosa que en mi hijo, al menos hasta que lo vi sentado en la cama, tomándose su sopa luego de la cirugía.

Luego de eso me aflojé, y la necesidad de Marcela se hizo imperiosa, pero me resistí a llamarla.

Esa necesidad fue creciendo día a día hasta hacerse insoportable, pero por una cosa u otra me vi obligado a mantenerme al otro lado del país, muy lejos de la tentación de correr a buscarla.

Salvador salió del hospital el martes por la tarde, pero debido a una intensa tormenta en el país vecino, mi ex esposa y mi hija no pudieron regresar según lo

previsto, así que me quedé a cuidar de mi hijo.

Fue una gran oportunidad que intenté no desperdiciar, y creo que logramos estrechar lazos de forma tal, que cuando Irene y Martina regresaron el miércoles, Salvador se puso a llorar y me pidió que no me marchara.

Fue algo incómodo convivir con Irene aunque fuera poco tiempo. Esa noche en la que me quedé a dormir en la habitación de mi hijo estando ellas en la casa, fue bastante larga, la verdad.

Y el jueves por la mañana me moría de ganas de volver, sobre todo cuando a la hora de desayunar, mi hija me miró con desprecio.

—Voy a ir a la Universidad de Cardelores, está decidido —me dijo—. Pero necesito más dinero del que giras cada mes.

Di un sorbo a mi café y luego la miré a los ojos.

—Haré lo que pueda.

—Tienes que hacer más que eso, es tu deber.

—Mi deber es proporcionarte una educación de acuerdo a mis posibilidades —repliqué—. Y no eres hija única; también tienes un hermano.

—Pero...

—No voy a permitir que me presiones. Tú tienes tus aspiraciones, Salva seguro que también las tiene y yo mismo las tengo, Martina, no lo olvides.

Y ahí intervino Irene, que se venía aguantando pero yo me daba cuenta que poco iba a durar esa contención.

—¿Tú también las tienes? ¿A esta altura? Estás acabado, querido. Si tienes un poco de dignidad apoya las de tus hijos y resígnate a esa existencia anodina el tiempo que te quede, porque no has sabido aprovechar tus dotes y nos has arrastrado a todos en el fango.

Salvador se levantó con dificultad y se marchó a su habitación. Yo miré a las dos mujeres que tenía frente a mí con una serenidad que estaba lejos de sentir.

—Me hago cargo de mis errores. Me haré cargo de la manutención de mis hijos en la medida que pueda, tanto tiempo como sea necesario. Pero de que mi vida esté acabada, ni hablar —dije con énfasis, y luego repetí, más que nada para mí mismo—. Ni hablar.

Y luego me puse de pie, subí a saludar a mi hijo y me marché a la terminal.

Durante todo el camino no hice otra cosa que pensar en mis propias palabras. ¿Eran ciertas? ¿Todavía tenía esperanzas?

Y entonces me di cuenta de que las tenía desde el momento que conocí a Marcela, pero también fui consciente de que seguir a mis deseos y a mi corazón podría significar el volverme a perder.

No podía siquiera aprovechar el impulso de desearla para ser mejor persona, porque nada podría eliminar el abismo que nos alejaba. Un abismo marcado por la edad, o más bien por la etapa de la vida, y por la situación económica.

Era insalvable lo que nos separaba, y no iba a hacer el intento de saltar esa grieta porque seguro me iba a caer y ya nada podría hacer que me levantara esta vez.

Tenía que olvidarme de Marcela. Y a pesar de lo que le dije a Martina con una seguridad que estaba lejos de sentir, también tenía que conseguir más dinero.

Trabajé como un poseso toda la noche del jueves, y gran parte del viernes también.

Metí dieciséis horas al volante, tratando de no pensar en ella, en su boca, en su aroma, en su piel, pero no lo logré.

No pude evitarlo, a las tres de la tarde estaba aparcado a cincuenta metros del Centro de Adicciones solo para tener el placer de contemplarla, y se me cumplió el deseo.

Allí estaba, con un vestido de verano muy corto y sandalias, con el cabello al viento y tan hermosa que dolía. Pero se la veía triste y yo presentía el porqué.

La vi mirar a un lado y al otro, con la decepción pintada en el rostro y me quise morir. La angustia me invadió y estuve a punto de salir del coche y correr como enloquecido a su encuentro, pero no lo hice.

Me sentí un estúpido. Tenía cuarenta y dos años y un ímpetu adolescente que no condecía para nada con mi edad. Cuando la vi subir a su coche me marché furioso conmigo mismo y con ella por... Por ser ella, por eso. Por ser Marcela y por no haber otra igual, otra a mi alcance, otra para mí. Y si la hubiese no la querría, porque la quería a ella.

Joder, cómo la quería.

A las cuatro me metí en la cama y cuando cerré los ojos allí estaba Marcela otra vez. Se me había quedado en la retina, se había infiltrado en mi cerebro y en el torrente sanguíneo, y ahora circulaba por mi cuerpo como una enfermedad.

Era algo doloroso, en verdad, pero donde más me afectaba no era en la dureza que me quemaba entre las piernas, sino en la ternura que se me había enquistado en el corazón.

Me despierta el teléfono. Suena de una forma realmente insistente y es un número desconocido.

—¿Hola?

—¿Duarte? —pregunta una voz masculina.

—¿Quién es?

—Soy Sebastián, el amigo de Marcela.

Tardo un par de segundos en asimilar esa información, pero cuándo lo hago me siento en la cama como impelido por un resorte. Miro el reloj... Son las nueve de la noche del viernes y estoy en mi departamento. Maluma canta en la ducha, y seguro se prepara para salir de fiesta y no para trabajar. Y en el teléfono tengo a “Amore —pero no sé cómo logró hacerse de mi número ni por qué me está llamando... Bueno, en realidad solo hay una forma y un motivo: Marcela. ¿Qué demonios está pasando?

—Dime.

—Marcela no está bien.

El corazón comienza a latir con fuerza al escucharlo.

—¿Qué sucede?

—¿No lo sabes? Psicológicamente está destruida y ahora es por tu culpa, pero no esperaba que se enfermara también...

—¿Cómo? ¿Qué tiene? —pregunto, alarmado.

—Fiebre. Pero no es un resfriado, eso lo sé bien... Ella jamás se enferma de nada... ¡Carajo! ¿Estás en tu casa?

—Sí, pero...

—Estoy en la esquina, supongo. Dime dónde vives exactamente que quiero

hablarte cara a cara.

Se lo digo, y luego me visto con prisa. Dos minutos después llaman a la puerta.

Cuando abro, Sebastián entra sin dejar de mirarme con el ceño fruncido.

—¿Han llamado al médico? —pregunto, ansioso.

—Esto no se soluciona con un médico. Nunca han logrado solucionarle nada los médicos a Marcela. Ni un ejército de médicos puede hacer algo cuando los males no vienen del cuerpo sino del corazón —me dice, serio.

—Escucha, ella me preocupa... ¡Maldición! Más que eso, pero... ¿qué puedo hacer? Me estoy cuidando, la estoy cuidando... —intento justificarme, mientras camino por la habitación sin saber qué hacer.

—¿Le huyes a sus problemas, verdad? Sé que te ha contado lo que le pasó cuando era una chiquilla y has considerado que no podías con eso...

—¿Qué? Me lo ha dicho, pero...

—¿Sabes lo difícil que ha sido para ella todo eso? El daño que le hizo su padre es inmenso.

Me quedo helado por completo. Ni siquiera atino a preguntar, pero Sebastián se da cuenta de que no sabía tanto.

—Creí que te lo había dicho. Lo siento, yo...

—Me dijo que alguien abusó de ella —murmuré, asombrado.

—Pero no te dije que fue su padre quien la entregó, ya veo... Bueno, ahora lo sabes. Su padre cambió la virginidad de su niña, por los pagarés de una deuda —me dice, y yo siento que algo dentro de mí muy oscuro, comienza a crecer—. Y ella ha sobrevivido a eso, que lo sepas. La he visto iracunda pero jamás derrotada. Nunca hasta este momento y por tu causa....

Trago saliva, pero no alcanzo a reaccionar. El peso de las palabras de Sebastián es demoledor.

Dios mío... Es enorme la carga que lleva Marcela sobre su espalda. Como si el hecho de haber sido abusada no hubiese sido lo suficientemente espantoso, ahora sé que fue su padre el responsable de esa situación.

Una a una comienzan a caer las fichas en su lugar. Las palabras que me dijo días atrás se tiñen de otro sentido.

“Tenías razón cuando mencionaste que tengo un problema con el dinero —“Mi iniciación sexual fue traumática, y eso condicionó la forma de relacionarme con los hombres —“Yo crecí con el convencimiento interno de que el dinero equivalía al amor, porque eso era lo que obtenía cada vez que necesitaba cariño —“Por primera vez en mi vida quise creer que había algo más allá del dinero, o del amor que se compra con dinero, o del dolor que trae consigo en ocasiones... Pero es evidente que me equivoqué.

Cada cosa que me dijo debió indicarme que había más, pero yo, necio como soy, solo me preocupé por mis sentimientos, por mis temores.

Maluma aparece en la habitación, y me doy cuenta al seguir la mirada de Sebastián. Mi amigo lleva solo una toalla en la cintura, y en otro momento eso me hubiese puesto incómodo teniendo visitas, pero hoy no estoy para fijarme en esos detalles.

Toda mi atención se centra en Marcela. En su pasado, en su presente, en nuestro

futuro. Dios Santo... ¿nuestro? ¿He dicho nuestro?

Y de pronto me doy cuenta de que solo necesitaba este empujón, solo necesitaba que mi psiquis entendiera lo inevitable que es que estemos juntos, aunque sea el tiempo que ella quiera, aunque después me tenga que arrepentir. ¿Qué más da? Ya estoy mal, Marcela también lo está... No quería sufrir, pero ya lo estoy haciendo. Y lo peor de todo es que ella también.

No puedo más, voy a verla. Me resistí todo lo que pude, pero esto es demasiado.

Tomo mi chaqueta, y Sebastián se da cuenta de que me rindo. Tengo que ir con ella, tengo que curar sus heridas a puros besos, tengo que...

Unas llaves vuelan por los aires, y compruebo que aún tengo reflejos de portero cuando las atrapo con una sola mano.

—Buena parada —dice Maluma riendo.

—Ahí tienes mis llaves, ve con ella —me indica Sebastián y luego le dice a mi amigo—. Si no te molesta esperaré aquí un tiempo prudencial antes de volver a mi departamento... por si las moscas.

—Esta es tu casa —replica Maluma con una extraña mirada, y mientras bajo corriendo la escalera se me cruza por la mente que no pudo ser más oportuna mi precipitada salida.

24. Marcela

Cuando salgo del baño de mi habitación, escucho la llave en la puerta de entrada.

Bueno, ya era hora pero igual no quiero verlo. No me da tiempo a vestirme, los pasos se escuchan en el pasillo y estoy segura de que entrará a disculparse.

Pues no le daré el gusto; ni siquiera le permitiré hacerlo. Voy a cumplir al pie de la letra todas sus órdenes—. Deja de sentir lástima de ti misma, desquiciada. Toma un baño para que te baje la temperatura, y luego duerme hasta que se te peguen las pestañas.

Suelto la toalla y me meto de prisa bajo el nórdico. Me tapo hasta la cabeza, y no me importa que se moje la ropa de cama. Cualquier cosa con tal de no hablar con Sebastián.

¡Estoy enfadada con él! Se ha pasado tres pueblos con la excusa de hablar con la verdad. Se hubiese guardado la franqueza esta vez; es lo que menos necesito. Y en lugar de marcharse a vaya saber dónde, luego de haberme dicho de todo para que reaccionara, podría haberse quedado a darme un poco de consuelo.

Estoy acostada de espaldas a la entrada, intentando hacerme la dormida cuando escucho que se abre la puerta de mi habitación.

Mierda, no me ha dado tiempo a apagar la luz de mi veladora, así que difícilmente pueda seguir fingiendo si se le da por insistir.

Cuando percibo que se sienta en el borde de mi cama, resoplo y me doy por vencida.

—¿No te ha alcanzado con arrancarme cada detalle de lo que sucedió y con haberme quitado el móvil para que no sucumbiera a la tentación de llamarlo? ¿Qué quieres de mí ahora? —pregunto con rabia, sin siquiera bajar el nórdico que cubre hasta mi cabello empapado.

—¿Qué quiero de ti? —dice alguien que sin duda no es Sebastián—. Es larga la lista; no sé por dónde empezar.

Por unos momentos me quedo paralizada, mientras escucho el sonido de mi agitada respiración y un intenso calor comienza a recorrerme todo el cuerpo.

No me atrevo a moverme, temo que si lo hago esta especie de espejismo o fantasía viviente desaparezca, y con ella también esta sensación de que la sangre vuelve a correr por mis venas.

Entonces siento que me destapan la cabeza y hago acopio de toda mi voluntad para volverme lentamente, aterrorizada por la idea de que todo se trate de un error de percepción, un engaño de mi mente calenturienta.

Pero no. El corazón casi se me sale por la boca cuando lo veo.

Aquí está. En mi cama, como fantaseé tantas veces. Y me mira de una forma tan intensa que siento que se me eriza la piel.

En ese momento adquiero conciencia de lo desnuda que estoy bajo el nórdico, y lo aferro con ambas manos bajo mi barbilla, pestañeando como una niña y sin poder creer lo que mis ojos ven.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta con cara de preocupado. Y antes de que

pueda siquiera responder, pone su enorme palma en mi frente primero, y luego el dorso en una de mis mejillas—. Estás algo caliente...

—Ay, si supieras cuanto... Sobre todo ahora que me estás tocando. No creo que pueda soportar demasiado tiempo sin echarte los brazos al cuello y comerte esa boca divina —pienso mientras intento recuperar el ritmo de mi respiración.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con un hilo de voz, mientras él me despega el cabello húmedo de la frente con los dedos.

Esa media sonrisa que me vuelve loca y luego la respuesta más obvia.

—Tu “Amore —me fue a ver, me dijo que no te encontrabas bien y me dio sus llaves.

Suspiro.

—Yo le... Yo le conté. Y supongo que tomó tus datos de mi móvil...

—Así es. Me llamó y luego se presentó en mi casa.

—Lo siento —me disculpo, pero sin mucha convicción.

—¿De veras? Creí que me echabas de menos —dice risueño.

Maldito Sebas. O no... Diablos, cómo quiero a mi amigo por ser el artífice de este milagro. Sé que debo agradecerse pero también quiero saber qué le ha dicho para que esto sucediera. Se lo pregunto directamente. Con él es mejor así.

—¿Por qué estás aquí, Rafael?

Entorna los ojos y sonrío.

—Tu amigo fue muy convincente.

—Pero... ¿qué te pudo decir que no te haya dicho yo antes?

Se pone serio y deja de mirarme. Lo veo dudar... Espero que Sebastián no haya pecado de indiscreto porque lo voy a matar.

—Que era un estúpido —responde, evasivo—. Y tiene razón.

No me da tiempo a replicar ni a seguir preguntando, porque toma el borde del nórdico e intenta levantarlo.

—¿Qué haces?

—Quiero que te incorpores y te destapes un poco... Tanto abrigo no ayuda con esa especie de fiebre que tienes.

Me aferro con ambas manos al forro de mi cobertor.

—¡No!

—Vamos, no seas...

No lo dejo terminar, pero lo obedezco a medias. Coloco el nórdico bajo mis axilas y me siento en la cama, recostándome en el respaldo.

Veo sus ojos brillar cuando se da cuenta por mis hombros desnudos que no llevo camisón. Se queda cortado, sin saber qué hacer, paralizado como lo estaba yo hace unos momentos.

Sonrío al ver su curiosa expresión, entre sorprendido y torturado.

—¿Qué pasa? Acabo de salir de la ducha y no esperaba visitas —le digo para justificar mi desnudez.

Él no dice nada, solo me mira. Parece estar sopesando algo, o tomando una decisión importante.

Y un segundo después compruebo el resultado de la misma, cuando estira un brazo y acaricia el cabello mojado que me cae sobre un hombro.

No tengo tiempo a sorprenderme, porque su siguiente movimiento lo sitúa sobre mí, besándome.

Es un beso suave, nada impetuoso. Roza sus labios con los míos con innecesaria cautela. Estoy segura de que su objetivo es hacerme desesperar y lo está consiguiendo.

Ya no puedo más, es demasiado. Me olvido un poco del cobertor y lo tomo de la nuca para profundizar el beso. Nuestras lenguas se enlazan y gemimos al unísono cuando nuestros dientes se entrecocan sin poder evitarlo.

Rafael se retira un instante, y cuando abro los ojos lo veo mirarme la boca con deseo. Se inclina y me muerde el labio inferior y luego el mentón. Empieza a bajar mordisqueando y lamiendo mi cuello, y yo jadeo deleitada.

Siento que tira del nórdico pero no estoy lista para eso... Con una mano le sigo oprimiendo la nuca y con la otra aprieto el cobertor contra mis pechos, tratando de evitar que lo deslice y me desnude. Pero no sé si logro transmitir el mensaje, porque a pesar de que sigo bastante tapada, siento que por algún sitio su mano logró traspasar la barrera que intenté imponer.

Y por primera vez en mi vida, un hombre me roza los senos con sus dedos, y la excitación se apodera de mis sentidos haciéndome gemir contra esa boca experta que vuelve a devorar la mía.

Una extraña laxitud me invade. Ya no tengo control de mi cuerpo y dejo que me toque a su antojo bajo la ropa de cama, maravillada por completo con mis propias sensaciones.

Rafael no insiste en destaparme, pero su mano avanza implacable hasta llegar a su objetivo. Me aflojo por completo, como si su saliva tuviese efectos narcóticos, y me dejo hacer. No sé si esto es normal, pero parece saber exactamente donde tocar para hacerme estremecer.

No puedo creer lo que me está haciendo... Sus dedos me recorren el sexo, pero no hace ningún intento de penetrarme con ellos. Solo me acaricia primero, y luego me frota.

Ay, carajo... Su mano comienza a moverse con rapidez sobre mi clítoris y yo me retuerzo contra ella, desesperada. Avergonzada por completo por no poder controlarme, cierro los ojos mientras mi propia mano traicionera, toma su muñeca por debajo del nórdico para que no se le ocurra retirarla ni un instante.

Dios Santo, estoy presionando su mano contra mi sexo, sin pudor alguno. De alguna forma estoy dirigiendo sus movimientos para aumentar mi placer. Mis piernas se separan como pidiendo más, y Rafael abandona mi boca para susurrar en mi oído:

—Eso es... Déjate llevar.

Con la mano libre intenta destaparme, pero un pequeño resquicio de conciencia que todavía no me abandona, se lo impide. No puedo siquiera pensar en no permitirle tocarme, pero que me observe desnuda es otra cosa... Es más fuerte que yo, no puedo evitarlo. Él se da cuenta y no insiste con eso, pero sí con lo otro para mi fortuna, intensificando el movimiento de su mano entre mis piernas.

Y estallo por fin. Arqueo mi cuerpo, convulsiono y experimento un orgasmo bastante escandaloso. Mi primer orgasmo provocado por una mano que no es la mía, el primero con un atento espectador, que parece encantado de que mis gemidos le llenen

la boca.

Qué vergüenza más deliciosa. Qué inmenso placer. Cuando se disipa abro los ojos y me doy cuenta que Rafael me observa tan jadeante y acalorado como yo.

Y en eso momento no deseo otra cosa que corresponderle. Quiero darle lo mismo que él me dio. Quiero verlo enloquecer de deseo, quiero escuchar sus gemidos sabiendo que soy yo la que los provocho. Por primera vez en mi vida deseo hacerlo, pero no sé cómo empezar...

—Quiero verte —me dice con voz ronca sin dejar de mover sus dedos en mis ardientes fluidos.

Contengo la respiración. No me esperaba que insistiera en eso, pero siento que no puedo.

—No...

—Por favor. Quiero besarte aquí —vuelve a insistir mientras con un dedo recorre primero mi clítoris y luego la entrada de mi vagina.

No esperaba esto... No imaginaba que quería que le correspondiera dándome más placer. La sola idea de que me observe y ponga su boca en mi sexo me hace estremecer, pero niego con la cabeza, cohibida.

Sin embargo él no se resigna y comienza a apartar el nórdico despacio, hasta que no puedo soportarlo más.

—¡No! No puedo... Yo... Lo siento, pero no puedo.

Un sollozo se escapa de mi garganta, y la excitación deja paso a la pena.

Rafael retira su mano de mi sexo, y me envuelve entre sus brazos fuertes y contenedores.

—Tranquila... No voy a insistir. No llores, por favor...

Pero yo tengo que decirle. Necesito explicarle por qué.

—Estoy muy rota, Rafael. Ese hombre me hizo mucho daño...

—Shhh... No tienes por qué hablar de eso. No si te hace daño —me dice besándome la frente.

Sé que no tengo por qué hacerlo, pero quiero. Es más, lo necesito.

—Me hace daño, pero tal vez me ayude... Nunca se lo dije a nadie —murmuro con voz quebrada.

Y luego se lo cuento.

Con el rostro oculto en su cuello le hago saber por qué no soporto la idea de que me observe desnuda.

—... No me lo hizo como esperaba que fuera, como lo había visto en el canal porno alguna vez. Me quitó las bragas, me levantó la falda y luego me penetró hasta el fondo. Grité de dolor y lo escuché reír. Pensé que la tortura continuaría un buen rato, pero no. O al menos no de esa forma... Al parecer solo quería mi virginidad porque se retiró de inmediato de mi cuerpo y luego me levantó más la falda. Casi me muero de la vergüenza cuando me tomó de los tobillos y los elevó... Me observó por unos momentos, así, con las piernas abiertas, como nadie nunca me había contemplado antes. Solo se escuchaban mis sollozos y sus risas... Esa fue la parte más difícil, eso fue lo peor. Me sentí humillada de tal forma, que supe que jamás podría recuperarme de algo así... Los segundos pasaban y ese hijo de puta no dejaba de observarme... Me sentí expuesta, vulnerable... Finalmente juntó mis tobillos y los retuvo en lo alto con

una mano sola. Yo no me atrevía a mirar, pero me di cuenta de lo que hacía... No solo me estaba observando, también me tocó... Y luego me obligó a abrir los ojos y mirar... Tenía sus dedos manchados de sangre... Manchados con mi sangre... Se los puso en la boca y los chupó... Las arcadas comenzaron nada más verlo, pero lo que me hizo vomitar fue cuando recogió más sangre, se inclinó y la puso en mis propios labios... Y luego comenzó a gritar. Se puso furioso porque vomité, y luego de quedarse como trofeo una fina cadena que arrancó de mi cuello, uno de sus esbirros entró y me arrastró fuera de la habitación... Así terminó la peor noche de mi vida pero el trauma continúa... No puedo soportar la idea de que alguien me vea así. Ni siquiera he podido ir al médico jamás... Te dije que estaba muy rota... Perdón, Rafa. Perdón...

Cuando termino de hablar Rafael afloja el abrazo y me mira a los ojos. Los tiene llenos de lágrimas.

—Si algún día tengo frente a mí a los que te hicieron eso, creo que voy a terminar matándolos.

Lo dice en plural y eso me sorprende. Pero la forma en que pronuncia esas palabras, la vehemencia con que lo hace, ese intenso rencor, es lo que me realmente me hace estremecer.

Pensé que había arruinado la noche con esa horrible confesión, pero resulta que no. Rafael se pone de pie, se quita la camiseta, las medias y los zapatos, y se acuesta sobre el cobertor a mi lado.

Y con la cabeza recostada en su pecho y contra todos mis propios pronósticos, no tardo en quedarme dormida.

25. Rafael

Me despierto con el timbre. Tardo unos momentos en darme cuenta de que no es mi timbre, que tampoco es mi cama, ni mi casa, y que junto a mí duerme con el cabello enredado la mujer más hermosa que he visto jamás.

Es perfecta incluso cuando refunfuña y protesta entre sueños, y luego se pone de costado y me da la espalda. El timbre vuelve a sonar y Marcela se tapa la cabeza con el nórdico.

Es claro el mensaje, y aunque podría pasarme el día entero contemplándola, dejo que la bella durmiente descanse y me pongo en movimiento.

Dos segundos después le abro la puerta a un Sebastián con pronunciadas ojeras y sonrisa más pronunciada todavía.

Me mira el pecho desnudo con fingida lascivia y estoy seguro que lo que busca es ponerme incómodo, así que lo ignoro por completo y me siento en el sofá de la sala para ponerme los zapatos, sin pronunciar palabra.

—Vaya novecita —dice mientras se instala frente a mí y se quita los suyos.

—Felicidades —murmuro sin mirarlo.

—No lo digo por mí, sino por ustedes. Está claro que has logrado vencer tus inseguridades y las de la loca desquiciada, y eso me alegra... Claro que espero que ella se vea más relajada que tú.

Lo miro inexpresivo mientras me pongo la camiseta.

—No sé a qué te refieres.

—Conmigo no te hagas el estrecho, Duarte. Has pasado la noche aquí y no creo que solo hayan conversado o dormido... Bien por ambos. Ya era hora —me dice muy seguro de sí, pero es evidente que lo que busca es que confirme o refute su afirmación.

No le daré el gusto. Será muy amigo de Marcela, pero yo no tengo nada que confiarle, y mucho menos sobre mi vida íntima.

—Ya es hora, pero de marcharme. En la puerta están tus llaves...

—Oye, no hay prisa. Preparo café y podemos hablar...

—Te lo agradezco pero tengo que ir a trabajar.

Me mira con extrañeza, y ya me lo veo venir.

—Ah, sí. Uber te espera... —dice con evidente ironía—. Te estuve googleando, ¿sabes? Rafael “Cacique” —Duarte, ex portero de un equipo mexicano y otro español, desaparecido del espectro deportivo en dudosas circunstancias...

Suspiro.

—Buen trabajo. Ahora si me disculpas...

Amago a marcharme pero él se interpone entre la puerta y yo.

—Soy periodista. Y me preocupa Marcela y con quién se relaciona.

—Vaya, te preocupa... Ayer fuiste a mi casa a decirme lo mal que estaba por mi culpa, hiciste que venciera mis reparos y viniese, y ahora me dices que te preocupa con quién se relaciona —le digo cruzándome de brazos—. Tienes una forma extraña de ordenar tus prioridades.

También se cruza de brazos haciéndome frente. Nuestro tono de voz es bajo, como

si hubiésemos acordado tácitamente el no despertarla, pero la actitud es algo hostil.

—No me malinterpretes. Sé que has tenido problemas con... Bueno, ya sabes. Y ella no es lo que se dice la chica más estable del mundo luego de lo que le ha pasado, así que es normal que me preocupe por el derrotero de esta relación...

—Preocúpate de tus asuntos y de tus relaciones. Yo no te voy a googlear a ver si le convienes a mi amigo pues es lo suficientemente adulto para saber lo que hace —le digo dando un paso al frente—. Y te agradezco que me hayas impulsado a venir, aunque una parte de mí sigue pensando que lo mejor hubiese sido superarlo...

—¡Qué necio eres! —exclama apartándose—. ¿Es que no es suficiente para ti que ella te quiera en su vida?

—Más bien estoy pensando en que yo no soy suficiente para ella —replico—. Marcela se merece algo mejor que un pobre diablo que no tiene ni dónde caerse muerto y con un pasado turbio.

—Marcela se merece ser feliz, y yo solo quiero asegurarme de que no la uses y le hagas daño...

Muevo la cabeza, sorprendido.

—Mira, si hay alguien que puede salir destrozado de esto, soy yo. Cuando ella se aburra, cuando se recupere de sus heridas y esté lista para encarar el futuro con un hombre que esté a su altura, el que quedará hecho un despojo seré yo... Y no me estoy quejando ¿sabes? Ya no puedo volver atrás. Me conozco y sé que será mi vicio más fuerte, más placentero y más destructivo, pero no está en mis manos evitarlo. Solo me queda disfrutarlo, y esperar que ella también lo haga, el tiempo que dure —le digo con total sinceridad—. Y ahora, si me disculpas, me tengo que marchar.

Por unos momentos no me dice nada. Parece estar sopesando mis palabras...

—Bien. ¿Qué le digo cuando despierte?

Me relajo pues sé que por el momento ha quedado satisfecho y dejará de hostigarme un tiempo.

—Que me llame.

Y justo antes de traspasar el umbral lo escucho murmurar:

—Dile lo mismo a Luis.

Luego de una buena ducha estoy listo para empezar mi día. Bueno, mi cuerpo está listo pero mi mente... Mi mente está en otro momento y en otro lugar, no muy distante, demasiado cerca.

Anoche fue algo de otro mundo. Completamente inesperado, y una combinación inquietante de placer y dolor.

Tocarla fue el éxtasis en sí mismo, no necesité más.

Nunca fui un amante generoso, lo reconozco. Lo mío siempre fue más de tomar que de dar y sin grandes cuestionamientos, la verdad. Pero esta vez fue diferente.

Fui a su departamento con más preocupación que ganas, pero cuando la descubrí desnuda bajo el cobertor creo que un poco enloquecí.

Estaba consciente de que ella se encontraba afiebrada y que mi presencia allí obedecía a eso más que nada, pero... No me pude resistir.

Me dejé llevar por esa belleza, esa indefensión... Es exquisitamente dulce Marcela. Hasta su nombre sabe a miel en mis labios y ahora mismo me veo tentado a pronunciarlo.

Y pensar que en un primer momento, me pareció una chica dura, hasta insensible. Demasiado materialista, incluso. Pero ayer, cuando se derritió en mi mano, no necesité más que esa miel que manaba de su cuerpo empapándome los dedos.

Tuve el poder de hacerla estallar, la sentí temblar, la vi retorcerse de placer. Pero luego de eso, llegó el dolor.

Esa confesión me hizo pedazos, y supongo que a ella también, pero el haberlo vivido debe haber significado un verdadero quiebre en el espíritu de una nena de dieciséis... Mierda, la misma edad que Martina.

¿Cómo es posible que existan hijos de puta como ese? ¿Y cómo puede un padre entregar a su niña así? Se me pone la piel de gallina de solo pensarlo, y también me invade un inmenso odio hacia esas basuras humanas.

Cuando le dije que los mataría si los tuviese enfrente no mentía. Nunca me consideré un violento pero cada vez que pienso en lo que le hicieron a Marcela algo dentro de mí crece y se expande, algo muy oscuro que no alcanzo a reconocer como mío, pero ahí está.

Y anoche, cuando ella se durmió entre mis brazos me encontré fantaseando con la idea de visitar esa casa de los suburbios para encarar al mierda de su padre.

Tengo que calmarme, porque lo que siento por ella me tiene fuera de mí. Es tan fuerte, tan poderoso que no me deja pensar en otra cosa. Marcela es el eje de mi día, y presiento que también será el eje de mi vida... Carajo... ¿cómo permití que pasara?

Ni bien dejo un pasajero en su trabajo, me suena el móvil y mi corazón comienza a latir con prisa... Es ella.

—Hola, Rafael.

Su voz se escucha algo somnolienta, y yo me arrepiento de no haberla despertado solo para verla así.

—Hola... ¿descansaste a gusto?

Su risa. Ay, cómo me gusta esa risa.

—Y tanto... ¿Estás conduciendo?

—Estoy aparcado ahora. ¿Ya no tienes fiebre?

—Bueno... Aún estoy algo caliente.

Carajo. Qué forma de provocarme una erección completa en solo segundos.

—Marcela...

—Me gusta mi nombre en tu boca, Rafa. Y también me gusta tu lengua en la mía...

Listo, ahora el que se siente afiebrado soy yo.

—A mí también. Lo de ayer me tiene trepando por las paredes —le confieso, sin poder contenerme.

—¿Por qué no continuamos hoy? Ven a cenar con... ¿Maluma?

—Su nombre es Luis. Imagino que Sebastián te ha abierto su corazón...

—Sebastián también está trepando por las paredes.

Sonrío. Va a ser extraña la cena, sobre todo porque con mi amigo nunca hablamos de asuntos sexuales o sentimentales, pero no estoy en posición de pensarlo siquiera. No con las ganas que tengo de verla.

Y si tengo un poco de suerte, Maluma se llevará a “Amore —mientras Marcela y yo... Este empalme me va a terminar matando.

—Tengo que hablar con Luis, pero supongo que no habrá problema.

—Bien. A las ocho los esperamos —dice, y me parece que su voz suena algo temblorosa.

Cuando corto la llamada, me digo por enésima vez que estoy perdido, pero por alguna razón, eso no me pesa demasiado ahora.

26. Marcela

Desnuda mientras sus ojos me devoran.

Es como si una llama viva trepara por mi cuerpo quemando cada rincón que su mirada toca.

Una situación que pensé que no podría enfrentar jamás, pero aquí estoy. Por y para él...

La cena fue una escalada de tensión que en un momento se tornó insoportable. Tenerlo frente a mí, masticando lentamente sin dejar de contemplarme. Un sorbo de agua deslizándose por su garganta mientras la nuez de Adán subía y bajaba. Un trozo de pan entre sus dedos, los mismos dedos que el día anterior me habían vuelto loca. Su barba recortada, sus labios perfectos... El oscuro vello de su pecho asomando apenas por el cuello de la camisa. Su aroma a jabón que me trastornó cuando me incliné a servirle... Todos mis sentidos exaltados con su sola presencia.

Caí como en un sospechoso estado hipnótico cuando se llevó el pan a la boca y vi por una milésima de segundo su lengua. Perdí la noción del tiempo y del espacio, y si no fuese porque mi móvil timbró estrepitosamente, creo que hasta me hubiese babeado... Turbada como nunca, miré la pantalla—. Slave le ha enviado \$ 50,00 EUR.

Maldito esclavo inoportuno. Cubrí el teléfono con mi servilleta pero a Rafael no se le pasó el gesto. Lo noté en la muda interrogante que se dibujó en su mirada.

Respiré profundo y pregunté si estaban listos para el postre.

—No se ilusionen, es helado comprado —les aclaró Sebastián, insidioso.

Rafael sonrió.

—Yo ya estoy bien, pero estoy seguro de que Luis aceptará —dijo de buen humor, y luego clavó sus ojos en mí—. ¿Te gustaría acompañarme a tomar algo al centro?

—No te crees falsas expectativas con esa invitación, Marcela —intervino Maluma riendo—. La que beberá algo serás tú en todo caso, porque Rafa es más de agua del grifo.

Era cierto; todo lo que había bebido era agua cortada con refresco, pero eso era lo de menos. Si se trataba de una excusa para estar a solas, no pondría ningún obstáculo.

Asentí y nos marchamos. Me alegré de haberme arreglado con esmero, porque ni bien salimos a la calle se dio el gusto de observarme sin ningún recato. Menos mal... Estaba algo decepcionada por su falta de interés en mi cuerpo. Si hasta había desviado la mirada cuando le abrí la puerta al llegar.

—Camina —me dijo señalándome el sendero que conducía a la acera.

—¿Y tú no vendrás?

—Iré detrás.

No dijo más, pero a mí me quedó claro que luego de ver el frente quería ver también el patio trasero.

Luego de unos instantes me alcanzó y puso la mano en mi cintura.

—Eres perfecta —me susurró al oído.

Me estremecí. No era cierto, pero quién era yo para contradecirlo...

—Tú también —le correspondí.

Rafael rio y luego de ponernos en marcha, me confesó sin reparos:

—Te observé a hurtadillas todo el tiempo. No me atreví a hacerlo francamente porque temí que se me notaran los colmillos y que Maluma tuviese material para burlarse el resto de nuestras existencias...

—Esperaba que lo hubieras hecho, la verdad. Compré este vestido especialmente para esta velada.

—Te queda espléndido, pero yo sé mirar más allá de la ropa.

Me hizo ruborizar. El que me imaginase desnuda era algo que me excitaba y asustaba a la vez. Y ni qué hablar de la posibilidad de que realmente sucediese... No quería ni pensarlo.

Acomodé la falda sobre mis muslos, mientras me preguntaba si no era demasiado corta. Había optado por un vestido negro clásico de falda ajustada y escote en la espalda. Altos tacones y el cabello recogido en una coleta tirante.

Rafael puso su mano sobre la mía y la retuvo allí sobre mi regazo por unos segundos.

—Me refería a que me gustas sin importar como te veas. Eres guapa así vestida, o con tu uniforme de aeromoza. Con vaqueros, o con un vestido veraniego. Eres guapa mientras duermes, con todo el cabello enredado. Pero tu apariencia no es lo que más me gusta de ti, y no te atrevas a preguntar qué es, porque aún no acierto a definirlo con palabras.

Me dejó muda, la verdad. Solo atiné a decir algo cuando vi que nos dirigíamos a su casa.

—¿No vamos a tomar algo? —pregunté asombrada.

—Lo haremos. En mi casa.

Tragué saliva. Mi corazón se disparó... Sucedería. Estaba segura de que sucedería.

Mientras entrábamos mi móvil volvió a timbrar.

Carajo, "Slave —subiendo la apuesta con otros cincuenta. Tenía que quitármelo de encima de una vez, así que entré a PayPal, le devolví los malditos cien euros y luego lo bloqueé. Solo me quedaban dos esclavos ahora... Los mantendría como seguro, por si los malos tiempos volvían. Y cuando pensé en "malos tiempos —no solo fue por el dinero. Sabía que la posibilidad de sufrir lo indecible si lo de Rafa no funcionaba estaba latente, y si eso sucedía iba a necesitar calmar a la bestia que desde que lo conocí parecía haberse aplacado por completo.

—Tu negocio paralelo no te deja descansar ni siquiera en sábado —me dijo Rafa sonriendo.

Me morí de la vergüenza. Esperaba que no se hubiese dado cuenta, pero ese hombre era demasiado perspicaz, demasiado observador. Estaba segura de que no sabía a qué me dedicaba, y prefería morir antes que confesarle la verdad, así que evadí responder con un escueto:

—Un pequeño inconveniente que ya está resuelto.

No preguntó más y yo suspiré aliviada. Lo que hizo fue trancar la puerta y tomarme de la mano.

—No hay mucho que ver por aquí —dijo mientras me sacaba de la sala y me conducía a... A su habitación.

Una cama doble, un perchero con ruedas y algunas prendas de ropa. Una estantería con libros, un pequeño escritorio con un ordenador, y poco más. Todo se veía austero, masculino y prolijo.

—Aquí están todas casi todas mis pertenencias —dijo, y creí notar un dejo de tristeza en su voz.

Me acerqué al escritorio... Un portarretratos con una foto de una chica rubia preciosa y un nene con pecas y encantadora sonrisa.

—¿Tus hijos, verdad?

Asintió.

—Martina cumple diecisiete mañana, y Salvador tiene doce. Viven en el norte, con su madre, y los veo menos de lo que desearía... —dijo. La tristeza no lo abandonaba, pero noté que luchaba contra ella—. ¿Qué deseas beber? Tenemos cerveza, refresco y agua.

—Nada, gracias. La cerveza debe ser de Luis, porque tú no bebes.

—Sí. Solo tengo dos vicios ahora...

—¿Cuáles? —pregunté entre intrigada y alarmada.

—El cigarro y tú.

Contuve el aliento y luego murmuré:

—Espero que no estés pensando en dejarlos todos...

—Con uno de ellos no podría luchar pues se me ha metido en la sangre... El otro puedo dejarlo cuándo quiera.

Sus palabras me dejaron con más dudas que certezas. ¿Qué me estaba diciendo? “Que lo nuestro va a ser solo una aventura, seguramente —me dije llena de dolor.

—¿Quieres saber cuál es cuál? —me preguntó anticipándose.

Asentí. Entonces tomó el paquete del bolsillo delantero de su camisa, sacó el último cigarrillo y lo partió a la mitad.

El mensaje fue tan claro que me dejó sin aire, y el aprovechó mi evidente turbación para acortar la distancia entre nosotros, tomar mi rostro entre sus manos y comerme la boca. Nos besamos con desesperación por un largo minuto... Rafael deslizó sus manos por mi cuello, mis hombros, mi espalda, y mi cintura. Pero cuando creí que iría más allá se detuvo.

—¿Confías en mí? —preguntó sobre mis labios.

No lo pensé ni un segundo.

—Sí.

—Si te pido algo entonces, ¿lo harías?

Asentí.

—Quiero que te quites toda la ropa.

Pestañeeé confundida. ¿Cómo me pedía eso? Le había contado el origen de mi trauma y apuntaba directamente allí.

Él adivinó mis pensamientos. Maldito brujo.

—Lo sé. Y por eso te he pedido que confíes en mí, Marcela. Créeme que no haría nada que pudiese dañarte.

—Es que no sé si pueda...

—Creo que sí puedes.

—Pero ayúdame... Hazlo tú...

—No. Yo te miraré mientras lo haces...

—¿Por qué? —pregunté con los ojos llenos de lágrimas. No entendía el motivo de hacerme pasar ese trago amargo. ¿Es que era más sádico que yo? Curiosa forma tenía la vida de enrostrarme mis faltas. *Karma* que le dicen... Carajo.

—Porque quiero que de tu mente desaparezca el sentimiento de vergüenza y humillación asociado a tu desnudez. Quiero que cada vez que recuerdes el estar así de expuesta, pienses en mí. Quiero que te excite mostrármelo todo por tu propia voluntad, que pierdas el pudor, la cordura, y los límites. Quiero que lejos de sentirte vulnerable te sientas poderosa, porque con ese cuerpo que tienes puedes hacer que cualquiera caiga de rodillas a tus pies...

No puedo describir el efecto de sus palabras en mi psiquis y en mi cuerpo. No era mi esclavo, ni tenía madera para serlo, y sin embargo había sabido qué botones oprimir para que mi corazón se disparara en mi pecho. Y yo tampoco tenía madera de sumisa, pero al escucharlo sentí la sangre golpearme las sienes, y una caliente humedad deslizándose en mi ropa interior.

Tenía que obedecerlo. Quería hacerlo.

Sin decir una palabra, me fui quitando una a una mis prendas, mientras Rafael me observaba sentado en el borde de la cama.

Y así estoy ahora, completamente desnuda ante él. Sus ojos me recorren... Mis piernas, mi sexo, mi vientre, mis pechos... Mi rostro arrebolado, a juzgar por el calor que me quema también las mejillas.

—Ven —me dice en voz baja, y yo me acerco—. Date la vuelta.

Lo hago lentamente. Experimento una gran vergüenza, no lo niego, pero ni rastros de humillación esta vez.

Y cuando siento sus manos acariciando mis nalgas, y luego es su boca la que las sustituye, me doy cuenta de que el punto de no retorno, ese en que pierdes el pudor, la cordura y los límites está muy cerca, y quedará asociado para siempre a Rafael.

27. Rafael

Hoyuelos al final de la espalda.

Hace unos días Martina se paseó frente a mí en ropa interior y pude notar que los tenía. Admiré su belleza adolescente pero lo que me regocijó fue darme cuenta que tenía la suficiente confianza como para pasearse semidesnuda frente a un hombre, porque ese hombre era su padre. Más allá de lo descortés y autoritaria que se mostró luego, ese momento en el que ella no sintió vergüenza por mostrarse así, hizo que fantaseara con la idea de que aún era mi niñita, que no la había perdido del todo todavía.

Pero ahora que observo unos iguales en el cuerpo de Marcela, no siento ese extraño regocijo. Esos gloriosos hoyuelos me recuerdan lo joven que es y por un momento me siento un perverso, un jodido hijo de puta...

Dieciocho años de diferencia. Estoy enamorado de una mujer de veinticuatro años, y eso me asusta pero ya no hay vuelta atrás.

Beso sus nalgas y la escucho gemir... Quiero devorar esos gemidos, los quiero en el fondo de mi garganta.

Me pongo de pie a sus espaldas y atrapo sus pechos con mis manos ásperas. Su piel es de terciopelo...

Ella gira la cabeza y me entrega la lengua. Por unos momentos nos besamos golosamente, sin prisa, pero luego sube la intensidad y mientras una de mis manos la toma del rostro para profundizar el contacto, la otra baja decidida a tocar el centro de su deseo, la fuente de su placer.

Cálida, húmeda... Receptiva. Imposible no avanzar.

Mi dedo medio se abre paso y ella se estremece.

Dios Santo... No sé cuánto podré aguantar, hasta cuándo podré contenerme.

La obligo a volverse y tomándola de las nalgas la oprimo contra mi cuerpo. Mi dureza contra su cálido vientre... Ella tan desnuda, y yo tan cubierto...

Marcela parece pensar lo mismo porque mientras me besa comienza a desprender los botones de mi camisa.

El deseo la hace torpe, así que la ayudo aunque no estoy en mejores condiciones, la verdad. Con la mirada turbia termino de desvestirme, mientras la suya sigue cada uno de mis movimientos.

La hago recostarse de espaldas y me tiendo a su lado. Acaricio su rostro, sus pechos... Mi boca sigue el camino que mis manos han marcado y continúa bajando.

Sus piernas permanecen cerradas al principio pero mi lengua es persuasiva y poco a poco las va separando. No tardo en terminar de rodillas en el suelo, con la cara enterrada en su sexo húmedo.

Ella jadea, se retuerce, gime. Yo bajo la mano y me aprieto el glande porque estoy a punto de eyacular, pero no dejo en ningún momento de lamerla. El movimiento constante de mi lengua la hace estallar... Separo mi rostro para observarla. Verla acabar está arruinando mi escaso autocontrol, pero no puedo evitarlo.

Luego de unos segundos yace sobre la cama, relajada por completo, sin rastros de

pudor. Apoyo mi barbilla sobre su vientre y estiro mis manos para acariciarle los senos.

Y luego ella hace algo que... Me vuela la cabeza ese gesto de confianza plena, de entrega total. Toma mis manos con las suyas, y las coloca en sus tobillos. Le separo las piernas y la observo. No puedo apartar la mirada de su vulva abierta y mojada, totalmente expuesta para mí.

Ella se incorpora sobre sus codos; nuestras miradas se encuentran, y nos decimos mil cosas sin pronunciar una palabra.

Es como un ritual de sanación lo que viene a continuación. Me pongo de pie y aferro ambos tobillos con una sola mano y los elevo. Me inclino e introduzco dos de mis dedos en su cálida vagina, y apenas encuentro un poco de resistencia así que los muevo dentro de ella con suavidad.

Estamos tan compenetrados, que un acto que en el pasado le hizo tanto daño, ahora y conmigo le resulta sumamente placentero. Tanto, que unos segundos después, acaba de nuevo.

Sus fluidos me empapan la mano y ya no puedo más.

De verdad, estoy en límite. Marcela no deja de mirarme mientras me pongo el condón. Respira entrecortadamente, y sus labios entreabiertos me sugieren cosas que no sé si deba siquiera pensar todavía.

—No quiero hacerte daño... Avísame si resulto demasiado torpe... —murmuro, y sin poder contenerme me introduzco en ella.

Intento hacerlo despacio, avanzo centímetro a centímetro mientras su húmeda calidez me envuelve. No dejo de mirarla, atento a cualquier demostración de incomodidad para detenerme.

Pero no tengo que hacerlo. Tampoco tengo que seguir con este signo de interrogación pintado en la cara, porque su respuesta es categórica; me rodea con sus largas piernas para obligarme a penetrarla en profundidad, mientras se muerde el labio inferior.

Entonces dejo de reprimir mis impulsos y le meto la polla hasta los huevos. Ya está, todas las barreras se han levantado. Estoy dentro de ella por fin, y el saber que lo que siente no es dolor sino placer, hace que me olvide de todo para buscar el mío.

Me muevo sobre su cuerpo, con el rostro en su garganta, gimiendo y babeando como un animal. Mi falta de control me asusta, pero tampoco en mí quedan barreras ya. Las he cruzado todas, y no hay vuelta atrás.

Su coño apretado es la gloria y también una tortura pues pone mi capacidad de contención al límite. Y cuando eleva la pelvis y susurra "más —sé que estoy perdido.

Acabo gritando, y es la primera vez. Jamás antes me había sentido así... Pierdo la cordura, además del control, y mi polla se transforma en una máquina de bombear semen dentro del condón. Es una eyaculación interminable... Por un instante me siento morir, me elevo al cielo y bajo al infierno, todo a la vez.

Es un momento de éxtasis en el que solo soy un cuerpo convulsionando sobre otro, sin poder evitarlo, sin querer parar.

Marcela me acuna contra su cuello, y a mí se me escapa un sollozo. Alarmada me busca la mirada, y yo quiero explicarle pero no encuentro las palabras.

Abro y cierro la boca como un estúpido, mientras las lágrimas me inundan los ojos y no me sale nada.

Bueno, nada no. Lo único que puedo decirle es lo que mi corazón me está gritando desde hace rato, lo que mi cerebro se estaba negando a aceptar:

—Te quiero.

Ella pestañea, sorprendida, y luego sonrío. Mi ángel hermoso sonrío y luego ríe y me abraza al tiempo que murmura en mi oído las palabras mágicas que me señalan que todavía tengo marcado el camino de la felicidad.

—Yo también.

28. Marcela

Despierto entre sus brazos. Creo que me empeñé aun entre sueños, en no despegarme de él por nada del mundo. Todavía recuerdo la amarga sensación de la mañana de ayer, en que cuando abrí los ojos en su cama, ya no estaba. Eran más de la una, y ya se había marchado a trabajar, pero me dejó un audio en WhatsApp que me dejó en las nubes: —Qué profundo duermes, *Vicio*. Cualquiera diría que eres inofensiva... Como engañas. En fin, come unas galletas, toma un Uber (otro Uber) y vete a casa que cuando termine iré por ti. No tardaré, pues necesito otra dosis urgente de Marcela...

Pasamos la tarde del domingo follando en mi departamento. Y en este momento yace dormido en mi cama, totalmente desnudo y relajado... en parte. Hay algo en él que permanece en completa tensión y me pregunto si eso es normal. Después de todo no tengo mucha experiencia que digamos... Lo que sí tengo es curiosidad y ganas de más, así que con sumo cuidado me incorporo con la intención de observar más de cerca cuan tenso está.

Bueno... Si es posible un grado más de tensión no me lo puedo imaginar, porque de cerca se ve más imponente aún.

Pero no me resulta lo amenazante que imaginé que resultaría, porque ese pene no me arrebató más que gritos de placer. No me tomó ni me humilló. Solo me dio momentos mágicos, y una mezcla de tormenta y calma que me dejó fuera de combate durante varias horas.

Me dormí igual que la noche anterior, con varios “te quiero —en los labios y en los oídos. Me dormí con la renovada esperanza de haber dejado atrás horribles fantasmas que hacían de mí una persona oscura y un poco malvada. Me dormí enroscada al cuerpo de Rafael Duarte y así quisiera dormirme el resto de las noches de ahora en más.

Claro que con semejante muestra de lo que me espera al despertar, tampoco es que las noches lo sean todo. Vaya pedazo de...

—Bueno, bueno parece que la bella durmiente está tentada a morder la manzana.

Uy, me ha pillado.

Vuelvo la cabeza, algo ruborizada, pero salgo del paso con la mejor de mis sonrisas.

—La de la manzana era Blancanieves.

—Menos mal. Porque lo de morder no es que me... ¡Ay, carajo!

Ahora la que lo ha pillado soy yo y de sorpresa. Una larga lamida por el tronco venoso hace que Rafael me ponga una mano en la nuca y enrede mi pelo en su puño con fuerza mientras gime.

Por un rato jugueteo con la lengua sin decidirme a seguir adelante. Después de todo soy una principiante, y no estaría bien visto que mostrara tanto entusiasmo... ¡A la mierda! Tiene razón Rafael, estoy tentada y voy a ceder a esa tentación.

Lo hago, simplemente lo hago. Como si lo hubiese hecho toda la vida, me pongo su pene en la boca y chupo sin inhibiciones. Subo y bajo mientras lo escucho

desesperarse y sonrío por dentro.

Cuando me separo para tomar aire, él se incorpora y en un segundo me tiene recostada de espaldas sobre la cama, con su enorme cuerpo encima.

—Eso fue demasiado bueno, pero si no te detienes terminaré antes de empezar —susurra antes de besarme el cuello.

—Lo aprendí en el porno.

Rafael levanta la cabeza, y me mira sorprendido.

—En el porno... —repite más que pregunta.

Bueno, no sé si debí decirlo pero ya lo dije.

—Sí... Es decir, no lo he hecho antes con nadie. Si lo hice bien es solo porque lo he visto en...

Se apoya en los codos y me mira, serio.

—¿No le has hecho sexo oral a nadie antes de mí? —pregunta con el ceño fruncido.

—No he hecho ningún tipo de sexo antes de ti —respondo de inmediato—. Bueno, sin contar con aquello, a lo que no podría siquiera describir como “sexo —después de lo que pasó entre nosotros...”

Rafael parece sopesar cada una de mis palabras, y mientras lo hace permanece inmóvil sin apartar su mirada de mi rostro. Muevo las caderas, instándolo a continuar con lo que habíamos comenzado, pero él no parece igual de dispuesto porque termina de incorporarse y se tiende junto a mí.

Apoyado en uno de sus codos, me contempla por unos instantes y luego me acaricia la cara.

—No sé el motivo de tu asombro. Tú ya lo sabías...

—Así es, me lo habías dicho. Y por eso intenté tener cuidado, pero no es eso lo que me sorprende. De hecho entiendo que luego de lo que sucedió no hayas querido intentar nada, lo que me cuesta creer es que siendo una mujer tan increíblemente deseable, me hayas elegido a mí para esto. Y que te entregues de esta forma, sin reservas, como si...

—¿Como si te amara? ¿Cómo si te deseara como una enferma? ¿Cómo si no pudiese apartar mis manos y mi boca de tu cuerpo?

Inspira profundo, pero no dice nada.

—Yo no te he elegido, Rafa. Simplemente tenías que ser tú y por eso la vida te ha puesto en mi camino. Me estás haciendo sanar como ninguna terapia ha podido, y te estoy queriendo como jamás lo imaginé... —afirmo acercando mi rostro al suyo.

—No te merezco —murmura con los ojos brillantes.

—¿Otra vez con eso? Que soy demasiado joven, que eres demasiado pobre, que *bla bla bla*...

—Pero es cierto.

—No me importa. Y a ti, lo único que debería importarte en este momento es qué harás con esto que tienes aquí... —le digo mientras deslizo una mano entre nuestros cuerpos y compruebo con satisfacción que su erección sigue igual de firme.

Lo veo sonreír y eso me hace respirar más tranquila. No me gusta que sufra cuando se pone en el plan de “no te merezco”. Es completamente falsa esa afirmación. Estoy convencida de que ambos nos merecemos el uno al otro, y también ser felices.

—Bueno, tal vez puedas mostrarme qué más te ha enseñado el porno...

Me muerdo el labio mientras mi mano se desliza por sus testículos de forma más que atrevida.

—Soy una principiante, en realidad.

—Yo no diría eso... Se te da... muy... bien... —murmura tomándome de la muñeca para volverme a detener—. Cuéntame qué hacías luego de tomar tu clase...

Vaya, esto se está poniendo muy ardiente.

—Lo que hacía durante la clase, querrás decir...

Rafael resopla, y se muerde el labio.

—Muéstramelo.

No me lo pide, me lo exige. Algo dentro de mí me hace ruido y mi primer impulso es rebelarme, pero por alguna razón no puedo. Mi mano entonces se pierde entre mis piernas, mientras Rafael se pone de rodillas y se exhibe ante mis asombrados ojos en todo su esplendor.

Carajo, esto sí que es la mejor porno de mi vida.

—¿Siempre te lo haces con la mano? —me pregunta el muy pervertido. Bueno, ya que estamos en ese plan...

—Tengo un aparatito de esos a pilas en mi mesa de noche.

Me desconozco, la verdad. No se lo he contado a nadie, y no es de esas cosas que me enorgullezca poseer, pero aquí estoy, abriendo la caja de mis vergüenzas con Rafael.

Como era de esperarse, se estira y lo busca.

Me pongo roja cuando lo veo sonreír al examinar las dos piezas, una en forma de comando y la otra una pequeña bala ovoidal.

—Esto no es a pilas —dice sin dejar de sonreír—. Por lo que veo tiene conexión USB...

Roja como la grana intento quitárselos pero no me lo permite.

—¿Están cargados? —pregunta, y sin esperar respuesta oprime el botón de encendido, haciendo que ambos se activen—. Ah, ya. Me doy cuenta cómo funciona esto... Ahora quiero probarlos.

Aprieto los labios y me hago la tonta.

—Puedes hacerlo, siempre y cuando lo limpies luego de...

—Muy lista. Enséñame cómo lo haces.

Otra vez ese tono imperativo me rechina, pero no dejo que mi antigua yo se imponga y me prive de este momento de increíble erotismo.

Así que lo hago. Como una geisha obediente, cumplo con lo que me pide. Me introduzco la pequeña bala en la vagina, y luego coloco sobre mi clítoris el comando, que también vibra.

Rafael no es un observador pasivo.

Se inclina sobre mí y me abre las piernas para ver mejor.

Juro que me quemo viva... Su insolente desnudez y la mía, esa mirada candente, el intenso vibrar del dispositivo en las profundidades de mi cuerpo y sobre mi vulva mojada... Esto no se compara con el porno... Esto es vivir el placer, no solo mirarlo.

El espectáculo es breve. Acabo más rápido que nunca y lo hago de una forma por demás obscena. Creo que ni estando a solas gemí de esta forma, me froté de esta

forma, separé las piernas así... Cuando abro los ojos, veo a Rafael situarse entre ellas y descender.

Con habilidad tira del cordón, y extrae el vibrador interno para luego pegar su boca a mi sexo y succionar como jamás imaginé que se podía. Se bebe todos mis jugos de una forma voraz y desesperada, lo que me provoca otro orgasmo más escandaloso que el anterior.

Y luego, con la boca empapada de mis fluidos me besa, al tiempo que me penetra con muy poca delicadeza.

Me embiste con fuerza, con la mandíbula en tensión y la mirada turbia.

—Nunca conocí a alguien como tú —dice entre jadeos—. No permitas que nadie te prive de tu derecho a disfrutar...

—Contigo... —murmuro estremecida.

—Conmigo o sin mí, no dejes de hacerlo ¿entiendes? Solo quiero que te permitas el placer, porque... Porque tú lo vales, mi amor, tú lo vales...

Y luego de esas palabras de entrega total, ambos acabamos. Profundamente enterrado en mí, con su lengua en mi boca me da su placer y yo el mío. Siento que el mundo desaparece y solo estamos los dos flotando en la nada.

—No puedo creerlo... —lo escucho murmurar segundos después.

—¿Qué sucede?

—El maldito condón.

Sale de mí y en ese momento me doy cuenta de que estoy repleta de su semen, y también de que no lo vi ponérselo porque no se lo puso.

A él parece importarle más que a mí.

—¿Puedes tomar la píldora de emergencia?

Asiento.

—Sí, supongo que sí.

—Iré por ella entonces —dice mientras se incorpora—. Y sobre lo otro... Te juro que siempre lo uso. No tienes de qué preocuparte.

Esas palabras me provocan sentimientos hasta el momento desconocidos para mí. ¿Celos? ¿Esos son celos?

Contrariada me cubro con la sábana y le doy la espalda para que no note lo que me está pasando.

Rafael se termina de vestir y luego se inclina y me besa la sien.

—No te preocupes, con la píldora no habrá riesgos.

—Y si no, siempre queda abortar —replico con sequedad, pero no es el asunto del embarazo lo que me pone de malas, sino estos recientes e injustificados celos.

—¿Abortar? Espero que no tengamos que vernos en esa circunstancia —me dice, algo tenso también. Seguro que no entiende a qué se debe mi cambio de humor.

—Yo tampoco quiero tener hijos —le digo sin mirarlo. No es algo nuevo; siempre lo supe, y en ese momento lo tengo más claro que nunca—. Así que ve por la píldora por favor.

No dice nada, y obedece. Pero antes de que cierre la puerta, me vuelvo y lo llamo.

—Rafa...

—Dime.

—No olvides traer más condones —le indico—. Muchos, muchos...

Se tiente y me regala una sonrisa.
—Acabarás conmigo, chica ardiente.
—Eso espero —es mi elocuente respuesta.

29. Rafael

Conduzco despacio, haciendo tiempo. Aún es temprano para llegar al Centro de Adicciones y recoger a Marcela a la salida de su curso.

Es increíble como mi cuerpo responde a medida que me aproximo. Esta especie de ansiedad anticipatoria me va a terminar matando, lo juro.

Desde hace casi una semana es que vivo para ella. Estoy en el ojo del huracán de mi adicción a Marcela y lo estoy disfrutando a pleno. Me dejo llevar por la vorágine del vicio, tratando de no pensar en el mañana y lo que éste traerá.

Lo único que tenemos es el hoy, el aquí y el ahora, y estoy aprendiendo a vivir con eso. Sobre todo después de esa estúpida crisis de pánico que me dio en el camino de vuelta de la farmacia, el otro día.

El “yo tampoco quiero tener hijos —me quedó dando vueltas en la cabeza. Al principio esa afirmación significó una especie de alivio para mí, pero después me asusté. ¿Hasta cuándo no querría tenerlos? Tenía solo veinticuatro, y cuando el reloj biológico hiciera sonar su alarma yo estaría quizás en los cincuenta. Eso siempre y cuando no se me hubiese aburrido de mí y me hubiese dado un puntapié mucho antes. La pregunta era... ¿yo podría dárselos? ¿Podría empezar de nuevo cuando mis hijos fueran adultos? ¿Querría hacerlo? No dudaba de mi virilidad o de mi fertilidad, sino que iba más allá. ¿Tendría la economía saneada? ¿Y la paciencia? Y fue así que el pánico me invadió.

Estuve estacionado fuera del edificio hasta que llegó Sebastián con cara de cansado y me golpeó el cristal.

Ese tipo es una especie de adivino, carajo. Cuando entramos, sin saber siquiera el motivo de mis tribulaciones, me espetó:

—*Carpe diem*, Rafael. Aprovecha el día, y también la noche, como yo... No te hagas preguntas, no tengas miedo.

No pude evitarlo y repliqué:

—¿Que no tenga miedo? ¿Me lo dice alguien que no sale del armario por temor al qué dirán?

Su mirada fue realmente fulminante, a través del espejo del ascensor.

—Nunca había conocido a nadie que hiciese que valiera la pena... Hasta ahora.

Me cerró la boca, para qué negarlo. Y luego de eso en mi vida no hubo lugar más que para Marcela. No llamé a mis hijos, descuidé mi trabajo, dejé de entrenar con mi amigo. Me pasé las noches y algunas tardes también, metido entre sus piernas.

Y aquí estoy ahora, jadeando como un perro, buscándola con la mirada, deseando verla.

Es temprano todavía, y tengo que mantener a raya mi ansiedad. Apenas enciendo un cigarro me timbra el teléfono.

—Cacique Duarte ¿qué es de tu vida, campeón? —contesta una voz bastante familiar.

Es la de mi antiguo entrenador, mi alma mater, el que hizo posible el salto que me catapultó al exterior. Hacía años que no sabía de él... La última vez que entramos en

contacto fue cuando le presté dinero en la época en que me sobraba, antes de caer en la mala vida.

—¿Ayala? ¿Eres tú? No lo puedo creer... —murmuro asombrado.

—Amigo, no sabes todas las vueltas que tuve que dar para obtener tu número. Finalmente fue tu hijo el que me lo dio.

—¿Has hablado con Salvador?

—Con Salvador, sí. Y antes con la chica y con Irene, pero ellas me ignoraron —me explica.

—Sí, me lo imagino... ¿Y a qué se debe este llamado luego de diez años? O tal vez más...

—Doce años, ahora en noviembre —me dice—. Pero siempre te recuerdo con cariño y agradecimiento, Rafael. Me salvaste la vida...

—No, tú me la salvaste a mí. Me sacaste de la miseria, Atilio. Luego yo no supe aprovecharlo, pero eso ya es otra historia.

—Bueno, dejémonos de historias viejas, entonces. Y de echarnos flores mutuamente también... Quiero verte. ¿Almorzamos juntos el domingo?

Mi primer impulso es negarme. No tengo planes para el domingo ni para ningún otro día que no tengan que ver con despertar con Marcela, pero me reprendo a mí mismo y acepto.

Y justo cuando corto la llamada aparece el objeto de mis desvelos en mi campo visual. El efecto es inmediato; el corazón se me dispara en el pecho y la sonrisa se instala en mi cara. Y ni bien sube al coche y me besa, tomándome de la nuca y metiéndome la lengua, se me pone dura.

Ella se aprovecha, por supuesto. Estira la mano y me tantea el bulto, mientras sonrío satisfecha.

—¿Esto es por mí?

—Por ti y para ti.

—Mmmm... ¿No será por la persona con la que hablabas por teléfono?

—No creo. Era mi antiguo entrenador... No siento ese tipo de cosas por él.

Marcela ríe divertida.

—¿Y qué quería ese señor?

—Verme. El domingo almorzaremos juntos.

No tengo tiempo para agregar nada porque alguien aparece junto al coche, y toca con los nudillos el cristal de Marcela. Es una señora mayor, con aspecto severo pero mirada dulce.

—¿Aurelia?

—Te marchaste con demasiada prisa y ahora entiendo el motivo —dice la dama mirándome por encima de las gafas—. Como sea, aquí tienes.

Marcela toma un sobre que ella le tiende, y lo abre. Mientras lee, el rostro se le ilumina.

—¿Esto es...?

—Tu boleto a la libertad ya está donde tiene que estar. Ya no tienes que venir, Marcela. Y también he hablado con la jefa de recursos humanos de la aerolínea. Le he enviado el certificado... Podrás volver a trabajar de inmediato.

Marcela se deshace en agradecimientos y yo me alegro por ella. Se la ve feliz,

alborozada.

Mi lado egoísta solo puede pensar en que ojalá esto no arruine lo nuestro, pero esa parte de mí que la ama de forma incondicional disfruta de verla así.

Es realmente hermosa, y más cuando está feliz. Las mejillas arreboladas, los ojos brillantes, los labios húmedos.

Su cabello largo, levemente ondeado parece flotar en torno a ella. Y ese vestido celeste de falda amplia y sin mangas la hace ver como una princesa de cuento de hadas.

Cómo me gusta, cuánto la amo. La follaría aquí mismo, en plena avenida, dentro del coche o sobre él. Una oleada de deseo me obliga a desviar la mirada para recobrar el dominio de mí mismo, y por fortuna lo logro. Al menos hasta llegar a su apartamento, donde ella me echa los brazos al cuello y me llena la cara de besos.

—Estoy tan... pero tan... pero tan... contenta...

—Me doy cuenta. Volver a la aerolínea es importante para ti ¿verdad?

—Así es. No es porque me encante mi trabajo, sino porque se puede vivir en el aire pero no se puede vivir del aire.

La miro confundido.

—¿Cómo?

—Me suspendieron sin goce de salario... ¿no te lo había dicho?

—Que te habían suspendido sí. Pero no sabía que había sido tan grave como para que te quitaran el sueldo.

Ella suspira y evade mi mirada. Se la ve nerviosa y eso me pone nervioso también a mí.

—Como sea, era una suspensión por tres meses, pero ya he demostrado que no necesito seguir con ese curso porque puedo controlarme perfectamente, y estoy en condiciones de volver a...

—¿Qué fue lo que hiciste, Marcela?

Me mira con las cejas arqueadas.

—Ya te lo he dicho. Un tonto arrebatado que me trajo consecuencias exageradas.

—Deja de evadir la respuesta. ¿Me lo dirás o no?

A estas alturas está enfadada, puedo notarlo. No obstante responde.

—Golpeé a alguien. Intervino un juez, además de mis jefes...Y no quiero volver a hablar de eso, por favor.

Mi asombro es inmenso. Sinceramente no me la imagino ciega de ira, pegándole a otro ser humano. ¿Habrá sido un pasajero? ¿Una compañera? Y lo de "intervino un juez —es lo que me deja más perplejo. ¿Qué quiere decir con eso?

Quiero saber más, por supuesto, pero es evidente que ella no está dispuesta a revelarlo. Me doy cuenta porque usa su arma infalible, la seducción.

Cuando pega su cuerpo al mío ya no puedo pensar, solo puedo sentir. Se frota contra mí, provocativa. Es consciente del efecto de su lengua en mi cuello, de sus tetas contra mi pecho, de sus nalgas en mis manos ávidas. Lo que le falta de experiencia lo compensa con creces con esa sensualidad natural que hace que cada uno de sus gestos resulte incitante.

Me busca la boca y nuestras lenguas se entrelazan. Marcela despierta en mí cosas que desconocía. Nunca una mujer me gustó tanto... Me separo para observarla y no

puedo evitar decírselo.

—Qué hermosa eres.

—No es cierto —dice sonriendo, pero es evidente que sabe que lo es.

La hago girar y la pongo de cara a la pared, con las manos bien sujetas contra ella mientras oprimo mi cuerpo contra el suyo.

—Sí que lo eres —susurro en su oído—. Eres una muñeca, y eres mía.

No sé qué sucede, pero la siento tensarse de forma extrema. Hace un momento se derretía entre mis brazos pero ahora se retuerce para escapar a mi contacto.

Se vuelve a mirarme con los ojos brillantes de ira. ¿Qué demonios...? No la reconozco. No es Marcela esta mujer que respira agitadamente, y pareciera estar a punto de golpearme.

No estoy del todo errado, porque la veo levantar la mano, pero solo cierra el puño, como conteniéndose. Esta es una faceta que no esperaba ver, y me muero de ganas de saber qué es lo que la pone tan mal, pero sé que debo esperar su siguiente movimiento que no tarda en llegar.

—No soy tuya —me dice con voz trémula por la furia.

Ah, ¿era eso? Vaya reacción. Sé que no lo es, lo que no sé es por qué me salió esa frase posesiva ni por qué a ella le afecta tanto.

—Tienes razón. No eres mía ni de nadie.

—Tú quieres domarme —me acusa con evidente recelo.

Qué curiosa elección de palabras. Marcela es una caja de sorpresas, pero no es cierto lo que dice y me apresuro en aclarárselo.

—¿Eso crees? Bueno, no es así. Tus bríos me enloquecen tanto como tu sumisa entrega. Cada una de tus facetas me sorprende y me fascina... No quiero domarte, no quiero dominarte, solo quiero disfrutarte —acierta a decir, en voz baja y con calma.

Me doy cuenta de que este es un momento bisagra y solo me queda esperar el efecto de lo que le acabo de manifestar.

Ella da un paso al frente, y cuando creo que es inevitable que me abofetee, lo que hace es ordenarme con voz fría:

—Desnúdate.

No entiendo de qué va esto, pero me dejo llevar. Me quito hasta la ropa interior, dejando a la vista mi erección que no ha cedido ni un poco, a pesar de la tensa situación.

Ella me observa un momento y luego me ordena tenderme en la cama mientras toma un condón de la mesa de noche.

Me lo pone con prisa y luego me monta, sin quitarse el vestido, apartando un poco las bragas. Sube y baja sobre mi polla, con las manos apoyadas en mi pecho, sin dejar de mirarme. Parece más calmada ahora, y yo intento levantar su falda para ver nuestros cuerpos unidos, pero ella no me lo permite.

Por el contrario, lo que hace es tomar mis manos y situarlas sobre mi cabeza, contra el cabecero de hierro. Sus movimientos se intensifican y yo me siento un prisionero. No puedo moverme, pues ella me tiene bien sujeto por las muñecas y por la polla, atrapada en su coño apretado.

Podría seguir así una eternidad, si no se estuviese moviendo tan voluptuosamente. No me importa que me domine si supiese que de esa forma está disfrutando, pero lo

cierto es que no me consta. Algo le sucede, y no sé qué es. Algo muy oscuro que le hace daño, que la saca de sí.

Y lo que sucede a continuación, me confirma que mi reacción será clave para lo que vendrá.

Marcela afloja la presión sobre mis muñecas y desliza sus manos por mis brazos. Yo me aferro al cabecero, totalmente inmóvil, vulnerable, expuesto. Y luego siento sus dedos en torno a mi cuello... A medida que aprieta, el movimiento de sus caderas se acelera. No intento zafarme, no intento nada.

Me entrego a ella, a sus fantasmas, a sus demonios. Mi pecho sube y baja con dificultad, mi respiración se agita. Tengo la garganta seca y me está costando respirar, pero no me muevo.

Mis manos continúan tercamente aferradas a los barrotes, y las suyas a mi cuello, mientras me monta de forma desenfundada, con los ojos como brasas y los labios entreabiertos.

Su lenguaje corporal es amenazante, pero no le temo. Por el contrario, y un poco a mi pesar, esto me excita bastante... Tanto así, que cuando Marcela oprime más mi cuello y mi polla, exploto sin poder evitarlo. Me corro en silencio, porque no puedo emitir sonido, mientras las lágrimas me nublan la vista, y el placer me nubla el juicio.

Creo que pierdo un poco el sentido porque de pronto ya no la tengo encima sino a mi lado, hecha un ovillo, llorando como una niña.

Me cuesta bastante apartarle el cabello enredado del rostro, y cuando lo logro me encuentro con su mirada llena de dolor y arrepentimiento.

—No quería hacerte daño... Perdóname por favor —me ruega entre sollozos—. Todavía hay algo muy malo dentro de mí, Rafa. Algo que emerge de forma inesperada y me produce dolor y placer... Y me odio por eso, porque no quisiera arrastrarte por toda esa mierda.

Le tomo el rostro con ambas manos y le beso la frente, las mejillas, los labios.

—Déjame curar tus heridas, luchar con tus fantasmas, amarte hasta que se apague el dolor y solo quede el placer... No tengas miedo de dañarme, porque a lo único que le temo es a perderte, Marcela. Ese es mi único miedo.

Me muestro en carne viva, igual de vulnerable que ella y no me pesa en absoluto.

Y mientras nos enroscamos buscando el sueño, estoy seguro que ambos nos sentimos por primera vez y en mucho tiempo, completamente a salvo.

30. Marcela

Un sonido del móvil hace que Rafael afloje el abrazo, y se estire para alcanzarlo. Lo veo leer con el ceño fruncido, y luego traga saliva y vuelve el teléfono a la mesa de noche.

—¿Pasa algo? —pregunto con cautela.

Él suspira, y responde sin mirarme:

—Que tienes razón cuando dices que no se puede vivir del aire... El puto dinero, que se hace imprescindible para salir adelante.

Me incorporo y le toco el rostro.

—¿Estas en problemas? ¿Es por...?

No alcanzo a terminar la pregunta y no es necesario, porque él interpreta de inmediato mi preocupación.

—No, no es por el juego. No he vuelto a caer... Tranquila.

Mi alivio se hace evidente en mi rostro, estoy segura. Pero igual no estoy para nada tranquila cuando él parece tan atribulado.

—¿Entonces? Mira, yo tengo unos ahorros, y...

Rafael me acaricia la cara con ternura.

—¿Tienes ahorros? Pensé que estabas preocupada por tu economía y por eso deseabas regresar a trabajar a la brevedad.

No sé qué decir. Ahorros... Claro, si es que se le puede llamar ahorrar el tener una parva de estúpidos a quienes explotar.

—Bueno... Sebastián y yo tenemos un fondo para emergencias...

—¿Sebastián? ¿El señor *Carpe Diem*? Vaya... —sonríe divertido—. No los hacía tan precavidos, la verdad. Pero eso no es malo, la gente joven no suele pensar ni en el mañana ni en los malos tiempos. Lo sé porque yo también algún día lo fui.

Tiene razón. No somos nada precavidos, sobre todo yo que siempre he vivido al día, y es por eso que mi suspensión sin salario fue una especie de catástrofe que me obligó a ponerme creativa.

—Pues... algo hay. Y me gustaría ayudarte a...

Rafael sonrío y me da un beso suave en la frente.

—No podrías ayudarme, Marcela —murmura apenado—. No soy lo suficientemente orgulloso cuando se trata del futuro de mis hijos, pero estamos hablando de mucho dinero. Y la verdad es que no me apetece seguir con esto ahora... Ya me las arreglaré.

Mierda, tiene que ver con sus hijos. Y por primera vez en mi vida los hijos de alguien se transforman en una preocupación también para mí.

Me siento en la cama y sus manos se cierran sobre mis pechos, pero se las aparto.

—Rafa, dímelo por favor. Yo puedo conseguir dinero... Tal vez no sea suficiente, pero puedo...

—¿A qué te refieres? —pregunta, intrigado—. Ah, ya. Supongo que hablas de tu negocio misterioso. Algo relacionado a unas mascotas ¿cierto? Siempre quise preguntarte y nunca había tenido la oportunidad... ¿Qué es lo que vendes?

Carajo. Había olvidado que él había visto algunos de los mensajes de PayPal

avisándome de depósitos de mis sumisos Y también de la interpretación que le había dado a esos mensajes.

Me he metido sola e impulsivamente en este lío. ¿Es posible ser más tonta? ¿Cómo explicarle que lo que vendo es humillación y dolor? ¿Cómo decirle que la bestia que vive en mí necesita eso para dejarme en paz?

Salgo del paso como puedo.

—No me refiero a eso... Ya no vendo nada, era un negocio virtual que no prosperó —le digo saliéndome por la tangente—. Lo que te ofrezco es sacar un préstamo. Puedo hablar con mi cuñado, porque su padre es el principal accionista en un banco de...

—No es necesario, pero gracias. Ya me las arreglaré —me dice mientras me abraza con fuerza.

Y así nos quedamos un rato, él preocupado por vaya a saber qué, y yo preocupada por él.

¿Para qué necesitará cantidades ingentes de dinero? Si no es por el juego no sé qué podrá ser. Lo único que logré sonsacarle es que tiene que ver con el futuro y con sus hijos.

Maldito dinero, eternamente presente en nuestras conversaciones y nuestros problemas. Tiemblo de solo imaginar que puede ser el responsable de que algún día nos separemos.

Amo tanto a este hombre... Dios mío, cómo lo quiero.

Él ha hecho de mí una mujer. Tomó una niña caprichosa y lastimada, y me mostró cómo amar, dando sin esperar nada a cambio. Solo dando... Porque eso es lo que Rafael hace y lo que me impulsa también a hacer. Y en ese proceso, ambos recibimos, ambos nos nutrimos del amor que sentimos el uno por el otro.

Y también del deseo que trae consigo ese placer inmenso que no nos da tregua porque siempre vamos por más.

Como ahora, que desciende por mi cuerpo y yo sé hasta dónde quiere llegar.

Abro las piernas suspirando. Ya no tengo secretos para él.

Y por tercera vez en este caluroso viernes, Rafael Duarte me hace al amor y yo arañeo el cielo entre gemidos.

Luego de un sábado de sexo-siesta-sexo-ducha-sexo decidimos que sería civilizado parar con esa maratón antes de que terminara matándonos.

Salimos a cenar por primera vez juntos. Lo que generalmente es el inicio de la mayoría de las relaciones, para nosotros fue innovar.

Una cena para dos con la persona que te trae de cabeza, puede ser toda una experiencia, incluso en un sitio sencillo como *Mamma Mia*. Y una pizza con la mano puede ser tan romántica como una cena a la luz de las velas si es con... él.

Redescubrí a Rafael anoche en esa cena.

Hablamos mucho, mucho, mucho, y también reímos. Dios... qué sonrisa más hermosa tiene. No es un hombre de risa fácil, es verdad, pero cuando lo hace se le ilumina toda la cara. Hasta los ojos, que le brillan llenos de luces.

Lo miré como embelesada y descubrí lo mucho que me gustaba. Esas canas en las sienes y en la barba crecida. Un poco de vello oscuro asomando por encima del último botón de la camisa desabrochado. Sus manos fuertes... Me hubiese gustado verlo parar el balón, porque si así de interesante me resulta ahora, no quiero ni pensar el

efecto que causaría en mí verlo realizado profesionalmente, disfrutando de sus dones. Y de pronto me di cuenta de que eso no era necesario, porque Rafael disfrutaba de todo lo que hacía.

Luego de sus reservas iniciales con respecto a su posición económica y mi edad, dejó de sufrir por el futuro y se dedicó a sentir. La última semana fue algo mágico...

Y anoche también. Podría decir que nos estamos conociendo más allá de la piel, y entre lo mucho que hablamos surgió el tema de su familia. Con un poco de esfuerzo conseguí que me hablara de su ex mujer, además de sus hijos. La tal Irene parece ser una bruja de cuidado... La odié aun sin conocerla.

Pero más resquemores me provocó el saber sobre otra mujer que me pareció significativa en su vida, una tal Mónica, la que se supone fue la promotora de su salida de la mala vida.

No fue muy locuaz con respecto a ella, incluso pareció incómodo al nombrarla, pero yo me las arreglé para sacarle todo lo que pude.

—Así que Irene y Mónica fueron las mujeres de tu vida.

Sonrió, triste.

—No. Irene fue mi primera relación, y Mónica la última, antes de conocerte. Y en el medio algunas relaciones circunstanciales.

—Pero las amaste.

—Las quise.

—¿Y por qué terminaron?

—Ya te lo dije. Con Irene se fue desgastando por mi adicción y por la rutina...

—¿Y con Mónica?

Lo vi inspirar profundo y luego desviar la mirada.

—Porque murió —fue su tensa respuesta.

No me lo esperaba, la verdad, y esa respuesta me impactó.

—¿Qué le pasó? —pregunté asombrada.

Rafael me miró a los ojos.

—La mataron —me dijo—. Tal vez por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Dijeron que fue un robo porque le faltaba alguna joya, pero yo creo que tuvo más que ver una venganza por mis deudas de juego —admitió con tristeza—. Claro que jamás lo sabré con certeza y tampoco podré probarlo. Y ni siquiera pude hacer un duelo normal porque no pude asistir al servicio fúnebre... No tenía derecho; éramos solo amantes.

Me quedé muda. Le busqué la mirada y pude sentir su dolor.

—Perdóname. No quisiera seguir hablando de esto ahora, Marcela. Sería arruinar una noche perfecta...

Eso era lo que menos quería, pues era cierto, la noche había sido perfecta hasta que mi curiosidad comenzó a hablar por mí. No quería hurgar en la herida, ni provocarle más sufrimiento y me sentí culpable por haber traído el tema a colación.

Tal vez por eso fue que sentí el impulso de decirle algo que solo le conté a mi amigo Sebastián. Creo que esa fue la forma de compensar el haberlo hecho hablar de cosas que le dolían a él: hablar de cosas que a mí me dolían.

—La noche seguirá siendo perfecta porque es nuestra, de los dos —murmuré

mirándolo a los ojos—. Desde que te conocí mi vida también lo es... Pero no siempre fue así pues sabes que me ha tocado vivir duros momentos. Lo que no sabes es cuan duros fueron...

Rafael me miró con ternura. No era compasión, era ternura.

—Lo sé. Y te admiro porque de una forma u otra te las has arreglado para seguir adelante.

Entonces tragué saliva y se lo conté.

—Es que... Hay algo que no te he dicho —murmuré—. No fue una violación como te imaginas... Técnicamente no me forzó ese hombre, sino que yo fui voluntariamente, como un cordero al matadero.

Él permaneció en silencio, animándome con la mirada a seguir hablando.

—Lo hice por mi padre... Él me lo pidió. Me resistí todo lo que pude, pero era demasiada la presión de ser la responsable de la ruina financiera de la familia —le confesé en voz baja—. Entonces fui con él. Pagué la deuda de mi padre con mi cuerpo para obtener su amor. Qué estúpida... Un hombre que entrega a su hija es incapaz de amar...

No pude seguir.

Rafael me apretó la mano por encima de la mesa y luego acercó su rostro al mío.

—Lo sabía, Marcela. Sebastián me lo dijo y cada vez que pienso en ello tengo ganas de matar a quienes te hicieron eso. O al menos de perjudicarlos mucho, mucho...

No me sorprendió que lo supiera, y tampoco me importó la infidencia de mi amigo. Mejor así, no quería tener secretos para Rafael.

—No vale la pena. Y tampoco lo vale seguir hablando de cosas tristes...

Él asintió. Y luego pagamos la cuenta y nos marchamos abrazados.

31. Rafael

Mientras me ducho para ir a almorzar con Ayala, no puedo evitar recordar la maravillosa noche que pasamos con Marcela.

Durante la cena, cuando salieron a relucir recuerdos dolorosos temí que eso la arruinara, pero no. Ella no volvió a preguntar, y yo pude respirar tranquilo.

Bueno, al menos hasta que regresamos a casa, porque desde ese instante no hice otra cosa que jadear dentro de su boca, dentro de su coño, sobre sus tetas.

La relación entre Maluma y Sebastián ha sido una especie de bendición para nosotros. Al principio alternábamos los departamentos, pero luego, y sin siquiera planificarlo, ellos comenzaron a quedarse en el de Marcela, y nosotros aquí.

No sé por qué, creo que se fue dando. Nunca fui un tipo territorial, no tiene que ver con eso, pero lo cierto es que me siento más cómodo cuando estamos en mi departamento.

Para ser más exactos mi momento preferido tiene que ver con mi cama, y Marcela desnuda en ella. Nada hasta ahora me dio más felicidad que eso, y una vez que tenga solucionado el futuro de mis hijos, no necesitaré más. No tengo otra ambición en la vida que amar a esta mujer y hacerla feliz.

Y si provocarle placer es el camino, me abocaré con todo a ello, como anoche que ni bien entramos se desató como un huracán de pasión. La primera vez fue en la sala sobre el sofá, sin quitarnos la ropa. Nos comimos a besos mientras la penetraba de rodillas en el suelo. Su mirada caliente me encendió de tal forma que la embestí como un animal, aferrado a sus caderas. En un momento me di cuenta de que me estaba extralimitando por la mueca de dolor que se dibujó en su rostro hermoso, y traté de controlarme aunque no estoy seguro de haberlo logrado del todo.

Acabé antes de lo que hubiese deseado, y le llené la cara de besos, completamente avergonzado.

—Perdón...

Ella sonrió con los ojos cerrados.

—Me das más placer del que hubiese podido soñar jamás, y me pides perdón...

—Pero tú no has acabado.

—Eso sí, me debes una.

La compensé, por supuesto. Primero lo hice con la boca, y luego, completamente desnudos, la volví a follar en la cama, lentamente...

Lo hicimos durante toda la noche, dormitando un poco para reponer fuerzas. Follamos en todas las posiciones conocidas y hubo un par nuevas que desafiaron la gravedad. Por primera vez en mi vida, me siento totalmente libre de improvisar, porque siento que cada cosa que haga es bienvenida.

Me aproveché de eso más de lo recomendable, creo, porque a fuerza de dedos y saliva terminé fallándola por el culo y creo que le gustó más de lo que le dolió.

Mi última corrida fue en su cara, en sus tetas, en su vientre. Dejé un rastro de leche espesa por todo su cuerpo, mientras acababa gritando sin poderme contener.

Amanecía cuando nos dormimos exhaustos, con las piernas entrelazadas entre las

sábanas mojadas, y no fue hasta las once que me despertó con una mamada de esas que no se olvidan jamás.

No pude convencerla de ducharse conmigo, sin embargo, y ahora está preparando un desayuno para dos. Comeré un poco para no desairarla, pero lo cierto es que siendo casi mediodía debería reservarme el apetito para el almuerzo con Ayala.

Cuando salgo del baño ya vestido y peinado, me encuentro con Marcela boca abajo en la cama. Desnuda por completo, graba un mensaje por WhatsApp.

—Creo que hasta la noche no volveré a casa, así que puedes quedarte tranquilo y seguir haciendo guarradas con Luis. Mientras no sea en mi cama, no correrá riesgo tu integridad física, amore mío.

Cuando me descubre en la habitación aparta el móvil y se arrodilla. Me tiende los brazos de una forma tan encantadora que me resulta complicado rechazarla. Debo hacerlo, sin embargo, porque caer en sus redes significaría llegar tarde al encuentro con Ayala, y según recuerdo es un hombre que aprecia por demás la puntualidad.

—No —le digo mientras tomo mi billetera del escritorio y me la guardo en el bolsillo de atrás del vaquero—. No caeré en tu trampa, bruja. Creí que estabas haciendo café...

Hace una mueca fingiendo estar decepcionada, y luego se desploma en la cama.

—Era mi intención pero estoy demasiado cansada como para salir de esta cama.

—Pero no lo suficiente como para no tentarme a volver a ella ¿eh? Insaciable...

Sonríe pícara.

—Solo quería un beso de despedida.

—Tramposa. Bien sabes que entre nosotros un beso se transforma en otra cosa de inmediato.

Se encoge de hombros.

—Tienes razón. Vete ya... Te esperaré aquí mismo.

—Más te vale —le digo sonriendo mientras me guardo el móvil y me dirijo a la puerta de la habitación.

Pero ella no me permite salir. No sé cómo lo hace pero de pronto la tengo entre mi cuerpo y la salida. Desnuda, solo ataviada por su largo cabello castaño.

Es imposible no recorrerla con la mirada teniéndola tan cerca, y cuando se lleva la mano al coño y con dos dedos se lo abre y me lo muestra, sé que estoy perdido.

—¿Quieres un poco? No me gustaría que te fueras sin desayunar por mi culpa — pregunta provocativa.

Mi respuesta no se hace esperar. Me bajo el cierre y en menos de un segundo tengo la polla afuera, erecta y húmeda.

—No tengo tiempo para desayunar.

Y luego la empotro contra la puerta sin mayores miramientos.

Con las piernas en torno a mi cintura y los brazos a mi cuello, Marcela gime con la cabeza echada hacia atrás. Esos sonidos me enloquecen, y en dos minutos estallamos los dos.

Carajo, otra vez olvidé el condón. Tomo nota mental de hablar de este asunto con ella más tarde y parece adivinar lo que pienso porque mientras salgo de su cuerpo me dice que le está por bajar la regla, que no debo preocuparme.

Pero me preocupo, por supuesto. Mientras conduzco al encuentro con Ayala no

dejo de pensar en lo dramático que sería embarazarla. Bueno, eso es lo que dice mi lado racional, porque el emocional cree que no sería tan mala idea intentar retenerla con algo así. Tengo que dominar esa faceta, que es la de las ideas impulsivas que traen consecuencias nefastas.

—Cinco minutos tarde, Cacique —me acusa Ayala, pero no se lo ve para nada enfadado.

—Lo siento. Es... Algo me retuvo.

—¿Algo con nombre de mujer?

Sonríó. Sigue siendo tan perceptivo como siempre.

—Sí. Se llama Marcela.

—Vaya, rehaciendo tu vida ¿eh? Pues me alegro mucho.

—Así es. Estoy intentando retomar el buen camino en todos los sentidos.

—¿Cuánto hace que estás limpio? —me pregunta sin rodeos.

—Lo suficiente como para saber que no voy a recaer —respondo sin vacilar.

—No sabes cuánto me complace escucharte. ¿Qué te parece si me cuentas a que te estás dedicando después de ordenar unos buenos filetes?

Y eso hago. Le cuento de Uber, de mis problemas económicos, de la terrible presión de mantener a mis hijos más allá de mis posibilidades, del miedo que tengo de perder a Marcela por considerarme un fracaso como hombre. No sé qué me pasa, pero la siguiente hora vuelco en mi ex entrenador todos mis temores.

Ayala siempre fue bueno para escuchar y también para dar consejos. Lástima que no pude tenerlo cerca cuando descarrilé en España. Seguro que mi vida hubiese sido muy diferente... Claro que no hubiese conocido a Marcela, y eso basta para dejarme de lamentar el derrotero de los acontecimientos.

—Así que lo mejor de tu vida actual es esa mujer.

—Sin duda, Ayala. Estoy muy enamorado.

—¿Así que aeromoza? Debe ser muy bella.

—No te haces una idea.

—¿Y también es joven?

Suspiro y asiento.

—Sí. Una bendición y una cruz.

Ayala toma un sorbo de vino y sonrío enigmáticamente.

—No será un problema mantenerla a tu lado con esa pinta de amante latino y los bolsillos llenos.

Frunzo el ceño. Bolsillos llenos. Sí, claro. En mis sueños...

Ayala capta mi expresión y luego me suelta a boca de jarro.

—Sí, Rafa, dije bien: bolsillos llenos. Y espero que tu chica te acompañe en lo que voy a proponerte porque es la oportunidad de tu vida.

Pestañeo, confuso. No entiendo nada.

—¿Qué oportunidad? Sabes que no estoy en condiciones de...

—¿De qué? Sí que lo estás porque mi propuesta no tiene que ver con parar balones sino con un golazo de media cancha. Te quiero en mi equipo como entrenador de porteros.

Vaya, qué sorpresa. No me esperaba algo así, pero la posibilidad de volver a formar parte del mundo del fútbol me causa más entusiasmo del que jamás pensé. Ni

me detengo a preguntar qué es para él “bolsillos llenos —porque no me importa. Solo quiero volver...Me entusiasma mucho esa posibilidad.

—Cuenta conmigo, por supuesto. ¿Es el Nacional de San Ramón? —pregunto convencido de que me habla del equipo local que estuvo dirigiendo últimamente, según leí en los periódicos.

Ayala mueve la cabeza y luego lo suelta sin anestesia haciendo que casi me caiga de la silla de la sorpresa.

—No, Rafael. Emiratos Árabes —me dice con una sonrisa—. Tengo destinados para ti cincuenta grandes al mes durante dos años y no aceptaré un “no —como respuesta.

32. Marcela

Tengo que controlarme.

Mi mente es una especie de caldero hirviente donde mil conjeturas se cocinan. Y en medio de toda esta locura, por fortuna tuve la suficiente lucidez de no ir a por mi coche, y elegir tomarme un taxi para ir a la casa grande.

El chofer me mira receloso por el retrovisor. Debe pensar que soy una trastornada. Soy consciente de que me veo como una histérica. Despeinada, con los ojos llorosos... Nerviosa me retuerzo las manos y me muerdo el labio inferior para que deje de temblar.

Así estoy desde que sucedió.

No lo busqué y sinceramente no hubiese querido encontrarlo. Pero ahora que lo sé tengo que seguir hasta el final, tengo que conocer los detalles, tengo que...

Dios mío. Todavía no lo puedo creer, aunque la evidencia es aterradora. Esa mujer, la de la foto, el último amor de Rafael antes de conocerme, tiene alguna vinculación con mi padre y el día de hoy no termina sin que yo sepa qué sucedió.

No sé por qué tuve que ponerme a husmear. Creo que fue el aburrimiento lo que me impulsó a vagar por la habitación curioseando entre las cosas de Rafael.

Empecé por el armario. Acaricié sus camisetas, su ropa interior... Colgadas en sus perchas, tres camisas y una americana. Muy pocos productos cosméticos, una maquinilla de afeitar sin usar, perfume, desodorante. Me puse un poco de fragancia en la muñeca y aspiré su delicioso aroma.

Unos papeles en el escritorio, el retrato de sus hijos... Lo tomé y lo examiné a conciencia. Una chica delgada de cabello casi rubio, y un nene muy parecido a Rafael.

Seguro que la hija salió a la madre, recuerdo haber pensado. Y ahí comencé a imaginar cómo sería Irene.

El siguiente paso fue abrir un par de cajones buscando una foto. ¿Habría guardado al menos una de la boda?

Una estantería con unos libros llamó mi atención y luego de buscar un poco encontré una foto familiar dentro de uno. En ella estaba una mujer rubia y muy guapa, abrazando desde atrás a un Rafael más joven vestido con ropa deportiva, tan deslumbrante como siempre. Y junto a ellos sus hijos, también ataviados con la camiseta del equipo.

No me sentí muy bien que digamos al contemplar la idílica imagen, pero el bichito de la curiosidad ya me había picado así que seguí buscando más.

Y encontré. Para mi desgracia encontré algo que me dejó helada.

La foto de otra rubia, muy distinguida, de unos cincuenta años más o menos. Atractiva, magnética. Su mirada tenía algo...

Me senté en la cama con la foto en la mano y la contemplé por largo rato. Era delgada y tenía puesto un vestido negro entallado y zapatos de tacón también negros y acharolados. El cabello semirecogido dejaba a la vista unos preciosos aros y un estilizado cuello con una cadena y... Pestañeeé varias veces cuando vi lo que vi.

Se me erizó la piel, lo juro.

El dije que colgaba de la cadena era idéntico al mío, al que aquel pervertido me

arrancó junto con mi inocencia. Como una autómatas tomé mi móvil y le hice una foto a la foto.

Y cuando apliqué el *zoom* para ver los detalles, el mundo comenzó a dar vueltas junto con mi cabeza, y mi corazón comenzó a latir demasiado rápido.

El dije con la inicial no era idéntico al mío. Era el mío.

Con el acercamiento pude distinguir el estrás salteado en la segunda pata de la “M”.

Tragué saliva mientras mi cerebro intentaba atar los cabos correctos. Di vuelta la foto y cuando vi lo que ponía todo me empezó a cerrar de una manera macabra.

—Mónica”. Esa mujer era Mónica.

Esa mujer había muerto asesinada. A esa mujer le habían robado. Esa mujer era la novia de Rafael. Esa mujer tenía el dije que había sido mío.

El dije que hacía unas semanas había descubierto en mi antiguo joyero, y que mi padre admitió haber recuperado para mí.

Una a una fueron cayendo las fichas. Y cayeron con tanta fuerza que casi me dejaron sin aire, como si me hubiesen caído encima.

Me vestí con prisa y dejé todo en su lugar. Tenía que hacer algo urgente, tenía que ir a hablar con mi padre.

Se me hizo imperioso saber si era la hija de un asesino, si mi padre había sido responsable de la muerte de la amante de Rafael. Y también quería saber qué tenía que ver ella en lo que me sucedió hace ocho años... ¿Cómo era posible que ese dije colgara de su cuello? ¿Cómo lo había obtenido? ¿Qué relación tendría con el hombre que me hizo tanto daño?

Las preguntas se sucedían y eran como puñales.

Y cuando yo salía, pálida como un papel, Maluma entraba sonriendo despreocupado. Al menos hasta que me vio, porque luego frunció el ceño y preguntó:

—¿Marcela? ¿Te sientes bien?

Tragué saliva. Quise murmurar una excusa pero tenía la boca seca. Asentí con la cabeza, pero él no parecía satisfecho así que me esforcé en darle una respuesta.

—Sí, estoy bien. Tengo... Tengo una reunión familiar de la que me había olvidado por completo... Voy con prisa...

—No te retendré. ¿Rafael ha regresado?

—No... Todavía no.

—Bien. Supongo que le habrás avisado de...

—Díselo tú cuando vuelva. Dile que... Que lo llamaré esta noche, por favor.

—Por supuesto. ¿Quieres que pida un taxi o algo...?

—Ya lo he pedido.

Es todo lo que le dije, todo lo que pude articular.

Y segundos después me encontraba camino a la casa grande, con toda la intención de saber la verdad.

Una verdad que puede doler, que puede acabar con lo poco que queda de la relación con mi familia, y que puede definitivamente poner a mi padre en una difícil posición. Y a mí en otra peor, la de tener que acusarlo...

Lo único que me mantiene cuerda es saber que pase lo que pase, no renunciaré a Rafael, que no habrá verdad que pueda hacernos daño porque lo nuestro es sólido,

porque lo nuestro es fuerte, porque lo nuestro es indestructible.

Repito como un mantra cuánto lo amo, mientras espero que el momento que pronto viviré no confirme mis peores miedos.

Como hace unos días, enfrento a mi padre en mi habitación de niña.

Hasta aquí todo fue sencillo. Rodeé la casa, pues sabía que siendo domingo y con buen tiempo, estaría leyendo el periódico junto a la piscina.

En efecto, allí estaba. Me paré frente a él, y mi sombra se proyectó en su rostro barbado.

Cuando levantó la vista su expresión fue de extrañeza, más que de sorpresa.

—Vaya... Marcela. Quién diría, dos veces en cuestión de un mes.

Lo miré desde mi altura, con el mismo desprecio de siempre.

—Vayamos a mi habitación. Necesito hablarte a solas y sin interrupciones.

—No hay nadie por aquí; tu madre no ha regresado de misa todavía.

—No importa. Entremos.

Me siguió, por supuesto. La intriga no daba para ponerse a discutir sobre la logística de la conversación que se adivinaba tensa desde el inicio.

Y ahora estamos aquí. Yo de pie junto a la ventana, y él sentado en mi silla del tocador, en bata y con las piernas cruzadas. Se lo ve algo preocupado pero eso no merma su apostura de siempre.

—¿Qué sucede, querida?

Odio que me llame así. En verdad odio que me llame de cualquier forma.

Quiero terminar con esto lo más rápido que pueda. No quiero dejarlo pensar, elucubrar excusas, inventar historias. El factor sorpresa será decisivo en la búsqueda de la verdad.

Tomo mi móvil del bolso, busco la foto y se la muestro.

—Tú la mataste.

Así, sin más se lo digo. Lo afirmo, no pregunto, pero lo cierto es que no me consta, solo es una sospecha que a juzgar por su expresión no es tan descabellada.

Le tiembla la barbilla mientras mira a la mujer, en la pantalla de mi teléfono.

—No sé de qué me estás hablando —dice, pero toda su actitud lo acusa.

—Sí que lo sabes, y esta es la prueba. Esa cadena, o mejor dicho, ese dije es el mío, el que aquel hijo de puta me arrancó y hace unos días encontré en mi joyero en tu fiesta de cumpleaños —le digo al tiempo que me acerco y lo abro. Tal como lo suponía, no está allí.

Mi padre desvía la mirada e intenta zafarse.

—Vamos, Marcela. Yo veo una "M —similar a aquella, nada más. No me explico tu certeza...

Sonrío, sarcástica.

—Tú y yo sabemos que es la misma, y si la trajeras aquí podríamos ver los detalles del deterioro que hace que no haya lugar para confusiones.

Se pone pálido, lo juro.

—Me deshice de ella cuando me dijiste que no la querías —responde, cortante.

—Es lógico. Ya me extrañaba que la culpa por todo lo que hiciste te impidiese destruir una prueba.

Se pone de pie y comienza a caminar, nervioso.

—Estás loca ¿sabes? No sé quién es, ni que...

—¡Claro que lo sabes! Y me dirás toda la verdad. ¿O quieres que antes llame a la policía para que te refresque la memoria? No creo que tarden en hallar las conexiones...

Se para en seco y se vuelve con la mirada llena de pánico. Y así, sin más, se desmorona ante mis ojos.

—Te juro que no la maté... Le quité el colgante, sí, pero no la maté. Ella estaba viva cuándo me marché, Marcela. Te lo juro por lo más sagrado...

—¿Lo más sagrado? ¿Y qué sería eso si se puede saber? —pregunto, insidiosa—. Seguro que tus hijos no...

—Ten piedad, por favor —me suplica sollozante con la mano extendida. De pronto parece al menos diez años más viejo, pero ni un poco de pena me da.

La bestia que vive en mí disfruta con su dolor, se regodea, pide más, más, más...

—Tú no la tuviste con ella, no la tuviste conmigo... Mataste a alguien para recuperar una estúpida joya. ¿Cómo pudiste? —pregunto fuera de mí, más para torturarlo que otra cosa. No me resigno a creerlo un asesino.

—¡No lo hice! Marcela, escúchame... Mónica era la mujer de Manrique. Es verdad que estuve con ella ese día, y también es verdad que le quité tu dije, pero no la maté ¡no la maté! —grita desesperado, y muy a mi pesar vuelvo a tener la certeza de que dice la verdad.

—¿De Manrique? ¿De la basura a la cual me entregaste aquella noche? —pregunto completamente azorada, pero lo cierto es que en el fondo lo sabía. Había una razón para que esa mujer tuviese mi dije, y era el estar vinculada con ese hijo de puta.

—Así es... Lo siento, de verdad lo siento. Fui a esa casa por un asunto de negocios y me encontré con ella. Perdí la cabeza cuando vi el colgante, así que se lo arranqué y me marché. ¡Te lo juro, querida!

—Si no la mataste tú ¿quién lo hizo? Porque a mí no me harás creer que se trató vulgar ladrón, cuando fuiste tú quien se llevó la joya.

—Jamás lo intentaría porque ni yo lo creo.

Eso sí que me descoloca, y él lo nota.

—¿No crees que fue un robo?

Mi padre niega con la cabeza.

—No.

—¿Entonces...?

Y su respuesta es devastadora para mí.

—No sé quién la mató —me dice con lágrimas en los ojos. Y lo que agrega basta para terminar con la poca cordura que me quedaba —: Lo que sí sé es que su amante tiene algo que me incrimina, y ahora me está chantajeando.

33. Rafael

Me quedo mudo por un buen rato. Mudo y pestañeando como un idiota, sin atreverme a creerlo o al menos preguntar si se trata de una broma o...

Ayala ríe y me palmea el hombro.

—Eh... Cualquiera diría que estas en shock, Rafa —me dice—. Esa misma cara habré puesto yo cuando me lo ofrecieron... Joder, lo que se habrán reído a mi costa.

Trago saliva y me obligo a reaccionar.

—Pero... ¿cómo?... ¿quién?... —baluceo sin lograr salir de mi asombro.

—Contactos. Todo se reduce a eso... Bueno, a eso y a la buena suerte —aclara sonriendo—. Firmé un contrato millonario y la suma de la que te hablé es la que elegí destinar a mi entrenador de porteros, el cual no puede ser otro que tú.

Inspiro profundo y no sé cómo, pero llego a serenarme lo suficiente como para decir.

—Ayala, me... Me hace sentir muy halagado que hayas pensado en mí, pero necesito tiempo para...

—Eso es lo que no tenemos, precisamente. Rafa, sé que es una propuesta desestabilizante pero tienes que responder mañana y estar dispuesto a partir en el plazo de tres días.

Me miro las manos, confuso.

—Tú no entiendes... Tengo que hablar con... Con ella, con Marcela —le digo con un hilo de voz—. Con ella y con mis hijos... Luego está lo de mis cosas, el coche, el....

Vuelve a interrumpirme.

—Esta es una oportunidad que se presenta una sola vez en la vida, Rafael. Habla con tu chica, con tus niños... Pero mañana quiero tu respuesta y te advierto que no aceptaré un no —me dice, serio—. Te necesito y no solo por tus credenciales profesionales, sino porque hablas inglés a la perfección y voy a precisar un intérprete de mi tierra en momentos clave, para poder transmitir lo que tú ya sabes que debo transmitir. Creo que a ti ni habrá que decírtelo, si siempre me has leído el pensamiento... No me falles, por favor.

No puedo probar bocado, tengo el estómago cerrado. Solo me limito a beber agua y a escuchar. Mi ex entrenador me explica todo en detalle. Todos los “quién —los “cuándo —los “cómo —y los “por qué”. Ayala me habla del “proyecto —con entusiasmo y yo intento reaccionar de la misma forma, pero lo cierto es que no puedo dejar de pensar en Marcela.

¿Cómo tomará esta noticia? ¿Estará dispuesta a abandonarlo todo para marcharse conmigo? Y de pronto me doy cuenta de que renunciar a ella no es una opción para mí. La quiero, la quiero, la quiero.

La quiero en mi vida, todos los días. Necesito su risa, enredarme en su pelo, besarla hasta perder el sentido, verla gozar mientras me muevo dentro de su cuerpo... Necesito tenerla cerca y secar sus lágrimas cuando no la pase bien.

Estoy enamorado de esa mujer, joder. Pero no un poco; mucho. Demasiado la quiero.

Y lo que ella opine sobre esta oportunidad que sin duda me cambiará el futuro, se torna en una prioridad para mí así que agilizo el asunto para poder hablarle.

—Ayala, ¿no te importa si me marcho ahora? Tengo mucho en qué pensar, decisiones qué tomar...

Él comprende, como siempre. Asiente, y antes de marcharme me dice unas palabras que harían decidirse a cualquiera, que harían que hasta el más dubitativo tomara el bolígrafo y preguntara “¿dónde firmo? —pero yo me limito a saludar con la mano y retirarme con prisa. Porque yo tengo una certeza más grande que un millón de dólares y se llama Marcela.

—Hay una sola decisión, Rafa. Y es entre ser un chofer de Uber por los próximos veinte años o aprovechar esta última oportunidad de brillar, que les asegurará el futuro a tus hijos.

—¿Y no te dijo nada más?

—Nada. Cuando yo entraba, ella salía y solo me pidió que te dijera eso.

—A ver Maluma, repíteme lo que te dijo.

—Que tenía un compromiso familiar que había olvidado y que te hablaría esta noche.

—Un compromiso familiar —repito incrédulo.

—Sí, y no sé por qué te llama tanto la atención.

—Porque ella no se lleva bien con su familia y si hubiese tenido un compromiso no lo hubiese olvidado. ¿La viste normal o...?

Maluma piensa por un segundo y luego me confirma mis sospechas.

—Bueno, ahora que lo dices creo que se veía algo perturbada. Pero claro, yo pensé que era porque llevaba retraso en su...

—¿Perturbada? ¿Perturbada, dices?

—Bueno, digamos que rara. Pero Rafa, ¿por qué no sales de dudas y la llamas? —me dice muy sensatamente.

Eso hago. Marco el número pero me cae inmediatamente en el contestador. Lo tiene apagado... Carajo.

Mi amigo se da cuenta de mi aflicción.

—¿Quieres que llame a Sebastián?

Lo miro agradecido.

—Por favor.

Y minutos después corta y mueve la cabeza.

—Nada. No sabe nada de ella desde esta mañana.

Me pongo de pie, nervioso. Algo no anda bien, lo sé.

—Iré a la casa familiar. Sé dónde es porque hace poco la fui a buscar...

—¿Te parece?

—¿Por qué no?

—Porque se acaban de conocer y este tipo de actitudes me parecen demasiado... invasivas —me dice, y su repentina sensatez ya me está pegando en los cojones—. Objetivamente ella está en un compromiso familiar que se le había pasado, y no quiere interrupciones por lo que ha apagado su móvil. Me parece que te estás pasando, Rafa. No tienes nada que justifique que vayas al rescate... Espera a que te llame.

Tiene razón, por supuesto.

Tal vez esa mala espina tenga que ver con mi ansiedad más bien. Es que me muero por decirle, por contarle... Intento tranquilizarme y se lo cuento a Maluma, que se pone a gritar demostrando que es el insensato de siempre otra vez.

—¡Dios Santo, Rafael! ¡No puedes siquiera considerar el negarte! Es una oportunidad única....

—Lo sé, lo sé. Pero necesito asegurarme de que Marcela está de acuerdo en marcharse conmigo.

—Bueno, yo contaría con eso. De aeromoza a princesa... Pan comido, dirá que sí.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. Amor y dinero, ¿crees que alguien necesita más? No estaría abandonando a su marido y a sus hijos, no tiene ataduras de ningún tipo ya que tú mismo me has dicho que no se lleva bien con su familia. Sebastián me ha contado que ha tenido problemas en su trabajo y que le resultaba bastante frustrante en ocasiones... La has pillado en el mejor momento, cuando todavía no tiene idea de que eres un maniático del orden y un aburrido de los cojones, y lo único en que piensa es en gozarte en la cama. Te lo repito, campeón: pan comido, irá contigo —afirma muy seguro de sí, pero a pesar de su razonamiento yo no lo estoy.

—Ojalá tengas razón... También tengo que hablar con mis hijos...

—Por favor, Rafa. Los ves poco y nada... No te echarán en falta y les asegurarás el futuro. Podrás darles una educación terciaria de calidad, tal como querías. Aquí el único que quedará destruido anímicamente seré yo... —me dice riendo.

Yo también sonrío.

—No lo creo... Me parece que has encontrado quien te lo levante... Me refiero al ánimo.

—Eso sonó algo extraño pero lo dejaré pasar —replica guiñándome el ojo.

—Si esto sale, te dejaré el coche y seguiré pagando mi parte en la casa... Será como si no me hubiese marchado solo que no me verás ¿vale?

—Vale, vale. Pero no digas “si esto sale —porque saldrá. Yo que tú, en lugar de comportarme como un acosador con Marcela, haría la maleta y luego esperaría su llamado para decirle que hiciera lo mismo.

Suspiro... Ojalá yo tuviese esa certeza, pero lo cierto es que no estaré tranquilo hasta que sepa que está bien y le haga la propuesta. Y durante el resto de la tarde, mientras espero que me contacte, no hago otra cosa que pensar en ello.

A las seis, el hecho de no tener novedades me desespera. Su móvil sigue apagado y eso no es buena señal.

Entonces no lo pienso más. Me presentaré en la casa de sus padres, iré por ella. Solo espero que esté allí... Y mientras me pongo en marcha, hago un último intento con “Amore.

—Mira, qué casualidad... Acaba de llegar. Estoy viéndola entrar en el edificio en este momento... ¿Qué te parece si intercambiamos sitios? Tú vienes para aquí y yo...

—Hecho —respondo.

Y luego cambio de dirección y voy en busca de la mujer que amo.

34. Marcela

Estoy esperándolo en casa, lista para recibirlo y también para enfrentarlo.

Necesito hacerlo, porque necesito saber... Mi padre me plantó la espina de la duda, que si no la quito, no podré dejar de sangrar.

Cuando me dijo que lo estaban chantajeando, y que sospechaba que se trataba del amante de Mónica se me paralizó el corazón y mi cerebro comenzó a procesar esa información con rapidez.

Un escalofrío me recorrió entera. Su amante era Rafael. Mi Rafael... No lo podía creer.

Con voz temblorosa le pregunté a mi padre con qué lo estaban chantajeando, porque no estaba lista para interrogarlo sobre los motivos de sus sospechas.

—Hay un video... Lo tengo en mi móvil —me respondió, pesaroso—. En él se me ve entrando y saliendo de la casa, poco antes de su muerte. Manrique le había puesto un detective a seguirla porque sospechaba que se veía con alguien, y él me grabó.

Permanecí en silencio mientras me lo mostraba. Eran unos segundos donde le veía a mi padre entrando a un edificio, y luego de un corte de un par de minutos, saliendo del mismo con notoria actitud sospechosa.

En sí el video no tenía nada francamente incriminatorio, pero mi padre se veía aterrado. Para él era una prueba que lo inculpaba, sin dudas. Claro que eso, en ese instante, había dejado de importarme o al menos no lo hacía tanto como el hecho de que Rafael estuviese involucrado en la grabación de ese video, y en el chantaje.

—¿Por qué crees que es el amante el chantajista? —logré preguntar finalmente—. Es obvio que se trata de ese detective o del propio Manrique.

Mi padre negó con la cabeza.

—No, Manrique no. Es que a él también lo están chantajeando.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque él mismo me lo confesó.

—¿Qué?

—Me llamó para decirme que sabía que yo era el amante de Mónica, porque me había visto en un video entrando a su casa en su ausencia. Y también me acusó de estar detrás del chantaje al que estaba siendo sometido, Marcela. Manrique creía que me había confabulado con el detective que recientemente se había vuelto en su contra, y que ambos buscábamos arruinarlo. Claro que me apresuré a negarlo, le aseguré que yo no era amante de su mujer, y me creyó. Sobre todo porque le confesé que también me estaban chantajeando con el video que él había visto. Y resultó que le pasaba igual, pues más adelante, el video también lo situaba en el lugar del crimen a la hora que Mónica fue asesinada. Recuerdo claramente sus palabras: —Estaba muerta cuando llegué, pero entré en shock y tardé un poco en dar aviso a la policía... Eso puede darme bastantes problemas, igual que a ti. Somos dos víctimas del amante de Mónica y el infeliz que contraté para seguirla. Tenemos que encontrarlos para terminar con esto —me dijo. Yo tuve miedo, le juré que era inocente pero igual prefería pagar. Se enfadó por eso, pero al menos en ningún momento me acusó de haberle dado muerte a su

mujer como lo haces tú ahora. Él cree que el asesino entró por atrás, trepando hasta el balcón, y por eso no quedó grabado —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Querida, por favor, no me mires así. Estoy desesperado, pero te juro que te digo la verdad...

—No me llames así, no me digas “querida —repliqué con frialdad—. Y no termino de entender por qué cree Manrique que el amante está detrás de todo esto.

Creo que no se dio cuenta de mi ansiedad por esa respuesta, porque se tomó unos segundos antes de contestar.

—El detective al parecer no actúa solo. Cuando Manrique lo amenazó, él mismo le dijo que existía otra persona que tenía ese video original a buen recaudo y que no dudaría de hacerlo público si no pagaba o si le pasaba algo. Cuando preguntó quién era, el detective le respondió que era alguien que había querido a Mónica “mucho y bien —por eso creyó que se trataba de su amante... Y fue ahí que recordó el video que el detective le había mostrado en su momento donde se me veía entrando al edificio, pensó que ese amante era yo e intentó disuadirme o amenazarme, igual que a él. Pareció genuinamente sorprendido al descubrir que no era así, y que yo tenía el mismo problema —dijo, pesaroso—. No lo sé, Marcela. No sé si Manrique me ha dicho la verdad, ni quién demonios mató a esa mujer. Lo único que sé es que debo pagar una cifra bastante alta pues si todo sale a la luz podría encontrarme en problemas, y que Manrique en cambio, prefiere buscarlos a ambos y hacer que le devuelvan el maldito video como sea.

Debo confesar que a esa altura casi no lo escuchaba y lo único en que podía pensar era en que Rafael podía ser un chantajista, y que la relación que me tenía tan ilusionada estaba basada en una mentira. Lo que no entendía era si mi vinculación con él era casual o no.

Pero lo que más impacto me causaba era que en otras circunstancias lo que yo hubiese hecho hubiese sido obligar a mi padre a denunciar el chantaje a la policía y afrontar las consecuencias de que todo se supiera, pero la duda sobre Rafael me tenía paralizada por completo.

Y de pronto me puse a pensar en cuán importante se había tornado el tema del dinero para él, con referencia a sus hijos. Recordé la conversación en la cual me dijo que estaba preocupado por “el puto dinero, que se hace imprescindible”. ¿Era posible que la desesperación lo hubiese llevado a eso?

O tal vez fue el deseo de vengarse por lo que Manrique y mi padre me hicieron. Sus palabras cobraron otro sentido al recordarlas a la luz de lo que ahora sabía—. Quiero matar a los que te hicieron esto. O al menos perjudicarlos mucho, mucho, mucho... —¿Era capaz de hacer esto por venganza?

No lo sabía, no sabía nada.

Bueno, algo sabía y era que no podía seguir sin preguntarle a Rafael, sin saber la verdad. La cuestión era si iba a poder confiar en él, si iba a poder creer en sus palabras como inexplicablemente creí en las de mi padre.

Y también sabía que si Manrique lo encontraba, podía hallarse en peligro. Ese hijo de puta era inescrupuloso, a mí me constaba.

Más perturbada que nunca, abandoné la casa de mi familia sin decir una sola palabra. Como en sueños escuchaba la voz de mi padre preguntándome de donde

nacía mi vinculación con Mónica, de dónde había sacado su foto... Pero no abrí la boca y me marché.

Durante todo el viaje de regreso las preguntas me atosigaron. ¿Rafael de verdad era un chantajista? ¿La casualidad lo había traído a mi vida o se trataba de algo más? ¿Cuál eran sus verdaderos intereses? ¿Quién demonios era Rafael Duarte?

Un torbellino de emociones me impedía pensar con claridad, y ahora, mientras espero que suba todavía lo hace. Hasta hace unos instantes me sentía preparada para confrontarlo pero en este momento no sé ni cómo empezar.

Abro la puerta intentando controlar mi nerviosismo, y me descoloca por completo cuando lo primero que hace es tomar mi rostro con sus manos y besarme.

No sé cómo reaccionar... Por un lado el aroma de su boca me subyuga y me siento tentada a abrir la mía, entregarme a ese beso y no pensar. Pero por otro las palabras de mi padre me torturan y las ganas de saber la verdad son las que me impulsan a apartarlo suavemente y mirarlo a los ojos.

Pero es él el que habla primero.

—¿Qué pasó? ¿Por qué desconectaste el móvil?

Sus melados ojos me muestran su desconcierto, y yo deseo con todas mis fuerzas salir de esto, descartar por completo mis sospechas y amarlo sin reservas. Pero no puedo... No me siento lista y me muero de miedo.

—No tenía batería —murmuro al tiempo que me vuelvo y me dirijo a la cocina—. ¿Quieres un té?

Sigue mis pasos mientras me sigue interrogando.

—Sí, gracias. Pero ¿qué fue lo que te hizo marcharte? Maluma me habló de un compromiso familiar que...

—Que había olvidado. Sí, eso fue —respondo algo seca.

Rafael se recuesta en la mesada y me mira con el ceño fruncido.

—No quieres hablar de eso, ¿verdad?

—Acertaste —le digo mientras pongo el agua a hervir intentando disimular el temblor de mis manos—. ¿Y qué tal tu día?

No responde de inmediato. Hace una pausa demasiado larga.

—Bueno, de eso quería hablarte. Tengo que contarte algo...

No me vuelvo, no me siento con fuerzas todavía así que me afo en la preparación del té.

—Te escucho.

Otra pausa... No lo estoy mirando, pero lo siento dudar.

—Marcela, ha sucedido algo que puede cambiar mi futuro... Mi futuro, el de mis hijos, y espero que también el tuyo.

El corazón me late con fuerza, porque no me esperaba esto. Me estaba preparando para encarar una situación completamente diferente, que tenía que ver con descubrir una mentira, con el fin de una relación que me destrozará por dentro, y ahora me encuentro con algo que incluye la palabra "futuro.

—Dime —es todo lo que atino a decir.

Lo escucho acercarse, lo siento detrás de mí y lucho contra mis deseos de apartarme para no caer en la tentación de volverme y refugiarme entre sus brazos.

—Estoy a punto de recibir un dinero... Una cantidad importante de dinero, pero

para obtenerla debo irme del país en un plazo de tres días, y quiero que vengas conmigo.

Doy un respingo y cierro los ojos. No, por favor. No...

—¿Qué? ¿Qué dices? —murmuro con un hilo de voz.

Rafael me toma de un brazo y me hace volverme con suavidad.

—Que tengo la oportunidad de comenzar de nuevo y asegurar el futuro de mis hijos, Marcela. Pero que si tú no te vienes conmigo, estoy dispuesto a dejarla pasar.

Lo miro a los ojos. Me siento aterrada. ¿Me está invitando a huir con él gracias al chantaje al que está sometiendo a mi padre? ¿Es posible tanto cinismo? Y de pronto tengo la esperanza de que no lo sepa. Es decir, que no sepa que se trata de mi padre, de que haya tomado una mala decisión basado en el amor por sus hijos y su necesidad de darles un futuro mejor... Que su amor por mí sea genuino y que de verdad quiera tenerme a su lado, aun a costa de una mala acción.

—Dinero por amor. Amor por dinero. Amor y dinero... —me susurra una voz interior que se parece mucho a la de la bestia que sigue viva dentro de mí y se empeña en que no olvide mi pasado. Ay, Dios...

La cabeza me da vueltas y yo no sé si besarlo o golpearlo. Me siento perdida, y en más de un sentido.

De pronto el asunto de mi padre y su posible implicancia en un chantaje pasan a un segundo plano. Después de todo, el hombre que me engendró se merece lo peor... Me vendió, me entregó. Un chantaje me parece poco castigo para sus faltas y Rafael tiene muchas virtudes y también compromisos familiares que pueden justificar sus acciones, incluido el deseo de venganza por lo que me hicieron.

Sin embargo, hay una pregunta que me molesta, algo que no he querido ni podido siquiera empezar a considerar... La aparto antes de que termine de formarse, la descarto antes de que tome cuerpo y me concentro en lo que me está proponiendo Rafael.

—¿Adónde quieres huir? —le pregunto sin apartar mis ojos de los suyos.

Frunce el ceño.

—¿Huir? Yo no le diría así a marcharme al exterior por trabajo. Marcela, me surgió la posibilidad de unirme a un equipo de primera división de Emiratos Árabes como entrenador de porteros. El contrato es por dos años, pero como te acabo de decir, solo firmaré si te vienes conmigo.

Pestañeo como una boba. ¿Contrato de trabajo? ¿Entonces lo del chantaje no lo toca? Mi mente se acelera, y los pensamientos comienzan a agolparse—. Debe tener otro cómplice el puto detective. Alguien que la quería ‘mucho y bien’ puede ser otra persona, tal vez un familiar, o tal vez ni siquiera exista. Las estúpidas conjeturas de Manrique, hicieron que mi padre se tragase esa tontería de que era el amante el cómplice, y que me las hiciera tragar también a mí. Bueno, que se joda, que se jodan ambos. Se lo merecen por haberme hecho un daño inmenso. ¡Y Rafa no debe tener ni idea de todo esto! Dios mío ¿en qué estaba pensando cuando sospeché de él? —me digo, mientras busco la forma de olvidarme de ese asunto y concentrarme en “este asunto”. Pero hay dos preguntas que me perturban. Una es la que mi mente insiste en no permitir que tome forma, y la otra sale de mis labios antes de que pueda frenarla:

—¿Qué quiere decir que me marche contigo? ¿Quieres que te acompañe hasta

que te instales?

Me quema con la mirada cuando responde.

—No, Marcela. Lo que quiero es que lo dejes todo y vivas conmigo allí.

Así de contundente.

Dejarlo todo. Irme con él. Dormir con Rafael, despertar a su lado, amarlo cada día... Todo eso suena a gloria. Lo que comienza a desquiciarme es la implicancia de eso, en el contexto que se plantea.

—Pero... ¿y mi trabajo? ¿De qué voy a vivir? —pregunto, abrumada.

Rafael sonríe y me acaricia el rostro.

—De... mí. Yo me haré cargo.

Si fuese posible dar un paso atrás y salir corriendo lo haría. Pero estoy atrapada entre su cuerpo y la mesada, así que lo empujo suavemente para poder apartarme.

—Yo me haré cargo. —Carajo, carajo, carajo... Una furia inmensa comienza a formarse en mi interior y la sola idea de haber pensado en decir que sí, de entregar mi libertad, mi independencia, y todo lo que eso significa me resulta aterradora.

—Amor por dinero. Dinero por amor. Amor y dinero... Te lo dije —repite la bestia insaciable, y todo se torna confuso y oscuro.

—Un momento... ¿Estás diciendo que tendría que ser una mantenida? ¿Qué debería depender financieramente de ti?

Rafael me mira sin comprender.

—Es horrible esa forma de plantearlo, Marcela. Es muy difícil para una mujer occidental encontrar un empleo en Abu Dhabi, pero te aseguro que no sería necesario. Puedes holgazanear a gusto, o retomar tu negocio virtual de lo que quiera que sea...

Cruzo mis brazos, los descruzo. Si quisiera estar más incómoda no podría. Y de pronto me parece una absoluta locura el siquiera considerar en depender del hombre que amo para subsistir. No soy capaz de una entrega así, claro que no. Eso me destruiría por completo.

Lo que me está proponiendo Rafael es inaceptable por donde lo mire. Quiere darme dinero a cambio de amor, igual que... Igual que mi padre.

La caldera comienza a pitar estruendosamente, y él se vuelve para apagarla. Y en el instante en que dejamos de tener contacto visual, no sé qué me pasa. Me gana el pasado, me gana el rencor, me ganan mis miedos. Y es la bestia que me domina la que empieza a hablar.

—Mi negocio virtual de lo que sea ¿eh? —le digo irónica—. ¿Sabes lo que hago? Torturo a perversos que solo disfrutaban de que se los rebaje y se los humille.

Rafael se vuelve, y me mira con los ojos como platos. Pero yo estoy cebada, poseída por una fuerza extraña que no me permite detenerme ya.

—¿Qué dices?

—Que tengo un grupo de esclavos que me pagan por torturarlos psicológicamente. Ellos me envían dinero y yo los insulto, y los hago cometer actos reñidos con la moral... Los obligo a humillarse al punto de tener que pagar por eso.

Traga saliva, lo veo claramente aun con tres metros de distancia entre nosotros.

—Pero... ¿por qué? —atina a preguntar.

—¿Por qué? Porque lo necesito, porque lo disfruto. Porque esta es la forma que he encontrado para calmarme y porque supone un interesante ingreso que me alegra la

vida. ¿Satisfecho? A que no te esperabas que mi “negocio —fuese tan poco usual...

Rafael se pasa la mano por la cara. Parece estar sopesando mis palabras y buscando las adecuadas para seguir esta extraña conversación.

—Esto que haces... ¿lo haces solo en forma virtual o...?

Era obvia la pregunta, y ni siquiera espero a que termine de formularla.

—Sí, eso hago. Excepto una vez que me llevó ante un juez y a una suspensión en la aerolínea... —le explico sin entrar en demasiados detalles—. Quise pasarlo al plano real y me extralimité bastante...

—¿Y qué pasó? —insiste, tenso, lo que me obliga a contarle más.

—Pasó que el infeliz terminó en el hospital y yo me salvé de ir a prisión por poco, con la condición de tomar ese dichoso curso de “control de ira — —le confieso, y lejos de sentirme apesadumbrada, me siento fenomenal al hacerlo. Quitarme esta máscara que me oprimía me hace mucho bien.

Y luego de una larga pausa Rafael toma un par de tazas, las llena de agua y las pone sobre la mesa.

—¿El té? —pregunta con voz neutra, y yo lo miro como si estuviese loco, mientras la bestia me susurra al oído que tengo que asustarlo más, que todavía no fue suficiente.

—¿El té? ¿De verdad quieres saber dónde lo guardo o prefieres enterarte de cómo mis esclavos se masturban mirando mis pies?

El aire se torna tan denso que me cuesta respirar. Me doy cuenta de que lo estoy haciendo, sin embargo, pero de forma demasiado agitada.

Él me mira asombrado. Creo que no puede dar crédito a lo que acaba de oír—. Sí, cariñito. No soy tu ángel perfecto, no hornearé tartas para ti, no usaré tu tarjeta de crédito para comprarte regalos... Soy un ser oscuro y ahora por fin me estás conociendo —pienso, mientras siento que por fin recupero el control de la situación y las riendas de mi vida.

—No termino de entender... —comienza a decir Rafael, pero yo lo interrumpo.

—No quieres entenderlo, me parece. No soy como piensas, y no te acompañaré a ningún sitio porque no podría jamás depender de un hombre, ¿está claro? Jamás me iría al otro lado del mundo, a esclavizarme a los pies de nadie porque yo soy más de las que tienen esclavos a sus pies, que lo sepas.

El dolor se refleja en su mirada de forma tan clara que me hace estremecer. Pero no se queda sin palabras, no señor.

Tiene algo para decir y lo hace con voz firme y clara.

—Si no quieres ir, no iremos. Jamás querría ponerte en una situación incómoda y no me importa perder este trabajo o cualquier otro, Marcela. Lo que no quiero es perderte a ti, pero este asunto que me acabas de confesar hay que resolverlo...

No puedo creer que renuncie a esta oportunidad por mí. No solo no puedo creerlo, tampoco puedo permitirlo.

Es que hay algo que me impide entregarme a lo que mi corazón desea, a amarlo sin restricciones, y es esa pregunta, esa maldita interrogante que lucho para que no se termine de perfilar, pero que no lo estoy logrando porque insiste en martillar en mi cerebro para instalarse allí, y hacer que no tenga paz hasta que encuentre la respuesta.

Lucho por desecharla, por deshacerme de ella y me centro en el regalo que quiere

hacerme Rafael. Está dispuesto a renunciar a esa oportunidad por mí, y como si fuera poco entiende lo de mi extraña perversión. Nadie puede ser tan bueno, mierda. Nadie puede ser tan comprensivo... Nadie puede quererme tanto.

Y cuando estoy a punto de claudicar ante el amor que siento por este hombre, la puta pregunta que venía evitando crece de golpe y estalla en mi cabeza. Esa pregunta arrasa con todo, lo arruina todo, y logra que ya no haya vuelta atrás. Y como por arte de magia, de pronto la respuesta a esa pregunta es todo lo que importa.

¿Quién mató a Mónica, por Dios? ¿Quién diablos la mató?

Listo, ya está. No hay arreglo posible, no hay nada que considerar. Esa maldita pregunta será la que impida que Rafael y yo estemos juntos. Porque puedo vivir con la duda de ser la hija de un asesino, pero no con la de estar amando a uno.

Entonces lo dejo ir. Renuncio a Rafael, con tal de no saber. Renuncio porque no me puedo ir con él, no me puedo poner en las manos de alguien a quien no estoy segura de conocer. Y tampoco puedo hacer que se quede, porque lo amo tanto que lo quiero lejos y a salvo, aun si fuese culpable. A salvo de Manrique, de la policía, a salvo de mí.

Elijo ignorar, elijo perderlo. No puedo retenerlo y hacerlo rehén de mis miedos, no puedo hacerle perder esta oportunidad, mientras yo resuelvo mis mierdas. Hace ocho años que lo intento, y no he podido ¿cómo voy a hacerlo en tres días?

Es demasiado lo que está en juego para ambos, esto no puede terminar bien.

No debo depender de él, no debo darle mi amor, no debo aceptar su dinero. Lo que si debo es hacer que se olvide de mí, hacer que se marche, que se aleje del peligro, y así yo poder aclararme y terminar con estas dudas que ahora me agobian hasta el punto de querer acabar con todo ya.

Y si algún día lo logro, tal vez pueda dejar de boicotear mi propia felicidad.

35. Rafael

—Vete, Rafael. Márchate... Ha sido genial pero no tiene ningún futuro esta relación... Yo disfruto con lo que hago y no pienso dejarlo. Y me refiero a mi trabajo pero también a mi actividad como dómína financiera, porque en eso me he convertido. Además has comprobado mi nulo autocontrol cuando me enfado... Créeme, es por tu bien. No querrás terminar con la nariz rota o algo peor, como aquel infeliz por el cual casi pierdo mi trabajo y mi libertad. Ya ves, no necesito de tu dinero pues yo puedo obtenerlo fácilmente, y no estoy dispuesta a seguirte ni a depender de ti ni de ningún otro hombre con el que tenga una relación, así que no insistas. Vete ya...

Claro que insistí, ¿cómo no hacerlo? Pregunté una y otra vez, pero me encontré con un muro insalvable, una dura pared.

Marcela parecía otra persona, y sin duda no era la mujer que dejé en mi cama esa mañana. No sé si había sido el miedo a lo desconocido lo que logró esa transformación, o si lo que sucedía era que por fin se estaba mostrando como en realidad era.

Pero aun así, no podía resignarme. No podía renunciar a ella. Pedí explicaciones, pero al escucharlas deseé no haberlo hecho. Fue tan cruel, que terminé creyéndole que disfrutaba haciendo daño y yo me había convertido en una de sus víctimas.

—No quería entrar en detalles, pero tú me obligas. Eres demasiado mayor ¿sabes? Está bien para pasar el rato, y tu experiencia me ha servido para borrar algunos traumas y tabúes, pero no nos engañemos... Ahora que se ha corrido el velo, quisiera experimentar un poco, y sospecho que encerrada en tu palacete de Abu Dhabi no podré hacerlo. Ni siquiera es un incentivo el dinero, porque con tus antecedentes... Perdona, pero puedes echarlo a perder en cualquier momento. Además creo que no tienes la mente lo suficientemente abierta como para consentir que yo siga con mi 'negocio virtual' ¿así lo llamaste, verdad? Muy acertada definición. Es negocio, pero también es placer y no voy a dejarlo para ponerme en tus manos. No me crees... Puedes verlo por ti mismo. Este es el chat donde por lo general opero... Y esos créditos en PayPal venían de perros sumisos, y no tenían que ver mascotas como creíste en un principio y casi me parto de la risa. Asímelo, esto no iba a funcionar. Supéralo, asegúrate tu bienestar y el de tu familia, sigue adelante...

Miraba su teléfono, deslizaba el dedo como un autómatas sin poder creer lo que veía. Una cuenta en una red social especializada en el tema, con fotos sexys en las que no se veía el rostro pero sí reconocí su increíble cuerpo, cientos de mensajes, conversaciones extrañas, obscenas, bizarras... Pero el mayor horror era escucharla.

Y mis miedos comenzaron a tomar el control de la situación.

Tenía razón, era demasiado mayor. Ella tenía toda la vida por delante y estaba en el derecho de experimentar. No debía haber pensado en atarla a mí ni siquiera por dos años. No había dinero que compensara esa entrega... Mi amor no era suficiente. Yo no era suficiente.

Yo no era suficiente.

Entonces me rendí. No la merecía, estaba claro.

Lo hice con dolor, porque aun con la verdad sobre sus actividades en el mundo virtual o sus excesos en la vida real, Marcela me resultaba cada vez más fascinante. Entendía sus motivaciones; los traumas en su adolescencia debían aflorar por algún lado. Justificaría cualquier acción porque estaba enamorado de ella, pero no podía hacer nada para lograr que me correspondiera y lo que era peor, aunque tuviera la gracia de obtener su amor, no debía hacerlo porque no era correcto.

Me marché con los ojos llenos de lágrimas, sin atreverme a mirarla de nuevo para no largarme a llorar sin consuelo frente a ella.

Los siguientes tres días fueron un torbellino. Le dejé a Maluma un poder para hacer trámites y utilizar mi coche. A Irene no fue necesario; hacía tiempo que mediante un juez había logrado hacer y deshacer a su antojo con respecto a nuestros hijos.

En un viaje relámpago me despedí de ellos. Salvador lloró un poco, pero Martina permaneció impertérrita, aunque por un segundo me pareció ver un brillo extraño en su mirada.

Y de esa forma les aseguré los estudios a mis hijos, y comencé de nuevo.

Abu Dhabi es todavía un misterio para mí, porque desde que llegué, hace ya cuatro meses, no he podido salir a conocer la isla. Bueno, solo una vez tuve el buen ánimo de hacerlo, pero no pasé de un centro comercial al que tuve que ir a comprarme un nuevo ordenador, porque el viejo expiró.

Y también una sola vez tuve la oportunidad de viajar a Dubai, pero solo por motivos profesionales. Por otro lado, no tengo ánimos para hacer turismo, la verdad... Y este lugar no me parece el paraíso que me habían descripto.

Sí que hay opulencia y lujo por doquier, pero eso no me llena para nada porque sé que detrás de todo esto hay mucha represión y sobre todo mucha opresión.

La mayoría del tiempo me la paso entrenando... Aún vivo en un hotel, que queda a trescientos metros del centro deportivo. En ese sitio paso catorce horas por día, la mitad de ellas trabajando con tres porteros de primera y dos de segunda división, y la otra mitad se me va en reuniones y en mi propio entrenamiento.

Soy completamente funcional, un profesional estricto y un poco paternalista, pero la procesión por dentro sigue.

Pareciera que el dolor es mi estado natural fuera de mi trabajo, pero me he adaptado a él.

Me miro al espejo de la habitación y apenas me reconozco. Con el cabello corto y barba tupida parezco otro, y este cuerpo tonificado y firme tampoco me pertenece.

Pero lo que me hace un desconocido aun para mí mismo es la ausencia de mi alma, que quedó al otro lado del mundo en las manos de una mujer a la que hasta nombrarla me hace daño.

La aeromoza me sonrío... demasiado. Sospecho que se ha dado cuenta de que la estoy mirando con insistencia, y acusa recibo coqueteando de forma alevosa.

Dirijo mi mirada hacia la ventana del avión, decidido a dejar de observarla... Es que se parece mucho a ella.

No es la primera vez que me pasa. La semana pasada jugamos un amistoso en Japón y una aeromoza morena se llevó toda mi atención hasta que se dio cuenta, al menos, y me reprobó con solo mirarme. Esto no me pasa cuando viajamos a otro país islámico en una aerolínea árabe, porque se han cuidado muy bien de advertirnos

nuestros asistentes locales que el acoso insistente con la mirada puede ser considerado un delito grave.

Supongo que es normal y hasta que no logre olvidarme de Marcela, intentaré encontrarla en todo lo que me la recuerda. Como viajar en avión, por ejemplo. O en autobús... O ciertos perfumes, o cuando veo un sedoso y largo cabello, cosa que no me sucede con frecuencia en Abu Dhabi, por suerte, a causa de mi aislamiento y del *abaya* o los *hiyab*.

Las pocas mujeres que he visto por aquí visten así, y viven como visten. Imaginar a Marcela en esta cultura se me hace difícil... Hubiese tenido que depender de mí porque encontrar un trabajo sería impensable y es altamente probable que no hubiese funcionado, pero eso, lejos de darme consuelo me desespera más porque me muestra que nuestra relación estaba irremediabilmente condenada.

En fin, vivir en Emiratos Árabes me mantiene lejos de la realidad y cerca de mi doloroso pasado reciente, sobre todo por la falta de estímulos para superarlo. No tengo vida social fuera del ámbito laboral y mi único contacto con el exterior es con mi hijo y con Maluma. Es por eso que cuando me encuentro solo y sin hacer nada, no puedo hacer otra cosa que pensar en ella.

Y cuando surge el deseo, en esos incómodos momentos en que el instinto aflora y necesito aliviarme, también pienso en ella. Todo mi erotismo quedó asociado exclusivamente a Marcela.

Carajo, tengo que olvidarla de una vez. ¿O es que soy tan masoquista como ella sádica? Es obvio que no me quiso, y que nuestra relación no pasó la primera prueba, así que debería superarlo ya. Algo que murió antes de nacer, que estaba destinado a fracasar por la innegable brecha entre nosotros no debería haberme afectado tanto, pero lo hace. Lo sigue haciendo, sigue doliendo.

El comandante anuncia que pronto aterrizaremos en París. Otro amistoso en el que pondremos a prueba la última adquisición del equipo en el puesto que me involucra, pero eso no me da la adrenalina que debería.

Bueno, a ver si me la da una mujer. Ligaré en París luego del partido, si es que puedo, y cuando esté dentro de ella intentaré no recordar cómo se sentía estar metido hasta el fondo en el coño de Marcela.

Otra vez ella... Otra vez.

¡Cómo cuesta arrancarla de mi cabeza, de mi cuerpo, de mi corazón! Cómo cuesta no hacerse preguntas, no imaginar cómo hubiese sido el futuro juntos.

Justo cuando estoy por bajar, la aeromoza a la que estuve observando me da con disimulo un papelito. En él está escrito su nombre, su teléfono y la palabra "today".

Bueno, parece que he ligado. Bien por ti, Rafa. ¿No era lo que deseabas? Esa Julianne es preciosa y una apuesta segura, y mi intención era tener un momento de placer en París, pero nada más bajar lanzo el papel en el primer depósito que me encuentro.

Quiero hacerlo, pero con una aeromoza no. Lo último que necesito es fantasear con que me acuesto con Marcela, con que le hago el amor a la mujer que no he conseguido olvidar.

Y durante todo ese día y el siguiente me dedico por completo a mi trabajo. No podía haber salido mejor... El portero titular paró un penal, y el suplente se lució en dos

atajadas memorables. Ganamos un amistoso con un gran equipo francés y todavía no me lo puedo creer.

Me invitan a festejarlo en la terraza y digo que sí.

Llegó la hora de un momento de esparcimiento; lo merezco, lo necesito. Me arreglo con un poco más de esmero de lo habitual. Barba recortada, perfume. Camisa blanca y americana gris para simular ser alguien que no soy. Un hombre despreocupado, feliz por el triunfo de su equipo, con ganas de pasar un buen rato. Yo no quiero hacerlo, tengo que hacerlo por mi propio bien y para eso debo fingir un poco.

Y cuando estoy listo, bajo a por una Coca. El desborde de esta noche puede incluir cualquier cosa menos alcohol, lo tengo claro. Pero puedo sustituirlo fácilmente; me beberé el aliento de la boca de una hermosa mujer, y volveré a sentirme un hombre y no un despojo, aunque sea por un instante.

Nada de Marcela al menos por hoy. Tengo que arrancarla de mis pensamientos, para poder luego arrancarla de mi corazón.

Pero ni bien salgo del ascensor, el mundo se pone de cabeza y mientras intento guardar la compostura, apenas soy consciente de que eso que había planeado sobre olvidarla, no sucederá esta noche.

36. Marcela

Me quedo como petrificada observándolo mientras él hace lo mismo.

No esperaba encontrarlo tan fácilmente a pesar de saber en qué hotel iba a estar, y no estaba preparada para cruzármelo mientras me estoy registrando, pero no puedo dejar que se note lo perturbada que estoy.

Y vaya si lo estoy... Siento mis piernas como de gelatina, y me falta el aire, mientras en mi vientre suceden cosas extrañas. Cosas que solo experimento cuando pienso en él, y esta vez sucede con una fuerza inusitada, demoledora y potencialmente fatal.

Dejo el bolígrafo en el mostrador y tomo la tarjeta. Interrumpo el contacto visual solo para recoger mi pequeña maleta y susurrarle a mi compañera un apresurado “nos vemos luego —mientras intento componerme para enfrentarme a él.

Pero cuando vuelvo a buscarlo con la mirada, ya no está. ¡No está! Eso es mala señal, porque estoy segura de que me vio. Su rostro desenchajado así lo demostró, y no puedo creer que haya huido de mí.

¡Carajo!

Vacilo... No sé qué hacer. Avanzo con paso inseguro hasta el punto exacto dónde lo vi por última vez, justo a la salida de uno de los elevadores, y de pronto siento que me toman del brazo obligándome a cambiar el rumbo. No tengo que mirar para saber quién es, solo tengo que dejarme llevar. Es corto el tramo, solo dos pasos nos sitúan en un pasillo, y es así como me encuentro tal como quería: cara a cara con Rafael.

Dios Santo, qué guapo está. Me derrito admirándolo en silencio, incapaz de decir nada.

Su mirada es intensa y atormentada. No me suelta el brazo, por el contrario, cada vez lo aprieta más mientras su mandíbula se endurece, e inspira profundo para contener esa furia que parece tenerlo fuera de sí.

—¿Por qué... estás... aquí? —me pregunta con los dientes apretados.

¿Qué por qué estoy aquí? En mi cabeza los últimos acontecimientos se suceden como en una película, mientras me siento incapaz de responderle porque mis emociones no me lo permiten.

—Estoy aquí porque te amo, porque te extraño, porque después de lograr salir de mi depresión, lo único que me mantuvo entera fue el objetivo de recuperarte. Porque entendí que la única forma de poder amarnos como nos merecemos, es decirte y saber toda la verdad. Que tú sepas de mis sospechas, y que yo conozca tu versión. Necesito saber lo que no me atreví a descubrir aquel día, porque no puedo seguir estando muerta en vida por no poder enfrentarme a los hechos. Tengo que comprobar que eres lo que creo, un hombre íntegro, incapaz de cometer un delito. Tengo que contarte mis temores, y escuchar de tus labios que nada de eso te toca. Porque me bastará preguntar y mirarte a los ojos mientras me respondes. Porque esta vez tendré el valor para hacerlo y enfrentar las consecuencias de saber la verdad, cualesquiera sean ellas. Para eso estoy aquí, para eso le rogué a Sebastián y él a Maluma, que me dijeran dónde podía encontrarte, dónde podía verte cara a cara. Para eso se alinearon los

astros y logré que me cambiaran la ruta habitual a Madrid por ésta a París, renunciando para siempre a mi puesto en la primera clase. No me funcionó con Japón, pero sí con París y por eso estoy aquí... Y no me marcharé sin respuestas.

Todo eso pienso, pero no se lo digo. Es que teniéndolo tan cerca me falta el aire...

—¿Qué demonios haces aquí... Marcela? —repite, y mi nombre entre sus labios parece un gemido de dolor.

Pero no hay tiempo para la respuesta, porque de pronto el pasillo se llena de gente.

—¡Rafa! Te andábamos buscando... —dice alguien, y Rafael me suelta el brazo mientras ambos nos volvemos hacia un hombre mayor que nos mira asombrados.

No completa la frase y sus ojos se clavan en mí.

—La joven y bella aeromoza... —dice el hombre finalmente.

Claro, si todavía no me he quitado el uniforme... Y mi asombro es mayúsculo cuando me doy cuenta de que más allá de mi atuendo, él sabe de mi existencia.

Rafael carraspea y se aparta de mí.

—Ayala, estoy listo. Vamos...

—Pero tú... Mira que lo de la terraza puede esperar ¿eh?

—Vamos.

Y sin siquiera volver a echarme una sola mirada, se une al grupo y se marcha.

—Rápido. Abróchamelo detrás...

Me duché en tiempo récord y ahora le pido a mi amiga que me ayude con el vestido.

—Listo. Ahora tú abróchame el mío —me pide María volviéndose—. Y cálmate, que la fiesta recién empieza.

Es cierto, pero no quiero correr el riesgo de que se me escape.

Mi amiga conoce gente en este hotel, porque se ha alojado en él otras veces. Cuando preguntó si necesitaríamos invitación para lo que sea que estaba sucediendo en la terraza, la respuesta fue: —¿Dos hermosas mujeres en un festejo que involucra jugadores de fútbol? Por favor... Entrarán por la puerta grande, como las otras modelos que están llegando.

El agujijón de los celos me pinchó y fuerte, debo reconocerlo. Por eso tengo prisa... Y al pensar en todas las otras fiestas, en todas las otras modelos, mi corazón da un vuelco.

Pero no puedo sentir eso. No tengo derecho, no debo... Y sin embargo, además del agujijón de los celos me pincha también la espina de la duda. ¿Y si ya está con alguien? ¿Y si su tensión de hace un rato se debe a que no quiere tener problemas con ella a causa de una ex? Por Dios, es un hombre atractivo y exitoso... ¿Cómo pude pensar que iba a seguir interesado en mí? ¿Cómo pude pensar en que todavía estuviese libre y dispuesto a continuar dónde lo dejamos?

Pero mi corazón no comparte estos oscuros pensamientos y me lo hace saber, así que una titilante luz de esperanza se vuelve a encender.

Claro que se apaga de golpe cuando ni bien nos empezamos a mezclar en la fiesta, lo veo a Rafael con una copa en la mano y una hermosa mujer sentada en las piernas.

Como si la fuerza de mi dolor lo tocara, aparta la mirada de la modelo y la dirige a mí. De inmediato su expresión cambia.

Por unos instantes no hacemos otra cosa que mirarnos.

No sé qué me causa más pesar, si lo del trago o lo de la chica. Vamos, que lo del trago me preocupa pero lo de la chica me hace realmente daño.

No me daré por vencida sin embargo, y le sostengo la mirada desafiante para mostrarle que estoy aquí por él, y que no me iré sin hablarle.

Y luego de unos segundos lo veo susurrar algo a la mujer, quien le dedica una deslumbrante sonrisa antes de ponerse de pie.

Bien, creo que entendió el mensaje. Pero cuando me empiezo a preparar mentalmente para enfrentarlo, noto que él deja la copa y se está parando también.

Momentos después, tomados de la mano pasan por delante de mí y se dirigen a los elevadores.

Tardo un par de segundos en reaccionar, así de grande es mi asombro y mi dolor.

—¡Vamos, Marcela! ¡Ve tras él!

Si no fuese por María, creo que me hubiese desmayado de la pena, pero hago como ella me dice y los sigo. Allí están, riendo y tonteando mientras esperan el ascensor. Apenas llego a tiempo para meterme con ellos, y por poco la puerta no me pillan.

—Tengo que hablarte —le digo casi sin aire.

Rafael me mira, atónito. Es evidente que no se esperaba algo así. Toca un par de botones de la consola e intenta abrir la puerta con desesperación, pero es demasiado tarde y ya estamos bajando.

—¡Mierda! —exclama furioso.

—¿*Honey*? —dice la rubia con el ceño fruncido. Está claro que no comprende qué sucede. Rafael permanece mudo y a todas luces furioso, pues se da cuenta que ya no puede evitarme.

La puerta se abre unos segundos después en el piso que él había marcado. Rafael aprieta el botón de parada y luego me dice agrio en extremo:

—La enviaré a arriba de nuevo, y tienes tres minutos para decirme lo que sea que te has propuesto decirme. Luego de eso ella bajará, y tú subirás a la fiesta para cazar otra víctima, o simplemente te marcharás ¿está claro?

Me quedo helada con sus palabras. No me esperaba algo así.

Sin esperar respuesta, Rafael se dirige a la chica y le dice en inglés que regrese en tres minutos. Carajo, no puedo creerlo. Tengo un cronómetro en marcha y no sé por dónde empezar.

Ambos salimos del ascensor y luego él aprieta el botón y envía a la joven a la terraza otra vez, al tiempo que me dice secamente:

—Empiezan a correr a partir de ahora.

Es mi última oportunidad, lo sé, así que trago saliva y me dispongo a hablar.

37. Rafael

No sé cómo disimular que estoy al límite, pero de alguna manera me las arreglo para hacerlo. Y no solo eso, también me las arreglo para ser un perfecto patán, convencido como estoy de que ella se lo merece.

No entiendo cómo se atreve a venir así, sin más, y pretender hablarme luego de todos estos meses y después de lo que pasó entre nosotros. Estoy indignado, más bien estoy furioso.

Por su causa rompí mi abstinencia de años, y me pedí un trago. Solo alcancé a tomar un sorbo antes de que ella llegara pero me siento mal por haber sucumbido, por haber sido tan débil por el solo hecho de volver a verla.

Qué estúpido, por Dios, qué estúpido. Si no caí cuando me dejó ¿por qué hacerlo ahora? Claro que no pasó de ese sorbo, y ahora sé que no pasará, pero me enfada el hecho de que su presencia sea lo que haya impedido que siguiera adelante.

Porque estaba dispuesto a emborracharme y follarme a la primera que se me pusiera a tiro, y todavía voy a por esto último así que me concentro en mi objetivo: que Marcela se marche y me deje en paz.

Pero ahí está, de pie frente a mí con los ojos llenos de lágrimas, sin decir nada. Lo intenta, sin embargo. Abre y cierra esa preciosa boca suya, pero no emite sonido.

Es más, parece a punto de sufrir un colapso nervioso. Se ve tan turbada que dentro de mi enfado siento pena por ella, pero no me permito que ese sentimiento se apodere de mi voluntad.

Voy a ser despiadado y cruel si es necesario, lo importante es que se aleje de mí lo antes posible porque cuando la tengo cerca me cuesta respirar, y mi corazón late con demasiada prisa.

Por eso, para apurar la cosa, es que insisto con los dientes apretados:

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Ella me mira y traga saliva. Parece estar a punto de llorar. Mierda. Tengo que salirme de esto, y tengo que sacarla a ella también, por eso es que me comporto como un verdadero hijo de puta al preguntarle:

—No dices nada... A ver, déjame adivinar. ¿Hacerme más daño, tal vez?

Ella hace un gesto de dolor pero niega con la cabeza.

—¿Dinero, entonces? —pregunto, aun sabiendo que ni en sueños me lo pediría.

Me mira horrorizada y me responde con un hilo de voz:

—No...

Pero no dice más nada así que yo continúo en mi tarea de hacerla huir de allí, sea lo que sea por lo que haya venido lo importante es que se marche.

—¿Entonces qué quieres, Marcela? Te quedan solo dos putos minutos así que...

—Te quiero a ti —me interrumpe súbitamente envalentonada, y eso me destroza. Tanto mal me hace, que me vuelvo especialmente cruel.

—Ah, ya veo... Quieres follar. ¿Es eso, verdad?

Ella niega con la cabeza pero sin demasiada convicción, y yo sencillamente me vuelvo loco.

Pierdo la cordura, y el control de la situación. Me gana el deseo que siento por esta mujer, me gana la nostalgia, me gana el instinto.

Aquí la tengo, a mi merced. Temblando como una muñeca mientras me acerco... Dios Santo, es perfecta. Se ve magnífica enfundada en ese vestido negro de talle ajustado y falda amplia, y tal vez demasiado corta.

La observo por unos instantes y luego hago lo que no debería: la tomo de la nuca y le como la boca, mientras bajo el vestido mi mano aparta las bragas, y en un rápido movimiento introduzco dos dedos en su interior. Así, sin más, sin piedad, sin importarme cuánto daño le hago, la penetro con fuerza y con rabia.

Ella gime y yo la muerdo. Muerdo sus labios mientras la oprimo contra la pared del pasillo, y hurgo en su coño con desesperación.

Marcela me aprieta los dedos, y yo termino de enloquecer. Me siento una basura, la estoy invadiendo de una forma vil igual que el enfermo que la violó cuando era una niña, y lo peor es que no puedo parar ni ella hace algún intento por zafarse. Por el contrario, me echa los brazos al cuello y solloza, y eso me termina de destrozar.

Estoy irremediamente perdido. No me importa a qué ha venido, solo quiero tenerla. Y tratar de borrar este acto deleznable de su mente, a fuerza de besos como la primera vez.

Retiro mis dedos de su sexo, y sin dejar de besarla tomo la tarjeta. Momentos después me encuentro arrastrándola por el pasillo hasta mi habitación.

En el límite de los tres minutos antes de que regrese la rubia, nos metemos ambos en ella. Mi otrora acompañante no tiene ni idea ni de quién soy ni de adónde nos dirigíamos, así que ya no le dedico ni un solo pensamiento.

Toda mi atención, mi mente y mis ganas están con Marcela.

Abro los ojos, vuelvo la cabeza y compruebo que ella sigue junto a mí. Ni siquiera se ha dormido, y me observa en la penumbra.

Dios Santo... El solo mirarla me provoca una infinidad de emociones que me deleitan y me torturan a la vez. Y lo hacen porque sé que esto para ella no fue más que un revolcón.

A eso vino, ¿verdad? Aunque nunca llegó a decírmelo. Bueno, tal vez sea el momento de salir de dudas, así que me pongo de lado y la miro a los ojos.

—Ahora que ya nos hemos aliviado un poco... ¿me dirás a qué has venido antes de marcharte? Porque aunque me siento halagado, me resulta difícil de creer que esto no lo encuentres en otro sitio.

La veo fruncir el ceño, y me pregunto por qué demonios sigo siendo tan cruel. Porque ya está ¿no? Imposible lograr zafar de ella y lo que me provoca, así que no tiene sentido continuar maltratándola, sobre todo ahora que me la he follado como si el mundo se fuese a acabar. ¿Para qué fingir que no es especial cuando desde que entramos mi principal certeza fue que lo que tenía con ella era único?

La besé con ansias, con desesperación, y ella me correspondió. Y mientras nos devorábamos mutuamente, volví a meter las manos bajo su vestido y simplemente le arranqué las bragas.

Le gustaba rudo, le gustaba dulce. Y al parecer le gustaba conmigo, porque murmuró mi nombre sobre mis labios una y otra vez, mientras yo me bajaba el cierre y liberaba la polla que estaba a punto de explotar.

Luego, todo fue muy rápido. La tumbé sobre la cama, le levanté la falda, le abrí las piernas. Me vacié en ella con rapidez, sin poder evitarlo. Sentí como si me deslizara por una pendiente, sin poder parar. Pero eyacular dentro de ella no calmó mis ansias, y hacerlo sin condón no me preocupó lo que debería, así que terminé de desnudarla y la recorrí entera con mis manos, con mis labios... Me la grabé a fuego, porque la última vez que habíamos follado no tenía idea de que no la volvería a ver hasta hoy.

Le di placer con la boca sin permitirle ir antes al lavabo. Lamí mi semen de su coño, le comí hasta el culo, y murmuré allí abajo las peores obscenidades que brotaban de mí sin poderme controlar. Por fortuna me mantuve lo suficientemente cuerdo como para impedir que se cayera de la cama cuando explotó en una cadena de orgasmos que la hicieron gritar y convulsionar hasta quedar exhausta.

Y luego me desnudé por completo y la volví a follar. Más lento, más conscientemente. Ella se mostró realmente participativa esta vez, y de pronto me encontré tumbado sobre mi espalda mientras la chica de mis sueños me montaba voluptuosamente.

Me aferré a sus tetas, pero tuve que soltarla y dejar de moverme, porque estuve a punto de correrme, y no quería. Lo que deseaba era que ese momento no terminara nunca.

Era una fantasía hecha realidad, era como un *deja vu* maravilloso y era algo nuevo a la vez... Era delicioso, era confuso, era Marcela con todas sus contradicciones, dándome placer.

—¿Te gusta? —me preguntó entre suspiros mientras se movía en círculos sobre mí. Su faceta dominante me excitaba tanto que me sentí enfermo. Siempre creí que ese rol era para mí, pero los mejores polvos de mi vida fueron con ella encima, controlándolo todo. Claro que no podía dejar que lo adivinara.

Me incorporé y la rodeé con mis brazos hasta llegar a su largo cabello húmedo de transpiración y aferrarlo en mi puño.

—Más de lo que debería —respondí tirando de él hasta exponer por completo su cuello. Clavé mis dientes en la tersa piel y luego volví a su boca y me comí uno a uno sus gemidos.

Qué joven y qué hermosa era, por Dios.

Esa vez acabamos juntos. Pude aguantar hasta que comenzó a apretarme... Un conocido aroma trepó por nuestros cuerpos unidos en un estrecho abrazo, y simplemente me dejé ir.

Y en el último estertor no pude seguir conteniéndome y hundiendo mi rostro en su cuello murmuré con voz ronca:

—Marcela...

Solo una palabra, pero ella entendió. Conocía ese tono y esa intención, y me abrazó con más fuerza haciéndome saber. Esa forma de llamarla decía más de lo que parecía, era una especie de declaración que debí evitar, era la confirmación de que era ella y no otra, que la única que podía provocarme esa locura, esas ganas, ese amor y ese odio, era ella.

Nos fuimos apartando de a poco, y más embriagado por sus besos que por mi único trago, caí en un sopor por un buen rato.

Pero ahora estoy despierto y con ganas de saber.

—¿Me lo dirás o no? ¿Qué has venido a buscar, además de un polvo, Marcela?
Y ella por fin logra hablar.

—La verdad —me dice sin titubeos.

Luego se levanta, y desnuda, húmeda y hermosa se mete en el baño.

38. Marcela

Me echo agua fría en la cara, a ver si puedo borrar esta vergonzosa expresión de satisfacción que tengo.

Fue delicioso lo que acabamos de hacer, absolutamente perfecto, mejor de lo que había imaginado... Porque vaya si fantaseé con esta situación, pero más bien con que sucediera al final de nuestra conversación pendiente, no antes de tenerla.

Esperaba que luego de haber desechado todos los miedos que me tienen atormentada, se despejaran los obstáculos que me mantienen lejos de él. Pero todo ocurrió al revés y no sé cómo diablos voy a volver a concentrarme en mi objetivo: el descubrir la verdad sobre Mónica.

Intento enfocarme en eso, pero me resulta difícil luego de lo que sucedió recién en el pasillo primero y en la cama después.

Aun siento sus dedos, su lengua, y su polla dentro de mí. Sus labios murmurando mi nombre, mi cabello enredado en su puño, y un placer tan inmenso que por unos momentos creí morir.

La búsqueda de la verdad se tornó algo lejano e irrelevante cuando tuve su rostro entre mis piernas haciéndome de todo, susurrándome cosas que de solo recordarlas me ruborizo por completo. Pero ahora tengo que mantener la mente y el cuerpo fríos, y no olvidar a qué he venido.

Quiero la verdad, la necesito. Tengo que escuchar de su boca que él no tuvo nada que ver con lo que le ocurrió a Mónica, o con el chantaje.

Porque tengo que ser sincera, sé que lo va a negar, pero hasta que no lo mire a los ojos y no lo escuche asegurar que no está involucrado, y hasta que no le diga todo lo que sé, no voy a poder seguir adelante. Y para mí, seguir adelante solo será posible con un Rafael libre de sospechas.

Voy a salir y voy a hacer lo que vine a hacer. Y si descubro que me miente, asumiré que he estado amando a alguien que no conozco, y podré cortar este lazo que me une a él y no me deja vivir. No voy a mover un dedo ni a su favor ni en su contra, pero me alejaré para siempre y aprenderé a vivir sin la esperanza de tenerlo.

Pero si me doy cuenta de que no es culpable y compruebo que aún me quiere, no habrá fuerza en el mundo que me pueda apartar de su vida. Renunciaré a mi trabajo y viviré con él... Voy a enfrentar uno de mis miedos más arraigados: el depender de un hombre por amor.

Bien, llegó el momento. Me pongo la bata y salgo de la habitación. Rafael fuma en la cama, cubierto por la sábana hasta la cintura y me observa, serio, entre las volutas de humo.

—¿La verdad sobre qué? —es lo primero que me pregunta.

Y esta vez no tengo dificultades para decírselo.

—Sobre Mónica y su muerte.

Él abre la boca, asombrado, y frunce el ceño.

—¿Qué?

Avanzo y me siento en la cama junto a él.

—Escúchame, Rafael. Escúchame con atención porque lo que tengo para decirte puede ser completamente inesperado para ti. ¿De acuerdo?

Asiente, visiblemente extrañado.

Entonces comienzo...

—Cuando te marchaste en la mañana del último día que nos vimos, me puse a husmear y encontré una foto suya. Una foto de Mónica en la que lucía una “eme —de plata colgando de su cuello. Y ese hallazgo tomó vital importancia, porque ese dije había sido mío.

—¿Qué? ¿Cómo sabes que era el mismo dije?

—Me cercioré tomándole una foto y acercándolo con el *zoom*. Había un detalle de deterioro en una parte que lo hizo inconfundible... Pero eso no es todo. Ese dije fue el que el animal que me violó se llevó como trofeo aquella noche. Te lo había contado, ¿verdad?

Asiente lentamente. Ya no es de sorpresa su expresión, pero tampoco es de temor. Se lo ve preocupado y algo desconcertado, eso sí. Es evidente que no sabe adónde quiero llegar, y yo me voy llenando de las certezas que necesitaba. Y eso es lo que me motiva a contárselo todo, a no guardarme nada.

—Bueno, esa noche no fue la última vez que estuvo en mi poder. Tiempo atrás, en el cumpleaños de mi padre, lo descubrí en mi antiguo joyero... Cuando lo interrogué sobre eso, su respuesta fue que lo había recuperado para mí —le digo, y luego trago saliva porque sé que ahora viene la parte más dura, la de las conclusiones aterradoras.

La ceniza del cigarro le cae sobre el pecho, pero él está tan sorprendido que ni se da cuenta. Dios Santo... No puedo creer que se me haya cruzado por la cabeza que pudiese estar detrás del chantaje o de la muerte de Mónica, pero ahora que he destapado esta caja de Pandora, debo seguir. Y quiero hacerlo, porque no quiero ocultarle nada más.

—Sí, Rafael. Sé lo que estás pensando... Fue exactamente lo mismo que pensé yo cuando encontré aquella foto en tu casa. Y luego simplemente enloquecí —le explico intentando no alterarme por los recuerdos.

—Espera, espera... ¿Tu padre conocía a Mónica?

—Así es. No solo la conocía sino que estuvo con ella el día de su muerte...

Rafael se incorpora de golpe y acerca su rostro al mío. Su respiración es agitada, y sus ojos brillan.

—Me estás diciendo que tu padre... —traga saliva, abrumado—. ¿Que tu padre mató a Mónica...?

—Te estoy diciendo que mi padre le robó el colgante cuando ese día fue a su casa por un asunto de negocios —replico, tensa—. Lo reconoció y siguiendo un impulso se lo quitó.

—Pero... ¿cómo sabes todo esto?

—Porque lo que hice esa tarde luego de encontrar la foto, fue ir a su casa a increparlo.

—¿Te dijo que no la mató? ¿Y tú le crees? ¡La policía dijo que se trataba de un robo! Que le faltaban joyas, y...

—Rafael, tú tampoco creíste que el asesino fuese un vulgar ladrón. Tú sospechabas que se trataba de gente que te quería asustar...

—Sí —admite con los dientes apretados intentando controlarse—. Pero ahora sospecho de tu padre. ¡Con todo lo que me dices es imposible no creerlo!

—No te culpo, yo también lo hice. Pero cuando fui a verlo lo descarté. No me preguntes por qué pero lo descarté por completo, y también me enteré que alguien lo estaba chantajeando con un video donde se lo veía entrando a la casa de Mónica ese día.

Hice una pausa en la que me dediqué por completo a escrutar su expresión para terminar de asumir la verdad: que había estado viendo fantasmas donde no debía. Nada. Incredulidad... Horror...Y también es horror lo que yo siento al recordar que por un momento dudé de él y su integridad.

—¿Y? Por favor, Marcela. Dímelo todo de una vez.

—Mi padre me dijo que... Que no sabía quién había matado a Mónica, pero que sospechaba que su amante era quien lo estaba chantajeando.

Por unos momentos se me queda mirando. Luego pestañea rápidamente y murmura:

—¿El amante? ¿Estás sugiriendo que tu padre cree que yo lo estuve chantajeando? —pregunta incrédulo—. ¿Cree también que la maté, Marcela?

Trago saliva, nerviosa.

—Él también duda de que haya existido un ladrón, sino que trataron de hacerlo pasar por un robo y resultó. Cree que... —vacilo pero me repongo enseguida y se lo digo. Vomito la verdad sin reservas porque ya no puedo ocultarlo más—. Que el amante de Mónica se confabuló con el detective privado que la seguía, el que grabó el video. Que ambos están detrás del chantaje.

Rafael mueve la cabeza y luego se pone en pie. Me está resultando difícil pensar con este hermoso hombre caminando desnudo por la habitación con ambas manos en la cabeza y expresión desesperada.

—No entiendo por qué alguien podría sospechar de mí y no tengo idea de quien grabó ese video —dice de pronto, y antes de que pueda explicarle nada, se vuelve y me pregunta a boca de jarro —: ¿Tú crees lo mismo? ¿Tú crees que yo maté a Mónica o que chantajeé a tu padre?

Titubeo dos segundos sin poder evitarlo, porque no esperaba que fuese tan directo y que esa pregunta llegara ahora, antes de terminar de decírselo todo.

—No lo creo, Rafael. Claro que no. Pero me haría mucho bien que me mires a los ojos y me confirmes que no tienes nada que ver con todo esto —le pido, intentando mantenerme serena—. Y contarte de mis miedos y mis reservas me resultaba imprescindible también porque te...

No puedo seguir porque la inesperada reacción de Rafael me lo impide.

Recoge mi vestido y me lo lanza encima.

—Vete de aquí —me dice con desprecio y a mí se me congela la sangre en las venas.

—Espera, por favor...

—¡Vete!

Me pongo de pie de un salto, porque la expresión de su rostro de pronto me aterra.

—Rafael, he venido a buscarte porque no puedo vivir con esto que sé y me he venido guardando... Y porque no puedo vivir sin ti — le confieso, desgarrada por dentro

por su reacción, e inmensamente frustrada porque no pude terminar de contárselo todo. Me faltó lo de Manrique... Me faltó contarle que también Manrique sospecha de él, y que por temer que estuviese en peligro, dejé que se marchara sin mí. Pero no me lo permite, está tan fuera de sí que ni siquiera se cuestiona cómo llegó ese dije a las manos de Mónica.

—¡Vete a la mierda, Marcela! ¿Por qué demonios no me dijiste antes todo esto? ¿Por qué no me contaste que sospechabas de mí?

—¡Porque tuve miedo! No encontré el valor para enfrentar la posibilidad de que el hombre que amaba o mi padre habían tenido que ver con...

—¡Le creíste a tu padre! Tu duda tenía que ver exclusivamente conmigo... —dice, furioso—. Carajo, no me lo puedo creer. ¿El hombre que amabas? ¡Por favor! Me creíste un delincuente, maldita sea. Y elegiste callarte y quedarte... ¡Vaya forma de demostrar tu amor!

No puedo contener más las lágrimas y me largo a llorar.

—Perdóname... —murmuro, sollozando.

Pero él está fuera de sí.

—¿Sabes qué? Ve a la policía y cuéntale de tus sospechas, porque yo haré lo mismo. Les diré sobre tu padre, sobre ese video, y sobre el puto detective... Les diré todo porque ahora soy yo el que quiere saber la verdad, el que quiere saber quién demonios mató a...

—¡No! —exclamo, desesperada.

—¿No? El asesino debe pagar, y de paso sería bueno que saliera la luz lo que te obligó a hacer a los dieciséis.

Esto último me paraliza por completo.

—No puedes... No puedes hablar de eso... No debes... —murmuro entre sollozos.

Por un momento parece dudar y luego creo ver la compasión reflejada en su rostro pero es algo muy fugaz, porque luego vuelve a endurecer la mirada.

—Quiero que te marches, y que no te vuelvas a cruzar en mi camino —murmura con los dientes apretados—. Pero antes quiero saber... Sigues con tu pequeño negocio, ¿verdad? ¿Cuánto te debo, entonces?

Frunzo el ceño. Creo que se me nota claramente la confusión por esa pregunta que no esperaba y resulta totalmente fuera de contexto:

—¿Cómo...?

—Que eres una sádica de mierda que ha venido a torturarme, y que sé que hasta eso tiene un precio cuando se trata de ti.

No puedo creerlo. Él sabe cuánto dolor llevo encima, y lo que motiva esa especie de perversión que era lo único que podía darme un poco de alivio en su momento. Y que aún lo hace, porque en estos meses alguna vez he necesitado de mis esclavos, para descargar la rabia y la pena de haber dejado que él se marchara sin saber... y sin mí.

De todas las cosas horribles que pudo decirme, ésta es la peor. Y derrotada por completo, bajo la mirada y me retiro de su habitación.

39. Rafael

Paso una noche de perros, para qué negarlo.

Me duermo exhausto por completo poco antes del amanecer y el último pensamiento que recuerdo tiene que ver con lo último que debería preocuparme de esta situación: el hecho de que Marcela haya creído que soy un asesino.

Joder... ¿cómo pudo hacerlo? ¿Cómo pudo pensar siquiera por un momento que yo fuese capaz de algo así?

Y cuando despierto, mi furia sigue ahí.

A la mierda Marcela y sus equivocadas sospechas. A la mierda sus conjeturas y su rostro atribulado. Y sus mentiras... Ahora me viene a hablar de amor. ¡Carajo! Me lo hubiese demostrado acompañándome o haciéndome quedar, me daba igual. ¿Sospechar de mí es amar? ¿Decirme que soy un viejo, y que en cualquier momento podía recaer en mi adicción es amar? ¡No tiene idea de lo que es eso, esa mujer! Marcela solo sabe lastimar. A mí, a sus esclavos pervertidos, y a quien se le ponga a tiro.

Debería odiarla, pero no puedo. No logro dejar de pensar en ella... Maldita bruja del demonio, que ha vuelto para arruinarlo todo, para perturbarme, para hacerme desearla más.

Mientras me ducho, trato de centrarme en lo que realmente importa y no es Marcela. Se trata de Mónica, o más bien de quien la mató. Ahora mis sospechas de que no fueron simples ladrones se renuevan, y comienza a tomar fuerza la idea de que el padre de Marcela es el verdadero asesino. Después de todo ella me dijo que hay un video que puede inculparlo, y por la memoria de Mónica me gustaría que se supiese la verdad y que el responsable pagase por lo que hizo.

El chantaje al que se ha visto sometido me tiene sin cuidado, y no hubiese movido un dedo por evitarlo. Me da igual que piense que fui yo el asesino, que fui yo el chantajista. No tengo idea del origen de sus sospechas y a decir verdad ya no me importa ni lo que crea ni lo que le suceda. Ese infeliz se merece que alguien lo haga pasar un mal rato después de todo lo que le hizo a su hija, y de lo que pudo hacerle a Mónica. Esta espina sobre la culpabilidad de su padre me la clavó Marcela y no me deja de incomodar.

¿Por qué tuvo que hacerlo? ¿Por qué causarme esta inquietud justo ahora? Solo ella tiene la potestad de poner mi mundo de cabeza una y otra vez.

Y aun así no quiero hacerle daño, por eso debo pensar muy bien qué hacer. No sé si desenmascarar al padre pueda afectarla, pero sin duda el que se sepa que él la entregó lo hará.

Si investigo y resulta que es un asesino, lo de la cadena con el dije va a sacar a la luz lo de la violación, y ella va a sufrir.

Pero tengo que saber... Tengo que averiguar también cómo es que Mónica tenía ese dije. ¿Cómo es posible que hubiese llegado a sus manos? ¿Cuán comprometida estaba en lo que le hicieron a Marcela?

Intento retomar mis actividades, porque abandonarme a darle vueltas al asunto

todo el día no es una opción para mí. Bajo a desayunar con todo el equipo, y ni bien entro en el comedor, descubro que ella está aquí.

Parece abatida y triste, cuando se vuelve a mirarme. Pensé que ya se había marchado... Con cierta dificultad aparto los ojos de ella, y trato de concentrarme en lo mío pero no puedo, porque no terminamos de sentarnos cuando ya la tengo de pie junto a mí.

Y también tengo a todos los presentes mirándola con franca admiración... Dios mío, que termine esta tortura por favor. ¿Qué demonios quiere ahora? ¿No le alcanzó mi furibunda reacción? Voy a pensar que tiene su puntito masoquista y que no es tan sádica como parecía.

Resignado, levanto la mirada:

—¿Qué? —pregunto secamente.

—Anoche no terminé contigo —me dice, y deja a todos con la boca abierta. Maldita la hora en que se me ocurrió enseñarles un poco de español.

—Pero yo sí —replico, ahora sin mirarla.

—Por favor...

Esto es como un melodrama con buen *rating*, porque todos nos miran expectantes. Y también observan con disimulo el cuerpo de Marcela, que enfundado en unos vaqueros apretados y con una simple camiseta blanca, se ve realmente deslumbrante.

Suspiro y me vuelvo a observarla yo también.

Con la cara lavada y esa cola de caballo parece una colegiala. Me sale el troglodita de adentro y de pronto no quiero otra cosa que sacarla de allí, para que dejen de mirarla.

Me pongo de pie abruptamente.

—Ven —le ordeno cortante, y echo a andar con ella pisándome los talones hasta salir del comedor.

Cuando llegamos a los elevadores la enfrento, enfadado:

—¿Qué parte de que me dejes en paz no has comprendido?

Ella se mira las manos, nerviosa.

—Lo he entendido perfectamente. Solo quería pedirte que no fueras con la policía... No soportaría ver mi pasado expuesto, ni quisiera ver a mi familia en problemas, Rafael. Pese a todo lo que sucedió no quiero perjudicarlos, especialmente por mi hermana pequeña... No quisiera que descubriese que el padre que tanto adora fue capaz de entregarme, o capaz de algo peor —dice en voz baja—. Te ruego que no lo hagas...

Trato de no sentir empatía, de no sentirme conmovido con su ruego, pero una ola de compasión mezclada con ternura me invade.

—Ya veremos. ¿Eso es todo? —pregunto, inexpresivo.

Ella vacila, con la mirada fija en mi cuello. No se atreve a mirarme a los ojos cuando responde.

—Sí.

—Qué alivio. Pensé que solo querías seguir haciéndome daño un rato más.

—Rafa, yo jamás quise...

—Ahórratelo, no tiene caso —la interrumpo cortante—. También es un alivio que no hayas venido por más cama, porque no estoy en condiciones después de lo de ayer. Y

ahora si me disculpas...

—¿Crees que he venido a eso? ¿A hacerte daño y a echar un polvo? —pregunta, con los ojos brillantes por la indignación.

—¿Y si no a qué? Espero que se hayan disipado tus dudas, y que hayas quedado satisfecha... en todo sentido.

—He venido a sincerarme, a contarte lo que sabía y con la esperanza de que volviéramos.

Frunzo el ceño y sonrío, incrédulo.

—¿Qué pasa? ¿El dinero me rejuveneció de pronto o te has asegurado de que no haya recaído en el juego? Porque tus impedimentos para estar conmigo supongo que se mantienen.

Marcela parece a punto de llorar.

—Eso fue una excusa que me inventé... Quería que te marcharas, porque necesitaba procesar toda la información que había recibido y porque tenía miedo de tomar una decisión que hiciera que terminaras en la cárcel o algo peor...

—Seguro, porque no solo sospechabas de mí: estabas segura de que era culpable —replico.

—¡No es cierto! No quería que te sucediera nada... —murmura, mientras hace lo que mejor le sale últimamente, intentar manipularme a través de las lágrimas.

Y casi lo logra, lo confieso. No lo hace porque las puertas del ascensor se abren y aparecen dos de los nuestros, con caras de trasnochados.

Al verme, ambos dejan de reír y luego observan a Marcela con demasiado interés.

—*Ten minutes late* —los reprendo, solo para distraerlos y que no la miren más.

—*Coach, please...* —me ruega uno de ellos, pero es en vano.

—*Come back where they came from* —ordeno, inflexible.

Entonces ambos se vuelven y le ruegan a Marcela con la mirada. Parece que creen que ella puede influir en mi decisión de no dejarlos desayunar por su falta de puntualidad.

Ella entiende el mensaje y murmura:

—Fueron solo diez minutos...

Ah, caramba. ¿También se atreve a contradecirme? Esto es la gota que colma el vaso.

— *Punctuality is a fundamental value in sport and in life. Get out* —replico. Y luego dirigiéndome a Marcela, le ordeno: —No vuelvas a intervenir en nada que me involucre ¿entendido?

Por un momento se ve desconcertada, pero luego reacciona:

—Si los dejas sin desayunar por esa tontería, eres más sádico que yo.

—Permíteme ponerlo en duda. Yo veo sus narices intactas todavía.

—Eso es un golpe bajo. Se puede hacer daño también con las palabras.

—Por supuesto, eso lo debes saber tú mejor que yo. Es tu especialidad.

Los muchachos nos miran a uno y a otro asombrados. Creo que no comprenden lo que decimos, pero igual se dan cuenta de qué va.

No sé por qué Marcela se ha tomado esto como algo personal, pero por la expresión de su rostro me doy cuenta de que está dispuesta a dar pelea un rato más.

—Déjalos en paz. No eres su padre, solo su entrenador —dice luego de un

momento—. No tienes derecho a impedirles que...

—Soy solo su entrenador pero quiero lo mejor para ellos, igual que un padre. Pero claro, tú no tienes idea de qué se trata ¿no? No has tenido el mejor ejemplo en casa...

Es decirlo y arrepentirme, todo al mismo tiempo. Pero no hay nada que hacer, ya está el daño hecho.

Marcela acusa el golpe, puedo verlo. Lo noto en el temblor de su boca, en sus ojos nuevamente aguados, en el dolor de su mirada.

Esperaba continuar con el duelo verbal, tenía la esperanza de hacerlo para dejar atrás mis palabras, pero no tengo la oportunidad porque ella sin decir una sola palabra se mete en el ascensor, aprieta el botón y se va.

Yo me quedo mudo. Mudo, paralizado, sintiéndome un estúpido y un verdadero sádico. ¿Por qué demonios le dije eso? ¿Por qué carajo la trato así?

La realidad me golpea en la cara y tengo que admitir que ella tiene razón: se puede hacer mucho daño con las palabras, mucho más daño que con un golpe en la nariz o poniendo a alguien de rodillas. Lo que le acabo de decir es tan cruel que comparado con esto, cualquier otra cosa que ella pudo hacer o decir a sus sumisos, parece un juego de niños.

Los muchachos me miran, expectantes y yo les hago un gesto con la cabeza, señalando el comedor.

Y es en ese momento que descubro a la compañera de Marcela, y mi mente comienza a trabajar con rapidez.

Cuando llego a su mesa, ya he urdido el plan que me llevará al único sitio donde quiero estar de ahora en más.

40- Marcela

Estamos retrasados... Mierda, con lo que me gustaría salir de aquí. París ya no volverá a ser el mismo para mí después de hoy, y eso es solo una más de las razones por las cuales quiero ir a casa y dormir, dormir, dormir... Dormir y olvidarme de todo por un rato, soñar con que al despertar todo será diferente.

Eso es lo que hice durante todo el día.

Después de la decepcionante discusión con Rafael en la que me lastimó como nunca antes, me fui a la habitación y me tome medio *Alprazolam*. Por suerte a María no se le dio por hacer preguntas cuando regresó del desayuno.

Solo me miró de una forma extraña y dijo que saldría toda la tarde. Cuando lo hizo, yo me adormilé y así me quedé hasta que ella me despertó con un sándwich de pollo, poco antes de salir para el aeropuerto Charles De Gaulle.

Necesitaba olvidarme de lo que había sucedido esa mañana, pero lo haría después de que María me interrogara al respecto. Sin embargo, ella permaneció callada durante todo el camino.

Parecía que no era nuestro día, y ahora lo estamos confirmando con este imprevisto. Joder, joder, joder...

Mientras mis compañeros conversan y ríen en el Vip Lounge del aeropuerto, yo lucho contra las ganas de llorar. Se ven despreocupados a pesar del retraso y a mí me gustaría unirme a ellos, pero no puedo. No seré capaz de sonreír por mucho tiempo, lo sé.

Rafael Duarte es la causa de mi tristeza, de mi desesperanza, de esta desazón que me invade cada vez que repaso sus palabras y me doy cuenta de que al final no fue la eventualidad de haber cometido un asesinato lo que termina haciendo que lo desconozca, sino esa cruel y alevosa forma de herirme, pegándome donde más me duele.

Sé que yo también le hice daño, pero no fue de forma gratuita sino por estar pasando un momento amargo, en el que era incapaz de evaluar correctamente la situación para tomar una decisión. Me llevó meses encontrar el valor para hablarle, y si bien no esperaba que lo tomase de la mejor manera, tampoco esperaba esto.

Ya está, ya terminó todo. Entonces... ¿por qué sigo pensando en él? ¿Por qué sigo deseándolo? Se me erizan los vellos del brazo cuando recuerdo la forma en que me hizo el amor anoche... Me acarició como si sus dedos quisieran grabarse toda mi piel.

Fue tan exquisitamente violento por momentos. Dominante al principio, y al final entregado y... sumiso.

¡Mierda! Jamás voy a encontrar a alguien que me guste tanto. Y por eso me voy a quedar sola, añorándolo con desesperación.

Qué sombrío panorama me espera. Un padecimiento peor al de estos últimos meses, que tal vez solo pueda sobrellevar volviendo a humillar esclavos.

Miro mi móvil y la tentación es grande... Allí están mis dos perros fieles, siempre conectados, siempre atentos.

—¿Por qué son tan mierda los hombres? —le pregunto a 'PerroFree'.

—Señora, qué gusto volver a saber de usted. ¿Qué le han hecho? —es su rápida respuesta, o más bien una pregunta que no autoricé.

—No me interrogues, bastardo. El que debe responder eres tú. Hazlo.

—Le ruego me perdone. Yo creo que los hombres somos infinitamente inferiores y algunos no quieren asumirlo así que tratan de compensar lastimando...

—Típica respuesta de arrastrado que no me sirve para nada —escribo con rapidez —. Piensa rápido y piensa mejor.

—Lo siento, señora. ¿Qué le parece si le envío cien dólares para contentarla?

Sí claro, como si el dinero pudiese compensar lo que perdí para siempre.

—Ponte de rodillas, infeliz. Pero hazlo sobre granos de arroz durante una hora y grábalo. No quiero tu dinero...

—Mi reina, lo que usted diga. Cómo me gustaría tener la dicha de secar sus lágrimas.

—Hace falta más que un enfado para hacerme llorar —escribo esperando que no se note la mentira. Lo que hace falta para hacerme llorar, Rafael lo ha hecho todo y yo también he contribuido sin querer a eso. Y mis buenas lágrimas me ha costado y me costará.

—Tal vez la ha hecho enfadar para que lo castigue. A veces hacemos eso...

El infeliz piensa que se trata de otro como él. Qué equivocado está... Rafael Duarte tiene el poder de hacerme más daño que yo a él.

—No se trata de un perro como tú. No sé para qué le pregunto a alguien que solo se emociona cuando lo insultan por internet.

Me quedo esperando, y nada. Cinco minutos y nada de nada. Vaya, pagará caro esta descortesía. Quizá le cueste un poco más de cien recuperar mi atención a ese perro.

El móvil vibra de pronto.

—Tal vez esto me cueste perderte, *Eme* o como realmente te llames, pero me doy cuenta de que estás sufriendo y no puedo tolerarlo. Si lo amas no te des por vencida. Tiene que ser muy especial el hombre al que le has entregado tu corazón, y tal vez necesites recordar qué se siente cuando alguien a quien amas, te hace doler. Y digo recordar, porque presiento que no es la primera vez que te sucede... Espero que esta vez, todo termine bien.

Contengo el aire mientras leo y cuando termino me seco las lágrimas, y apago el móvil. Ya no tengo ganas ni fuerzas para seguir.

Creo que a pesar de todo lo que estoy sufriendo, ya no es esto lo que necesito para calmarme.

Nos piden abordar en el momento justo, cuando estoy a punto de desmoronarme. La siguiente media hora trabajo con rapidez para no pensar, para no recordar que esto ya nunca terminará bien.

Para cuando comienza el abordaje de los pasajeros, intento poner mi mejor cara, pero se ve que se me nota que no estoy pasando un buen momento, porque María me susurra al oído: —Yo te cubro. Tú mejor ve a ver si el menú especial está tal cual se solicitó.

Asiento y me alejo de la puerta. ¿Es tan evidente lo mal que me siento?

Permanezco en la cocina y solo salgo para el chequeo de seguridad. Camino

lentamente por el pasillo asignado, mirando a un lado y a otro, controlando que todos los asientos estén en posición vertical, las persianas abiertas y los cinturones abrochados.

A mi derecha descubro que un pasajero tiene problemas con esto último. Veo sus manos aferrando ambas puntas mientras intenta juntarlas, al parecer sin éxito.

Automáticamente me inclino a ayudarlo y descubro en sus vaqueros una erección soberbia. Y cuando tratando de disimular mi turbación levanto la cabeza para mirarlo a la cara, también descubro la intensa y ardiente mirada de Rafael.

Me paralizó por completo. Abro la boca como una boba y no atino a nada. Siento que estoy a punto de perder el sentido... Esta parece ser la alucinación más vívida y loca del mundo, y cuando pestañeo para que se disipe caigo en la cuenta que no se trata de una alucinación, sino que es real.

Rafael está aquí, sentado en el 11B, observándome.

—¿Podría ayudarme, señorita? —pregunta como si nada.

Yo titubeo pero solo un segundo antes de tomar con mis temblorosas manos ambas puntas del cinturón, e intentar abrochárselo, tratando de ignorar ese bulto descomunal que tiene entre las piernas.

Me cuesta lo suyo... ¿quién puede culparme? Tengo al hombre de mi vida respirando sobre mi pelo mientras exhibe con descaro su inmensa erección, como para que no me queden dudas de que eso es para mí.

—Ya está... señor —logro balbucear cuando termino, y evitando mirarlo a la cara me incorporo.

—Muchas gracias. No hubiera podido hacerlo sin usted.

—Para servirle —respondo con las mejillas rojas, y haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, continúo con mi trabajo mientras mi cabeza hierve de tantas preguntas que me hago.

—¿Por qué está aquí? ¿Cómo logró un boleto en este vuelo con tan poco tiempo? ¿Cómo voy a hacer para soportar las siguientes doce horas?

El vuelo está a punto de despegar, así que mientras los otros auxiliares hacen el chequeo cruzado, yo me siento en la silla desplegable y me pongo el cinturón.

María se sienta en el suyo, frente a mí, mirándome con una sonrisita extraña.

—Veo que ya te has enterado.

Y ahí caigo en la cuenta de que ella es cómplice de esto.

—¿Cómo has podido? —le reprocho.

—Necesitabas un cierre como Dios manda, o una apertura apoteósica —me dice encogiendo los hombros—. Además él me lo suplicó. Sabes que no puedo resistirme con los hombres guapos... Ni siquiera con los novios de mis amigas.

—Cállate. Él no es mi novio.

—Tú te lo pierdes, yo me lo quedo.

—Sobre mi cadáver —pienso, pero no digo nada.

Y durante las siguientes dos horas intento por todos los medios evitar cruzar siquiera una mirada con él.

Claro que mucho no dura la tregua porque mientras me afano preparando el servicio, se enciende la luz del 11A.

—Te toca, Marcela —me indica la sobrecarga y yo no tengo otro remedio que

acudir, pero para mi sorpresa Rafael no está.

La dulce anciana que se sienta en la ventana me sonrío y luego pregunta:

—¿Falta mucho para la cena, señorita?

—No, señora. La estamos preparando.

—Vale, vale.

Antes de retirarme mi curiosidad gana la partida, y no puedo evitar preguntar:

—¿Y el caballero de este asiento está en el baño?

Pero no responde la dama, sino una voz junto a mi cuello, y en un susurro:

—El caballero de este asiento está detrás de ti.

Mi turbación es tal que en vez de apartarme doy un paso atrás pegando mis nalgas a su erección. Es sentirla, y reaccionar como si me hubiese sentado sobre una brasa ardiente.

—Lo... lo siento —murmuro mientras me muevo a un lado, sin saber ni dónde poner los pies. Carajo, nunca me había sentido tan incómoda en mi propio territorio.

—No se preocupe —me dice él, serio, pero sus ojos brillan mientras toma asiento sin dejar de mirarme.

—¿Puedo servirle en algo más, señora? —pregunto, amable.

—Si hay pollo y pasta, me pido pollo —responde la anciana. Y luego se dirige a Rafael—. ¿Y tú qué quieres, querido?

Él sonrío, y hasta se da el lujo de bromear.

—Si es por pedir, me pido a la señorita.

Me fuerzo a sonreír al igual que la señora, pero esto no se lo voy a dejar pasar. Salvando lo que nos une, esto es acoso aquí y en China. Bueno, sobre todo en China.

—No estoy en el menú, señor. Con permiso...

Me voy con prisa, no porque le tema sino porque me temo. Tengo miedo de mis propias reacciones, porque tenerlo en este vuelo me ha terminado de descontrolar.

Y mientras sirvo la comida, en mi mente aparece de pronto la respuesta a todas mis preguntas. Sé qué hace aquí. Regresa para hablar con la policía, para decirle lo de mi padre, para que salga a la luz la verdad sobre la muerte de Mónica, arrastrando con ella mi secreto y de paso a mi familia hasta el mismo infierno.

De nada sirvieron mis ruegos, Rafael hará lo que quiera, aunque eso implique hacerme sufrir. Especialmente por eso, porque terminó resultando más sádico que yo.

El jodido *karma* brillando en todo su esplendor.

Mi máscara de amabilidad se resquebraja mientras no hago otra cosa que pensar en cómo sobrellevar las horas que se avecinan.

41. Rafael

Madrugada en el aire. En el mismo aire que respira Marcela.

Hace unos momentos pasó por aquí, recogiendo la última parte del servicio. Evitó mirarme a los ojos en todo momento, incluso cuando quise quedarme con el vaso por si me daba sed más tarde, y me dijo con voz tensa que lo tirara porque podía pasar por el “gali —cuando quisiera, que había un servicio de bar durante todo el vuelo.

Eso precisamente me dispongo a hacer ahora, y no porque tenga sed sino porque he observado los movimientos de la tripulación y en este momento Marcela está con su compañera María en la pequeña cocina de la parte delantera.

Ni bien aparezco tras la cortina, María se apresura a retirarse cerrándola tras de sí.

Y es así que por fin me quedo a solas con Marcela.

Ella ni me mira. Se afana en lo que sea que esté haciendo con las latas de bebida mientras finge que no estoy allí, pero puedo observar que las manos le tiemblan levemente.

Dios Santo qué mujer más hermosa. Es como una fantasía hecha realidad con su falda lápiz azul marino, los altos tacones y esa especie de casquete sobre su cabello recogido en una coleta alta. En lugar de la chaqueta que lució al principio, tiene puesto una especie de delantal que se ata a ambos lados de su cintura y unos manguitos con elástico para no mancharse la blusa.

Por unos momentos me quedo en blanco regodeándome con su belleza, pero soy consciente de que tengo poco tiempo y mucho para decir, así que me obligo a salir de este estado de embeleso y comportarme más... normal.

—No tienes por qué alterarte tanto —le digo en voz baja.

Ella gira la cabeza y clava su mirada en mí.

—Lo estoy no por que estés aquí, sino porque sé los motivos.

No sé qué es lo que ella supone, pero voy a averiguarlo.

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—Regresas para contarle a la policía que sospechas de mi padre. Se lo dirás todo y también querrás saberlo todo, porque no te vas a resignar a no conocer la verdad sobre la muerte de Mónica —dice, y es evidente que eso es algo que la afecta demasiado.

—Tienes razón, quiero saber la verdad. Pero no pienso ir a la policía para averiguarlo.

Se sorprende y no lo oculta.

—¿Hablarás con mi padre directamente?

—No. Buscaré al detective y si es necesario le arrancaré esa verdad.

Marcela frunce el ceño.

—Eso puede ser peligroso, Rafael... No lo hagas, por favor.

—Debo hacerlo y lo sabes. Tú puedes ayudarme consiguiendo con tu padre los datos del chantajista.

Ella deja lo que está haciendo y se toca la frente. Se la ve agotada, y muy preocupada.

Quiero darle alivio, necesito alejarla de todo lo que la agobia. Bueno, de todo menos de mí.

—Prometo que no haré nada que saque a relucir lo que tanto temes, Marcela. Si fuese por mí haría que pagasen todos los que te hicieron daño, pero no quiero perjudicarte en forma alguna.

Parece que eso la reconforta, al menos un poco. Suspira y luego me mira. Sus enormes ojos verdes me tienen cautivado, y solo salgo de esa especie de hechizo cuando la escucho preguntar, como una niña:

—Entonces ¿ya no estás tan enfadado?

Ay, carajo. ¿Cómo es posible sentir tanto con tan poco?

Doy un paso al frente y elimino la distancia que nos separa. Entrar en el radio de alcance de su perfume es fatal para mí.

Quiero decirle que no estoy enfadado con ella precisamente, pero me falta el aliento. Y para recuperarlo no se me ocurre mejor idea que buscarlo en su boca.

No se resiste para nada... Oprime su cuerpo contra el mío y entreabre los labios para dejarme entrar.

Besarla es como volver a casa. Me siento contenido, deseado y poderoso cuando la que me come la boca es esta mujer. Es intenso y adictivo hacerlo... Me enciendo como nunca antes cuando me introduce la lengua despacio, como tanteando.

Excitado y medio loco, me olvido de dónde estamos e intento subirle la ajustada falda. Estoy ciego, estoy sordo, solo quiero unirme a ella como sea.

—Por ahí no vayas... Es imposible —susurra en mi oído al notar mis frustradas maniobras para llegar a mi objetivo.

Estoy tan caliente que me doy miedo. Tengo que parar con esto ya... Creo que es el mejor momento para decirle algo que tengo pendiente, algo que le estoy debiendo. La tomo de los hombros y me alejo sin dejar de mirarla.

—Perdóname.

Ella se muerde el labio y sonrío.

—No tienes por qué. Estuviste a punto de romperla, pero no lo hiciste...

—No me refiero a la falda.

Ella asiente. Sabe que no me estoy refiriendo a la falda.

Tiende la mano y me acaricia la barba con ternura.

—Tus palabras dañan, pero tu boca no. Resultan más que sanadores tus besos...

Me mata lo que me dice. Cada una de sus palabras son demoledoras para mi cuerpo enardecido, sobre todo cuando me pasa el pulgar sobre los labios mientras murmura:

—Qué guapo eres, por Dios...

Carajo, cómo me dice una cosa así en este momento. Y si no fuese porque se escucha la voz de María al otro lado de la cortina, creo que la hubiese callado de una forma obscena.

—Marcela... La sobrecargo.

Ella me tiende un vaso justo en el momento en que entra una rubia de edad madura y nos mira con suspicacia.

—Gracias, señorita —es lo único que atino a balbucear antes de emprender la retirada, rogando para que nadie note lo empalmado que voy.

Y una hora después, entre ella y María se las arreglan para que tengamos otra oportunidad de hablar.

Lo hacemos sentados muy cerca, en los asientos plegables, mientras nuestra Celestina vigila.

Marcela levanta la cabeza y me pregunta:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—En principio seis días.

—¿Y qué harás además de averiguar la verdad?

Hago una pausa, pero luego voy con todo.

—Los primeros tres días pienso follarte, y los siguientes tres dejaré que tú me folles a mí.

Ella abre la boca, entre sorprendida y risueña, pero luego de unos momentos vuelve a arremeter.

—¿Y qué pasará después?

No lo dudo y le respondo la verdad.

—Pasaré lo que tú quieras que pase. Si te quieres quedar, nos quedaremos. Si quieres volverte conmigo, eso haremos —le digo más seguro que nunca de mis palabras—. Lo que tú quieras menos una relación a la distancia o separarnos otra vez, Marcela.

Ella aprieta los labios.

—¿Serías capaz? ¿De verdad te pondrías en mis manos de esa forma?

La miro con intensidad y luego se lo digo.

—Cada vez que me veas, aunque me veas de pie, recuerda que por dentro estoy de rodillas ante ese coño —le confieso bajando significativamente la mirada—. Eres la puta ama, y lo sabes, pero no quiero ser tu perro sino tu amor.

Se queda sin aliento, puedo verlo, pero la conversación no va más allá porque nuevamente aparece María tras la cortina.

—Guapo, a tu sitio. Allá viene “mamá grande —otra vez.

No tengo otra que emprender la retirada, igual de empalmado que la vez anterior. Y ni bien me siento se ilumina el pequeño monitor del centro de entretenimiento personal, y aparece un mensaje:

—El pasajero del 1 A desea comunicarse con usted. ¿Acepta?

Habían avisado que había un sistema interno de comunicación entre pasajeros, pero no se me cruzó por la mente utilizarlo, así que esto es toda una sorpresa para mí. Miro por el pasillo hacia adelante, y no veo más que la cortina que nos separa de la primera clase cerrada por completo. Le doy aceptar y de inmediato puedo leer:

—No he podido dejar de notar que tiene un pequeño problema allí abajo. No puedo imaginar cuál es la causa pero sí sé cómo puede solucionarlo. Y no tendrá que ponerse de rodillas para hacerlo, lo prometo.

Si antes venía mal, ahora me pongo peor. No puedo creer que me haga algo así...

—Querrá decir ‘quién’ y no ‘cómo’ —escribo lo más rápido que puedo, teniendo en cuenta que me tiembla la mano.

Pero ella ignora mi réplica.

—Haga lo que le diré a continuación: vaya ahora al baño más cercano y alívese. Hay toallas allí para limpiarse. Luego regrese a su asiento que seguramente alguien de

la tripulación pasará a recoger dicha toalla.

Vaya... No me esperaba eso. Ni remotamente, lo juro.

—¿No podrá alguien de la tripulación ayudarme en el baño? —contraataco esperanzado.

—Seguro estarían gustosos en servirle en otra ocasión, pero esta vez se trata de una orden. ¿O tiene problemas con eso?

—Será un placer. Tanto hacerlo como entregarle las pruebas —es todo lo que puedo escribir antes de apagar el monitor, ponerme de pie y dirigirme al baño que está detrás de mí.

Nunca me hice una paja en un vuelo, y juro que no pensé que llegaría este día pero aquí estoy, con mi polla en el puño y los huevos a punto de reventar. No me lleva más de dos minutos... No hacen falta más estímulos que los que tengo en mi cabeza que también siento que está a punto de explotar. Que Marcela me dé este tipo de órdenes pone mi cuerpo y mi mente al límite y no tengo que hacer demasiado para acabar... Me muerdo los labios e intento no gemir mientras recojo toda la leche en una servilleta de papel, siguiendo al pie de la letra sus instrucciones.

Lo envuelvo bien y me lo meto en el bolsillo. Y luego me lavo las manos y la cara, antes de volver a mi lugar.

No pasan ni cinco minutos y la veo aparecer. Les sonrío a los pasajeros pero a mí ni me mira. Me pongo un poco nervioso... ¿Y si no fue ella quién me escribió esos mensajes? ¡Joder!

Tengo que salir de dudas así que cuando la tengo junto a mí y no le veo intención de detenerse, me decido a hablarle:

—Señorita... ¿podría... deshacerse de esto? —le pregunto tendiéndole la toalla hecha un bollo en mi puño.

Ella me mira y me sonrío dulcemente.

—Por supuesto —dice, y sus ojos me confirman que sabe perfectamente qué le estoy dando. Maldita loca.

Respiro aliviado y ella se muerde el labio mientras nuestros dedos se rozan al entregárselo.

La anciana que viaja junto a mí, despierta de pronto y rompe el encanto del momento:

—Señorita... ¿Cuándo nos traerán un bocadillo?

Marcela no deja de sonreír cuando se inclina a susurrarle:

—En unos momentos, señora. Iré al baño a componerme y luego comenzaré los preparativos con mi compañera.

La dama parece complacida.

—Usted se ve magnífica. A su edad y con esa belleza, no necesita más que una sonrisa, jovencita. Pero vaya tranquila que mi apetito puede esperar.

Y todo esto pasa con las tetas de Marcela a unos centímetros de mi rostro, mientras permanece inclinada escuchando el cumplido de la anciana. Claro que eso basta para que me vuelva a empalmar.

Marcela agradece y se marcha... al baño. O al menos eso dijo sin que viniera a cuento, así que mi cabeza se prende fuego otra vez. Y cuando sirven el bocadillo todo se pone peor. Es un sándwich envasado al vacío que nos dan junto con una servilleta.

Pero la mía, Marcela la toma del bolsillo de su chaqueta y está doblada diferente: en vez del clásico triángulo es un pequeño rectángulo porque está varias veces plegada.

Ni siquiera me mira cuando me lo da, a pesar de que le puse mi mejor cara de... perro pidiendo comida. Y cuando la extiendo veo una marca de humedad alargada en uno de los pliegues... ¡Carajo! No me lo puedo creer...

La llevo a mi nariz con disimulo y aspiro. Yo conozco ese aroma, lo conozco bien... No puedo probar bocado, tal es la inquietud que esto me provoca. Le cedo a mi acompañante el sándwich pero conservo la servilleta, por supuesto.

Y durante el resto del vuelo no puedo hacer otra cosa que revolverme en el asiento mientras mi mente y mi cuerpo están enfocados en una sola dirección: Marcela.

42. Marcela

No me marchó con mis compañeros esta vez. De pie, en la puerta de salida de la terminal de arribos, espero a que Rafael salga para marcharnos juntos.

Ni siquiera lo hablamos antes de bajar, bastó una mirada para tener la certeza de que esto continuará hoy mismo.

Y por fin aparece. Lo hace más rápido de lo que esperaba, ya que solo trae la maleta de mano con ruedas. Al parecer, no ha despachado más equipaje.

Lo veo aproximarse y mi corazón se acelera.

Nunca estoy preparada para ese vacío en mi vientre, para esas mariposas, para la inquietante descarga de adrenalina que me provoca el solo hecho de contemplarlo.

Está más apuesto que meses atrás. Y más deseable.

—¿Tienes tu coche aquí? —es lo primero que me pregunta.

—Ya no tengo coche.

—¿Y eso?

Me encojo de hombros. ¿Cómo decirle que comencé a quemar mis naves porque de verdad esperaba no volver? Estaba dispuesta a quedarme a vencer mis miedos y vencer mis prejuicios con tal de no perderlo. Y aun lo estoy, solo que todavía no encontré el momento para decírselo y sin duda este no es.

—Lo vendí. Ya era hora de cambiar...

Él sonríe.

—Bien, a la oficina de Avis entonces.

Comienza a caminar y yo lo sigo, arrastrando también mi pequeño *carry*.

—¿Iremos a tu casa o a la mía? —pregunto intentando seguirle el paso, cosa nada fácil con mis altos tacones, mi falda ajustada y sus enormes zancadas.

Vuelve a sonreír.

—A ninguna de las dos.

Y es así como terminamos rumbo al hotel Roma, a solo cinco kilómetros del aeropuerto. Lo conozco, he pernoctado allí en alguna jornada particularmente agotadora, en la que regresar a la ciudad se me hacía una tortura.

Durante el corto trayecto le escribí a Sebastián que ya estaba en tierra.

—Has regresado... Entonces ¿todo resultó mal? —me pregunta.

—Todo lo contrario. Mañana tal vez te cuente.

—¿Qué? ¿Me dejarás en ascuas? Eres más perversa de lo que suponía.

—Lo soy. No me esperes esta noche... Tú y Luis tienen piedra libre un rato más — le pongo junto con un *emoji* de diablito.

Y justo antes de volver a desconectar el móvil, me entra un mensaje de “Perro Free.

—Mi Reina, sé que me pasé todos los límites... Perdóneme por favor. No quiero perderla... Permítame enviarle un tributo que esté a su altura.

Trago saliva completamente avergonzada, mientras con el rabillo del ojo compruebo que a Rafael no le ha pasado desapercibido ni el mensaje ni mi turbación. No sé si lo ha leído pero no hay duda de que se da cuenta de que se trata de uno de

mis esclavos.

—Lo... Lo siento —murmuro mientras apago el móvil.

—No te sientas mal. No debes avergonzarte.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿No? ¿Crees que está bien lo que hago?

Rafael suspira.

—¿Quién soy yo para juzgarte? Si lo hice fue debido a algún prejuicio y a mucho despecho, pero lo cierto es que no tengo derecho a censurar tus acciones.

—¿No te importa que... siga con esto?

—Mientras no te pongas en un riesgo real como aquella vez, no es que no me importe, pero entiendo por qué lo haces. Sé de tus conflictos y también sé que se trata de actividades consensuadas...

—¿Pero no crees que es inmoral?

—Mira, Marcela. La moral tiene que ver con lo socialmente aceptado, es algo dinámico y cultural. Aquí estamos en un terreno personal, con una motivación clara y un beneficio mutuo.

—Vaya... Lo has analizado a fondo.

—Sí, le he dado muchas vueltas y no es mi intención filosofar al respecto. Solo quiero que te quede claro que no voy a hacer ni decir nada que te haga sentir mal o te coarte. Lo que sí haré es ofrecerte mi apoyo y escucharte cuando lo necesites... Por lo demás, no me importa que lo hagas siempre y cuando, como te dije antes, no implique que tu seguridad corra peligro.

—Nada real, todo virtual.

—Básicamente. Y nada que te haga más mal que bien pues solo quiero que mantengas tus demonios a raya y seas feliz.

Se me llenan los ojos de lágrimas al escucharlo.

Nunca nadie me entendió tanto ni tan bien. Nadie me demostró su amor de esa forma... Joder, jamás me sentí tan querida como con este hombre maravilloso.

No digo nada por unos momentos, porque si hablo sé que estallaré en lágrimas. Cuando me siento más repuesta, musito:

—Gracias.

—¿Por comprenderte?

—Y por quererme —le digo ya más serena—. Por mucho tiempo necesité hacer daño para no hacérmelo yo misma. Luego descubrí que podía también solventarme de esta forma, pero en el fondo siempre se trató de falta de amor, sobre todo cuando te alejé de mi lado. Ahora todo es distinto, Rafa, ahora todo cambió.

Sonríe de una forma que lo ilumina todo.

—Todo cambió pero de alguna forma sigue igual... ¿verdad? —me dice con una significativa mirada mientras aparcamos en la entrada del hotel—. El mismo deseo, las mismas ganas... Marcela, continuaremos esta conversación más adelante pues ahora debo ser sincero: solo puedo pensar en follarte.

Y durante la siguiente hora y media es lo que hacemos. Follar, follar, follar...

Lo hicimos de pie, ni bien entramos, en cuanto pudo deshacerse de mi falda y de unas dudas que lo asaltaron de repente.

Me hizo inclinarme sobre el tocador y me quito las bragas, pero antes de

penetrarme vaciló.

—Esto que vamos a hacer... Lo que hicimos en París... Es una completa irresponsabilidad...

Sí, claro que lo era. Pero no me importaba nada. Sin incorporarme siquiera lo miré por encima del hombro.

—Era y es inevitable... Ya veremos qué hacer llegado el caso.

Volvió a dudar un instante pero después me la metió hasta el fondo.

También lo hicimos en la cama... Recorrí su cuerpo perfecto con la boca y después lo monté. Se corrió como un salvaje, aferrado a mis tetas.

Lo hicimos en el baño, bajo la ducha, enroscados en un estrecho abrazo que parecía interminable.

Nos amamos de varias formas, y a cual más intensa, más placentera, más deliciosa, y ahora yacemos uno junto al otro, relativamente saciados y bastante exhaustos.

Sobre todo Rafael, que se ha quedado dormido.

Lo observo en silencio por unos instantes, y luego me levanto, tomo el móvil y me encierro en el baño.

La llamada es breve y es a mi padre. Casi muere de la sorpresa; no se lo esperaba. Voy directo al grano, no tengo nada que perder y estoy segura de obtener lo que necesito.

Sí, lo han vuelto a chantajear y está a punto de volver a pagar. Le digo que no lo haga, y que me proporcione los datos del detective. Al principio se niega, pero soy muy persuasiva cuando quiero: lo amenazo con ir yo misma a la policía y termina cediendo, no sin antes preguntarme qué demonios pienso hacer.

—Desde luego defenderte a ti, no. Pero de alguna forma le debo a Mónica la verdad y la averiguaré...

—¿A Mónica? ¿Cómo es que...? ¿De dónde...?

—Cállate e intenta no seguir cometiendo errores y dilapidando lo poco que le queda a esta familia. Tienes una hija estudiando en el exterior... ¿lo recuerdas?

—Querida, yo no tuve nada que ver con la muerte de...

—Ya veremos. Y ni una palabra a nadie de todo esto —es lo último que le digo antes de colgar.

Y durante la siguiente media hora, me dedico a buscar la huella digital de ese hombre. Es relativamente fácil rastrear a alguien, cuando usa el mismo móvil para aplicaciones de citas. Se nota que es su número para fines turbios y no el que usa habitualmente, pero igual lo agrego a WhatsApp con la esperanza de que sea quien busco y me conteste, y cambio mi foto y mis datos rogando para que ninguno de mis otros contactos lo note.

La imagen que elijo es de mis piernas cruzadas, luciendo altos y relucientes tacones, y cambio mi nombre por el de "Eme". No sé si es de los que no pueden decir que "no —a flirtear con una desconocida, pero no pierdo nada con intentarlo.

Y cae, vaya si cae. Me pregunta de dónde lo conozco y yo me salgo por la tangente. Por un rato insiste, pero yo lo distraigo con un bombardeo de fotos sexys y parece que se olvida de cómo y por qué llegué a él, como cualquier otro machito alzado.

No tengo muy claro adónde voy, solo quiero saber más de este infeliz. Y la oportunidad llega cuando ocurre lo esperado: quiere una cita.

—¿De veras quieres verme?

—Oh, Dios. Sí... Quiero verte y todo lo demás... Si tu rostro está de acuerdo con tu cuerpo debes ser preciosa.

—No sé... Me dicen que lo que tengo de guapa lo tengo también de perversa... Y me doy cuenta de que no soportarías la clase de juego que me gusta proponer...

Obviamente vuelve a picar.

—¿Qué es lo que te gusta? Porque yo estoy dispuesto a todo... Soy muy liberal.

Entonces le envío varias fotos que tengo en el móvil. Tíos de rodillas, tíos enmascarados, con esposas en las manos y grilletes en los pies, largas piernas femeninas en tacones, látigos...

Tiendo la red con todo, y el hijo de puta cae.

—Ven ahora —me escribe—. Por favor.

Le envío una foto actual de esas que desaparecen luego de verlas, tal como estoy ahora sentada en el wáter con mis bragas en torno a mis pies. Me cuido bien de no mostrar más que mis piernas, pero basta para que, si le queda alguna duda de si soy real, esa duda se disipe.

—Eres un cielo... ¿estás en el baño? Ven a casa, tengo esposas y hasta mi antigua gorra de cuando estuve en la policía.

Bingo. La confirmación de que este es el hombre que estoy buscando, llega sin esfuerzo y casi no me lo puedo creer.

—Estoy en el baño... tocándome. Si eres tal cual la foto de perfil creo que pasaremos un momento *hot* con tus esposas. Pero no será hoy... Mi marido está aquí.

—Pero no puedes dejarme así... Estoy a punto de explotar.

—Hazte una paja y envíame la foto. Y prepárate para verme mañana, pero tendrá que ser en tu casa y bajo mis condiciones. Recuerda que me gusta jugar...

—No eres una chica de hoteles ¿eh? Muy bien, será como dices. Vivo en Lancaster 99. ¿Puedes a las ocho?

—Allí estaré pero tú deberás seguir mis indicaciones. Te quiero de rodillas junto a la ventana, con la vista baja y muchas pero muchas ganas de obedecer...

—¿Eres una... dominatriz?"acierta a preguntar.

Bueno, parece que lo ha pillado.

—Lo soy. ¿Serás un buen perro?

Por unos segundos escribe y borra pero mi intuición me dice que no lo he perdido.

·"Lo que tú digas. Joder... Nunca he jugado así pero me muero de ganas.

—Tengo que irme. Espero la foto de tu polla mojada para ir haciendo boca —es lo último que escribo antes de desconectarme.

Ni me molestaré en abrirla, que para polla ya tengo bastante con la que me espera en la cama.

Y cuando vuelvo a ella, por fin puedo relajarme.

Lo que necesitamos Rafael y yo para dar vuelta la página, ya está en marcha.

43. Rafael

Todavía no me lo puedo creer. ¿Cómo es que llegamos hasta aquí? Escondido detrás de unos arbustos observo como Marcela hace sonar el timbre en un edificio antiguo.

No me pierdo ni uno de sus movimientos, y tampoco lo que dice porque me lo transmite en vivo grabando con el móvil.

Cuando me despertó y me dijo que tenía una cita con el detective, creí que bromeaba, pero no era así.

Me mostró el chat y mi primera reacción fue decirle que había sido muy astuta, y que hablaría con mi amigo Luis con el fin de ir juntos en su lugar, y emboscar a ese delincuente para obligarlo a soltar lo que sabía.

Claro que Marcela tenía otra idea... De nada me sirvió intentar razonar que era algo peligroso, que no sabía adónde se metía, que cuando se diera cuenta que la cosa iba de interrogatorio, el tipo no lo iba a tomar nada bien.

Pero ella tenía muy clara tanto la logística como los objetivos. Iríamos los dos, y su papel sería prepararlo para el interrogatorio que yo le haría. Entraría ella primero, y yo estaría afuera escuchándolo todo a través del móvil, por las dudas.

Por supuesto que me pareció arriesgado y me opuse a que ella participara de esta locura. Fue inútil... Marcela es tan terca como seductora y ni sé bien cómo, pero logró convencerme.

Lo planeamos durante todo el día. Cuando no estábamos follando, hablábamos de esto y de todo lo que no había alcanzado a contarme antes. Me dijo que el marido de Mónica era el hijo de puta que la había violado, y que también estaba siendo chantajeado al parecer con un video similar al de su padre.

Vaya lío. No me sorprendió saber de dónde venía la vinculación de Mónica con el colgante de Marcela. Creo que incluso me lo esperaba. Bueno, esos dos mierdas se merecen el chantaje y mucho más, y si solo se tratara de eso no moveríamos un dedo, pero nosotros vamos a por la verdad.

Pasamos por su departamento primero, a buscar algo de ropa, y aquí estamos. Mejor dicho aquí estoy, mirándola, con un poco de temor y una inmensa admiración. La admiro por su valentía, por lo lista que es, y por esa belleza cautivante que mi costado troglodita quisiera que nadie más tuviese el placer de disfrutar.

Es una bomba esta mujer. Y con esos pantalones símil cuero color negro y las botas acharoladas tacón aguja, puede volver loco a cualquiera. El pelo suelto y con ondas, un mini top y maquillada para matar... Una combinación sin dudas letal. Solo espero que esto no se salga de lo previsto y que no corra peligro.

Precisamente estoy aquí para eso, para cubrirle la espalda. Esa fue mi condición: aguardar fuera y escuchar todo lo que sucediera, como ahora.

Bueno, parece que comienza el show. El tipo responde y Marcela le hace un mohín a través de la videocámara.

—¿Alguien que quiera jugar? —pregunta, seductora.

—Wow... Yo, por supuesto. Eres tal cual te he imaginado. Sube, por favor. Es el

tercero A.

—Aguarda. ¿Recuerdas que te dije de qué va mi juego? Espero que tengas tus esposas a mano... —le dice, provocativa mientras exhibe ante la cámara un látigo de plumas que acabamos de comprar en un *sex-shop*.

—Vaya... Tengo listas mis esposas y también mi enorme cachiporra, hermosura. Puedes subir...

Y tal como convinimos, deja un estuche de gafas en el suelo, para que la puerta no se cierre del todo. Ni bien desaparece en el elevador, entro y subo la escalera. Permanezco oculto en el rellano, observando a través de los barrotes lo que sucede.

Se abre la puerta y aparece un hombre de lo más corriente, con una mirada lasciva que se nota a la distancia. Sostiene unas esposas en la mano y yo empiezo a sudar frío.

—Tranquilo. Marcela se va a asegurar de que la puerta no quede trancada, y escucharás todo a través del móvil. Entrarás ante el más mínimo signo de peligro y lo destruirás si le pone una mano encima... —me digo para sosegarme un poco, y de inmediato me concentro en lo que estoy escuchando por mi auricular.

—Vaya, vaya, vaya... Aquí está la dominatriz más bella del mundo. Pasa, bombón...

La veo vacilar un momento, pero luego se compone.

—Desde luego no tienes madera de esclavo. Te pedí que aguardaras de rodillas cuando hablamos, pero no has cumplido. Mal comienzo, perrito. Ya te castigaré luego...

Lo dice de una forma y con un tono de voz que jamás escuché, y de pronto me doy cuenta que para estar solamente jugando un papel, le sale muy natural.

El tipo muda su expresión. Parece realmente fascinado y no puedo culparlo. Es una hermosa mujer segura de sí, y parece dispuesta a todo y más.

—Eres una chica mala.

—No imaginas cuánto.

Y luego de eso, Marcela entra y se cierra la puerta tras ella. Claro que esto sigue, o mejor dicho no hace más que empezar. Me acerco a la puerta y me pongo a escuchar.

—¿Quieres beber algo, bombón?

—Lo único que quiero es que te pongas de rodillas y que me llames 'Señora'. Si no puedes jugar mi juego, mejor me voy.

—¡No! Aguarda... Lo haré. Dime exactamente qué quieres que haga...

—Te falta algo.

—¿Qué cosa? Ah sí: —Señora.

—Mejor.

Escucho pasos... Marcela camina por la habitación, y esos son sus tacones.

—De rodillas junto a la ventana.

Pequeña pausa.

—¿Así te gusta... Señora?

—No te atrevas a mirarme. Seguirás mis órdenes y me darás placer cómo yo te lo indique. Y si eres un buen esclavo quizá obtengas el tuyo.

Escucho como el cerrojo se abre, pero no sé si es este el momento de entrar. Como sea, llegado al caso no tendré que romper la puerta a patadas.

—Sí... Señora.

—¿Las esposas?

—En el sofá.

Ahora escucho claramente el tintineo de la cadena.

—Bien, perrito...

—¿Vas a esposarme?

—Así es. Y luego te haré de todo —dice Marcela con su voz de terciopelo. Si no estuviese tan tenso, estaría a punto de acabar.

—Soy tuyo, bombón. Digo, Señora.

Entonces oigo el clic de las esposas al cerrarse, y luego ella habla.

—Ahora que te tengo como quería... Comienza el show.

—¿Usarás tu boca para darme placer?

—Más bien tú usaras la tuya, para cantar.

—¿Qué?

—Que ahora me dirás quién mató a Mónica.

Carajo, fue directo al grano.

—¿Quién eres tú?

—Habla, inmundicia...

Un sonoro bofetón me indica que las cosas se están saliendo de control, pero de inmediato ella murmura evidentemente para mí: —todavía no —así que permanezco detrás de la puerta, escuchando.

—¿Con quién hablas? ¿Manrique te ha enviado? —pregunta el detective, evidentemente aterrado.

Marcela piensa rápido y piensa bien. Esa es mi chica.

—*Bingo*. Me ha enviado a cortarte en pequeños trozos, y debes saber que a eso me dedico...Ha preferido pagarme para que te matara, antes que someterse a tu chantaje. Y no solo eso, también quiere que nos digas quién mató a su mujer.

El tío jadea, nervioso.

—Cómo si no lo supiera... Qué caradura. Y también sabe que no puede matarme. Ya le he dicho que el..., el amante de Mónica tiene el video completo... Ese, y el otro video también, el de la niña pelirroja que se benefició en Santoro.

¡Carajo! Es tal la indignación que siento, que no puedo pensar. El tal Manrique no se lo hizo solo a Marcela, hay otras niñas que cayeron en las manos de ese perverso. Quiero matar al puto detective y al monstruo pedófilo ya.

No lo pienso más, y cuando irrumpo en la habitación lentamente, tratando de calmarme, ambos se vuelven a observarme.

—El amante de Mónica no tiene ningún video. ¿Sabes por qué lo sé? Porque ese fui yo —le digo acercándome al tipo que permanece de rodillas y con las manos esposadas a la espalda—. Yo era el amante de Mónica y tú fingiste estar confabulado conmigo para chantajear a Manrique y también a Urioste. Me usaste como seguro, pero ya no.

—Espera... Yo no quiero perjudicarte a ti. Solo quería que Manrique no la sacara tan gratuitamente...

—Claro, y para lograrlo en lugar de ir con la policía preferiste chantajearlo. No esperarás que te creamos —le digo con desprecio nada fingido.

—Se lo merece por lo que ha hecho y por haberme cerrado varias puertas. Por favor, hablemos... Les daré dinero... Les daré más que lo que les dio Manrique si me dejan vivir... —suplica arrastrándose.

Entonces Marcela tiene una reacción inesperada. Toma al hombre del cabello y tira de él con violencia.

—No queremos tu dinero, basura.

—Por favor, por favor —vuelve a rogar, aterrorizado por completo—. Sé que lo quieren... ¿no hacen esto por dinero? Yo puedo...

Eso me da una idea.

—Aguarda —murmuro mirando a Marcela fijamente—. Se me ocurre algo mejor que el dinero: los videos para seguir chantajeando a Manrique y al otro... ¿Qué te parece?

Ella asiente. Entiende por donde voy.

—¿El otro? No creo que se le pueda sacar nada más. Ese infeliz no mataría a una mosca y está en la ruina. No podríamos sacarle más dinero ni torturándolo... —dice con frialdad.

El detective pica de inmediato.

—Se equivocan... Se puede sacarle mucho también. No fue quien la mató, pero quedó filmado entrando y saliendo del lugar antes que Manrique llegara y... *lo hiciera*. Ella estaba viva y se asomó a la ventana cuando Urioste se marchaba, pero él no lo sabe, no sabe que hay pruebas de que él no fue... No tiene idea que una parte del video, lejos de inculparlo lo exculpa... Por eso paga, les aseguro. Paga sin rechistar, y fue un as en la manga inesperado pero muy redituable. Es de esos que viven con miedo y con culpa, así que paga y seguirá haciéndolo...

Marcela lo mira fijamente. Parece estar procesando la información, pero su rostro permanece inmutable.

Yo también hago lo mismo... Y la verdad que tanto buscábamos aparece así, de la nada.

No fue un vulgar ladrón el asesino. Tampoco fue el padre de Marcela. El *'lo hiciera'* dice demasiado.

Dice que el propio Manrique fue el asesino.

44. Marcela

La verdad. Aquí está frente a nosotros, y trae consigo un dilema: qué hacer ahora con ella.

Que Rafael no tenía nada que ver en todo esto ya lo sabía. También presentía que mi padre era inocente. Pero que Manrique fuese el asesino de Mónica me toma por sorpresa.

Pensaba que la teoría de Rafael sobre los prestamistas que querían asustarlo podría ser la hipótesis más probable, y no quería imaginar lo que la culpa pudiese haberle hecho de haberlo confirmado. Pero sabía que llegado el caso estaría a su lado para apoyarlo, pues no habría nada que me hubiese apartado de él otra vez.

Esto que nos acaba de decir el detective es nuevo e inesperado. Por un momento me quedo helada, pestañeando como una boba mientras intento asimilar lo que acabo de escuchar.

Solo reacciono cuando el infeliz habla.

—Vamos... Les propongo aliarnos y desplumar a esos dos. No me van a decir que Manrique no lo merece... Vuestro jefe no solo es capaz de aprovecharse de adolescentes en apuros, también puede acabar con la vida de alguien.

—¿Pero por qué haría eso? —pregunta Rafael, perplejo.

—En su momento dijo que fue una discusión que se le fue de las manos, que se trató de un accidente... Le creí, lo confieso, por eso callé. Y también porque me pagó, claro está.

—Es evidente que no fue suficiente.

—No lo fue. Terminamos en malos términos hace unos meses. Nadie me contrataba porque él se encargó de eso, así que ante la desesperación comencé a chantajearlo. Tenía el video de la pelirroja que había copiado de su ordenador, y tenía la verdad sobre la muerte de Mónica. Ese es el plato fuerte, amigos...

—No somos tus amigos —dice Rafael, tenso.

El detective se ve cada vez más relajado. A medida que va soltando la verdad, también adquiere soltura y confianza, lo que hace que mi incomodidad crezca.

—Es cierto, pero podemos ser socios... Si me quitan las esposas, les mostraré los videos que tengo en el móvil. No son los originales, porque el chip lo tengo a buen resguardo en mi caja fuerte, pero...

Este hijo de puta no para de hablar y mi cabeza está a punto de estallar. Por suerte Rafa interviene, y me da cierto margen para pensar.

—Estás loco. No queremos ser tus socios; queremos los videos y nos los vas a dar. El detective niega con la cabeza.

—No, mi amigo. Esa es mi fuente de ingresos... Puedo compartir ganancias contigo y tu bella muñeca, pero no te los daré.

Muñeca. Dijo “muñeca —y al escuchar esa palabra comienzo a enloquecer. De golpe lo veo todo rojo... La bestia que vive en mí ya no duerme, y sencillamente pierdo el control.

No veo, no escucho, y sin embargo siento. Siento cabello en mi mano. Siento que

tengo más fuerza de la que debería. Siento una gran satisfacción. Y siento que alguien me aborda desde atrás y tomándome de la cintura me aparta.

—¡Basta! ¡Marcela, por favor!

Súbitamente vuelvo en mí, y escucho a alguien sollozar a mis pies.

Cierro los ojos y me concentro en inspirar profundo...

—Eso es... Tranquila. Ya ha pasado... —murmura Rafael en mi oído, mientras me acaricia los brazos.

Me doy cuenta de que ya no me tiene sujeta, y que la calma ha regresado a mí, así que abro los ojos y observo al detective que sigue llorando e implorando piedad. Está en el suelo, de costado, en posición fetal. Y tiene sangre en la cara.

Otra vez. He vuelto a hacerlo, he perdido el control. Y lo peor es que no siento remordimientos, sino una gran vergüenza porque todo sucedió delante de Rafael.

Dios Santo... Fue testigo de mi faceta oscura, y ahora no querrá saber nada más de mí. ¿Quién querría estar con un monstruo así? Mierda, lo he perdido. Ha visto lo que soy capaz de hacer... Creerá que estoy loca, y ya no querrá verme más.

—Aleja a esa mujer de mí... Te lo ruego... —solloza el detective.

Rafael se acerca a él y pone una rodilla en el suelo.

—Lo intentaré pero no te aseguro nada, “amigo”... Será mejor que me digas cómo abrir tu caja fuerte de inmediato, porque no sé si podré contenerla mucho más.

—¡Cuarenta y dos, cincuenta y siete! ¡Dentro de ese armario! —grita, exaltado.

Yo me miro los nudillos... Los tengo raspados. Y luego descubro que tengo mojada la punta de una de mis botas. Dios... es sangre. Pateé a un hombre en el suelo hasta hacerle sangre. Lo golpeé duro, muy duro y creo que hasta lo disfruté.

Pero no tengo tiempo de seguir torturándome con eso, porque Rafael me toma de la mano y me conduce al armario.

—No te muevas de aquí —murmura, mientras abre la puerta y luego digita la clave en la pequeña caja de seguridad que hay dentro.

Y allí está. El chip que aparentemente inculpa a Manrique de al menos dos actos criminales.

—¡Suéltense, por favor! Llévense el chip y el dinero, pero déjenme vivir...

Rafael se guarda el chip en el bolsillo del pantalón y luego se acerca al detective. Se inclina y toma el móvil, que está en el suelo y con la pantalla rota, y también se lo guarda.

—Nos marcharemos ahora, y tú te quedarás muy tranquilo. No queremos saber más nada de ti, porque si asomas la cabeza cumpliremos con la orden original de quitarte de en medio ¿comprendes?

El tipo llora, pero asiente.

—Solo llévate... Esa mujer es peor que Manrique... Es un maldito veneno. ¡Está loca! Completamente loca...

Me quedo paralizada, sin saber qué hacer.

—Soy veneno. Soy peor que Manrique... Estoy loca. Soy una sádica incurable —me digo, aterrada.

—Dame las llaves de las esposas, por favor... —me pide Rafael acercándose, y yo obedezco como una autómatas. Y luego agrega: —Baja y espérame en el coche. Está abierto.

Salgo algo tambaleante, pero logro llegar.

Y un par de minutos después, Rafael sube y sin decir una palabra nos ponemos en marcha.

Tengo un nudo en la garganta, pero además no sé qué decir. Sin embargo, el silencio me hace sentir peor, así que trago saliva y con un hilo de voz, me atrevo a preguntar:

—Me odias ¿verdad?

Vuelvo el rostro y lo veo fruncir el ceño.

—No, Marcela. Claro que no.

—Admítelo... Te has dado cuenta de que soy una mujer muy perturbada. Me tienes miedo y haces bien... Yo también me lo tengo —murmuro sin poder evitar que unas lágrimas se asomen y se deslicen por mis mejillas.

Rafael detiene el coche, y luego aparca ignorando los bocinazos que se escuchan detrás.

Se suelta el cinto y luego toma una de mis manos y la aprieta.

—Escúchame bien —me dice, serio—. Si intentas hacer que me aleje de ti por esto, no lo lograrás.

—Pero... no es normal... Esto que hice no está bien.

—Ciertamente no está bien, pero entiendo tus motivaciones.

—No lo entiendes —replico, sollozando—. Estoy muy dañada por dentro...

Rafael me acaricia el rostro. Me limpia las lágrimas con suavidad y yo empiezo a sentir que no está todo perdido.

—Mi amor, lo resolveremos —me dice mirándome a los ojos—. Nunca pensé que diría esto, pero tal vez sea necesario que perdones, más que nada a tu padre.

—No podría, Rafael —intento explicar, con voz ahogada por el llanto—. Él hizo de mí este monstruo...

—Te entiendo. Sé que te hizo daño, pero tú...

Entonces mi llanto estalla, y junto a él, mi alma se deshace en mil pedazos.

—Me llamó '*muñequita mía*' —para convencerme de que fuera con ese hombre... Era la primera vez que me decía algo así, la primera vez que mi padre me decía algo cariñoso y no pude... Fue como un hechizo y no pude seguir negándome... —le confieso, y por fin logro decirlo en voz alta. Nunca había podido hacerlo, nunca había podido verbalizar esto que tanto daño me hace recordar. Y lo hago porque se trata de él, el hombre que amo, el hombre en el que confío ciegamente y el único que puede impulsarme a mejorar.

Rafael me observa con tristeza. Su rostro refleja su profundo pesar. Traga saliva y luego murmura:

—Lo siento tanto... Marcela, no sé qué decir.

Yo miro al frente, tratando de componerme un poco.

—Creí que lo había dejado atrás, pero... Sigo siendo un veneno como dijo ese hombre.

—No, no lo eres. Y tampoco estás loca. Te han hecho mucho daño, pero ya encontraremos la forma de superarlo... Juntos, te lo prometo. Estoy seguro de que lo lograremos —me dice, conmovido.

Yo también lo estoy. Descubrir que me comprende y me apoya me sorprende y me

hace feliz.

—Entonces... ¿no me dejarás?

—Ni en un millón de años.

Pero no me termino de convencer. Es que es demasiado bueno para ser cierto.

—¿No me temes, Rafael?

—Absolutamente no —es su categórica respuesta—. Eres la chica más fuerte que conozco y te amo también por eso... Sé que no me harías daño a propósito y confío en que encuentres en mí y en nuestra relación la contención que necesitas.

Mi corazón desborda y las lágrimas se transforman en una tímida sonrisa.

—Yo también te amo —le digo, con un poco de timidez.

Él se acerca y roza mis labios con los suyos.

—Es todo lo que necesito, Marcela. Que me quieras... Y quizá que me cuides las espaldas, porque contigo cerca no habrá quien se atreva a molestarme —me dice sonriendo, pero no me deja corresponderle porque me come la boca, impetuoso.

Disfruto de este momento, por supuesto. Tener la certeza de que no va a huir espantado es maravilloso.

Pero detrás permanece una duda que seguramente nos agobia a ambos por igual y que tarde o temprano nos veremos obligados a enfrentar.

Y es qué demonios hacer con la verdad.

45. Rafael

—¿Cómo la conociste? Me refiero a Mónica.

Abro los ojos sorprendido ante la inesperada pregunta. Estamos en la cama, abrazados y somnolientos luego de hacer el amor, y lo que menos me hubiese imaginado era tener que hablar de esto.

—En el casino. Salí a fumar luego de una mala racha y allí estaba ella. Le caí bien, me prestó dinero y luego me lo cobró pero en la cama.

—¿Sabías que era casada?

—Lo supe después, cuando la evidencia hizo inevitable que preguntara. Quise terminar, pero estaba encaprichada. Y además era... Carajo, me muero de vergüenza pero lo cierto es que al principio Mónica me daba dinero para seguir jugando. Luego dejó de darme efectivo pero se encargó de mi bienestar llevándome a un sitio decente, comprándome ropa y comida... —le digo, y por primera vez siento que puedo hablar de esto sin ponerme a llorar.

—No la quisiste...

—Sí, la quise a mi manera pero nunca me enamoré. Estábamos muy unidos cuando la mataron así que supuse que mis acreedores, que los tenía porque jugaba a escondidas, eran los responsables de eso.

—¿Nunca viste al detective siguiéndolos?

—No. Creo que Mónica logró despistarlo... Me parece recordar que me comentó que alguien la estaba siguiendo, y yo me asusté bastante, pero ella no le dio importancia. Y creo que yo tampoco, al menos hasta que me amenazaron con hacerle daño a alguien de mi entorno... Claro que no le dije nada, porque había prometido dejar de jugar y no lo estaba logrando.

Marcela hace pequeños círculos en mi pecho desnudo por unos momentos.

—¿Te sientes culpable, Rafael?

—Sí, claro que sí. Aun ahora, que sé que su marido fue quien la asesinó y no mis acreedores, que luego desaparecieron como por arte de magia —le confieso con los ojos cerrados.

—No tienes por qué, y lo sabes.

—Te equivocas. Yo sabía que estaba casada... Debí terminar esa relación pero no lo hice porque me servía —murmuro, y luego hago una pausa porque reconocerlo me causa mucha vergüenza—. Pero evidentemente no lo ocultamos como creíamos y el marido lo supo. Tal vez no llegó a enterarse que se trataba de mí, pero lo supo...

Ella se incorpora y me toca el rostro.

—Manrique creyó que era mi padre cuando el detective le mostró el video. Tal vez por eso la mató, tal vez no... Pero Rafa, no eres tú el responsable y tampoco lo fue ella. Aquí se trata de un hombre que considera a las mujeres un objeto con el que puede hacer lo que quiera, incluso violar y matar —dice con suavidad sin dejar de acariciarme—. Lo entiendes ¿verdad?

Asiento, no muy convencido.

—¿Y también entiendes que hay que detenerlo?

Eso me deja perplejo. Pensé que ella no quería que se supiese lo que le había pasado.

—Sí, claro que sí. Pero me estaba devanando los sesos tratando de encontrar la forma de que pague por lo que te hizo, sin que tengas que verte obligada a revivir...

Marcela se sienta en la cama y rodea sus piernas con ambos brazos. Parece una niña indefensa y yo me siento muy mal.

—Rafa, lo mío no... Pero no por mí, sino porque involucra el bienestar de mi familia. Tengo una hermana que depende del trabajo de mi padre para estudiar... Mi hermano está comenzando un negocio y también necesita del dinero familiar —me dice sin mirarme—. Y además... Mierda, no quiero que vaya a la cárcel, ni que todo el mundo sepa que accedí a ser el pago de una deuda.

Carajo, siente culpa por lo que sucedió. ¿Cómo vivir con eso sin querer destruir y destruirse? Quisiera matar a esos hijos de puta, quisiera que paguen de la forma más cruel pero tengo que concentrarme en Marcela y su dolor.

—No fue así. Eras una niña, y eso es abuso... Y sabes que lo hizo con alguien más.

—Lo haremos pagar de alguna forma, y me bastará —me asegura, poniéndose de pie, desnuda y hermosa como nunca.

—¿Pero dejarás que quede impune por lo que te hizo a ti? Por lo que ambos te hicieron... —le digo con cautela, porque no quiero echar más leña al fuego con respecto a su padre, pero es la pura verdad.

—Mi padre deberá cargar con esa culpa de por vida, Rafael, y yo jamás lo volveré a querer ni a respetar como antes, pero tal vez tengas razón con lo que me dijiste sobre él. Quizá haya llegado el momento de perdonarlo. No por él, sino por mí.

Suspiro profundo y me acerco a ella. Mi chica está madurando, y no solo eso: también está en el camino de la sanación.

—Me alegra, mi amor. Si quieres yo me invento un cuento y le hago llegar a la policía los videos...

Ella vuelve la cabeza, y sonrío.

—Ya veremos. Primero tengo que hacer acopio de valor para verlos, pero ahora lo que necesito es otra cosa de ti.

—Dime qué es.

—Que me vuelvas a decir “mi amor —y... un orgasmo. O tal vez dos.

No me lo tiene que volver a pedir. Las palabras de amor surgen solas con el simple hecho de mirarla, y el orgasmo... Creo saber exactamente qué botones oprimir para llevarla al cielo del placer.

Caigo a sus pies, de rodillas y entiero mi rostro entre sus piernas.

—Rafa... No. De rodillas no, por favor...

La miro desde abajo sin dejar de acariciar su sexo con mis dedos.

—¿Por qué?

—Porque lo haces por mí, para que no sienta que me temes.

Me pongo de pie y tomo su hermoso rostro entre mis manos. Se ve pequeño entre ellas, y sus ojos enormes... Es como una muñeca perfecta, pero me cuido muy bien de decírselo, ahora que sé el daño que le causa esa palabra.

—Yo no te temo, Marcela —murmuro sobre sus labios entreabiertos—. Lo hago por

ti, para darte placer, pero lo hago más por mí.

Ella frunce el ceño, sin comprender a qué me refiero.

—Me excita verte en ese rol dominante que te queda tan bien —le confieso acariciando sus mejillas con mis pulgares—. No tengo madera de esclavo precisamente, pero me seduce sentirme sometido de alguna forma ante ti.

—No es cierto...

—Lo es. Cada vez que tomas la iniciativa y veo como disfrutas sintiéndote como la diosa que eres, me vuelvo loco.

Listo, me he atrevido a decírselo. Claro que omito que me hizo correr oprimiéndome el cuello para no darle ideas peligrosas.

—Me sorprendes, Rafael... —dice con esa voz de terciopelo que hace que se me erice la piel—. ¿Qué te gustaría hacer entonces, justo ahora?

—Quisiera que te sentaras en mi cara y te muevas sobre ella hasta acabar.

Por un momento no dice nada, solo respira agitadamente y sus pupilas se dilatan. Y luego lo hace.

Me empuja hasta la cama, y me monta tal como lo pedí.

Frota su coño sobre mis labios, sobre mi lengua, sobre todo mi rostro mientras gime deleitada. Aferrado a sus nalgas, la abro para mí, la disfruto, la saboreo.

Y finalmente acaba con mi nombre en su boca. Estoy tan caliente que mi siguiente movimiento no es nada gentil. La tumbo de espaldas en la cama y se la meto hasta el fondo.

Ella se arquea y pide más, así que la embisto con fuerza, con una fuerza que nunca me había permitido hasta ahora y menos con Marcela.

No es nada frágil mi chica, a pesar de esa apariencia de modelo de pasarela. Su cuerpo sale a mi encuentro, se contonea de forma deliciosa, y me aprieta de una manera que pone a prueba toda mi capacidad de control.

—Arriba o abajo, siempre sigues al mando... —susurro en su oído sin dejar de moverme dentro de ella.

Marcela oprime mis nalgas obligándome a penetrarla más profundo aún.

—Tal vez pueda dominar tu cuerpo alguna vez, pero tú puedes hacer lo que quieras con mi corazón... Siempre.

Cierro los ojos. No puedo más... Nunca nadie me dio ese poder, y jamás me entregué a alguien con tanto gusto.

Esta vez me corro sobre su vientre, sin dejar de besarla. Un río de leche caliente se desliza por nuestros cuerpos unidos y me voy adormeciendo lentamente con la certeza de que jamás encontraré una mujer que pueda hacerme tan feliz en todos los aspectos de la vida como lo hace Marcela Urioste.

Sobre todo cuando en la cama me vuelve loco transformándose un poco en *Eme*.

46. Marcela

Una sensación de *deja vu* me invade. Esto está pasando muy seguido, la verdad.

Al igual que ayer estoy parada frente a un edificio, con mi móvil transmitiendo el audio de todo lo que sucede, directo al de Rafael.

La diferencia es que hoy no me sobra coraje, lo que me sobra es miedo. No todos los días tengo que enfrentarme al hombre que me violó.

Y digo “tengo —porque la necesidad apremiante de encararlo se me presentó mientras dormía como una revelación, tanto así que al despertar supe que no solo perdonando a mi padre iba a sanar; también debía hablar con Manrique.

La bestia lo necesitaba y yo se lo iba a dar.

Cuando vi los videos junto a Rafael, estuve a punto de desbarrancar. El del día de la muerte de Mónica estaba en dos partes, y la primera ya lo había visto el día en que mi padre me dijo lo del chantaje. La segunda parte mostraba a Mónica en la ventana observando a mi padre dirigirse a su coche, y poco después la llegada de Manrique. En el vídeo se veía la hora claramente, y pudimos comprobar que entre la entrada de ese hijo de puta y la llegada de la policía y los paramédicos, pasó una entera. Una larga hora en la que no entró ni salió nadie, y en la que la evidencia indica que Manrique dio muerte a su mujer.

No había mucho que especular, estaba todo más que claro. No estaba muerta antes de que él entrara, y no salió viva de allí.

Rafael quedó mudo durante un largo rato, y luego se pasó la mano por la cara.

—Esto no puede quedar impune, Marcela. Compraré un teléfono prepago y enviaré esto a la policía y a los medios de forma anónima —me dijo poco después—. No temas, solo les enviaré la segunda parte... No haré nada que involucre a tu padre con el robo de la cadena de Mónica, porque eso implicaría hablarles de lo que no quieres que nadie sepa.

Por un momento se me cruzó por la mente que mi padre debería pagar con cárcel por lo que me hizo, pero al pensar en mi hermana Nadia lo deseché. Ella era una inocente que idolatraba al hombre que nos engendró y no quería que sufriera.

Pero sí estaba en nuestra mano la posibilidad de que Manrique fuera a la cárcel por haber matado a su mujer, y no lo íbamos a dejar pasar, por supuesto.

Sobre todo después de haber visto el otro vídeo.

Estaba grabado desde una cámara en el techo, tal vez dentro de un ventilador porque se veían los cordones de encendido. Era un video de apenas unos minutos, donde se veía a una adolescente pelirroja llorando, y luego a ese animal poniéndola en cuatro patas en la cama y luego de levantarle la falda, penetrarla en una sola estocada, igual que a mí.

Y lo peor de todo era que yo la conocía... Vagamente, pero la conocía: era la hija de un antiguo socio de mi padre.

Su rostro se veía un par de segundos pero eran suficientes para identificarla. Entonces comencé a dudar sobre el hecho de entregar ese chip a la policía. Me puse en su lugar y me aterró... Sabía que era improbable que hubiese uno donde yo fuese la

protagonista, porque todo sucedió en la habitación de invitados de mi propia casa, pero el hecho de haber pasado por lo mismo me hizo cuestionar si denunciar esto sería lo correcto.

¿Por qué debería obligar a alguien a hacer lo que yo no estaba dispuesta a hacer? No, no lo haría. No le haría llegar a la policía ese video.

Rafael interpretó por mis expresiones lo que pasaba por mi cabeza, por supuesto.

—Sé lo que estás pensando y te entiendo, pero no podemos ocultar esto. Encontraremos la forma de que la decisión quede en manos de la chica. Le daremos la oportunidad de optar, pero necesitaremos ayuda para identificarla...

Como siempre, el amor de mi vida aportando una solución para cada uno de mis problemas.

Le conté que sabía de quien se trataba, y luego todo fluyó. Convocamos a Sebastián, y acordamos que él se encargaría de hacerle llegar el vídeo a la muchacha en mano propia, y que en cuanto le dijéramos que podía, publicaría el otro vídeo, el que incriminaba a Manrique del asesinato de Mónica.

Mi amigo tendría la exclusiva que un “anónimo —le haría llegar, y sería también el encargado de trasladársela a la policía.

Me dormí entre los brazos de Rafael, algo inquieta. Sabía que algo me faltaba... Y fue así como en mis sueños se me presentó claramente la forma de sanar mi alma.

Debía encarar al animal que me hizo lo que me hizo. Yo era una niña inocente que amaba a su familia... No era justo que por no poder denunciarlo me quedara con eso atravesado para siempre. La bestia necesitaba vengarse, ver sufrir a ese criminal y yo la iba a ayudar.

Y fue así que al despertar urdimos este plan que estoy a punto de llevar a cabo. Estoy en la puerta del edificio donde Manrique tiene sus oficinas. Ya pasa la hora de salida del personal cuando me dirijo al guardia de seguridad que está en la recepción.

—Vine a ver a Manrique.

—¿El señor Manrique la espera?

—Así es.

—¿Su nombre?

—Marcela.

Ya está, ya no hay vuelta atrás. Cuando lo llamé por teléfono hace un rato, por unos momentos se quedó mudo pero luego reaccionó tal cual lo esperaba.

— —Marcela Urioste... Vaya, qué sorpresa. En mi puta vida imaginé que iba a recibir una llamada tuya... Dime, querida, ¿en qué te puedo ayudar?

— —Necesito dinero.

— —¿Necesitas dinero? ¿Y por qué no se lo pides a tu querido papito? Él siempre está dispuesto a vender algo para ayudar a su familia... A propósito ¿cómo se encuentra tu hermanita? Debe ser toda una mujer...

Se me revolvió el estómago al escucharlo, pero Rafael supo transmitirme con su mirada el valor que necesitaba.

— —Mi hermana no entra en esta transacción, pero yo sí.

Percibí que vacilaba al otro lado de la línea, pero me mantuve firme en mi objetivo, segura de que iba a caer tarde o temprano.

— —¿De cuánto estamos hablando y para qué lo necesitas?

Listo, había picado.

— —Estamos hablando de diez mil, y lo necesito porque están chantajeando a mi padre.

Estaba segura de que esa explicación iba a ser más que suficiente pero era un hueso duro de roer.

— —Así que lo están chantajeando... ¿y se puede saber por qué quieres ayudar a alguien que no tuvo problemas en vender tu primera vez, Marcela?

Estaba preparada para responder eso.

— —Por lo mismo que hace ocho años accedí a ser la muñeca de ambos, dejando que me manejaran a su antojo: salvar a mi familia de la ruina.

Dije “muñeca —y ni siquiera pestañeé, lo que me sorprendió hasta a mí.

— —No voy a preguntar qué hizo para que lo estén chantajeando, pero está claro que algunos no aprenden de sus errores...

— —¿Usted lo ha hecho?

— —Por supuesto, querida. Si hoy te tuviese a mi merced no me hubiese conformado con lo poco que tomé... Te vi hace un año desde lejos, en una fiesta, junto a tu hermana pequeña. Ambas son hermosas, pero tú Marcela, eres exquisita...

Me sentí asqueada de solo saber que alguna vez volví a respirar el mismo aire que ese infeliz, pero logré controlarme.

— —Siempre me pregunté por qué todo terminó tan... rápido. Es algo que me sigue generando curiosidad.

La idea era seducirlo de una forma sutil y convencerlo con argumentos creíbles para que accediera a verme. Solo esperaba estarlo logrando.

Lo escuché reír al otro lado de la línea.

— —Bueno... Aunque no lo creas prefiero acostarme con mujeres con iniciativa, y no con niñitas. Parecen cervatillos temerosos y difícilmente te hacen disfrutar...

— —Tiene razón, no le creo. Usted disfruta con ese miedo...

Otra vez la risa, en un tono más lascivo.

— —Tal vez lo que más disfrute es el poder... El poder de doblegar a alguien al punto de sentirse tan acorralado como para entregar lo más sagrado que tiene. No tenía forma de cobrarle a tu padre, pero no lo dejaría salir sin daños colaterales de esa situación... Tú fuiste el precio, querida. Y ahora parece que quieres más...

La mano de Rafael en la mía, y su mirada infundiéndome valor era lo único que necesitaba para seguir con eso y lo tenía. Me obligué a controlarme y continué.

— —Tal vez... Lo que es seguro es que si no consigo esos diez mil, mi familia está condenada al desastre.

— —Ya veo... ¿Y qué me darás esta vez?

— —Una mujer con iniciativa, no una niñita. Ya no soy un cervatillo temeroso, y usted sigue teniendo el poder, Manrique...

No hubo mucho más que decir. Yo manipulé la situación para que todo se diera como se está dando. Quedé en pasar por su oficina luego de la salida del personal, y darle lo que me pidiera, las veces que me lo pidiera, a cambio de dinero.

Así de simple. Cómo para no experimentar un *deja vú* aterrador.

Pero aquí estoy, intentando superar ese miedo mientras el ascensor me lleva hasta la oficina del depredador que tanto daño me hizo y que ahora seguro espera ansioso.

Es que le estoy ofreciendo un cóctel letal, a medida de sus gustos y necesidades: una mujer desesperada, el poder de hacer lo que quiera con ella, y la posibilidad de disfrutarlo hasta el final.

Era muy difícil que no accediera.

Llegó el momento de ver el miedo en sus ojos. Esta vez el cervatillo asustado no seré yo...

Voy a vengarme de esta basura para poder dejar marchar a la bestia, dejarla volar con sus alas negras muy lejos de mí.

47. Rafael

Me es más fácil de lo que esperaba entrar tras Marcela al edificio.

El recepcionista sale de su escritorio un momento, y yo me cuelo sin que me vea y sin tener que tratar de que se trague el cuento que iba a improvisar.

Me voy por la escalera, al igual que lo hice ayer en el edificio del detective, solo que estos son siete pisos los que subo corriendo porque quiero estar lo más cerca que pueda de Marcela y ese criminal.

Todavía no sé cómo accedí a hacer esto. Me aterra pensar que otra vez se ponga en riesgo, y no solo por enfrentarse a un violador y asesino, sino también por lo que esto puede causar en su psiquis.

Pero hay algo que está por encima de todos mis miedos, y es la firmeza que le imprime a cada uno de sus pasos. La vi tan segura de sí, tan convencida de que esto era imprescindible para sanar sus heridas, que no pude objetar nada.

Marcela es así y aunque tenga miedo de lo que pueda pasar, debo asumir que esta es una de las cosas que más me gustan de su personalidad. Ella baila a su propio ritmo, hace lo que le sale del coño y eso me resulta fascinante.

Pero a la vez amo su faceta aniñada e insegura, esa dulzura, esa inocencia que me hace pensar en la que era antes de que le hicieran todo lo que le hicieron.

Estoy tan enamorado que sería capaz de todo por ella, y también debo confesar que nunca me sentí tan querido, tan compenetrado con alguien. Es una afinidad sin fisuras en todos los aspectos, no solo en el terreno sexual. No hay dudas de que Marcela Urioste es la mujer de mi vida y no habrá nadie que pueda comparársele jamás.

Haber logrado esta especie de plenitud a los cuarenta y dos es algo completamente inesperado para mí, pero voy a hacer lo que sea para conservarlo, incluso secundarla en esta situación que puede resultar catastrófica si se sale de control.

Y por supuesto cuando todo termine, estoy dispuesto a cancelar mi contrato en el exterior para quedarme aquí con ella.

Se lo dije a Maluma hace unas horas. Le dije exactamente lo mismo que a Ayala antes de partir: —Estoy enamorado de Marcela, y desde ahora cada una de mis decisiones estarán orientadas a mantenerme cerca suyo. —Ambos me dijeron de todo menos guapo, pero no me importa, nada me importa.

No hay dinero que compense el perderla. He ahorrado cada centavo de lo percibido hasta ahora, lo cual irá íntegramente destinado a la educación de mis hijos. Yo empezaré de nuevo, porque nunca es tarde cuando se amanece junto a la mujer de tus sueños.

Y esa es una decisión tomada que no me costó ni un poco.

Lo que sí me cuesta es esto... Es contenerme sabiendo que al otro lado de la puerta está Marcela con el hijo de puta de Manrique.

Por más que lo esté escuchando todo a través del móvil, es imposible no sentirme inquieto. Hay un pensamiento que no deja de agobiarme y es la posibilidad de que ella

estalle... Manrique no estará ni esposado, ni en el suelo como el detective. La pregunta será si podré detenerlo a él y a la vez contenerla a ella, si todo se sale de su cauce.

Pero por ahora todo va bien, y me concentro en escuchar la conversación que acaba de comenzar.

— —Vaya... Marcela, es un placer verte. Estás más bella que la última vez que te vi.

— —Debe estar acostumbrado a la belleza. Usted es de los que no se quedan al otro lado del escaparte mirando...

Sé cuánto le debe estar costando el mostrarse amigable con el enemigo, pero no se le nota nada, al menos en la voz.

— —Has acertado. Pero jamás pensé que podía aspirar a..., ya sabes...

— —¿A follarme sin lágrimas de por medio? ¿A tenerme dispuesta a todo por un lapso de tiempo superior a un minuto?

Por unos segundos Manrique no dice nada, solo se limita a carraspear, incómodo y seguramente excitado. Yo lo estaría, la verdad... A cualquiera se le pondría dura al escuchar de esa boca perfecta la palabra "follar".

— —¿Será así, querida? No olvidemos que lo que te mueve son los diez mil que necesitas...

— —Lo disfrutaré, aunque sea por el solo hecho de saber que es mi último recurso y por lo tanto tiene en sus manos ese poder que tanto deseaba.

La respuesta perfecta. Su intuición no falla... El jugar controlando de la psiquis de su interlocutor se le da más que bien, y eso explica cómo pudo encontrar en el dominio virtual la forma de descargar toda la frustración por lo que le hicieron.

— —Eres muy convincente. Nunca pensé que volverías a mí... Si te portas bien será un placer darte esos diez mil. ¿Serás una buena niña, Marcela?

La respuesta no se hace esperar.

— —Seré una muñeca. *Su* muñeca...

Muñequita mía, pienso, y mi corazón late con fuerza porque sé del poder que tiene esa frase, de lo que es capaz de provocar. Esta es la segunda vez que la escucho decírsela a Manrique, y lo hace con voz firme, sin ningún tipo de titubeos.

— —Querida... Me encanta tu entrega pero puedes tratarme de tú... Estamos en igualdad de condiciones ya que este acuerdo es exclusivamente entre nosotros. No hay coacción, tú has venido voluntariamente y el intercambio nos beneficiará a ambos.

La pausa que viene a continuación es demasiado larga para mi gusto y para mis nervios también.

Y como lo anticipaba, ahora que se ha ganado su confianza, ahora que él se muestra seguro y gozoso de haberla conseguido, Marcela deja de fingir. Lo que dice a continuación deja bien claro que llegó la hora de la verdad.

— —Así es... Esta vez no soy ese objeto que te diste el gusto de usar solo para fastidiar a mi padre y salirte con la tuya. Ahora soy más que un sujeto, soy una mujer, pero creo que en el fondo todas seguimos siendo para ti simples objetos ¿cierto? Lo fui yo, lo fue la hija de Hernández, y lo fue también tu esposa Mónica.

El silencio es tal que tengo que mirar el móvil para ver si no se estropeó. No es eso... Entonces aprieto los puños y me preparo para lo peor.

— —¿Qué es lo que estás diciendo? ¿Qué mierda dices?

La voz de Manrique resulta amenazante pero la de Marcela se oye tranquila.

— —Que sé lo que le hiciste a Patricia Hernández. Y sé qué fue lo que le hiciste a Mónica.

Silencio otra vez, pero no dura más que un par de segundos, el tiempo que Manrique tarda en hacer las conexiones obvias.

— —¿Estás confabulada con el hijo de puta de Contreras? ¡Dímelo de una vez y acabemos con esto! Te ha mandado él, ¿verdad? Tú no quieres dinero para pagar el chantaje de tu padre... ¡tú eres la chantajista!

— —Chantaje... Qué palabra más fea. No, Manrique. No soy ninguna chantajista pero he visto unos videos que te comprometen demasiado...

— —Escucha, querida. Entiendo que estés enfadada, así que vamos a solucionar esto... Te daré dinero, mucho dinero a cambio de los vídeos originales.

— —Mucho dinero... ¿Cuánto? ¿Cuánto vale el ocultar que violas niñas y matas mujeres?

— —Lo que me pidas. Te daré lo que me pidas y tú desaparecerás porque si no...

— —Si no ¿qué? ¿Qué harás si no desaparezcó, si me transformo en tu pesadilla, si hago que te arrepientas hasta de haber nacido, infeliz?

Silencio, y luego una frase que me pone los pelos de punta.

— —Te mataré a ti también. A ti y a tu dulce hermanita... Tú lo sabes... Sabes de lo que soy capaz. No tuve la intención de matar a Mónica, solo fue una discusión, un golpe y una caída tonta, pero a ti te lo haría con toda intención... Después de todo has venido aquí a amenazarme, y sería en defensa propia...

Eso es suficiente para mí. Escucharlo decir lo que acaba de decir, hace que esta vez sea yo el que pierda el control.

La puerta no tiene llave e irrumpo en la habitación dispuesto a todo. Estoy ciego de ira, y embisto como un toro.

La sorprendida parálisis de Manrique al verme, no impide que lo tome de las solapas de la americana y lo arrastre hasta la pared. Y los gritos de Marcela no alcanzan para que deje de golpear su cabeza contra ella.

Solo cuando me toca, siento que vuelvo en mí. Marcela pone su mano en mi cara, y de pronto me doy cuenta de que estoy a punto de cometer un crimen.

Lo suelto al instante. Manrique cae al suelo tosiendo estrepitosamente, y yo me concentro en controlar estas ganas de darle un puntapié en el rostro.

—Quién... demonios... eres... —pregunta cuando logra componerse lo suficiente como para hablar.

Yo no contesto.

Tomo a Marcela de la mano un segundo y luego saco mi móvil y oprimo un solo botón, el que envía el mensaje que condenará a Manrique a prisión. Está destinado a Sebastián y dice solo una palabra "HAZLO.

Y luego me inclino y le muestro a este asesino la pantalla del móvil.

—Lo único que tienes que saber es que con este simple mensaje, las pruebas de la mierda que eres no solo llegarán a la policía sino que se harán públicas y seguro se viralizarán.

Manrique me mira con los ojos desorbitados.

—Eres... Eres el amante de la zorra de Mónica... El socio del chantajista...

—Soy tu peor enemigo ahora, basura —le digo con una rabia inmensa—. Estás condenado, porque si no alcanzase con el video que prueba que mataste a Mónica, tengo a buen recaudo el audio de la confesión que acabas de hacer. No pruebes mi paciencia, porque por ahora solo se dará a conocer tu crimen de sangre, no lo que les haces a las niñas, pedófilo de mierda. Pero no descarto que todo el mundo sepa también eso...

—¡Hazlo! No me importa... —dice, con un espantoso chillido—. Me acabas de condenar... ¿La quieres en un estrado contando cómo la desvirgué? ¡Adelante! Qué más da...

Le doy un puñetazo en el rostro.

—Si es necesario ella se expondrá, por supuesto. Y luego será un placer para ambos comprobar una vez más, lo mal que la pasan los violadores en las prisiones...

Manrique palidece y se limpia la sangre de la nariz con mano temblorosa.

—Bastardo —murmura entre dientes, sollozando, y yo vuelvo a intentar concentrarme en no rompérselos todos.

Es Marcela la que interviene, seguramente al ver los apuros que estoy pasando.

—No vale la pena. Vámonos por favor...

Cuando me incorporo y la miro, me doy cuenta de que a pesar de que tiene los ojos llenos de lágrimas, está mucho más compuesta que yo.

Entonces la tomo de la mano y nos marchamos juntos sin mirar atrás.

48- Marcela

—¿Y cómo ha ido?

Sebastián se sienta en el sofá y se quita los zapatos.

—Tal como lo esperábamos, pero con una leve variante porque finalmente Patricia Hernández decidió hacer la denuncia. Así que tuve que decir que me había llegado también ese vídeo en el mismo sobre que el otro, y que como la chica era conocida había decidido dárselo a ella primero para que dispusiera qué hacer.

Vaya, eso sí que me sorprende.

—¿Patricia hizo la denuncia? Es... Es muy valiente de su parte, no como yo que...

—Cielo, no te mortifiques. Las circunstancias fueron distintas. No fue su padre quien la entregó, o al menos ella declaró que él no sabía nada. Pero sí hubo coacción y amenazas de Manrique —me dice mi amigo para consolarme—. Así que ese infeliz ahora será juzgado por dos delitos, asesinato y abuso.

Bueno, me alegro en verdad. Que no quede impune esa faceta pervertida y cruel del hijo de puta de Manrique me consuela un poco, pero también me hace sentir algo cobarde.

—¿Y no te preguntaron más nada?

—Me pidieron el sobre que traía los chips, pero tal como lo planeamos les dije que lo había quemado en la estufa pues no pensaba que tendría importancia conservarlo. La cuestión, Marcela, es que Manrique va a pagar por lo que hizo. Tendrá una condena real y una virtual porque el video que prueba que Mónica estaba viva cuando él entró al apartamento está en toda la web.

—No sabes cuánto te agradezco que nos hayas ayudado, Sebas.

—No ha sido nada, en verdad. Pero ha resultado muy beneficioso para mi carrera tener esta primicia... Parece que me darán un ascenso en el periódico —me anuncia sonriendo.

Me siento a su lado y lo abrazo fuerte.

—Me alegro muchísimo.

—Te echaré tanto de menos, desquiciada... —murmura correspondiéndome en el abrazo—. Todavía no puedo creer que te marches a “musulmania —para ser la mujer florero de Rafael Duarte.

Esa forma de decirlo me provoca una sonrisa.

—Iría con él hasta el infierno, Amore. Porque Rafael lo vale...

—Lo sé, lo sé. Tu bombón maduro es un dechado de virtudes pero no estoy seguro si te adaptarás a ser su... muñequita.

Todavía me causa un poco de impresión esa palabra y Sebastián no deja de notarlo, ahora que sabe todos los detalles de mis traumas.

—Lo siento... Perdona, Marcela.

—No te preocupes. En verdad no debes preocuparte por mí, ni pensar que seré un adorno —le aseguro—. No está en mi naturaleza serlo y lo sabes...

—Pero ¿eres consciente que dependerás de él? Porque no sé si a una chica de

occidente le resultará fácil conseguir algo allí... Se vive muy diferente en Abu Dhabi — insiste sin poder dejar de lado su preocupación por mí.

—Solo será por un año y medio más, Sebastián. Y luego volveremos, recuperaré mi empleo que para eso me han dado la excedencia, y “musulmania —se quedará al otro lado del mundo.

—Sí, pero mientras tanto...

—Mientras tanto me pondré en sus manos, dejaré que me mantenga y disfrutaré de mi nueva vida llena de ocio y placeres...

—¿Es eso lo que quieres?

—Él es lo único que quiero. Lo único que necesito para ser feliz en cualquier sitio —le vuelvo a asegurar—. Créeme, Sebastián. Estoy lista para depender financieramente de alguien, si ese alguien es Rafael Duarte. Confío tanto en él, que por primera vez puedo relajarme y darle al dinero la importancia que realmente tiene: ninguna.

—Vale, vale. Te veo muy convencida “esposa florero.

—No seré su esposa —replico, divertida.

Pero dos horas después, recibo una llamada que hace que ese pequeño detalle cambie. Una video llamada en realidad.

Me encierro en mi dormitorio para hablar con Rafa, que está al otro lado del mundo desde antes de ayer.

Intento calmarme, pero ver su imagen en la pantalla de mi *tablet* basta para que mi corazón se acelere.

—Te echo de menos —es lo primero que me dice—. No sabes cuánto.

—Lo sé porque a mí me pasa igual. Pero en unos días estaré allí contigo y te besaré tanto que pedirás clemencia.

Sonríe y mueve la cabeza.

—No puedo esperar a que suceda, pero antes debo contarte algunas novedades. La primera es que he conseguido una casa preciosa, totalmente equipada... Te estoy enviando fotos en este momento.

Vaya, qué belleza. Al parecer está en un barrio privado, y el jardín es de ensueño, igual que la piscina. Por lo que se ve tiene dos habitaciones, ambas con cama matrimonial y su propio baño.

—Me encanta... ¿Dos habitaciones?

—Pensé que apreciarías un poco de independencia de vez en cuando —me dice, y se me queda mirando expectante, en busca de mi reacción.

—Gracias por pensar hasta en eso, pero creo que por el momento resignaré mi independencia en pos de dormir acurrucada entre tus brazos.

—Bueno, espero que esa declaración sea un buen presagio para la respuesta que necesito que me des ahora.

—¿Y cuál sería la pregunta?

—Más que una pregunta, es una afirmación: Marcela, te tienes que casar conmigo.

¡Carajo! Casi se me cae al suelo la *tablet* de la sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es lo mejor... Mira, aquí no ven con buenos ojos que las parejas convivan sin estar casadas, así que... Por favor, cástate conmigo. Sé que tu opinión sobre el

matrimonio no es buena y que hace solo dos días hablamos de que no crees en él ni lo necesitas, así como tampoco quieres ser madre, pero...

—Ya, ya... No sé si esto es cierto o solo una excusa para atarme a tu cama para siempre, pero voy a hacerlo ni bien llegue a ese maldito desierto, Duarte. Todo sea para que las vecinas no murmuren a nuestras espaldas.

—¿De veras? ¿Así, sin más me dices que sí? —pregunta sorprendido.

Me encojo de hombros en un gesto de fingida indiferencia.

—Sí, pero sobre procrear sigo en mis trece. Tú ya tienes a tus niños y yo quiero un gatito...

Es bastante complicado mantener cara de póker para que tus emociones no estropeen la conversación, pero lo estoy logrando.

—Eres increíble, Urioste. Solo un detalle... Lo mejor es que lo hagamos antes de que llegues aquí. Seremos marido y mujer ante la ley para cuando pises Emiratos, y no tendrás que venir con visa de turista y con esa amenaza constante de que te manden de vuelta a los tres meses.

—¿Volverás para casarte conmigo, entonces?

—No puedo hacerlo en medio del campeonato. Nos casaremos por poderes.

Me quedo perpleja.

—¿Por poderes, dices?

—Así es. Podrás cumplir el sueño de dos familias al desposarte con tu 'Amore', aunque sea un matrimonio falso y en realidad te estás uniendo a un chofer de Uber que casi te dobla la edad. Tomen muchas fotos para la posteridad.

La verdad es que no me hace mucha gracia casarme sin mi futuro marido presente. Lo extraño es que el hecho de comprometerme tanto no me produce más que una especie de regocijo, que tengo que esforzarme en no demostrar para no parecer contradictoria.

—Es... algo que tendré que procesar rápidamente por lo que veo.

—Sé que no te hace ilusión, Marcela, pero es necesario... Mira, tendrás tu gato cuando llegues. ¿De qué color lo quieres?

Me hace reír a carcajadas. No hay forma de decirle que no a nada, a este hombre. Y mucho menos si se trata de una propuesta que me hace secretamente feliz.

—Verde. Rafa, ¿se lo dirás a tus hijos?

—Por supuesto. A Martina no le importará nada, y Salvador se alegrará por mí... Cuando regresemos tendré una ardua tarea por delante con ellos. Volvemos a distanciar no será bueno para nuestra relación, pero espero que entiendan que tiene que ver con su bienestar futuro.

—Me pone nerviosa el tener que conocerlos algún día... Me van a odiar. Seré la madrastra mala, fea y vieja para ellos.

La risa de Rafa es instantánea.

—No será así. Cuando fui a verlos hace unos días y les mostré tu foto, Salvador me preguntó si eras modelo y Martina si habías terminado el secundario. Mi hija no podía creer como una chica como tú había puesto los ojos en un tonto como yo, y a decir verdad tampoco me lo creo. ¿Por qué me quieres, Marcela?

¿Que por qué lo quiero? Son tantas cosas que no sé por dónde empezar. ¿Será que quedaré como una pervertida si digo cuánto me gusta sentirlo dentro de mi cuerpo

y ver su rostro al acabar? O tal vez parezca demasiado sentimental si le confieso que adoro su forma de protegerme, de cuidarme. Quizá parezca que le hago la pelota si menciono su inteligencia, o lo atractivo que me parece...

No, mejor me hago la tonta y se lo demuestro cuando cruce el mundo para aterrizar en sus brazos.

—Te haré una lista de puño y letra y te la haré llegar junto con el comprobante que acredite tu completa posesión sobre mi humilde persona.

Rafael hace una mueca cómica.

—Permíteme dudar de que un simple papel pueda acreditar algo así, y mucho menos si se trata de ti. Además, yo no quiero poseerte, yo quiero disfrutarte. Y no veo la hora de poder hacerlo.

—Me temo que esta nueva situación dilatará un poco más nuestros planes. Pensaba irme el domingo, pues el sábado iré a casa de mi familia a darle la bienvenida a mi hermana Nadia, que regresa del exterior.

—Será una estupenda oportunidad para que mantengas con tu padre esa conversación pendiente.

—Me ha dejado varios mensajes desde que se enteró de que Manrique fue apresado... No tengo ganas de hablarle todavía, Rafa. Creo que sospecha que tengo algo que ver en ese asunto, pero se quedará con las ganas de saber toda la verdad.

—Quedarse con las ganas... Eso resume lo que estoy sintiendo en este momento. Te miro y me provoca traspasar la pantalla para poder tocarte... Qué bella eres, por Dios.

Hago un mohín intentando disimular que esa declaración me dejó casi sin aire.

—A más tardar en una semana me tendrás a tu merced, en mi rol de esposa sumisa y devota —bromeo.

—Me es difícil imaginarte en ese rol, y tampoco quiero. Me parece que disfruto más cuando eres una perra malvada y dominante.

Ahora sí que no puedo disimular ni la sorpresa ni la excitación que estoy sintiendo.

—¿En serio? Pues prepárate porque muero de ganas de...

No puedo seguir porque Sebastian y Maluma acaban de entrar sin ni siquiera tocar, e ignorándome sin ningún reparo saludan a Rafa y bromean con él, quien se ve entre divertido y contrariado.

Me pongo de pie y los dejo conversando. Me despido haciéndole “adiós —con la mano, y su intensa mirada me dice que esto no terminará así, que entre nosotros habrá más, siempre más.

No hay forma que se acabe este amor que nos tenemos, esta increíble atracción que aun a la distancia se siente en la piel.

Por primera vez en mi vida, estoy perdidamente enamorada, al extremo de dar vuelta mi vida por Rafael. No era necesario hacerlo porque él me dio la oportunidad de quedarnos aquí, y seguir como si lo de Emiratos Árabes no existiese. Su contrato era flexible, y había logrado ahorrar la friolera de doscientos cincuenta mil dólares que le permitirían montar un negocio. Estaba dispuesto a dejarlo todo por no alterarme las rutinas, y para no exponerme a situaciones que pudiesen resultarme estresantes, como ir a vivir a Oriente dejando mi empleo, mis amigos... Como depender financieramente de alguien a quien amo profundamente, y lo vulnerable que me podía hacer sentir eso.

Sin embargo, esta vez decidí salir de mi zona de confort e irme con él. Saber que estaba haciendo algo que le gustaba tuvo que ver, pero no fue definitivo porque Rafael es la clase de persona que termina disfrutando de todo lo que hace.

Más bien tuvo que ver conmigo... Creí que era el momento de dejarme caer, pues él sería mi red. Él sabría contenerme, y cuidarme de la forma que mi padre no supo o no quiso.

Nunca había confiado tanto en alguien, nunca me había sentido tan segura. Y entonces todo me pareció banal y prescindible.

Mi acto de arrojo sería esa prueba de amor que necesitaba dar, y una forma de avanzar en mi proceso sanador.

Accedí a ponerme en sus manos, a dejarme conducir, a dejarme llevar...

Voy a ser la muñequita de Rafael Duarte por un tiempo... y luego ya dirá la vida qué sucederá.

49. Rafael

Estoy en medio de una vorágine, pero de esas maravillosas, de esas que hacen que el estómago se te pegue al espinazo un día sí y otro también, que te llenan de esperanzas, de ilusiones, de expectativas.

Y estoy así desde la noche en que, luego de enfrentar a Manrique y mandarlo directo a prisión, Marcela me dijo que había pedido una excedencia en la aerolínea para marcharse conmigo a Emiratos Árabes.

—¿Qué hiciste qué cosa?

—Lo que te acabo de decir: me pedí una excedencia de dos años para irme contigo a Abu Dhabi.

Juro que me quedé pasmado, así que mientras asimilaba la noticia solo pude preguntar:

—¿Cuándo?

—Ayer mismo, cuando te fuiste a ver a tus hijos. Y me la dieron...

No sé cómo describir lo que sentí. Por un lado un regocijo inmenso, no tanto por el hecho en sí sino por lo que significaba: Marcela estaba haciendo algo muy difícil para ella después de lo que le había tocado vivir. Depender financieramente de alguien con quien estaba comprometida en lo afectivo era algo que se había jurado no hacer jamás, y sin embargo lo estaba haciendo.

Por mí. Por amor... Era un sentimiento inefable sentirse tan querido. Pero por otro lado sentí un miedo muy profundo. ¿Qué iba a hacer ella en un sitio como Abu Dhabi? Si bien antes de marcharme había estado más que seguro de llevarla conmigo, luego de conocer un poco cómo era la vida allí, me pareció descabellado haber pensado en algo así.

—Pero, ¿estás segura? Porque sabes que yo puedo rescindir el contrato cuando quiera y de hecho es lo que les acabo de contar a mis hijos que haría...

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque di por sentado que si alguien tenía que cambiar algo para estar juntos sería yo, no tú. Alterar tu vida por mi culpa es algo que no creo que...

—Pues ya me la alteraste, Rafael Duarte. Para bien o para mal, me iré contigo a meterme de cabeza en el mundo árabe para que tú sigas haciendo lo que te apasiona.

—Lo único que realmente me apasiona eres tú y lo sabes.

Ella frunció el ceño y se removió inquieta, entre mis brazos.

—¿No quieres que vaya? Si es así dímelo de una vez.

—Quiero estar contigo y estaba dispuesto a volver para hacerlo posible. No hay dinero que compense el hecho de perderte.

—Bueno, me tienes. Y cargarás conmigo por un largo año...

—Sería un año y medio, pero no es necesario que lo hagas.

—Quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero por primera vez en mi vida entregarme sin reservas, confiar mi

vida a alguien, dejarme llevar, no estar a la defensiva, y solo pensar en disfrutar. Además, si nos quedáramos aquí me verías bastante poco porque siempre estaría volando... Y necesitamos estar cerca. Créeme, esta es la mejor decisión que se podía tomar.

Se la veía tan firme que me terminó convenciendo.

—¿Estás segura?

—Más segura que nunca.

—¿Vas a aceptar de buen grado el depender financieramente de mí?

—¿Tienes miedo de que vuelva a mis andanzas sometiendo pervertidos para ganar dinero? Pues no lo tengas porque ya he terminado con eso. He eliminado mi trampa caza tontos en las redes sociales y estoy lista para ser tu mantenida.

Muy a mi pesar porque aún continuaba preocupado, me hizo sonreír. Y el hecho de saber que había superado esa compulsión me hizo muy feliz.

—Uh... Esa es una palabra fuerte. ¿Mantenida? No te veo así ni de broma. Pero ya que lo mencionas te haré pagar tu sustento de una forma placentera. Digamos que placentera —me atreví a bromear.

Y ella aceptó el desafío.

—¿Por qué no empezamos ahora? Debo ganarme mi sustento...

Está de más decir que eso fue lo que hicimos hasta el momento de la despedida.

No nos marchamos juntos porque su hermana pequeña estaba por regresar de su viaje de estudios, y Marcela quería verla antes de marcharse.

En el aeropuerto, Marcela se aferró a mi cuello con fuerza y cuando la escuché gemir muy cerca de mi oído estuve a punto de cancelarlo todo y llevarla al hotel más cercano para follarla una vez más.

Primó la cordura y todavía lo lamento, porque la espera se hizo más larga de lo que esperábamos con esto del matrimonio improvisado. Voy a ser sincero, lo de casarnos fue solo una sugerencia de la directiva del club de la que terminé aprovechándome, y me siento mal al reconocerlo.

No era imprescindible hacerlo, pero me sentí tan atraído por la idea que luego ya no pude pensar en otra cosa. Y para mi sorpresa ella aceptó... Claro que no esperaba que el papeleo nos separara una semana más de lo previsto, así que estoy como alma en pena esperando que esa distancia y ese tiempo terminen ya.

Porque por la puerta de esa terminal, mi esposa va a aparecer en cualquier momento.

Mi esposa. Mi mujer... La dueña de mis besos y también mi muñeca perfecta.

Ayer me lo dijo a través de la *webcam*, luego de una intensa sesión de sexo virtual en la que terminé haciendo un estropicio en la alfombra con mi propio semen.

—Cuando me tengas de rodillas en esa alfombra, me lo tragaré y no tendrás que limpiarlo.

—No te imagino de rodillas... Mi fantasía más recurrente tiene que ver contigo montándome de alguna forma.

—Pues entonces tendrás que aprender a disfrutar también de mi faceta sumisa de mujercita dócil.

—Mmm... Será todo un desafío descubrirla, pues presiento que está bastante escondida...

Entonces acercó su rostro a la cámara y sonrió.

—Muero por ser tu muñeca y que me hagas de todo —me dijo. Y luego remarcó: — De todo.

Debo decir que consumamos virtualmente nuestro matrimonio por poderes dos veces. Y que el escucharla decir que quiere ser 'mi muñeca' sin tristeza ni rencor, me dio mucha paz.

Paz que en este momento no siento porque me devora la ansiedad y las ganas de verla. Me hormigean las manos y me cuesta respirar, pero lo peor es este empalme que llevo desde que abrí los ojos esta mañana y recordé que este era el día.

Y la cosa no mejora cuando la veo, radiante como el sol, más hermosa que nunca.

Nos fundimos en un abrazo interminable. Con mi rostro en su cabello y el suyo en mi garganta dejamos que nuestros corazones palpiten al unísono y que nuestras respiraciones se acompañen.

Me muero de ganas de perderme en su boca, pero estamos en territorio árabe, donde las muestras de afecto no son bien vistas, así que tal como lo habíamos hablado y haciendo un gran esfuerzo, logramos mantener la cordura al menos en el aeropuerto.

Claro que en el coche el asunto se complica. He contratado uno con chofer por seguridad, ya que temía no poder dejar de mirarla y así desatender el camino, pero ahora creo que no fue una gran idea porque cuanto más la miro, más me siento tentado a comérmela a besos.

Logramos mantener la compostura durante el viaje pero ni bien llegamos a la casa ocurre el desborde. El tour por nuestro nuevo hogar quedará para después porque ahora la urgencia es otra.

Necesitamos follar, y vaya si lo hacemos. Ella se retuerce entre mis brazos mientras yo lucho con las cintas de su blusa.

—Espera, espera... Debo ducharme —me ruega entre beso y beso.

—Después, cuando estés lo suficientemente sucia.

—Pero estoy algo acalorada...

—Créeme, te pondrás peor.

Ni siquiera termino de desnudarla cuando ya estoy dentro, caliente como un adolescente en su primera vez. Es tan enorme mi... apetito, que no puedo controlarme, la penetro una y otra vez, y me siento un completo idiota cuando dos minutos después, acabo antes que Marcela.

Me desplomo sobre ella, maldiciendo.

—No puede ser... Eyaculador precoz, lo que me faltaba.

Pero lejos de consolarme, Marcela suelta la carcajada.

—Lo... siento... —dice la muy malvada muerta de risa.

—Más lo siento yo, te lo aseguro —le digo amargamente mientras me tiendo en la cama, de espaldas, tratando de recuperar el aliento.

Pero no termino de decirlo, cuando siento su aterciopelada lengua envolviendo mi polla.

—Jo-der... —murmuro mientras se me erizan todos los vellos del cuerpo, y mi erección renace en todo su esplendor.

Y de esa forma comienza la fiesta, la verdadera fiesta en la que Marcela y yo celebramos la dicha de estar vivos, de estar juntos, y de amarnos como si no hubiera

un mañana.

Pero lo hay... Para nuestra fortuna existe un mañana, un futuro venturoso aquí o allá, adonde la vida nos lleve. Porque las segundas oportunidades son reales, y porque el haber logrado encontrarnos bien vale todo lo sufrido.

Aunque en este momento lo único que verdaderamente nos importa está aquí, en esta cama, palpitando más vivo que nunca entre nuestros cuerpos desnudos.

FIN

EPÍLOGO

Rafael se puso las manos en los bolsillos, incómodo. No le gustaban para nada ese tipo de conversaciones tan comunes entre grupos de hombres a uno y otro lado del mundo.

No le gustaban porque era bastante reservado, pero también porque sus problemas estaban precisamente en el punto opuesto del espectro de las tribulaciones masculinas más comunes. Claro que no podía permanecer ajeno a estas charlas tratándose como se trataba de sus compañeros de trabajo, así que intentó seguir el hilo de la conversación en un prudente silencio.

—...Siempre le duele la cabeza, o tiene la regla, o el niño está despierto...

—La mía me sale con que tiene hongos o algo así. Y cuando no los tiene, está cansada y quiere dormir.

—Son todas iguales... Si estuviese en otro sitio ya me las apañaba yo saliendo por ahí, pero aquí... Vamos, que encontrar una tía disponible es más difícil que limpiarse el culo con confeti.

—Joder, qué mal que estamos... Bueno, tal vez no todos. ¿Qué hay de ti, Rafa, que no dices nada?

El aludido se miró las puntas de los pies, intentando ganar tiempo para calibrar su respuesta. ¿Qué demonios podía decir si a él le pasaba precisamente lo contrario?

Tenía en casa a una mujer que era puro fuego y se las arreglaba para encenderlo a él todos los días, a tal punto que en ese momento tenía la polla en un estado bastante calamitoso debida a la frecuente e intensa fricción a la que la sometía a diario.

Pero como todos lo miraban con insistencia, se encogió de hombros y respondió con la verdad:

—Yo no tengo de qué quejarme, la verdad. Y si lo tuviese, no lo haría aquí.

Tuvo que soportar las pullas de sus compañeros, por supuesto.

—Claro, ¿de qué se va a quejar este si tiene a una veinteañera en la cama?

—La suerte que tienen algunos... Y encima presumen...

¿Presumir? Claro que no. Lo que sucedía entre Marcela y él era tan fuerte, tan íntimo, tan único... Ni en sueños lo compartiría con nadie.

Aunque quisiera hacerlo, no sabría cómo pues estaba seguro que no lo entenderían. Porque... ¿cómo explicar lo mucho que le gustaba cuando ella le ataba las manos al cabecero de la cama y le recorría todo el cuerpo con la boca? ¿Cómo describir los candentes momentos en que Marcela lo invadía por detrás con su lengua? ¿Y cuándo lo tomaba del cabello y lo forzaba a comerle el coño con esa prepotencia que a él le fascinaba? Ni qué hablar de cuándo los roles se invertían y era él el que penetraba, el que invadía, el que sometía...

Tenían una afinidad tan perfecta en el terreno sexual que no podían parar de follar, y la polla de Rafael estaba pagando las consecuencias en esa ocasión.

Tenía la piel tan irritada, que habían acordado que nada de sexo por un par de días para darle tiempo a reponerse. Claro que una cosa era planearlo y otra muy distinta

llevar a cabo ese plan, sobre todo durmiendo juntos. Cada roce en la cama avivaba la llama, y cuando quería acordar tenía entre las piernas una dolorosa erección que le recordaba lo mal que se encontraba.

La noche anterior había sido particularmente difícil, porque Marcela no colaboraba. Se había acostado con unas bragas color negro modelo "hilo dental" —como único atuendo. Había caminado semidesnuda frente a él mientras fingía ordenar la habitación, poniendo a prueba todo su temple y su fuerza de voluntad.

Y cuando se cansó de provocarlo con estímulos visuales, pasó a la artillería pesada: se puso cariñosa.

Boca abajo en la cama, lo observó por un rato con esos cautivantes ojos verdes, hasta que él, que se había obligado a concentrarse en unos papeles, no pudo evitar levantar la vista.

—¿Qué pasa?

Ella arrugó la nariz.

—Que eres tan guapo que duele mirarte. Y con gafas más...

Él entrecerró los ojos intentando buscar la forma de resistirse a esos avances, pero no lo logró. No obstante, fingió no inmutarse con una lacónica respuesta

—Gracias.

Claro que ella no se dio por vencida, y además se dejó de sutilezas.

—Me excita tu indiferencia, que lo sepas. Me pone muchísimo.

Rafael resopló y acomodó los papeles sobre sus partes para que ella no notara cómo se había empalmado.

—Basta. ¿No habíamos quedado en que por un par de días nada de nada?

Ella sonrió y apoyó su rostro en las manos con fingida inocencia.

—Ni siquiera te he tocado. Solo estoy comentándote lo que me pasa cuando te miro.

Tramposa. Era una tramposa y una sádica de los mil demonios.

Y él era un tonto que estaba cayendo en picada directo a la red que ella le estaba tendiendo, aun cuando sabía que eso no iba a colaborar con la recuperación de su maltratada zona genital.

Intentó una maniobra evitativa de último momento, a ver si se salvaba.

—Cuando me miras así es como si me tocaras. Y eso no ayuda para nada.

Los ojos de Marcela se desviaron hacia los papeles que cada vez se encontraban más inestables sobre la abultada entrepierna cubierta por una fina sábana.

—Bueno, tú ganas. Dejaré de mirarte y de decirte cuánto me gustas y cuánto te quiero. Sigue con lo tuyo que yo miraré una serie en Netflix.

Rafael se sorprendió un poco porque Marcela no era de las que se daban por vencidas tan fácilmente, pero aprovechó la oportunidad de salvarse y se concentró de nuevo en sus papeles.

No fue por mucho tiempo, por supuesto.

Mientras buscaba su serie en la *tablet* con una mano, con la otra... Digamos que la otra se perdía dentro de sus diminutas bragas, mientras los que se desviaban ahora eran los ojos de Rafael, que no podían concentrarse en otra cosa que no fuesen esos dedos inquietos bajo el fino encaje.

La consecuencia fue inmediata: la concentración bajó y su polla subió.

—¿Qué haces?

—Mmm... No me decido. Estoy entre “Mar de Plástico —y “El Ministerio del Tiempo”... Es que me encanta Rodolfo Sancho.

—Me refiero a lo que haces con la mano dentro de tus bragas mientras miras a ese tío.

Ella giró la cabeza y sonrió perversamente.

—Ah, eso... Es que como se parece tanto a ti, me provoca tocarme. Espero que no te moleste...

Rafael inspiró profundo, y un segundo después los papeles volaron por los aires y la *tablet* terminó en el suelo.

—¿Qué demonios...? ¡Mi *tablet*! Como me la hayas estropeado ya verás... —se quejó ella intentando inclinarse para buscarla, pero fue en vano porque él no se le permitió.

—Tú me has estropeado la polla y aquí estoy, más empalmado que nunca gracias a tus maniobras, pero no me quejo... —murmuró al tiempo que se situaba sobre Marcela y se acomodaba entre sus piernas, sonriendo.

Ésta las abrió más que gustosa, y le acarició el rostro con las manos.

—¿Tan mal estás?

—Como carne picada.

—Déjame verla.

—No creo que eso ayude.

—¿Quieres que te la sople, a ver si te alivia?

Bueno, esa era una propuesta imposible de rechazar. Es más, subiría la apuesta como todo buen jugador.

—Quiero que me la chupes, antes de que me ahogue en mi propia leche. No has parado de calentarme... —le dijo, mientras se separaba de ella lo suficiente como para arrodillarse a horcajadas, con las rodillas a ambos lados de la cabeza de la joven, para rozarle los labios con el pene erecto.

—No se ve tan mal... —susurró ella antes de darle la primera lamida.

—Trátala con cariño ¿vale? Así... Lo haces muy bien...Joder, Marcela. Lo haces demasiado bien...

Pero a pesar de que ella lo transportaba al paraíso montado en su lengua, él quería más, quería lo que más le gustaba: llevarla consigo al máximo placer.

Interrumpió la candente mamada para meterse en ese cuerpo hermoso que se retorció bajo el suyo gimiendo su nombre.

—¿No te hace daño? —preguntó ella, preocupada.

Pero su vagina no hacía otra cosa que retenerlo.

—Más daño me hace desearlo tanto —respondió Rafael, embistiéndola con fuerza —. Despéllame, mi amor. Pagaré las consecuencias más tarde, pero ahora solo quiero follarte...

Dicho y hecho. Allí estaba en medio de una charla de vestuario con sus compañeros, con la polla hecha jirones y la satisfacción reflejada en el rostro.

Es que Marcela lo volvía loco. Era naturalmente seductora, y si a eso se le sumaba que estaba aburrida...

La vida en Abu Dhabi, sin otra cosa que hacer que remojarse en la piscina con las

esposas de los otros miembros del equipo de entrenadores, debía ser muy rutinaria.

Y ese mismo día, se enteró de cuánto.

Marcela había estado bastante ocupada cocinando para él. Era muy buena cuando se lo proponía, aunque eso no sucediese con frecuencia.

El menú era una tortilla española, que él se dispuso a devorar completamente deleitado.

—Esto de ser una esposa devota y obediente se te da muy bien —le dijo, bromeando.

Pero Marcela no se rio y detonó la bomba que había estado preparando junto con la comida.

—Rafa, creo que quiero tener un bebé.

Rafael se atragantó, pero se atragantó en serio. Ella le alcanzó agua y le golpeó la espalda hasta que él dejó de toser, y rojo como un tomate le preguntó:

—¿Estás... embarazada?

Marcela negó con la cabeza.

—No, pero me gustaría. Mira, yo sé que te he dicho que no quería tener hijos y sé que te negarás, pero todas tienen sus pequeños y yo no encuentro la forma de encajar en esta vida, así que...

Rafael movió la cabeza y luego la interrumpió:

—Ven aquí.

—¿Adónde?

—Aquí. Siéntate en mis piernas...

Ella obedeció y él le acarició el pelo.

—No me negaré, solo que no será mientras estemos aquí —le dijo con ternura—. Marcela, no quiero que tengas un niño porque estás aburrida. Si cuando regresemos a casa todavía quieres hacerlo, pues lo haremos. Pero mientras estemos aquí, encontraremos la forma de que te la pases mejor...

—¿No te negarás? Pero si tú me has dicho que no querías más hijos...

—No te he mentado. Los tendremos si tú los quieres porque te amo, porque tienes derecho a desearlos, porque quiero verte feliz. Lo haremos en su momento, y no será ahora ni en este sitio porque no es tu necesidad de ser madre lo que te tienta a buscarlos, sino esta vida tediosa a la que te he arrastrado, mi amor.

Se sentía muy culpable por eso, y también porque no había movido un dedo para ayudarla a conseguir un empleo, ni la había incentivado para que estudiara algo. Ella, sin embargo, no lamentaba nada. Jamás se arrepentiría de haber elegido dejarlo todo por él, ni de haber dado a su vida un giro de ciento ochenta grados.

—No es verdad... Yo he venido porque he querido —replicó ella con ternura—. Porque te he querido, porque te quiero y siempre te querré.

—Bueno, entonces tenemos lo principal... Ahora veremos qué hacer con tu tiempo de ocio, pero ten clara una cosa: no busques encajar porque jamás encajarás. Tú eres especial, eres única. No fuiste hecha para cumplir el rol de esposa florero, y ya no tendrás qué hacerlo más —le dijo, resuelto—. Mañana hablaré con el director del club... Emirates Skywards se ha convertido en uno de los *sponsors* del equipo, a ver si podemos lograr un puesto para ti en la aerolínea.

—¿De veras? ¿Harías eso por mí?

—Haría por ti lo que fuera y lo sabes —le aseguró con una intensa mirada que expresaba más de lo que decía—. No te aseguro un puesto de aeromoza, pero...

—Auxiliar de a bordo, Rafa.

—Bueno, de auxiliar de a bordo. No te aseguro ese puesto, pero tal vez uno administrativo se pueda lograr.

—Es que prefiero uno administrativo o en vuelos de cabotaje. No soportaría no dormir contigo al final del día...

No, claro que no. Él tampoco lo soportaría, aunque se le cayera la polla en pedazos.

—Bueno, aclarado el punto ahora solo resta disfrutar de mi tortilla española, que te ha quedado como para chuparse los dedos.

Ella sonrió

—Hablando de chuparse los dedos... —murmuró al tiempo que tomaba la mano de Rafael y hacía lo que acababan de decir.

Uno a uno se fue metiendo los dedos de su marido en la boca, succionando suavemente.

Y mientras más la miraba, mientras más sentía esa lengua de terciopelo acariciar sus yemas, Rafael más se olvidaba de la tortilla española, de su polla hecha jirones, y hasta de su propio nombre.

Marcela tenía el poder de transportarlo a ese universo particular donde solo estaban ellos dos y el placer.

Ella tenía ese poder y él se sometía a él más que gustoso, porque jamás había conocido una mujer que lo subyugara de esa manera, ni había disfrutado tanto de esa montaña rusa de emociones que era el transitar por la vida junto a Marcela.

—Me parece que... Que tomaré el postre primero —dijo morbosamente, mientras rescataba su mano y la volvía a perder debajo de la falda de su mujer, que suspiró entrecortadamente al sentir los dedos húmedos rozar sus muslos.

—¿Seguro que no hay ninguna ley islámica que prohíba alterar el orden del menú? —bromeó ella entreabriendo las piernas para él.

—En esta casa yo soy la ley.

—¿De veras? Ni tú te lo crees...

Rafael sonrió porque ella tenía razón. En su casa, en su cama, en su vida... Marcela era quien marcaba el ritmo y cuando se ponía en ese plan lo fascinaba.

—Eres malvada ¿sabes?

—Puede ser, pero a ti te encanta.

Lo llevaba claro, seguro que lo hacía.

—¿Y qué opina la reina de la casa de que me coma el postre primero?

Ella sonrió.

—De rodillas —le dijo con esa voz aterciopelada que reservaba para los momentos de intimidad.

Rafael obedeció, y una vez más se perdió en el paraíso, en su paraíso particular hecho a medida, donde el placer, el amor y las ganas de proyectarse y ser mejor, estarían para siempre ligados a Marcela.

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de más de quince novelas he agradecido a muchas personas que de una u otra forma han permanecido a mi lado en el proceso creativo, o han colaborado conmigo de forma desinteresada y comprometida. También he destinado este espacio a agradecer a los lectores el darme siempre la oportunidad de introducirme en su momento de ocio, con alguna de mis historias.

Esta vez no será la excepción: vuelvo a darles las gracias a todos quienes hacen posible que siga escribiendo, pero haré especial énfasis en aquellas personas que aún sin saberlo, han hecho su aporte para que “Muñequita mía —se gestara y saliera a la luz.

Debo agradecer entonces, a todos mis “esclavos virtuales”. Haberme puesto en la piel de una dómina financiera, fue una de las cosas más complicadas que me ha tocado hacer en el trabajo de documentación para una novela. Esta vez no solo lo miré desde afuera, no me limité a investigar como un observador pasivo la realidad que intentaba transmitir. En esta ocasión me convertí en el personaje, y experimenté qué se siente al cumplir determinado rol.

Sí, amigos. Durante un par de meses fui “Eme —recluté y humillé sumisos a través de la web, acumulé decenas de horas de chats, y puse a prueba mi imaginación y mi faceta más oscura para poder plasmar en el papel un poco de este mundo tan fascinante como extraño, el del dominio financiero. Y también gané algo de dinero, claro.

Espero que el resultado haya resultado tan satisfactorio para ustedes como para mí el proceso, y que esta no sea la última vez que tenga la oportunidad de probar cosas nuevas y de compartirlas con ustedes.

Eme

Nota: Si compraste esta novela, envía el comprobante a hoynotetoca@gmail.com y recibirás un dossier con más de 20 capturas de pantalla de chats reales con esclavos reales, comprobantes de tributos, y otras sorpresas. Imperdible...



Foto: Pablo Rivara

MarielRuggieri ha irrumpido en el mundo de las letras de forma abrupta y sorprendente. Lectora precoz y escritora tardía, en 2010 publicó su primer libro, "Crónicas ováricas", una recopilación en tono humorístico de relatos relacionados con las mujeres y su sexualidad. Su primera novela, "Por esa boca", nació como un experimento de blog que poco a poco fue captando el interés de lectoras del género romántico erótico, transformándose en un éxito al difundirse en forma casi viral por las redes sociales. Fue publicada en papel en la República Argentina en mayo de 2013. En enero de 2014 lanzó su primer título con Editorial Planeta, "Entrégate", su proyecto más amado.

Actualmente reside en Montevideo junto a su esposo y su hijo, y trabaja en una entidad financiera. Encontrarás más información sobre Mariel y su obra en: www.facebook.com/MarielRuggieri.

Otros títulos de la autora disponibles en Amazon: "Morir por esa boca", "Todo por esa boca", "La Fiera", "Cuidarte el alma", "Tatuada en mi alma", "Paulina, cuerpo y alma", "Corazones en la arena", "Atrévete", "La Tentación" "Nada Prohibido —"El Granizo —"Descalzos en la nada —"Tres Online — y "Macho Alfa.

Índice

[PRÓLOGO](#)

[1. Eme](#)

[2. Marcela](#)

[3. Rafael](#)

[4. Marcela](#)

[5. Rafael](#)

[6. Marcela](#)

[7. Rafael](#)

[8. Marcela](#)

[9. Rafael](#)

[10. Marcela](#)
[11. Rafael](#)
[12. Marcela](#)
[13. Rafael](#)
[14. Marcela](#)
[15. Rafael](#)
[16. Marcela](#)
[17. Rafael](#)
[18. Marcela](#)
[19. Rafael](#)
[20. Marcela](#)
[21. Rafael](#)
[22. Marcela](#)
[23. Rafael](#)
[24. Marcela](#)
[25. Rafa](#)
[26. Marcela](#)
[27. Rafael](#)
[28. Marcela](#)
[29. Rafael](#)
[30. Marcela](#)
[31. Rafael](#)
[32. Marcela](#)
[33. Rafael](#)
[34. Marcela](#)
[35. Rafael](#)
[36. Marcela](#)
[37. Rafael](#)
[38. Marcela](#)
[39. Rafael](#)
[40- Marcela](#)
[41. Rafael](#)
[42. Marcela](#)
[43. Rafael](#)
[44. Marcela](#)
[45. Rafael](#)
[46. Marcela](#)
[47. Rafael](#)
[48- Marcela](#)

49. Rafael

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Índice

PRÓLOGO	4
2. Marcela	12
3. Rafael	18
4. Marcela	23
5. Rafael	27
6. Marcela	31
7. Rafael	39
8. Marcela	43
9. Rafael	48
10. Marcela	53
11. Rafael	60
12. Marcela	65
13. Rafael	69
14. Marcela	74
15. Rafael	77
16. Marcela	80
17. Rafael	85
18. Marcela	89
19. Rafael	92
20. Marcela	96
21. Rafael	100
22. Marcela	105
23. Rafael	110
24. Marcela	115
25. Rafa	120
26. Marcela	124
27. Rafael	128
28. Marcela	131
29. Rafael	136
30. Marcela	141
31. Rafael	145
32. Marcela	149
33. Rafael	153
34. Marcela	156

35. Rafael	163
36. Marcela	167
37. Rafael	170
38. Marcela	174
39. Rafael	178
40- Marcela	182
41. Rafael	186
42. Marcela	191
43. Rafael	195
44. Marcela	199
45. Rafael	203
46. Marcela	206
47. Rafael	210
48- Marcela	214
49. Rafael	219
EPÍLOGO	223
AGRADECIMIENTOS	228